¡Te voy a dar una galleta!



S. J. GARCÍA

¡Te voy a dar una galleta!

S.J. GARCÍA

ISBN: 9798298982115
Sello: Independently published

Título: ¡TE VOY A DAR UNA GALLETA!
S. J. GARCÍA © 2025

Cubierta: J. R. Galindo
Corrección y maquetación: Sandra García.
@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para quienes son hogar sin darse cuenta.

Para las que luchan en silencio, con el alma hecha jirones y la sonrisa intacta.

Y para todas las que aún dudan si merecen una segunda oportunidad.

Sí, la mereces. Siempre la mereces.



Completa tu experiencia escuchando las canciones que aparecen o inspiraron el libro mientras lo lees con esta *playlist* de Spotify. Puedes escanear el código QR de abajo o directamente entrar en la siguiente dirección web:

ESCÚCHALO AQUÍ

PRÓLOGO

Saco el teléfono del mandil, algo que no suelo hacer en horas laborales. Cuando estoy aquí dentro, el mundo se difumina. Estoy en mi burbuja. Aquí me siento segura.

Desbloqueo la pantalla, manchándola de harina, y deslizo el dedo buscando esa conversación. Esa. La que me prometí no volver a abrir. Una promesa vacía que me repito cada mes, como si fuera nueva. Aunque hoy es distinto. Hoy es especial.

Es la fecha en la que quedamos por primera vez, esa que llevo grabada en una pulsera que escondí en un cajón. Quise olvidarla. Borrarla de mi mente. Pero me mentí. Como cada vez que digo «No volveré a mirar ese chat».

—Es la última vez... —murmuro, intentando silenciar esa voz interior que me recuerda que sí, he vuelto a flaquear.

No hay nada. Solo mis mensajes. Esos que quedaron colgados en el aire, sin respuesta. Todos los que envié cuando desapareció sin más. *Ghosting*, lo llaman. Será porque es un puto dolor fantasma que no se va. Ahora la punzada duele menos, antes me destrozaba. No saber qué había pasado, si hice algo mal. No ver más sus respuestas, ni sus audios deseándome los buenos días, esos que me arrancaban una sonrisa.

—*Psstt.*

Levanto la vista y, casi sin pensar, escondo el teléfono a mi espalda.

—Por mucho que lo escondas, sé lo que estabas haciendo —me regaña Marisa. Mi tía. Mi pilar.

—No sé de qué hablas —digo, con una inocencia fingida que ni yo me creo. Ella arquea una ceja.

«Me tiene calada».

Marisa está a mi lado desde que mi madre enfermó. Un cáncer cruel, de esos que no dan tregua ni margen. Que arrasa con todo su jodido arsenal, sin preguntar, sin dejar espacio para la esperanza. Dejando a medias su sueño: este bonito obrador de galletas que había imaginado con tanto amor se quedó huérfano cuando la ingresaron.

Cuando su cuerpo, cansado de tanto, ya no pudo más. Las luces se apagaron.

Y con ellas, también su ilusión.

Mi tía no se apartó de nuestro lado. Veía cómo su hermana se iba consumiendo, un poco más cada día y, aun así, no soltó mi mano. La aferró con fuerza, como si pudiera sostenernos a las dos. Y me hizo una promesa. Una de esas que se dicen bajito, pero que calan muy hondo: que no me soltaría jamás.

—*Vaaale*, haré como que te creo. —Me guiña un ojo de forma exagerada—. Ahora escúchame bien con esas orejitas. Está aquí —susurra bajito, aunque yo lo siento como si acabara de gritarme al oído.

«Él».

—¿Está aquí? —pregunto, confundida, mientras cojo uno de los trapos para limpiarme la harina de las manos y camino con pasos rápidos hacia el cristal que da al mostrador. Un cristal que, desde el otro lado, parece un espejo. Refleja más de lo que muestra. Nadie sabe quién está al otro lado. Solo yo. Solo nosotras.

—Se ha adelantado... Siempre venía más o menos cada treinta días —murmura, colocándose a mi lado.

La miro de reojo, sorprendida.

—¿Llevas la cuenta?

—¿Tú no? A mí me vas a engañar. —Me da un suave codazo en las costillas, de esos que me arrancan una risa, aunque no quiera.

Nos asomamos a la pequeña ventana alargada. Parecemos dos suricatos, en modo vigilancia.

Y ahí está. Él. Un hombre con todas las letras.

Pelo oscuro, con un corte cuidado. Corto, no demasiado. Lo justo para acariciar el cuello de su camisa blanca, esa que parece hecha a medida y le queda exageradamente bien. Cada botón abrochado en su sitio, marcando sin pudor unos hombros anchos y unos brazos que asoman por las mangas con una firmeza que cuesta no mirar dos veces. Sus bíceps se insinúan al moverse, como si la tela supiera que es un pecado contenerlos. En su muñeca izquierda, un reloj clásico, elegante, que no grita lujo, pero sí estilo. De esos que sabes que alguien ha elegido con mimo. Que dice más de él que cualquier palabra.

Sí, lo tengo más que fichado desde aquella primera vez que apareció con ese aire de que el mundo le aplaude a cada paso. Sonrió al cristal como si supiera que alguien lo miraba, o como si se gustara tanto que necesitara verse reflejado para confirmarlo.

—Qué calor hace aquí… —murmura mi tía, abanicándose con la mano.

—Es por culpa del horno —le aclaro, mirándola de reojo, aunque ya me imagino por dónde va.

—Sí, claro… *el horno* —responde, sonriendo con esa picardía suya que no necesita más palabras.

—*Shhh.* —La mando callar sin apartar la vista, mientras sigo deleitándome.

Barba perfilada, limpia, marcando a la perfección ese rostro serio y atractivo. Y esa mandíbula... Esa maldita mandíbula que parece tallada a propósito para provocarme pensamientos que no debería tener a media mañana y rodeada de galletas. Los labios carnosos, pecaminosos, más bien, descansan tranquilos, como si no fueran

conscientes del poder que tienen. Y las jodidas gafas de aviador, inseparables, le dan ese aire de seductor.

—Siempre lleva gafas. Qué coraje —susurra Marisa, pegada al cristal.

—Ya… —suspiro, con los ojos todavía clavados en él.

Fantaseo con cómo serán sus ojos. Qué esconderán. Si brillan cuando sonríe. Si me mirarían como yo lo miro a él. Viene cada treinta días, más o menos. No sabemos mucho de él, salvo que siempre compra una caja de mis galletas. Siempre las más deseadas. A veces se las reservo, por si aparece. Por si se adelanta. Ya que su llegada, puntual y silenciosa, consigue algo que nadie más logra últimamente: silenciar esas inseguridades que me asaltan cada vez que empiezo a dudar del género masculino.

—Seguro que es un CEO de alguna empresa de renombre… —susurro, dejándome llevar, inventándonos historias sobre quién es, como hacemos cada vez que aparece.

—Yo creo que viene a visitar a su madre y le lleva una caja —responde Marisa, con esa ternura suya que a veces se disfraza de lógica.

Nos miramos de reojo, sonriendo.

—Creo que de todas las historias que nos inventamos, esa sería la más real…

—O eso queremos creer para no imaginarnos una donde está casado —suelta una carcajada, y yo un suspiro contenido, porque es algo que no quiero ni pensar. No ahora. No mientras apague todo el ruido y solo active una parte de mi cuerpo.

Llevamos meses creando versiones de su vida. Algunas más realistas. Otras, de película. Aunque todas tienen algo en común: él. Y esta maldita necesidad de saber más. De llenar los vacíos con imaginación. Porque, en el fondo, ambas sabemos que no es solo un cliente. Es… una pequeña chispa que se enciende una vez al mes. Y que, por algún motivo, me hace sentir viva.

—¿Hola? —dice con esa voz ronca que hace temblar hasta las baldosas, mientras pulsa la campanilla del mostrador.

—Marisa, sal —le digo, dándole un culazo que la hace tambalearse.

—Ya voy… Algún día podrías salir tú —responde, justo antes de alcanzar la puerta.

—Ya sabes que no quiero nada con el género masculino —murmuro sin apartar la mirada del cristal, como si con eso pudiera convencerme a mí misma.

—Sí, sí… ya no quieres nada, pero el charco de babas que dejas cuando lo ves dice todo lo contrario —suelta entre risas, con esa carcajada suya que siempre me hace sonreír, aunque no quiera.

—Ves cosas que no son. Solo me estoy alegrando la vista. Igual que tú —susurro, aunque ni yo me lo creo—. Esto es como ir de tiendas: miro el escaparate. Ya está.

—Sí, claro… Lo que pasa es que, cuando vas de tiendas, al final entras a probarte algún que otro vestido… y te lo llevas a casa, ¿verdad, Lola? —lanza, dejando caer la pulla con una sonrisita de medio lado.

Le saco la lengua y la animo con las manos a salir. No queremos que nuestro cliente estrella se marche sin su preciada caja de galletas.

Y me quedo ahí, detrás del cristal, como siempre. Viendo sin ser vista. Fingiendo que solo es un pasatiempo. Como si no supiera que hay historias que empiezan justo así: con una excusa mal dicha y una verdad a punto de estallar.

CAPÍTULO 1



Agarro el gel de baño de lavanda y lo aprieto hasta que cae suficiente en la palma. Froto las manos y dejo que la espuma me recorra los pectorales. Entonces, zas, una imagen me sacude la cabeza… y otra parte también.

No hace tanto, en esta misma ducha, con las nalgas de una de mis últimas conquistas estampadas contra los azulejos. Aprieto los dientes. El recuerdo se cuela sin permiso y el jabón lo aviva. Puedo oír sus gemidos, sentir el vaivén húmedo de nuestros cuerpos chocando mientras el agua nos empapaba.

—Joder.

Mi mano resbala más abajo, lenta, con intención. Rodeo mi erección y la envuelvo con espuma. Me dejo caer contra los azulejos, echando la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos, pero las imágenes no se apagan, al contrario: se encienden. La tenía agarrada por la cintura, los muslos temblándole, los labios entreabiertos soltando mi nombre como una súplica. Me rogaba. O eso me gusta pensar. Empiezo a mover la mano, marcando el ritmo con la respiración. Me acuerdo de cómo se aferraba a mis hombros, de cómo me clavaba las uñas con cada embestida.

Más.

Más fuerte.

Más dentro.

Respiro por la boca, jadeo. El agua golpea mis hombros, pero lo único que siento es el ardor en la base del estómago, esa tensión deliciosa que crece con cada movimiento.

Y entonces la veo.

Sus ojos clavados en los míos, la boca abierta y ese puto gemido ronco que me sacó de quicio. Me decía que no parara. Que la hiciera mía. Que la follara como si fuera la última vez. Recuerdo cómo la abrí de piernas, mientras el agua chorreaba entre sus muslos, y yo me arrodillé para saborearla. Tenía un sabor adictivo. Los labios le temblaban con cada lametón, y su cuerpo... se arqueaba con una facilidad que debería estar penada. Mis dedos se perdieron dentro de ella, y su espalda chocaba contra la pared con cada acometida de mi lengua. No dejaba de retorcerse. De gritar.

Y ahora soy yo el que se retuerce. El que gime con la mandíbula apretada, la mano firme, el recuerdo incendiándome.

«Estoy a punto».

El placer se arremolina, sube como una ola que va a romper justo en mi vientre, y entonces…

Ding dong.

El timbre. Parpadeo varias veces. Me niego.

«No puede ser».

Acelero la mano. Más rápido, más fuerte. La imagen de su coño empapado, mis dedos dentro, su cuerpo pidiéndome más… está ahí, tan nítida que podría tocarla.

Ding dong. Ding dong.

—Me cago en la puta...

El sonido me atraviesa los tímpanos como una cuchillada. Aprieto los ojos y sigo, desafiando a la interrupción, a la vida, al mierda del repartidor o a quien sea que haya decidido joderme literalmente el momento.

Riiiiing.

«Ahora también el móvil. El puto dúo dinámico».

Riiiiing. Ding dong.

—¿En serio?

Resoplo. La sangre se me arremolina en la polla y en el cerebro, pero el ritmo se rompe, el foco se me va. Ella desaparece, se disuelve en la espuma, en el vapor y en el grito de mi paciencia. Golpeo la pared con el puño libre.

—Maldita sea.

Salgo de la ducha cabreado, desnudo y muy empalmado. El cuerpo en llamas, la libido secuestrada por el timbre… y su colega, el teléfono. Me paso la mano por la cara, arrastrando el agua hasta el pelo y echándolo hacia atrás. Tengo que volver a cortármelo. Me estorba, como casi todo ahora mismo. Cojo la primera toalla que tengo a la derecha y la enrosco en la cintura. La erección sigue ahí, tozuda como mi mala hostia.

«Me cago en todo».

Respiro hondo, aunque no sirve de nada. La piel me arde, el pulso me late entre las piernas y, por si fuera poco, el puto móvil vuelve a sonar.

Riiiiiing.

No sé si contestar, abrir la puerta o arrancarme la toalla y terminar lo que he empezado.

Lo que sí tengo claro es que alguien me debe una paja.

—¡Ya voy! —exclamo, tratando de mantener a raya a los demonios.

Camino por el pasillo, esforzándome por pensar en cualquier cosa que no implique espuma, gemidos o una lengua recorriendo piel mojada. Difícil. Muy difícil.

—Sea quien seas, vas a tener que pagármelas… y pienso cobrármelo.

Voy dejando un rastro de pisadas húmedas hasta la entrada. Ni me molesto en mirar por la mirilla; abro de golpe.

—¡Por Dios, Mario! ¡Tápate, me estás apuntando con eso…! —brama mi hermana, llevándose las manos a la cara, horrorizada.

—Vamos, Maite, ni que no hubieras visto un tío desnudo. Bueno, tal vez no *uno como yo*... —Sonrío de lado mientras la agarro del hombro y la empujo suavemente hacia dentro del piso—. ¡Buenos días, Mariló! —saludo con desparpajo a la vecina, que espía desde la puerta entreabierta, como quien no quiere la cosa.

Mi vecina cierra con un portazo discreto, o lo que para ella pasa por discreto, como si no la hubiera pillado más veces asomando de más. Tiene unos cincuenta, siempre va perfectamente peinada, manicura francesa impecable y un marido que trabaja más horas que un reloj suizo. Lo justo para tener tiempo de sobra y fijación por las cortinas ajenas.

—¿Puedes vestirte? Por favor… —ruega mi hermana, refugiada al otro lado de la isla de la cocina—. No quiero hablar contigo mientras me sigas señalando.

Dejo escapar una risa gutural, baja, cargada de sorna, y me encamino hacia la habitación.

Tardo unos minutos en hacer que baje la erección, aunque no de la forma en la que me gustaría. Me pongo el primer pantalón de chándal gris que encuentro. Antes de salir, me planto frente al espejo del dormitorio y tenso el cuerpo, marcando músculo como si estuviera a punto de subir al escenario de Míster Universo. Estoy bien, aunque quiero estar mejor. Más horas de gimnasio. Más definición. Más yo.

—Joder, qué desperdicio de hombre para una sola mujer —murmuro, ladeando una sonrisa mientras me acomodo el pantalón.

Al llegar a la cocina me encuentro a Maite preparándose un café. Y en mitad de la isla, una caja. Una que me resulta sospechosamente familiar.

—¿Y mi taza? —pregunto, arqueando una ceja.

—¿No tiene manos el señorito? —responde con sorna, lanzándome una mirada que va de la caja a mis ojos, como una advertencia silenciosa.

El pelo corto y ondulado le cae sobre la cara. Intento apartárselo con los dedos, pero me suelta un manotazo seco. Tiene carácter, la jodida.

—*Ejem* —carraspea, esta vez mirando la caja como si fuera una bomba a punto de estallar.

—¿Es para mí? —pregunto, sin tener ni puta idea de a dónde quiere llegar.

—¿En serio? —Deja la taza con un golpe seco y levanta las manos al techo, teatrera perdida—. ¿No te suena de nada la caja?

Entrecierro los ojos, frunzo un poco el ceño. Entonces ella la gira con dramatismo, dejándome ver el logo. *Cookie Love.*

—¿En qué momento pensaste que era buena idea dejar a mi amiga con una puñetera caja de galletas?

—Pues… déjame recordar. —Me meso la barbilla con dramatismo, dándole más misterio del que necesita. Sé que la respuesta no le va a gustar, pero es la jodida realidad—. Tú me diste la idea.

La boca de Maite se desencaja, lista para lanzarme una ristra de insultos. Levanto un dedo antes de que empiece a disparar.

—No hace mucho estuviste aquí, sentada justo ahí, devorando una caja igual. Saboreándolas como si estuvieras a punto de tener un jodido orgasmo. Y tus palabras… cito textualmente.

La veo abrir la boca para replicar, pero me adelanto y la chisto con un gesto.

—«No me importaría que me dejasen en el altar si fuera con una caja de galletas como esta... Están tan buenas, casi puedo saborear el cielo… ¡Oh, Mario, pruébalas, son puro pecado!» —recito imitando su voz lo mejor que puedo, con una mueca burlona.

Maite parpadea una vez. Dos. Luego, afila la sonrisa como quien carga un arma.

—Solo sigo tus consejos. —Muevo las cejas.

Sus manos van directas a la caja. La abre tan rápido que no me da tiempo a reaccionar, coge una galleta y me la lanza. La esquivo con facilidad, lo que parece cabrearla aún más. Saca otra y empieza a desmigajarla sobre el suelo, con una calma peligrosa.

—Eres un capullo.

—Lo sé.

—Y un gilipollas.

—Vale, ya creo que te estás viniendo arriba con la creatividad.

—Hoy ha venido Aitana llorando a mares a mi casa, destrozada, porque un idiota como tú —me señala con la galleta triturada— ha decidido que la mejor manera de dejarla era con una jodida caja de galletas y una notita que dice así: «Una galleta hoy. Un recuerdo mañana».

Miro por encima del borde, contando mentalmente. De las seis que había, solo quedan dos: la que me ha tirado y la que acaba de convertir en polvo emocional.

—Veo que le ha gustado…

Maite resopla, negando con la cabeza mientras se agacha para recoger las migas con la mano. No por limpiar, sino para seguir deshaciendo.

—¿De verdad te parece gracioso? ¿Así de vacío estás?

—¿Vacío? —Arqueo una ceja—. Vacío no, práctico. Me pareció más delicado que un «esto no va a ninguna parte» con cara de piedra.

—Claro, y seguro que después pensabas darle una palmadita en la espalda y mandarla al coche con la autoestima en llamas.

—No exageres. No nos íbamos a casar, Maite. Ni siquiera dormía aquí. Solo follábamos y hablábamos de música. ¿Eso cuenta como relación ahora?

—¡Ella pensaba que sí!

—Pues igual debería hacérselo mirar.

—¡Tú eres el que debería hacérselo mirar! —Tira las migas al cubo de basura con un gesto airado—. No puedes ir por la vida rompiendo a gente como si no pasara nada. No todo el mundo es de piedra como tú, ¿sabes?

Me encojo de hombros. Estoy tentado de seguir la línea cabrona, pero algo en su mirada me frena medio segundo.

—No soy de piedra —respondo más bajo—. Solo sé lo que quiero. Y no era ella.

Maite se cruza de brazos, apretando la mandíbula. Me observa buscando algo. Una rendija. Un jodido remordimiento. Pero no lo va a encontrar.

—Ojalá un día alguien se cuele por las grietas de esa piedra que llevas por corazón… o la reviente a hostias. Porque, aunque tú vayas de tipo indestructible, todos tenemos un punto débil.

Suelto una carcajada sorda, gutural.

—¿Eso ha sido una bendición camuflada o una profecía con mala leche?

Mi hermana me mira fijamente. Intensa. Como si quisiera tatuarme esas palabras con la mirada. Luego se sacude las migas de galleta de la camiseta y se va por donde ha venido. Sin más. Tranquila. Como si acabara de soltar un conjuro y no necesitara quedarse a ver si funciona.

Sé lo que quiero. Y no, no busco una jodida relación. No me apetece tener que explicar por qué desaparezco días o semanas. Mi trabajo no lo permite. Soy piloto. Me paso más tiempo en el aire que en tierra firme. Y en ese tiempo que *sí* estoy aquí, no me interesa complicarme. Prefiero lo simple: sexo, risas, algo rápido, sin promesas. Sin la parte en la que alguien llora en un sofá y me dice que fui un cabrón... por haber sido sincero desde el principio.

«No soy un cabrón por decir la verdad. Lo soy por no envolverla con un lazo rosa».

CAPÍTULO 2



Lola

Me paso la toalla por la frente con cuidado. La clase de *spinning* me ha dejado agotada, pero necesitaba quemar calorías. Porque, aunque en el obrador se sude, amasar no quema lo que debería. Y es inevitable probar cada una de mis especialidades, sobre todo si quiero que tengan ese toque especial que me inculcó mi madre.

La imagen me llega tan nítida que casi puedo verla ahí, entre harinas y cucharas, preparando los ingredientes mientras me preguntaba las cantidades. Siempre con los labios rojos, perfectos incluso entre el vapor del horno. Con su delantal de lunares ajustado a la cintura y ese brillo en los ojos que ningún cansancio conseguía apagar. Tarareaba canciones de los sesenta, sobre todo una que aún hoy, cuando suena, me desarma: *Be My Baby*, de The Ronettes. Yo la miraba embelesada desde la encimera, memorizando cada uno de sus movimientos, cada gesto y cada meneo de cadera al ritmo de la música.

«Era puro estilo. Y sin saberlo, me lo dejó todo».

Ahora, mientras me arreglo frente al espejo, me doy cuenta de cuánto la imito. El delineado en los ojos, el pintalabios rojo que no perdono ni para ir al gimnasio, el pañuelo rojo que me regaló y que anudo al cuello, aunque a veces me lo ate en la cabeza, estilo *pin-up* resaltando aún más mi cabello oscuro.

La rutina no cambia mucho, pero me gusta empezar el día viéndome bien. Igual que ella. Como si, al hacerlo, pudiera invocarla un poquito más.

Con unos buenos *peep toes* de plataforma, rojos, por supuesto, a juego con los labios y el pañuelo, encamino mis pasos hacia la puerta. Destilo seguridad. Una que no siempre estuvo ahí y que he conseguido cultivar con una buena pizca de paciencia. Recomponiendo los trozos, volviéndolos a juntar y centrándome en lo verdaderamente importante: en mí. En mi única familia, Marisa y en el bonito obrador que aún conserva el alma de mamá.

De manera inconsciente, me acaricio el brazo donde llevo tatuado su rostro, luciendo una máscara catrina. Un homenaje a la mujer que me enseñó a vivir y a resistir, con dulzura, incluso en los días más amargos. A su alrededor, otros tatuajes se entrelazan como recuerdos vivos. Cada uno tiene un motivo, un porqué, una historia que me recuerdan quién soy. Y que las cicatrices, por mucho que intentemos esconderlas, siguen ahí. Solo que las mías están adornadas y eso también es una forma de sanar.

Saco el juego de llaves con el logo de la tienda grabado y lo introduzco en la cerradura con una sonrisa en los labios. Abro la puerta y, al instante, el aroma a canela me envuelve. Cierro los ojos un segundo, aspirándolo despacio, dejando que me embriague.

«Sigues conmigo».

Entro y recorro el local con la mirada, orgullosa de todo lo que he conseguido, aunque no siempre lo vi claro. Los comienzos son duros, sí, pero resistir… es uno de los mayores logros para los pequeños empresarios como yo.

Activo las luces a mi paso y el lugar cobra vida. Las paredes, pintadas en azul celeste combinan con una cenefa de cuadros blancos y rosas que le da ese aire a *diner* americano de los cincuenta. Hay vinilos pegados aquí y allá, carteles con batidos, cucuruchos de helado, frases como *You rock!* en corazones rosas y otras cursiladas que me sacan una sonrisa. El neón rosa de *Cookie Love* parpadea dos veces antes de iluminarse de golpe, como si

también necesitara un café para arrancar. Pongo en marcha la cafetera. Ruge, y el aroma a grano recién molido se mezcla con el de las galletas que dejé listas anoche. Enciendo la *jukebox* y selecciono una de mis listas favoritas. En cuanto suena *Oh, Pretty Woman*, la voz de Roy Orbison llena cada rincón. Mis caderas se mueven sin permiso mientras tarareo la canción. Me sale solo. Como si mi cuerpo también recordara lo que es sentirse en casa.

La campanilla suena y alzo la vista. Marisa entra con su inseparable sonrisa, el corte *bob* impecable en su sitio, ese rubio ceniza que le cae con elegancia y la mirada cálida de quien sabe leerte el alma sin hacer preguntas. Nuestras miradas se encuentran y ahí está: ese brillo peculiar que solo nosotras entendemos. Extiende las manos hacia mí, siguiendo el ritmo, y bailamos juntas. Se está volviendo una rutina esto de bailar por las mañanas. Tal como lo hacía ella con nosotras.



Han pasado un par de horas. Desde el obrador, a través del cristal, observo a Marisa en el mostrador charlando con una clienta habitual. De esas que últimamente aparece más de lo normal y siempre pide lo mismo, aunque se queda el doble de tiempo. Mi tía le sirve un café como quien conoce de memoria los gustos de alguien, y le ofrece un par de galletas recién salidas del horno con esa sonrisa suya. La otra le sostiene la mirada, ladea un poco la cabeza y suelta una risa bajita que no alcanzo a oír, una de esas que parece flotar en el aire. Marisa se ríe también. Y por un momento, no sé si es la luz del local o el reflejo del cristal… pero juraría que brilla.

Me doy la vuelta y sigo a lo mío en la trastienda del obrador. Coloco las últimas bandejas sobre la mesa, con la mejor luz natural que entra por el ventanal. He preparado una pequeña composición con las nuevas creaciones: galletas decoradas a mano, algunas con

glaseado brillante y otras con mensajes tiernos que han empezado a gustar bastante.

Acomodo el pañuelo rojo en mi cuello y me agacho un poco para encuadrar la foto. Justo cuando estoy a punto de disparar, mi móvil vibra sobre la encimera. Una notificación. Luego otra. Y otra más. Demasiadas. Me incorporo y desbloqueo la pantalla. Han empezado a etiquetar la cuenta de *Cookie Love* en varias publicaciones. Distintas personas. Distintas fotos. Pero todas mencionando el obrador.

Frunzo el ceño, curiosa. No hay ninguna promoción en marcha ni sorteo activo. Abro una de las publicaciones.

Y entonces lo veo.

Es un *reel*.

Una chica aparece frente a la cámara con los ojos rojos de tanto llorar y la caja de galletas de *Cookie Love* delante. Siento cómo se me eriza la piel. Se le nota nerviosa. Mira a ratos a la cámara y a ratos a la nada. Subo un poco el volumen y la escucho hablar. Intentando explicar algo. Contener algo. Mi intuición me dice que no ha estado llorando de felicidad, que era lo que esperaba cuando vi la etiqueta en la notificación.

Justo cuando voy a presionar el botón para ver el vídeo completo, Marisa entra en el obrador.

—No lo veas.

—¿Cómo? —pregunto sin comprender, aún con el dedo flotando sobre la pantalla.

—Ahora no. Luego, cuando cerremos y todo esté tranquilo, hablamos de ello —sugiere con calma, caminando hacia mí con los brazos extendidos. Tiene una intención clarísima: quitarme el teléfono.

—Si me lo dices así, sabes que me generas más curiosidad… —respondo con un nudo en la garganta. Me aflojo el pañuelo del cuello con un dedo. De repente, me aprieta demasiado.

—No te quito la razón, debería haber entrado de otra manera. Ser más… ¿asertiva? —admite—. La cuestión es que no es el mejor momento. Hace unas horas que abrimos, tenemos pedidos por entregar y hay gente sentada en las mesitas.

—¿Y qué te hace pensar que ver ese vídeo va a cambiar algo de eso? —Enarco una ceja, expectante por su respuesta.

Marisa se encoge de hombros. Ya está a un paso de mí, sus dedos casi rozando el teléfono que sigo aferrando con fuerza.

—Digamos que te conozco una mijita. —Sonríe, y coloca su mano suavemente alrededor de la mía—. Confía en mí.

Sin embargo, no me preguntéis por qué… activo el vídeo.

Y la voz de la chica me atraviesa como un dardo directo al pecho. Tiene ese temblor contenido que solo se reconoce cuando has estado ahí. Narra entre suspiros, midiendo cada palabra como si doliera decirla en voz alta. Intenta contener las lágrimas, pero yo las siento igual. Me llegan crudas, sin filtro, como si fueran mías. Siento su dolor en cada fibra de mi piel. A medida que habla, descubro la historia que hay detrás. Alguien, un ser despreciable, sin dos dedos de frente ni un gramo de empatía, ha utilizado mis galletas para dejarla. Con uno de mis bonitos mensajes. De esos que escribo con cariño, y que, en teoría, están pensados para sanar y no para destruir. Pero lo peor no es solo eso. Es la cantidad de comentarios que aparecen debajo, dándole apoyo y confesando que han vivido algo parecido. Uno tras otro. Historias de corazones rotos y cajas de galletas manchadas por despedidas sin alma.

«Mis galletas».

Algunos comentarios son una puñalada directa al tipo que tuvo la brillante idea. Otros, mucho peores, empiezan a especular. Que si la pastelería estaba compinchada. Que si todo era marketing encubierto. Que cómo puede la dueña permitir algo así. Que lucrarse de las lágrimas es inhumano.

«No tiene sentido».

Siento el sudor frío recorrerme la espalda. El miedo a las críticas. A las malas reseñas. A que todo lo que he construido con esfuerzo, con memoria, con amor… se tambalee por culpa de una fama que no me merezco. Y justo cuando creo que no puedo sorprenderme más, aparece una foto. No muy nítida, algo desenfocada y tomada con prisas, pero suficiente. Más que suficiente. Porque en cuanto la veo, algo se me deshace por dentro. La garganta se me cierra, el estómago se me encoge, y durante unos segundos, me quedo paralizada. Mi corazón se para en seco y deja de latir. No puede ser él. Y, sin embargo, lo es. Esa sonrisa ladeada, esa forma de llevar la camisa remangada hasta los codos, las jodidas gafas de aviador… es él. Ese cabrón. El que venía cada treinta días. El que se llevó mi caja con el mensaje. El que se me metió debajo de la piel sin pedírselo.

Y entonces lo entiendo todo. Entiendo por qué Marisa no quería que lo viera. Entiendo su tono tranquilizador, su intento de protegerme, sus manos acercándose con cuidado, como quien se aproxima a una bomba a punto de estallar. Porque lo soy. Una bomba. Una que acaba de activarse.

—¡Lo mato! —bramo, y las manos de mi tía se posan de inmediato sobre mis hombros, intentando calmarme, anclarme, pero me aparto con un movimiento seco, como si su contacto me quemara.

—Cálmate… hay gente fuera —susurra, más por mí que por los demás.

No contesto. Camino hasta la mesa de trabajo y, sin pensarlo dos veces, empujo con el antebrazo todo lo que hay encima. Las bandejas tiemblan, algunas galletas caen al suelo y el olor dulce que antes me reconfortaba ahora me empalaga. Estoy que trino. Agarro el rodillo de madera con fuerza, intentando canalizar toda la furia. El de amasar. El que me acompaña cada mañana. El que tantas veces sostuve pensando en mamá, en todo lo que construimos. Y ahora está en mi mano, apretado con tanta intensidad que me duele. Como si pudiera servirme de escudo contra el nudo en la garganta,

el temblor en las piernas y toda esa rabia que me desborda. Lo levanto y lo golpeo contra la otra palma con fuerza.

—¡Si se atreve a volver…! —digo entre dientes, con la mandíbula apretada—. Está vetado. Vetadísimo. No puede comprar más aquí. Nunca más.

CAPÍTULO 3



—Mario —ronronea Beatrice a mi espalda.

—Dime —respondo, mirándola por encima del hombro mientras me abrocho el cinturón.

—¿Te apetece quedar para conocer a mis amigas? —pregunta con ese tono meloso que no augura nada bueno.

«Joder».

Me pinzo el puente de la nariz y suelto el aire entre los dientes. ¿Qué necesidad había de estropearlo todo? Follábamos como animales. Había química, de la buena. De la que revienta colchones y deja marcas en la piel. Sin promesas, ni drama. Perfecto. Hasta que abren la boca y quieren convertir lo salvaje en estable. Siempre tiene que llegar este jodido punto. Ese maldito momento en el que lo quieren etiquetar. Ponerle nombre a lo que no lo tiene.

Sus dedos se posan en mi hombro con cautela. Alzo la vista y la veo en el espejo. Apoya la barbilla sobre mi clavícula y me lanza una sonrisa. Bonita. Envenenada. Su mano derecha se desliza por mi cintura, lenta, buscando la respuesta, rozando con intención la cremallera de mis pantalones. Arriba, abajo. Tentándome. Pero ya no estoy para juegos.

«Tengo que salir de aquí».

—Beatrice, preciosa… —Atrapo su muñeca con suavidad antes de que siga y me giro para clavarle la mirada, como si la conversación me interesara más de lo que en realidad lo hace—. ¿Sabes qué estaría bien antes de conocer a tus amigas? Una última cena. Solos tú y yo. Sin interferencias.

«Una de esas de despedida».

Le sonrío. Esa clase de sonrisa que confunde, que suena a interés, aunque en realidad esté pensando en otra cosa. Ella asiente despacio, sin tener claro si acaba de ganar algo o lo ha perdido todo. Lo noto en la duda que pasea por su mirada.

No tengo tiempo para esto, ni ganas de alargar más el momento.

—Vale… como quieras… —murmura cuando me separo.

Me doy la vuelta, cojo mis llaves y mantengo mi mejor sonrisa, mientras en mi cabeza ya tengo claro el siguiente paso. Tengo que ir a por otra jodida caja de galletas antes de que la cosa se complique demasiado.

Será la última vez…

—Nos vemos, preciosa. —Le guiño el ojo justo antes de cerrar la puerta de su piso.



El sol de Sevilla pega con ganas, aunque sean apenas las nueve. Detengo el motor y Bruno Mars se desvanece en mitad del estribillo de *Locked out of Heaven*. Aparco cerca del obrador y camino sin prisas. Cruzo la calle ajustándome las gafas de sol mientras reviso el móvil. Un par de correos de la aerolínea, un meme absurdo de un compañero y varias notificaciones que ni me molesto en abrir. No tengo tiempo para mensajes. Solo para cerrar bien lo que empecé y seguir con lo siguiente. Me gusta mantener las cosas simples. Ni los vuelos, ni los polvos, ni las despedidas deberían hacerse eternos.

Guardo el móvil, meto las manos en los bolsillos, silbo la canción de antes y camino relajado hacia el obrador. El aire huele a pan recién hecho y a ese toque dulzón que ya empieza a ser marca de la casa.

Cookie Love.

La pequeña pastelería con nombre de caricia y sabor a infancia. Perfecta para esas despedidas que es mejor dejar en silencio. Sonrío, justo antes de empujar la puerta con la misma seguridad de siempre, esperando encontrarme a la mujer de sonrisa amable que me toma el pedido sin hacer preguntas.

Hoy solo quiero lo de siempre: una caja bonita, un mensaje con las palabras necesarias, y cerrar otra historia con el menor ruido posible.

—¡Buenos días! —saludo con mi mejor sonrisa, de esas que normalmente derriban defensas.

—Buenos días, deme un seg… —responde la mujer, dándose la vuelta con naturalidad, hasta que me ve.

Y entonces, se congela.

Las palabras se le quedan bailando en los labios, como si de pronto hubieran perdido el compás. Me observa durante un instante, luego niega con la cabeza. Apenas un gesto, pero lo suficiente para que algo cambie en el aire.

—Quisiera una caja de galletas, de esas que me prepara usted con tanto cariño —le guiño el ojo, desplegando el encanto de siempre.

—No.

—¿No? —repito, ladeando un poco la cabeza.

—No tengo galletas… —responde, con la voz tan firme como su expresión.

—Pues yo veo el mostrador repleto de ellas —respondo sin perder la sonrisa, educado, tranquilo.

«Solo quiero mi jodida caja de galletas».

—Están reservadas —añade, sin pestañear.

—¿Todas? —Arqueo una ceja.

—Todas —afirma con decisión.

—Vaya. Qué casualidad —comento, dejando caer las manos sobre el mostrador, sin dejar de mirarla—. ¿Y no hay posibilidad de hacer una excepción? Solo una. Prometo que no me quejaré por el trato preferente.

—Hoy no. Ni mañana. Ni pasado.

—¿Tanto compromiso con una reserva? —ironizo, entrecerrando los ojos.

—Digamos que ya no hacemos entregas para según qué tipo de cliente.

—¿Y se puede saber qué tipo de cliente es ese para que estemos teniendo esta conversación? —pregunto, sin perder el tono, aunque ya no suena tan desenfadado.

—Aquí cuidamos lo que hacemos. Lo que vendemos… —Sus pupilas se desvían un segundo hacia la derecha y vuelven a mí—. Y hay personas que no merecen llevarse ni una sola de nuestras galletas.

Nos sostenemos la mirada. Firme. Larga. Estoy a punto de quitarme las gafas de sol, quizá para ver mejor… o para que me vean. Pero justo entonces, mis ojos se desvían hacia el pequeño expositor junto al mostrador. La tarjeta de visita. La misma que me llevé la última vez. Leo el nombre grabado en letras elegantes: *Dolores Carmona*. Luego bajo la vista al cartelito que descansa sobre el delantal de la mujer que tengo delante: *Marisa*.

—Marisa… Exijo hablar con la dueña. —Cojo la tarjeta y la agito suavemente entre los dedos—. Con Dolores.

Marisa empieza a negar con la cabeza con tanta rapidez que parece que vaya a darle un ataque.

—No puede hablar con ella ahora. Créame, será mejor que se vaya… —advierte, lanzando otra mirada fugaz hacia la puerta de

doble hoja a su derecha.

—No me iré hasta hablar con ella —respondo, arrugando la tarjeta sin darme cuenta.

—Pues no va a ser posible. Está muy ocupada —reafirma, cruzándose de brazos.

—¿Sabe? Soy un hombre muy paciente. Puedo esperar.

—Hágame caso. Váyase a comprar otra caja a otro sitio —sugiere con una sonrisa tensa, sin perder la compostura—. En Mercadona venden galletas muy sabrosas. Podrá hacer con ellas lo que usted quiera…

Justo en ese instante, entra por la puerta un hombre con una caja enorme, seguido de una mujer y dos niños que comienzan a corretear por el local como si fuera un parque. Marisa desvía su atención hacia ellos, saludando con cortesía mientras intenta evitar que uno de los críos tire una de las pizarras del escaparate.

«Es ahora o nunca».

Aprovecho el caos que reina en el local y rodeo el mostrador. Abro la puerta de la derecha, esa que parece más un lugar prohibido que una simple trastienda. Esa puerta lleva al obrador. Al núcleo del local. Donde está Dolores. Esa señora me va a tener que explicar sus razones para negarme el derecho de admisión. Quiero mis respuestas. Quiero mi maldita caja de galletas.

No estaba preparado para lo que me encuentro nada más cruzar el umbral. Un trasero.

Pero no uno cualquiera. Perfecto, redondeado, colocado en una postura que deja poco espacio para el pudor. Yo esperaba encontrar a una señora mayor, con canas y sonrisa entrañable… En cambio, es una mujer. Joven. Curvas de infarto. El tipo de tentación que ni un cura sabría rechazar. Su cuerpo exuda sensualidad. Caderas generosas, una cintura que pide ser agarrada, y un delantal que se ciñe justo donde no debería. El pañuelo rojo, anudado al cuello y cayendo despreocupado por su espalda, tampoco ayuda. Y lo único

que puedo pensar es en las mil formas de usarlo sobre todo con ella en esa posición.

—Joder…

Mis ojos se clavan en ese trasero firme que se mueve con una naturalidad que no necesita esfuerzo. No busca provocar, pero lo consigue. Tiene ese tipo de curvas que no se moldean en un gimnasio, se heredan. Y que, si no te sujetas bien, te pasan por encima. Me muerdo el labio inferior, intentando contener el tirón que acaba de despertar en mi entrepierna. Porque, joder, lo que tengo delante debería estar prohibido.

Y entonces, se gira. Solo un poco. Lo justo para dejarme ver su perfil... y esa boca. Carnosa. Roja. De las que te invitan a pecar sin decir ni una palabra. De las que imaginas susurrándote al oído entre jadeos y mordiscos. Me quedo ahí, observándola sin disimulo, olvidando por completo por qué cojones he venido. Aunque con una nueva meta entre ceja y ceja.

«Una nueva conquista».

CAPÍTULO 4



Lola

La música de ABBA me envuelve mientras tarareo *Mamma Mía*. Tengo los auriculares a todo volumen cuando estoy aquí dentro, perdida entre masas, harinas y azúcar, todo lo demás deja de importar. Es mi refugio. Mi lugar seguro. Dónde consigo mi paz mental.

Me agacho a recoger la última bandeja de galletas con pepitas de chocolates, mi especialidad. El sabor del hogar, como diría mi madre. El calor del horno golpea mis mejillas y el aroma a canela acaricia mis fosas nasales. Aspiro hondo, dejando que me inunde. Por un instante, el mundo se reduce a esto: el crujido que emiten las galletas al ser despegadas, el vapor cálido que se cuela por mi escote, y el recuerdo de todo lo que siempre fue. Sonrío feliz, porque, aunque ahora estemos intentando solventar ese pequeño problema, todo va a salir bien. Me incorporo con la bandeja entre las manoplas, dispuesta a colocarla sobre la mesa de trabajo mientras la música se disipa.

Y entonces lo veo.

Detenido en el umbral. Mi cuerpo se congela, como si la imagen que tengo delante fuera un espejismo.

«Él».

Se me abre la boca sin permiso. Aprieto los muslos, porque nunca estuvo tan cerca y, maldita sea, mi cuerpo lo sabe. Lo contempla. Sus jodidos brazos musculosos. La camisa beige, pegada a su torso como si no quisiera soltarlo. Y esa boca. Esa bonita boca.

Lleva una mano al rostro, despacio, y yo aprovecho el segundo para ordenarme por dentro. El hombre que se coló en mis noches sin invitación, mucho antes de convertirse en el detonante de este desastre. Necesito tener una charla urgente con mis hormonas: no pueden alterarse. Estamos en guerra. El mismo que me despertaba cada fibra solo con cruzar la puerta. Con sus malditas gafas, sí, esas que también lleva ahora, y esa sonrisa criminal que empieza a dibujarse en sus labios. Esa que, recordemos, ya no debería afectarme. El que tiene el dudoso honor de haber convertido mis galletas en armas para romper corazones. Mancillando todo por lo que he luchado. La rabia me brota como lava. Soy un volcán a punto de erupcionar.

Aprieto el metal de la bandeja con fuerza. No sé si quiero lanzársela o estamparla contra la pared. Lo único que tengo claro es que el enemigo acaba de invadir mi refugio.

—¿Dolores? —pregunta, aunque su tono parece juguetón.

—Lola —recalco, con la mandíbula tan tensa que me va a crujir un hueso—. Tú no puedes usar ese nombre —espeto, firme.

Suelto la bandeja con un golpe seco contra la mesa. El sonido metálico corta el aire, una advertencia. Un «aquí no, bonito». Él no pestañea; sigue cada uno de mis movimientos con la precisión de quien observa una bomba a punto de estallar. Me quito las manoplas con calma. Una. Luego la otra. Las dejo a un lado como quien deja caer los guantes antes de una pelea. Después, me saco los auriculares. Despacio. Con esa lentitud que arrastra de todo… menos paciencia.

Levanto la vista. Lo miro de frente.

—Tú —siseo.

—¿Yo? —replica con una sonrisa chulesca.

—El señor de la caja de galletas…

—Pues a eso vengo. Por mis galletas.

Alzo un dedo en alto.

—A ti… ¡te voy a dar una galleta! —suelto—. ¿También vas a querer que te las parta en trocitos y te las meta en la boca? —pregunto con la voz más suave que tengo. Esa que uso justo antes de perder los nervios. Esa que suena a calma… pero es dinamita.

Él parpadea, desconcertado. Como si no acabara de entender que acaba de pisar terreno minado. Y que cada palabra que diga a partir de ahora puede hacerlo volar por los aires.

—¿Perdona? —pregunta, ladeando la cabeza mientras se quita las gafas, mostrándome por primera vez esos ojos con los que tanto había fantaseado.

El brillo me ciega durante un segundo. Uno que me deja sin aliento, como si mi cuerpo aún no se hubiera enterado de que esto ya no va de mariposas. Sacudo las manos, intentando espantar la sensación absurda que se me cuela por los poros. Ahora sí: solo me parecen los de una serpiente: fríos, venenosos.

«Ya no tienes poder sobre mí».

—Digo… que si además de colarte sin permiso en *mi* obrador, también quieres que te caliente la leche y te la sirva con una sonrisa —espeto, sin apartar la mirada.

Me cruzo de brazos. Ya no sonrío. Ahora sí estoy lista.

—Sal de aquí. No tienes ni permiso, ni derecho, y ni absolutamente nada que te justifique estar aquí. —Lo señalo con el dedo índice mientras doy pasos firmes hacia él—. Ya me has jodido suficiente.

Su sonrisa se ensancha, y a mí me dan ganas de darle una galleta. Pero en la cara.

—¿Joderte? Créeme, preciosa… —empieza, y esa voz suya, esa jodida voz, me roza la piel como una lengua traicionera.

Actúo sin pensar. Busco a tientas sobre la mesa, agarro una galleta y se la estampo en la boca.

—No digas ni una palabra más.

Sus ojos se abren, primero por la sorpresa y luego… algo cambia. Me toma de la muñeca, con suavidad, pero con firmeza. Y no para apartarme, es para retenerme. Saborea la galleta sin dejar de observarme. Una mirada oscura, densa y peligrosa. De las que arden si te acercas demasiado.

—Suéltame.

Tiro para soltarme, sin suerte. Mi otra mano tantea la mesa como quien busca oxígeno. Y lo encuentra. Mi rodillo. Lo agarro y lo interpongo entre los dos. Una barrera de madera entre nuestros cuerpos. Entre su traición y mis ganas de estrellárselo.

—Buenísima… —dice, relamiéndose uno de los dedos y dejando la mitad en la mesa—. ¿Siempre tratas así a tus clientes? ¿O yo tengo pase V.I.P.?

Se inclina sobre mí. Un paso más y me toca. Lo sabe. Yo también. Me acorrala contra la mesa, y juro que, si respiro muy fuerte, lo rozo. Mi rodillo sigue ahí, protegiéndome. Mi único escudo.

—Tú no eres un cliente. Eres un capullo con mucho morro que usó mis galletas para romper corazones. Mis mensajes. Mis palabras. Para hacerlas virales mientras tú desaparecías como un cobarde —digo con los dientes apretados, el pecho subiendo y bajando como si corriera una maratón—. Ilusiones que no te pertenecían. Que convertiste en chiste. En tendencia. En basura.

Su sonrisa vacila. Apenas un temblor mínimo en la comisura, que yo aprovecho para ganar algo de espacio.

—¿Tanto drama por una caja de galletas? —responde al fin, aunque su tono ya no suena tan seguro. Forzado. Incómodo.

—No es por la caja. Es por lo que hay dentro. Por lo que significa. Por lo que la gente siente cuando la abre. Porque en cada una hay una parte de mí. De lo que no digo, de lo que no enseño y de lo que sí me importa. —Me cuesta respirar, pero no pienso parar—. Y tú lo

usaste para largarte sin mirar atrás. Algo que para mí es hogar, recuerdos bonitos, niñez, familia… y lo convertiste en el final de una historia. En lágrimas para chicas que no lo merecían. En un símbolo de algo que odio. Y ahora, cada vez que alguien entra por esa puerta, tengo miedo de que me miren como si vendiera rupturas en cajas bonitas. Corazones destrozados, endulzados de forma venenosa con mis galletas…

Silencio.

Sus ojos siguen clavados en los míos. Y mierda, encima los tiene jodidamente bonitos. Lo veo tragar saliva.

—No lo sabía —murmura al fin, sin rastro de burla. Solo desconcierto.

Suelta mi muñeca, liberándome de su cercanía.

—Pues ya lo sabes —respondo sin bajar el arma de madera—. Y ahora que lo sabes, lárgate. Antes de que empiece a usar esto como Dios manda.

Está a punto de hablar. Se le nota. Abre la boca, sin embargo, se detiene. Me mira y por un segundo, parece que ha entendido algo. O quizás solo se ha quedado sin argumentos.

—¡Fuera! —brama Marisa, irrumpiendo por la puerta como una furia.

Se planta entre nosotros con las manos en las caderas y la mirada en llamas.

—¿Pero tú estás loco, niño? ¡Te he dicho que no entraras! —le espeta, empujándolo con firmeza hacia atrás, alejándolo de mí.

Él levanta las manos y retrocede sin oponer resistencia. Pero sus ojos siguen anclados en los míos. En lo que no ha dicho y en lo que quizá ya no pueda decir.

—Solo quería hablar…

—¿Hablar? ¡En el obrador! ¿Después de lo que has liado? —le espeta Marisa mientras lo empuja hacia la puerta con pasos cortos

pero decididos—. Ya hablaremos cuando aprendas a pedir perdón sin invadir territorios sagrados.

Antes de que pueda soltar otra de sus frases estúpidas, Marisa le abre la puerta, lo empuja fuera y cierra de un portazo.

Un silencio abrumador envuelve el interior del local. Yo sigo con el rodillo en la mano, el pecho subiendo y bajando con fuerza. Desvío la vista hacia la media galleta rota sobre la mesa, y todo en mí se tensa un poco más.

—¿Estás bien? —pregunta Marisa con la voz más suave, girándose hacia mí.

Niego con la cabeza. No sé si por rabia, agotamiento o esa absurda sensación de haber perdido el control… cuando era yo quien tenía el arma.

CAPÍTULO 5



Me quedo sin palabras tras todo lo que acaba de decir. Literalmente. Ni una réplica, ni una frase sarcástica, ni siquiera una de esas gilipolleces que suelo soltar para salir del paso. Solo puedo mirarla a los ojos. A esa mirada cargada de furia, de verdad, de una intensidad que quema más que cualquier grito. Y por un segundo, no sé si me ha dejado sin aire… o sin cojones para seguir fingiendo que nada me afecta.

En ese instante, la señora que siempre me atiende aparece como una ráfaga, y casi me saca a rastras del obrador. No opongo resistencia. ¿Para qué? Si todavía estoy anclado en esos ojos oscuros que ardían como brasas.

Qué mujer. Qué carácter. Y qué manera de moverse, joder.

Al salir, me quedo ahí, plantado como un gilipollas. Me rasco la nuca, intentando recolocar algo que ni sé muy bien qué es. No solo por la escena, que ha sido una hostia sin manos, sino porque me ha removido por dentro sin que me diera tiempo a protegerme. Venía por una jodida caja de galletas para Beatrice. Sí, era para dejarla. Una caja de galletas, un mensaje bonito y un adiós. Una salida elegante antes de las preguntas. De la insistencia. Juego limpio, o eso pensaba. Jamás imaginé los daños colaterales que eso podía causar. O eso creía yo.

«Mierda».

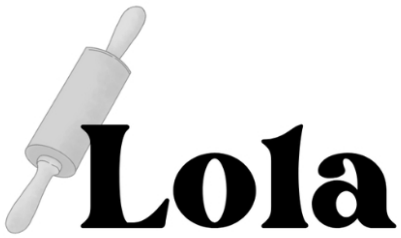
El móvil vibra en el bolsillo y contesto sin pensar, respondiendo con monosílabos mientras aún intento encajar todo lo que ha pasado. Es la aerolínea. Quieren adelantarme un vuelo. Doy respuestas mecánicas, confirmo lo justo, pero no estoy del todo en esa conversación. Algo, a mi derecha, capta mi atención. Un cartel, pegado en una de las farolas junto al paso de cebra. Tiene colores suaves, tipografía cursi y un título que me arranca una sonrisa irónica:

«Haz galletas con amor, *Cookie Love*».

Bajo el título, hay más texto: «Curso de iniciación a la repostería artesanal. Duración: seis semanas. Incluye todos los materiales. Precio de matrícula: 85 euros. Cupos limitados: máximo seis participantes. Imparte: Dolores Carmona». Me acerco mientras la persona al otro lado del teléfono sigue hablando. Cuelgo sin despedirme. Leo el nombre de nuevo. *Dolores Carmona*. La dueña. La del rodillo. La que me puso los puntos sobre las íes con los ojos más fieros que he visto en mi vida.

Releo el cartel, más despacio esta vez, y levanto la vista hacia el local del que salí hace escasos minutos. No sé qué coño me pasa, pero levanto la mano y arranco, uno por uno, todos los papelitos con los datos para inscribirse. Me los guardo en el bolsillo. Sigo de pie, mirando el hueco que dejaron. Sopesando una idea que no tengo del todo clara, aunque empieza a picarme más de lo que debería.

CAPÍTULO 6



—¿Están todos confirmados? ¿Han pagado la matrícula? —pregunto sin despegar la vista de la lista.

—Sí, me he encargado de revisarlo todo —responde Marisa, que se planta delante con un par de tazas en las manos y me empuja una hacia mi lado—. Respira, Lola. Saldrá bien.

—Y una mierda —gruño, agarrando la taza. Me la acerco a los labios, soplo con cuidado mientras la voluta de humo baila como si no supiera que estoy al borde de un ataque de nervios—. Sabes de sobra que no me gustan estas cosas… es como compartir todo lo que me dejó mamá. Sus recetas, sus notas, su forma de hacer las cosas con amor.

—Niña, no pienses así —suspira ella, bajando un poco la voz como hace siempre que intenta no darme un coscorrón emocional—. Solo es para salir del paso. Las ventas han bajado, los encargos también. No vamos a negar que todo aquello nos ha pasado factura. Injustamente, sí, pero hay que ser fuertes y mirar al frente.

Sé que tiene razón. Me lo dice con esa mezcla de firmeza y cariño que solo ella maneja.

—Lo estás haciendo bien. Le has dado un buen lavado de cara a las redes, las colaboraciones funcionan, el escaparate vuelve a tener

vida... Pero aún nos falta un empujón. Y lo que saquemos con el curso nos va a venir de perlas. Lo sabes.

La miro a los ojos. Sorbo un poco de la infusión. Trago. Y con el líquido caliente también consigo quitarme el nudo en la garganta.

—¿Y lo de la *influencer* era necesario? —pregunto achicando los ojos, con ese tono que reservo para lo que me cuesta digerir.

—Muy necesario —responde ella sin pestañear, como si ya hubiera ganado ese debate antes de que empezara.

Suspiro, abatida. No tengo nada en contra de todas esas personas que se ganan la vida creando contenido, de verdad que no, pero tener aquí a una chica con el móvil en la mano, captando cada rincón de lo que con tanto mimo he cultivado… me revuelve por dentro. Un escalofrío me recorre la espalda y me agito en el sitio. Marisa, cómo no, sonríe.

—Al final hasta te va a gustar… —se burla, con esa voz de quien ya te ve rendida—. Venga, ahora toca ir a descansar. Mañana es el gran día y conocerás a tus alumnos. ¿A que tienes unas ganas locas?

—Uy, sí, sobre todo por conocer al único hombre en toda la lista —respondo con media sonrisa, recogiendo las tazas—. Ese es un valiente. O un despistado. Ya veremos.



Me recoloco el pañuelo rojo frente al espejo, anudado con mimo justo como ella solía hacerlo. Peino con los dedos un par de mechones rebeldes que se han negado a colaborar y enderezo los pendientes de aro plateado, de esos que brillan sin necesidad de llamar la atención.

Llevo puestos mis pitillos negros de siempre, los que me hacen sentir firme sobre mis piernas, como si cada paso fuera más seguro con ellos. Una blusa blanca de manga corta, ligera, con los botones abrochados hasta justo antes del escote. Encima, el delantal rosado

de *Cookie Love*, con ese aire coqueto que suaviza, pero no disfraza. Me estiro el tejido con las palmas, borrando arrugas y nervios a la vez. Y entonces lo noto: el roce de la tela contra mi piel tatuada. Porque ahí están, como siempre. Asomando por las mangas contando mi historia en trazos de tinta.

Me inclino sobre el neceser y saco mi barra de labios roja. La de siempre. La que es más mía que cualquier otra prenda. La deslizo con cuidado, como quien termina de vestirse por dentro. Me pongo recta. Recoloco el cartelito de galleta con mi nombre que descansa sobre el pecho y siento un cosquilleo en el estómago, aunque no me dejo vencer.

«Puedes con esto. Y con todo lo que se te ponga por delante».

Un par de toques suaves en la puerta me alertan de que estoy demorándome demasiado. Me gusta hacerme esperar, sí, pero tampoco es plan de dar mala imagen el primer día. Abro y me encuentro con la sonrisa de Marisa al otro lado.

—Diría que ya están todos —anuncia, con ese brillo en los ojos que mezcla nervios con orgullo.

—¿Has pasado lista? —arqueo una ceja.

—No… ¿quieres que lo haga? Pensé que, a lo mejor, querrías hacerlo tú. Así vas poniéndole caras a los nombres…

—Pues tienes razón.

Me acaricia el brazo, justo sobre el tatuaje del rostro de mi madre convertido en una catrina. Sus dedos rozan también las flores, las frases y las cicatrices disfrazadas de arte. Y su calidez me traspasa la piel, como una chispa familiar que me recuerda de dónde vengo.

Y todo lo que puedo.

—¡A por ellos! —dice, y me guiña un ojo.

Encamino mis pasos hasta la sala donde me esperan mis alumnos durante las próximas seis semanas. Tengo que controlar mi genio, ese que oculto en el obrador cuando no quiero tratar con nadie, y respirar. Eso que no se olvide. Cuando traspaso el umbral voy directa

a la que será mi mesa y justo detrás tengo una pizarra blanca. No es muy grande ni espacioso, sin embargo, tenemos todo lo necesario para crear todo tipo de galletas.

Inhalo todo el aire que puedo, y en ese instante, Marisa entra con una sonrisa que parece ensayada, pero que le nace de lo más profundo de su alma. Camina hasta el centro de la sala con paso decidido y parece que en vez de presentar un curso de repostería fuese a anunciar la nueva gira de Rosalía.

—Bueno, bueno… —alza la voz con entusiasmo—. Bienvenidos todos a *Cookie Love*. Hoy arranca algo muy bonito y muy dulce. —Lanza una mirada cómplice a los presentes—. Os dejo en las mejores manos. Con ustedes, la única, la inigualable, la que convierte la mantequilla en arte: Dolores Carmona.

Un pequeño aplauso avivado por mi tía. Respiro. Me coloco bien el pañuelo y doy un par de pasos al frente mientras noto todas las miradas encima.

—Gracias, Marisa, ella será mi ayudante siempre que pueda. —Le paso una mano por la espalda, compartiendo su sonrisa—. Ahora, acercaos y elegir la mesa en la que trabajaréis.

Observo todo con mucha atención.

Dos señoras mayores cuchichean en la esquina como si fueran adolescentes en hora de recreo. Una de ellas lleva un moño que desafía todas las leyes de la física, y la otra, un corte de pelo estilo *pixie*, con un tinte imposible de ignorar. Les pondré mote mental en cuanto abran la boca. Un chaval joven, de pelo castaño cortito, tan corto que casi se le ven las ideas, piel morenita por el sol y brazos que no caben en la camiseta. Tiene cara de haberse equivocado de edificio. Seguro que viene del gimnasio de al lado.

«Lo llamaré Musculitos».

Una chica bajita, de cabello negro y liso que le cae como una cortina sobre los hombros, casi ocultándole la cara. Las mejillas tan arreboladas que parece que lleva rubor hasta en las orejas. No levanta la vista, pero cuando lo hace, unos ojazos enormes, oscuros

y brillantes, me devuelven la mirada. Es un cervatillo asustado, de esos que tiemblan, aunque nadie les grite.

«Ojitos».

«La *influencer*», cómo no, ya está enfocando su móvil buscando el mejor ángulo. Tiene el trípode listo, el palo selfi y la sonrisa cargada para saludar a sus fans. El pelo largo, con ondas tan perfectas que parecen salidas de un tutorial de TikTok, cae en mechones dorados que se acomodan estratégicamente cada vez que agita la cabeza, como si hasta el viento tuviera contrato de colaboración con ella.

Y un hueco libre. Levanto una ceja. Pensaba que estarían todos. Agarro la hoja con los nombres y empiezo a asociar mentalmente cada cara con su puesto, contándolos. Me falta una alumna.

—Voy a repasar la lista para comprobar que no falta nadie… y así poder empezar ya. —Aclaro la garganta y bajo la vista al papel—. Dolores Carmona. Esa soy yo, no hay pérdida.

Las primeras respuestas llegan enseguida.

—Ana Ramírez.

—Presente —responde una de las señoras del fondo. Moño desafiante. Bien.

—Encarnación Ramírez.

—Aquí, *miarma.* —Chasquea los dedos, como si fuese a bailar una sevillana.

Moño y Chispa, son hermanas, anotado mentalmente.

—Julia Paredes.

—Presente —murmura Ojitos, sin apenas alzar la voz.

—Javier Ruiz.

—Aquí —responde Musculitos, más educado de lo que esperaba.

—Lydia Montes.

—¡Presente, amores! —exclama nuestra *influencer*, ya grabando —. ¡Estamos en directo desde *Lydia sin filtros*, donde vais a ver de

primera mano todo el curro que hay detrás de esas galletas deliciosas que tanto adoramos… ¡Atentos, que esto promete!

Sigo leyendo, mordiéndome las ganas.

—María Cervantes.

Silencio.

—Presente —responde una voz masculina que corta el aire como una cuchilla bien afilada.

Frunzo el ceño. Juraría que solo había un hombre en la lista. Uno, y ese ya ha hablado. Siento la mano de Marisa en mi brazo. Su forma sutil de decir «prepárate, que vienen curvas». Y no de las buenas. Levanto la cabeza. Y lo veo. Está de pie, al fondo de la sala. Plantado como si esto le perteneciera. Y encima, hecho un jodido pincel. Se ha afeitado. La barba que antes perfilaba su rostro ha desaparecido, dejando al descubierto una mandíbula tan marcada que podría competir con el David de Miguel Ángel. Mierda. Está aún más sexy. Camisa beige remangada, vaqueros oscuros, y esas malditas gafas de aviador que se retira lentamente, en un gesto casi estudiado, como si supiera que ese movimiento añade expectación. Y lo sabe. Vaya si lo sabe.

Nuestros ojos se encuentran y, en ese instante, siento cómo la sangre se me transforma en lava incandescente. Me sube a toda velocidad por las venas, me revienta el pecho. Él me mira con esa cara de «¿Qué pasa, preciosa?», y con esa media sonrisa chulesca que parece ser su marca de la casa. Un tic se instala en mi párpado, como un botón de emergencia que mi cuerpo ha activado sin avisar.

—Es Mario —corrige él con tono despreocupado y la actitud de quien cree que esto no es más que una anécdota divertida en su día—. Un error sin importancia. Pero ya sabes, me gusta dejar las cosas claras.

Lo miro sin pestañear. Porque sé que, si parpadeo, pierdo los papeles.

«Un error sin importancia. Claro. Como si su presencia aquí no fuera uno».

CAPÍTULO 7



Vale. Quizá… quizá no ha sido la mejor forma de entrar, pero es que había algo en su voz leyendo aquella lista que me tenía enganchado. Y cuando ha dicho María, he sabido que era mi momento. El giro dramático. El «no soy María, soy Mario, preciosa, y aquí estoy».

Tenía que entrar en escena. Lo he hecho de pie, como buen protagonista. Con la camisa remangada, gafas de aviador y la sonrisa justa para parecer simpático sin parecer culpable. Aunque lo sea.

Y entonces, cuando sus ojos se han clavado en mí… joder. Me he sentido observado, juzgado… y algo más. Algo que no sabría poner en palabras. La furia en su mirada era casi sexy. Digo casi, porque el rodillo aún lo tengo demasiado fresco en la memoria. Sin embargo, ahí estaba yo. El capullo del que todos hablaban. En su clase. En su espacio. Viéndola morderse la lengua para no soltarme una galleta. No esperaba una alfombra roja, tampoco una ejecución pública con mirada de fuego incluida… pero oye, algo intermedio no habría estado mal.

—¿Y este bombón estaba en la lista? Porque si lo llego a saber, me empadrono aquí —murmura una de las señoras.

Le regalo una sonrisa. De esas que se me dan tan bien. La del moño levanta las cejas. Interesante.

—Si quieres, puedes sentarte aquí —dice el único chaval de la sala, señalando la silla vacía a su lado—. Te he guardado sitio.

—Gracias —respondo, mientras me acerco y le doy una palmada en la espalda, como si fuéramos colegas de toda la vida.

Siento todas las miradas fijas en mí. Y, sobre todo, la suya. La de ella, grabada a fuego en mi nuca. La observo de reojo. Está quieta, demasiado. Como quien contiene un tsunami. Marisa, la mujer que siempre me ha atendido con educación milimétrica, se inclina y le susurra algo al oído. No oigo las palabras, en cambio, el gesto es claro: intenta bajarle las revoluciones.

«Buena suerte, señora».

Yo ya he aprendido que cuando Dolores, perdón, Lola se tensa, más vale esconderse. Mientras tanto, la *influencer* del grupo, que no ha soltado el móvil desde que ha entrado, pasea por la sala grabando cada rincón como si estuviera en una exposición de arte. Llega hasta la mesa de Lola, se coloca a su lado y apunta la cámara hacia ella, que apenas disimula las ganas de desaparecer.

Qué maravilla. Qué tensión. Y qué ganas de ver hasta donde es capaz de aguantar mi presencia.

Lola tiene que prestar atención a su nueva relaciones públicas. Lo hace a desgana, se nota. Porque hasta hace unos segundos podía sentir el fuego que desprendían esos ojos tratando de alcanzarme.

Sonrío de lado, colocándome bien en el taburete. Me estiro un poco, como quien se acomoda para el espectáculo. Giro la cabeza hacia mi nuevo compañero, pero es la chica de pelo oscuro, la que se esconde tras su propio flequillo, la que llama mi atención.

—¿Julia? —la llamo, probando uno de los nombres que ha ido recitando Lola hace un rato.

Me mira un segundo. He dado en el clavo. Aunque acto seguido desvía la vista hacia atrás, como si detrás de ella hubiera otra Julia más apta para que le hablen. Le hago un gesto con el mentón. Corto. Sencillo.

«Eres tú».

Ella asiente con timidez. Apenas un suspiro de movimiento. Y, por alguna razón que no alcanzo a entender, me dan ganas de protegerla. De decirle que no se preocupe, que aquí nadie se come a nadie… salvo las galletas. Es raro. No suelo fijarme en gente que no me mira como si quisiera arrancarme la ropa o la cabeza. Julia no quiere ni cruzar la mirada. Y, aun así, hay algo en ella que me llama.

—Tranquila, no muerdo —susurro, lo justo para que solo ella lo escuche.

Me regala una sonrisa tan tímida como honesta. Un gesto pequeño. Real. Y entonces lo noto. Ese algo. Hay algo en ella que me recuerda a mi hermana. A cuando éramos críos y la encontraba en la cocina, con las piernas colgando de la silla, las manos llenas de harina y esa expresión de «no sé si estoy haciendo esto bien, pero estoy intentando no molestar a nadie». Esa mezcla de ternura y torpeza. De quedarse callada por si no encaja. Ahí lo entiendo. Julia no es como las demás. Y aunque no lo diga en voz alta… eso me importa más de lo que debería.

—Compartiremos mesa —susurro.

Desvío la vista. Y entonces la veo. A ella.

«Lola».

Plantada junto a la *influencer*, con los brazos cruzados y esa postura de jefa que parece sacada de una escena de Tarantino. El pañuelo rojo al cuello le cae por el escote con la naturalidad de quien no busca llamar la atención, pero lo consigue igual. Y esos pantalones. Negros, ajustados, marcando unas caderas que invitan al pecado. Me muerdo el labio, porque qué quieres que te diga… hay mujeres que piden flores, y otras que piden mordiscos. Y ella, si me apuras, lo pide todo.

El delantal rosado le ciñe la cintura como si estuviera hecho a medida, y aunque está fingiendo que escucha a la *influencer*, sus ojos… están en otra parte. Tal vez en mí. O tal vez en el plan detallado de cómo matarme y quemar mi cadáver en el horno.

Sea como sea, sé una cosa. Esto se va a poner interesante.

Y entonces, por fin, se despega de la mesa. Camina hacia el centro de la sala con paso firme, se planta frente a todos. Y habla.

—Espero que hayáis venido con ganas de mancharos las manos —empieza, y su voz corta el aire con una seguridad que me eriza algo que no sé nombrar—. Esto no es un curso para posar con un delantal mono ni para ligar.

Varias risitas incómodas suenan a mi alrededor. Sonrío canalla, porque sé que esa puñalada era para mí, sin duda.

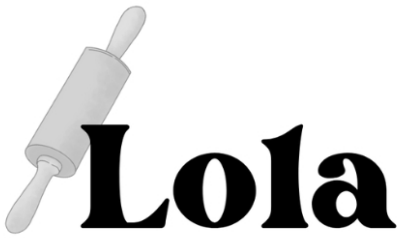
—Aquí se viene a aprender, a pringarse y a equivocarse. El azúcar se mide, pero la paciencia… no tanto. Así que vamos a intentar hacerlo fácil: escuchad, respetad y no interrumpáis.

Se hace un silencio breve y sus ojos pasan por cada uno, repasando las caras con precisión. Hasta que se detienen en mí. Nos sostenemos la mirada. No parpadeo. No retrocedo. No bajo la vista ni un milímetro. Ella tampoco. Un segundo más o tal vez dos.

Y entonces, le guiño un ojo, con la tranquilidad del que sabe que acaba de meterse en la boca del lobo… y le gusta.

Y, por cómo aprieta los labios, juraría que acabo de ganar otro billete directo al infierno. Primera fila, con su nombre bordado, y yo encantado de arder.

CAPÍTULO 8



Voy decidida hacia su mesa. La canción que suena de fondo cambia a *Call me*, de Blondie, y me envuelve como un mantra cargado de ritmo y furia. Me infunde energía. La que voy a necesitar para controlar las manos ante semejante neandertal con sonrisas de *spot* publicitario. Con cada paso, mi dignidad se recoloca como si llevara tacones invisibles. Camino firme, desafiando al mundo a que diga algo.

«No puedo permitir que esté aquí. No en mi espacio. No después de lo que hizo».

Cuando me planto frente a él, me cruzo de brazos. Él levanta la vista como si acabara de recibir a la invitada que esperaba. Sonríe. Esa maldita sonrisa suya. La que debería estar prohibida por Sanidad y registrada como arma de destrucción hormonal. Esa que me dan ganas de borrar de un sopapo con forma de galleta. Esta vez, no de las comestibles.

Aprieto los nudillos a mis costados y la tensión me cruje por dentro.

—No sé qué coño haces aquí —empiezo, bajito, entre dientes—, pero este no es tu sitio. No es tu lugar. No durarás ni un día.

Sus cejas se arquean, divertido. No me interrumpe. Error.

—Estoy segura de que no sabes hacer nada en una cocina… bueno, salvo usarla para fines poco… culinarios —añado, mirando de reojo la encimera como si su sola presencia pudiera convertirla en una zona de peligro biológico.

Se levanta con lentitud, plantándose delante de mí, tan cerca que el aire entre nosotros empieza a extinguirse. Alzo el mentón, sin dejarme impresionar por su jodida envergadura. Maldito gilipollas con encanto.

«¿Por qué demonios huelen bien los idiotas?».

—Vas a llevarte una sorpresa, Lola —responde con ese tono suyo a medio camino entre la guasa y el pecado. Como si cada palabra tuviera el sabor de un tequila que sabes que no deberías beber, pero lo haces igual—. Te prometo que no solo voy a durar, sino que voy a ser tu mejor alumno.

Sus ojos bajan, lentos y peligrosos. Se detienen un segundo en mis labios.

Mi cuerpo lo nota antes que mi cabeza. Y ya están mis malditas hormonas activándose como si esto fuera una *romcom* con escenas eróticas y no un duelo a muerte con azúcar glas de por medio.

—Claro que sí —murmuro, seca como el desierto.

—Es más —añade, inclinándose un poco, bajando la voz con ese tono de confesión traviesa—, ¿qué te parece si hacemos una apuesta?

No respondo, pero mi ceja se eleva sola. Mi gesto dice «adelante, idiota, sorpréndeme».

—Si soy un desastre y no sé hacer nada, me largo. Me disculpo en público, aquí, delante de todos… y desaparezco de tu vida.

Pausa dramática, hasta eso le gusta controlar.

—Pero si soy bueno… —murmura con voz ronca—. Si resulta que soy el mejor —añade, sonriendo de lado, como si ya conociera el final—. Entonces tendrás que aceptar mis disculpas. Y cenar conmigo.

«¿Este hombre está bien de la cabeza? ¿Qué tipo de universo paralelo es este donde un capullo engreído cree que va a salirse con la suya?».

No me da tiempo a responder. Ni a estamparle una espátula en la cara, porque justo en ese momento, Marisa irrumpe en escena con su voz alegre como si no acabáramos de pactar un duelo de orgullo.

—¡Atención, atención! —anuncia desde la puerta, con una bolsa grande entre las manos—, tengo un pequeño detalle para cada uno: delantales personalizados, con vuestros nombres bordados.

Los alumnos aplauden. Musculitos silba animando al personal. Yo intento respirar. Me arde el pecho. El aire no llega, pero mi ira sí.

—Fijaos que han pensado en todo, incluso en que vayamos a juego con nuestra magnífica Dolores Carmona. Este curso promete darnos muchos momentazos y yo estaré encantada de retransmitirlo en directo —anuncia Lydia, nuestra *influencer* de turno, con el móvil en vertical, enfocándome como si fuera el *trending topic* del día.

«Respira, Lola».

—Sonríe, preciosa, todos te están mirando… —susurra Mario en mi oído, tan cerca que noto el aliento rozándome la oreja, erizándome la piel.

«Mierda. Hormonas, ¿podéis prepararos para la jodida acción? Dejad de suspirar como si fuéramos unas malditas quinceañeras».

—Cállate. O ¿quieres que te dé otra galleta? —digo entre dientes, sin perder la sonrisa.

Marisa reparte con eficiencia. Cuando llega al de Mario, se gira hacia él con una sonrisa tensa, de esas que solo ella sabe manejar con elegancia.

—El tuyo está a nombre de María… y bueno, el modelo es de mujer. Solo hicimos uno masculino, y…

Sonrío con malicia. Esto promete.

—Es perfecto —la interrumpe él, quitándoselo de las manos y desplegándolo como si fuera un puto trofeo—. Nunca he llevado algo

tan elegante. ¿Esto es encaje? —añade, tocando la tela con la yema de los dedos, disfrutando quizá más de la cuenta.

«¿Será… cabrón?».

—Entonces, ¿te lo quedas? —pregunta Marisa, tan sorprendida como yo.

—Por supuesto, ¿cómo rechazar un regalo tan especial? Tienes unas manos de oro —responde, zalamero perdido.

—Gracias —dice mi tía, desertando sin pudor y subiéndose al barco del enemigo.

La *influencer* ya lo está grabando sin perderse ninguno de los detalles.

—A ver si ahora, además de guapo, cocinas a las mil maravillas —murmura una voz detrás.

—Os sorprendería de todo lo que soy capaz —responde él, guiñando un ojo a la cámara.

Me muerdo la lengua. Porque no puedo decir en voz alta lo que estoy pensando. Y porque si hablo… puede que la apuesta termine con un delantal estampado en su bonita cara. O con una bandeja de galletas, recién salidas del horno y volando hacia su estúpida sonrisa.

—Y seré tu mejor alumno. Uno que jamás olvidarás —susurra canalla, para que solo lo escuche yo.

Respiro hondo. Muy hondo. Aprieto los puños y cierro los ojos un segundo, estiro el cuello y me repito que puedo con esto. Aunque *esto* mida más de un metro ochenta, tenga el ego más grande que el horno industrial y me mire como si supiera algo que yo aún intento olvidar.

—Bien —anuncio al fin, caminando hacia el centro de la sala mientras coloco una de las cintas del delantal detrás—. Vamos a dividirnos en grupos de tres para empezar con las primeras recetas. Galletas básicas. Harina, mantequilla, azúcar y paciencia. La mezcla

inicial. Como una primera cita: si falla esto, no hay manera de salvar lo que viene después.

Algunas risas. Bien. Eso me devuelve algo de control.

—Os iré diciendo con quién trabajáis. —Cojo la lista—. Y quiero respeto, orden y limpieza. Y nada de flirtear en medio de la masa —añado, sin mirar a nadie… aunque todos saben a quién va dirigido el comentario.

Empiezo a leer:

—Ana, Encarnación y Lydia. —Las dos señoras mayores se cogen del brazo como si fueran a hacer una coreografía de los setenta y animan con la mano a que la *influencer* se acerque a su mesa.

—¡Empezamos! No os perdáis ni uno solo de los directos —proclama Lydia, con la energía de quien está a punto de hacerse viral.

—Javi, Julia y… —mi vista se detiene un microsegundo en el nombre que debería leer. Aprieto los labios— Mario.

Ojitos levanta la mirada como si le acabaran de leer la sentencia. Mario, en cambio, sonríe como si le hubieran servido un postre exclusivo con nota de cata incluida.

—¿Julia? —dice él, con voz suave, mientras le ofrece la mano—. Encantado de ser tu compañero de galletas.

Julia se sonroja y asiente con timidez, mientras Mario le susurra algo que no alcanzo a oír. Le coge la mano, se inclina con una reverencia exagerada y le planta un beso casto en el dorso, como si fuera un jodido príncipe. Desde la mesa de las veteranas se escapan varios «ains» suspirados; da la impresión de que acaban de ver el tráiler de su nueva novela romántica favorita. Lydia lo graba todo, feliz con su nuevo protagonista.

Ruedo los ojos tan fuerte que casi veo mi infancia, y me alejo de ahí, antes de que mi paciencia, o mi rodillo, vuelvan a escena.

—Perfecto —intervengo—. Espero que os llevéis bien. Esta receta necesita compenetración. Y no confundáis el glaseado con el

coqueteo —añado.

Otra puñalada verbal. Otra sonrisa suya.

—¿Y qué pasa si el resultado es espectacular, profe? —espeta el idiota con el delantal rosa, acomodándose el nudo del cuello con esa naturalidad suya que me dan ganas de encadenarlo al lavavajillas.

«Encima, el rosa le queda bien…»

—Ten cuidado de que no se te quemen —respondo, girándome para esconder mi cara. No por timidez, sino porque tengo la mandíbula tan apretada que igual reviento un empaste.

Reparto ingredientes. Y me repito como un mantra que voy a sobrevivir a esto. Sin embargo, cuando levanto la vista y lo veo ahí, con la espátula en una mano, *mi* delantal bordado en su torso y esa mirada que dice «vas a tener que echarme con agua hirviendo»…

Lo dudo. Mucho.

CAPÍTULO 9



Ser el centro de atención nunca ha sido un problema para mí. Más bien todo lo contrario, me encantan y me crezco. Ya desde adolescente me gustaba gustar, que las chiquillas se giraran a mi paso y cuchichearan a mis espaldas. Lo mío no era inseguridad ni ansias de aprobación. Era vocación. Nací para dejar huella… o, al menos, para que me recordaran con una sonrisita tonta. Sin embargo, lo de hoy tiene un matiz distinto.

Porque mientras reparto sonrisas, guiños y reverencias a abuelitas encantadas de la vida, tengo la sensación de que una de esas miradas que tengo clavadas en la nuca… no quiere arrancarme la ropa. Quiere arrancarme la cabeza. Y eso, joder, me pone más de lo que debería.

«Lola».

La mujer con nombre de canción antigua y rodillo de combate. La que me mira como si supiera perfectamente cómo me gustaría morir… y estuviera dispuesta a hacerlo con su propio estilo.

«Qué mujer…».

La observo de reojo mientras organiza los grupos. Va de dura, sí, pero ese tic que le ha dado en el párpado cada vez que hablo me dice que estoy consiguiendo justo lo que buscaba: no dejarla indiferente. Y sí, lo reconozco: vengo a jugar. Pero también vengo

preparado. Porque si hay algo que detesto más que quedar como un gilipollas, es hacerlo delante de una mujer que me desarma sin tocarme.

Así que estas últimas semanas, mientras volaba de un sitio a otro, entre *jet lags*, escalas y habitaciones de hotel impersonales… Me he tragado todos los malditos tutoriales de repostería básica de YouTube. Me sé de memoria las proporciones de la masa quebrada, cómo batir la mantequilla para que coja aire, y hasta qué galletas no se expanden demasiado en el horno.

¿Parece ridículo? Tal vez. Sin embargo, la cara que va a poner Lola cuando me vea con las manos en la masa… va a valer cada vídeo de señoras horneando en plano cenital.

Julia, la chica tímida que me recuerda a mi hermana cuando era pequeña, me mira de reojo como si no supiera qué hacer conmigo. Le sonrío un poco más suave esta vez. No todos los gestos tienen que incendiar el ambiente.

—¿Qué te parece si tú pesas la harina y Javi empieza con los huevos? —propongo, señalando la receta. Ambos me miran sorprendidos, y les guiño un ojo—. He hecho los deberes.

—Menos mal, tío, si yo me apunté a esto casi obligado…

—Nada de cháchara —nos corta Lola desde el otro lado, sin levantar la voz.

Nos tiene fichados. Estamos en su punto de mira.

Lola pasa cerca y nos lanza una mirada fugaz. Casi sin detenerse. Pero no se le escapa nada. Lo sé. Porque sus ojos se clavan un microsegundo en mis manos, en la forma en que bato la mantequilla, y aunque no abre la boca... Yo veo esa ceja. Ese milímetro que se arquea y esa mueca que aún no sabe si es escepticismo o interés.

«Así me gusta, preciosa, que mires bien estas manos».

Lo tengo clarísimo, voy a ser su mejor alumno. Voy a batir cada jodido ingrediente como si me fuera la vida en ello. Y cuando llegue el momento, cuando pruebe una galleta hecha por mí… Le va a

costar más admitirlo que tragársela. Y eso, amigos, eso sí que va a ser dulce, tenerla justo donde quiero. Rendida al placer que puedo provocarle con mis manos. Aunque más adelante… Llegaremos a otro tipo de masa.



Ha llegado el momento de la verdad y Lola se prepara para juzgar nuestras creaciones. Aún no nos toca, pero la tensión se podría cortar con un cuchillo de untar. El otro grupo se adelanta, bandeja en mano, como si fueran a presentar una obra maestra en una gala de estrellas Michelin. La señora del moño, su inseparable y la *influencer* le entregan el resultado con una mezcla de orgullo y miedo escénico. Las galletas no están perfectas, ni uniformes, sin embargo, han subido bien y el tamaño es bastante decente.

Lola se acerca. Silencio absoluto. Agarra una de las galletas con esos dedos que, estoy convencido, son capaces de hacer magia con cualquier *masa*. La sopla con cuidado, aún está caliente, la airea unos segundos y luego la parte por la mitad con los pulgares.

Crack.

Ese sonido perfecto que no deja lugar a dudas.

La huele con calma, como si en su nariz llevara un detector de ingredientes. Después, la prueba. Cierra los ojos. Mastica despacio. Deja que el sabor le diga si va bien o no. Y yo, desde donde estoy, no puedo dejar de mirarla. Incluso la *influencer* ha bajado el móvil. Todos contenemos el aire. Lola abre los ojos. Asiente, solo una vez. Y esa única inclinación de cabeza vale más que mil aplausos.

Mi mente ya ha volado al momento en que haga eso con una de las mías. Cuando la vea saboreándola, en silencio, con los labios entreabiertos y esa mirada de *no quería que me gustara, pero me gusta tanto, Mario…*

«Joder, qué ganas tengo de que se le derrumbe el orgullo entre migas».

Unos minutos después, el horno suena con ese *ding* triunfal que debería anunciar la gloria. Nos acercamos con expectación. Julia me sonríe. Javi me da una palmadita en el hombro de «vamos, crack».

Abro el horno. El calor me da de lleno. Y entonces las veo. Mis galletas. Más planas que la tabla del *pressing catch*. Un par se han unido como si tuvieran una relación abierta. Y otra parece haberse rendido en la esquina de la bandeja, convertida en una especie de churro crujiente.

—Joder —mascullo entre dientes.

Silencio.

Julia se tapa la boca con los dedos, conteniendo la risa. Al menos la he hecho reír, aunque no era mi intención. Javi, en cambio, se muerde la lengua para no soltar nada, pero ya ha fruncido el ceño, como si quisiera bajarle la nota a las galletas por telepatía.

Y, casi al instante, aparecen ellas: las dos señoras mayores. Cuchichean como si esto fuera un concurso en directo. La del moño imposible se inclina con seriedad.

—Eso tiene arreglo con glasa. Mucha —susurra como quien diagnostica una operación a corazón abierto.

La otra asiente, cruzada de brazos.

—O con un milagro —se carcajea su hermana—. No podía ser perfecto en todo —añade en voz baja, pero con toda la intención.

«Auch».

Nuestra *influencer* no pierde el momento. Está justo detrás, con el móvil apuntando en vertical y narrando la escena con voz entusiasta para sus seguidores.

—En exclusiva, las primeras galletas del guapísimo alumno nuevo. Un intento valiente… pero fallido —comenta, enfocando la bandeja y luego mi cara.

Y justo entonces, aparece ella. Lola, con rodillo invisible en mano. Fija sus pupilas en las mías y desvía la vista a mis galletas. Y vuelve a mirarme, cruzando los brazos.

—¿Querías sorprenderme? —pregunta, ladeando un poco la cabeza, con esa media sonrisa que podría arrasar ciudades—. He visto accidentes de tráfico con mejor pinta.

—Es que son galletas conceptuales —respondo, sin perder el tono —. Expresan la decadencia de las expectativas modernas.

Julia suelta una risita. Lola niega con la cabeza. Y acto seguido, lanza el golpe final. Sin alzar la voz, pero apuntando donde duele:

—Esto no va de vídeos de YouTube, Mario. —«Zas» directa a mi orgullo—. Va de práctica. De equivocarse mil veces y volver a empezar. Y, sobre todo, va de corazón. Eso que se pone en la masa. Y en todo lo demás. —Me mira de arriba abajo. Lenta. Intensa. Y siento sus jodidas pupilas recorrerme la piel.

Se gira sin más, con el delantal perfectamente ajustado, esos pitillos negros que desafían la lógica y el pañuelo ondeando detrás como una jodida bandera de guerra. Y mientras se aleja, con ese paso firme que parece marcar el ritmo del obrador, solo puedo quedarme ahí, con el paño en una mano… y una bandeja de galletas que ni mi madre colgaría en la nevera.

«Joder. Qué mujer».

Y qué ganas de hacerlo bien, aunque sea solo para que deje de verme como un capullo más. Para que, por una vez, tenga que tragarse sus palabras y rendirse. Me hago una promesa, en silencio, mientras observo cómo se balancean sus caderas.

La próxima tanda… va a saber a victoria.

CAPÍTULO 10



Lola

La clase ha terminado. No ha habido ningún ataque, ni verbal, ni con rodillo, y sorprendentemente, todos han salido con una sonrisa y la tripa contenta. Después de hornear, tocaba la mejor parte: probar las galletas. No todas salieron perfectas, era su primera vez y no podían obrar milagros, pero le han puesto ganas. Y eso, para mí, lo es todo. Que se manchen las manos, que se rían cuando algo no sale, que se dejen llevar. Que le pongan corazón.

Las comisuras se me escapan un poco hacia arriba de orgullo puro.

—No ha ido tan mal… —susurra Marisa a mi derecha, como quien no quiere la cosa.

Me encojo de hombros. No pienso darle la razón, al menos no todavía.

—Por mucho que te hagas la dura, esa sonrisa te ha traicionado —añade, con esa sabiduría suya de madre postiza que se las sabe todas.

—Solo comparto la alegría de ellos —respondo, sin dejar de observar las bandejas ya vacías.

—Y hay que reconocer que ganas no les han faltado. Incluso me ha sorprendido cierto alumno —puntualiza, dándome un leve codazo

—. Ha sabido qué hacer, ha liderado el grupo… Mira tú por dónde, si hasta está limpiando como si le fuera la vida en ello.

Desvío la vista, disimulando como puedo, hasta la mesa del fondo. Ahí está Mario, trapo en mano, limpiando la superficie metálica con un empeño que roza lo ilegal. Cada movimiento marca los músculos del brazo, como si estuviera grabando un tutorial de limpieza con *sex appeal.* ¿Hasta frotar tiene que hacerlo sexy? Ni una miga a la vista. La mesa brilla más que mi futuro hace unos meses.

Aun así, no es suficiente.

No basta con venir aquí, colarse en mi espacio, ponerse un delantal rosa con una sonrisa y querer pasar por un alumno más, como si nada. Por mucho que friegue, por mucho que sonría... todavía tiene mucho que demostrar.

—¡*Miarma*, nos vamos ya! —se despide Encarnación, agarrada al brazo de su hermana, con esa energía de quien ha vivido mil vidas y aún le quedan ganas de otra ronda.

—Hasta el miércoles, chicas —respondo con una sonrisa profesional, de esas que me salen solas, aunque por dentro tenga la mandíbula algo tensa.

Una a una, las alumnas van despidiéndose. Incluso Julia, esa pequeña sombra callada, se me acerca para darme las gracias. Baja la cabeza, pero sonríe. Se ha soltado un poco, y eso… me toca. Javi va detrás, más interesado en su móvil que en despedirse, aunque al menos murmura un «gracias, profe» antes de desaparecer por la puerta.

Y entonces está él.

Mario. El último.

El muy capullo se ha tomado lo de limpiar la mesa tan en serio que parece competir por el aprobado de Mónica Geller. Aún está ahí, como si quisiera demostrar algo y esperando a que me acercara. Sin embargo, no lo hago. Porque justo en ese momento, el distribuidor

de harina entra por la puerta lateral con cara de que ha cargado más peso del que su espalda acepta.

—Dolores, traigo el pedido —dice.

—Voy —respondo, y me encamino hacia él, no sin lanzar una última mirada rápida de reojo a Mario.

Sí, ahí sigue. Sonriendo con esa tranquilidad suya que me pone de los nervios. Me cruzo con él mientras voy a la trastienda y se despide en voz alta, para que lo escuche bien:

—Nos vemos, profes… Buen trabajo hoy. Y gracias por las galletas. Algunas saben… peligrosamente bien.

No le contesto. No me giro. Pero Marisa, a mi lado, se ríe bajito y susurra:

—Y eso que no las ha probado todas…

Él sale. Y el aire parece cambiar un poco cuando lo hace.



Ya en casa, la música suena bajito desde el altavoz del salón. Una lista tranquila, con voz de mujer y letras suaves que llenan el ambiente de esa calma que necesito. Estoy sentada en la mesa del comedor, con mi libreta abierta, un boli rojo de punta fina en la mano y restos de harina en la manga de la blusa. La sacudo con un par de toques, y luego me acaricio el brazo.

Preparo los apuntes para la próxima clase: ingredientes, cantidades, sugerencias… dibujos de utensilios y dos ideas para galletas decoradas. Estoy concentrada. Más de lo que pensaba. Marisa se asoma desde la cocina, apoyándose en el marco con una taza de té entre las manos. Me observa durante unos segundos antes de hablar.

—Ajá…

—¿Ajá qué? —pregunto sin alzar la vista.

—Que al final te está gustando más de lo que querías admitir.

Me detengo y vuelvo a escribir. No la miro.

—Es solo organización. Me gusta que todo salga bien —respondo, tajante.

—Claro, claro… —contesta ella, dando un sorbo a su taza.

—Marisa —la advierto.

—¿Sí?

—Te recuerdo que tengo un rodillo. Y buena puntería.

Ella se ríe, levanta las manos y desaparece por el pasillo. Vuelvo a mirar la hoja, pero no escribo. Porque en mi cabeza no está la receta. Está todo lo que he vivido en esa sala y lo que he dejado salir para danzar entre esas personas que no me conocen de nada. La sensación de haber vuelto a conectar con algo que llevaba tiempo apagado. Y cómo, al final, cierta persona me ha sorprendido… solo un poquito. Por las ganas. Por el empeño. Aunque eso no lo diré muy alto. Ni siquiera en mi cabeza.

El sonido seco de una notificación rompe el hilo de mis pensamientos. Bajo la vista, resoplo sin ganas y estiro el brazo hacia el móvil. Doy la vuelta al teléfono y ahí está: la cuenta de *Cookie Love* ha sido etiquetada. Otra vez.

Inhalo. Todo el aire que puedo. Hasta que me duele el pecho.

Desde aquel maldito día, cada vez que aparece una mención o una etiqueta, siento como si tuviera que atravesar un campo minado. Me han llegado mensajes de todo tipo: algunos cargados de veneno y mala leche, otros con la delicadeza justa para decirte que has fallado sin que suene a insulto. Y unos pocos, muy pocos, que me recuerdan por qué sigo haciendo lo que hago. Por qué aún horneo galletas. Por qué me sigo levantando cada mañana a llenar la cocina de aromas y nuevos recuerdos.

Así que abrir Instagram se ha convertido en eso: un acto de fe. Como saltar al vacío y confiar en que, por una vez, no habrá más fuego. Pulso la notificación. Lydia. Ha subido un vídeo. Uno largo.

Dudo durante un segundo. Porque sé que, si le doy al *play*, voy a volver a estar ahí. En esa sala, con todos. Con él.

Sin embargo, lo hago. Porque necesito saber.

Y entonces… empieza a sonar la música. La voz en off. Su tono entusiasta. Y las imágenes. Sin darme cuenta, dejo que se me afloje el cuerpo en la silla. Apoyo la espalda, el vaso a medio beber y me dejo envolver por todo eso otra vez. Como si pudiera regresar a esa sala solo con mirar la pantalla.

Observo sus caras compartiendo confidencias, cuchicheando sobre el otro grupo, intentando superarse. Moño y Chispa, como ya las he bautizado mentalmente, aparecen compenetradas en todo, con sus delantales y esa sonrisa cómplice que me recuerda a los recreos del colegio. Luego, Lydia se pasea por la clase captando detalles. Marisa aparece de fondo, y se pone colorada cuando ve que la graban. La conozco tanto que hasta a través de la pantalla sé cuándo está intentando no salir corriendo.

Después, la cámara me enfoca a mí. Y aunque mantengo las formas, una sonrisa me viste el rostro. Una de esas que hacía tiempo que no me visitaban. Familiar. Íntima. Una que había guardado en el cajón desde que ella ya no está. Me reconozco en esa imagen, pero también me redescubro.

La voz de Lydia narra lo sucedido durante la clase con un tono suave, casi hipnótico, y empiezo a comprender por qué tiene tantos seguidores. Es cercana. Tiene chispa. Graba los utensilios, el horno, los ingredientes… y luego enfoca al otro grupo. El que parece competir con las señoras del moño como si esto fuera un *MasterChef* de barrio.

Y es entonces cuando veo algo que antes no vi.

«Mario».

Concentrado, con el ceño ligeramente fruncido. Está hablando con Musculitos y con Ojitos. Les explica cosas. Les señala ingredientes y da instrucciones. No lo hace con arrogancia, ni con esa actitud de «mirad qué bueno soy» que me ha mostrado. Lo

hace... bien. Sin más. Como si estuviera, por un momento, siendo útil. Siendo parte de algo.

Cuando Javi se aleja a por la bandeja, él aprovecha para acercarse a Julia. Se inclina y le dice algo. No sé qué, pero lo suficiente para que ella levante la vista y, por primera vez en toda la clase, sonría abiertamente. No una sonrisa cualquiera. Una de esas que alumbran desde dentro, de las que se notan en los ojos, que empieza en el pecho y se escapa sin permiso. Y me atraganto un poco con mi propio juicio, ha conseguido que Ojitos, esa chica que apenas se atreve a hablar, se sienta segura. Vista. Porque no esperaba que él fuera capaz de provocar eso. Y porque, tal vez, por un momento, dejo de verlo solo como el imbécil de la caja de galletas.

«Solo un poco».

Me quedo mirando el vídeo unos segundos más, aún con el móvil en la mano.

Y esa sonrisa, la que me ha vestido el rostro en mitad de la clase, regresa.

No sé si quiero dejarla estar… o si me da miedo acostumbrarme. Me recuesto un poco más sobre la silla, el vídeo se acaba y la música baja el volumen. La pantalla vuelve al inicio y respiro. No por alivio, no por tristeza. Por la extraña certeza de que algo está cambiando. Aunque no quiera, aunque no sepa si es para bien, pero está pasando. Y algo dentro de mí… quiere dejar que pase.

CAPÍTULO 11



Me rasco la cabeza, dándole vueltas a la receta. Seguí los pasos justo como decía el puñetero vídeo. Mismo orden, misma proporción. Y, aun así, lo que salió del horno parecía una mezcla entre cartón prensado y una galleta con crisis de identidad. Un churro. Literalmente. Pero oye, pude salir airoso. Ya sabes… cuando uno tiene carisma, hasta la masa mal hecha se digiere mejor. Lo vi. Lo juro. En esa sonrisa sutil que apareció durante un segundo en los labios de Lola. Apenas nada. Suficiente para mantenerme en pie de guerra. Porque esa sonrisa, aunque mínima, se me ha quedado grabada en la entrepierna. Y no pienso parar hasta verla entera. Sonriéndome. O gimiendo. Lo que venga antes. El orden del factor no altera el producto.

—¿Mario?

Pestañeo un par de veces y alzo la mirada. Luz. La azafata rubia de piernas interminables con la que he compartido más de una turbulencia en el baño de un Airbus A320. Lo nuestro nunca ha pasado de lo básico: dos cuerpos cansados que necesitaban desahogarse entre escalas y aviones. Lo justo y necesario para seguir funcionando.

—Dime —respondo, acomodándome el *trolley* mientras caminamos hacia la salida de la T4.

—¿Te has enterado de algo de lo que te he dicho? —pregunta mientras se gira hacia mí, las manos apoyadas sobre la barra metálica que separa las cintas.

La verdad es que no. No me he enterado de una mierda. Tenía la cabeza en otra parte. En otra mujer, concretamente. Con pañuelo rojo, pitillos y un rodillo de combate.

—Claro, preciosa. —Dibujo mi mejor sonrisa, esa que derrite hasta los hielos del Polo Norte.

Ella arquea una ceja. Sabe que miento. Pero también sabe jugar a este juego.

—Ajá… entonces… ¿te espero en mi piso?

Y en este instante, a mi izquierda, un par de señoras mayores discuten con emoción sobre galletas. Mis sentidos se disparan como si alguien hubiera gritado «¡emergencia en cabina!».

—Yo siempre le pongo un poco más de canela, que eso alegra cualquier masa —dice una, aferrando su bolso con una mano mientras la otra gesticula como si removiera ingredientes invisibles.

—Pues yo las hago de manteca, como mi madre. Que las modernas esas no saben lo que es una receta con solera —replica la otra, con un peinado perfecto y gafas con cadenita dorada.

Y, lo juro, algo en mí, llamémosle orgullo herido o no me sale de los cojones claudicar, me hace inclinarme ligeramente hacia ellas.

—Disculpen, señoras… ¿puedo hacerles una pregunta?

Ambas se giran a la vez, como si yo fuera parte del personal de tierra dispuesto a imprimir sus tarjetas de embarque.

—Verán, estoy en un curso de repostería y… necesito consejo de profesionales. Y ustedes tienen toda la pinta de saber lo que hacen.

Una sonrisa se les dibuja en sus rostros. Luz rueda los ojos a mi lado. Yo le guiño. Esto se me da bien. Porque cuando se trata de seducir… no hay edad que se me resista.

—Ay, hijo, ¿y eso? ¿Un chico tan guapo haciendo galletas? —pregunta la del peinado, visiblemente encantada.

—Eso no se ve todos los días —susurra la otra, escaneándome de arriba abajo con descaro y sin un gramo de vergüenza.

—Soy un ejemplar en extinción —respondo, derrochando zalamería.

—Y tanto. Ojalá más mozos como tú… —dice la de las gafitas—. ¿Qué necesitas, consejos o técnica?

—Lo que haga falta con tal de mejorar —digo, apoyando una mano en la barra como quien está a punto de cerrar una venta millonaria—. ¿Algún truco infalible? Estoy intentando impresionar a… una profesora un poco exigente. Creo que me tiene manía.

Se parten de la risa. Luz resopla bajito, mientras yo disfruto. Ni siquiera he activado el modo normal del móvil y ya he ganado algo más valioso que cobertura: información. Y, con suerte, un par de trucos de horno que me acerquen al único objetivo que me importa ahora mismo. Lola. Su boca. Esa lengua afilada que quiero ver ocupada en cosas menos hostiles. Si para eso tengo que convertirme en el rey de la mantequilla, que así sea.

Salgo del aeropuerto con el sol dándome de lleno en la cara y me acomodo mis gafas de aviador. El tipo de sol que no te acaricia, te abofetea. Sevilla en mayo. Ideal para fundirte el alma si vienes de un vuelo largo y traes el cuerpo más seco que las galletas que horneé el otro día.

Saco el móvil. Abro contactos. Maite. La llamo antes de pensarlo dos veces. Porque una cosa tengo clara: necesito poner en práctica esos nuevos trucos de las señoras del aeropuerto. Y necesito un jurado con criterio. O con hambre, que viene a ser lo mismo.

—¿Sí? —responde al segundo timbrazo, con ese tono de hermana pequeña que te conoce tanto que ya sospecha antes de que abras la boca.

—¿Cómo está mi hermana favorita?

—Como que solo tienes una… —suspira, harta ya antes de empezar—. ¿Qué has hecho ahora?

—Nada, todavía. Pero voy a hacer galletas. Y necesito que las pruebes.

—¿Tú? ¿Cocinando? ¿En esa cocina que parece atrezo de catálogo? ¿Te has dado un golpe en el avión?

—No, estoy motivado. Que no es lo mismo. Tengo la tarde libre y he conseguido un par de truquitos nuevos que pueden cambiar la historia de la repostería. —«O al menos la de mi ego»—. En mi casa. Dos horas.

—¿Y si tengo planes?

—Cancélalos. Esto es por una buena causa. La evolución de tu hermano, que no pasa todos los días.

—Dios mío… —murmura, ese «Dios mío» con el que suele empezar todas mis mejores ideas—. ¿Te llevo algo? ¿Pastillas? ¿Un espejo? Porque, en serio, el nivel de ego que manejas últimamente...

—Sí. Trae hambre. Y, si puedes, un par de amigas tuyas. Que haya diversidad en el jurado. Democracia y esas cosas que dicen por la tele. —Sonrío mientras me despido de Luz con un gesto de mentón. No necesito decirle más. Ya sabe que ahora mismo, mi mente está en otra pista de aterrizaje—. Y no traigas a la rata —añado, bajando el tono. Maite sabe a quién me refiero.

—Eres idiota, ¿lo sabías?

—Pero un idiota con galletas en proceso.

—Vale, pero que lo sepas: si envenenas a mis amigas, pienso grabarlo todo y subirlo a TikTok.

—¿Ves? Esa es la actitud que me gusta. Te espero en un par de horas.

Cuelgo con una sonrisa. Hoy, el horno echa humo. No pienso fallar. Porque si hay una forma de redimirme, va a empezar por el estómago y por esa maldita ceja alzada que Lola levanta cuando cree que no valgo para esto. Voy a conseguir que la baje. Aunque

sea a base de mantequilla, canela… y un par de galletas que sepan a perdón.



Dispongo las galletas sobre la bandeja nueva que compré expresamente para esto. Negra mate. Elegante. He seguido los pasos como un alumno aplicado: medidas exactas, amasado paciente, horno vigilado como si fuera un parto. Ganas no me han faltado. Pasión, tampoco. Porque, seamos sinceros, si esto funciona y consigo que a Lola se le aflojen las bragas igual que las defensas… habrá merecido la pena cada minuto de amasado. Estoy a una galleta perfecta de colarme en su cama.

Cojo una. La examino. Tiene buen color. Buen grosor. Huele de puta madre. La parto con los dedos. *Crack.* El sonido perfecto. La mitad queda en mi mano. Me imagino su cara al probarla, relamiéndose como si acabara de ver a Dios en forma de bocado. Y entonces, con voz melosa, diría:

—Mario, qué manos tienes… ¿todo lo haces así de bien? —la imito, con esa forma de hablar que levanta lo que se le antoje.

Y yo, sonriendo como el cabrón encantador que soy, respondería:

—Sí, preciosa. Puedes comprobarlo cuando quieras. Estas manos… hacen maravillas. —Y lo peor es que no estoy exagerando.

Ding dong.

El timbre. El jurado ha llegado. Que empiece el espectáculo.

Abro la puerta con mi creación en la mano, un tesoro digno de altar. Maite me mira como si acabara de bajarme de una nave espacial. En su regazo, el maldito chihuahua, el demonio de cuatro patas al que llama *He-Man*, intenta alcanzar el manjar que sostengo entre los dedos.

—Quita, bicho. —Le planto la palma delante del hocico—. Te dije que…

—¿Querías que viniera? ¿Que cancelara mis planes? Pues te aguantas. *He-Man* viene conmigo. —Me muerdo la réplica, porque sé que la necesito más de lo que me gusta admitir—. O si quieres vuelvo por donde he venido… ¿Niñas?

He-Man. Qué cojones. Ese nombre no le hace justicia. El perro es la encarnación del odio envuelto en pelusa. En ese momento, aparece su amiga: bajita, rubia y con lengua de camionero. Arrastra a otra rubia mucho más alta, de sonrisa medida y mirada de «vengo a cotillear, pero con elegancia».

—Maca y Yure —suelta Maite rodando los ojos—. Las conoces desde hace años, pero claro, como no han pasado por tu cama...

—Ni pasaremos. Antes me arranco la piel —espeta Maca, sin miramientos.

—Huele bien —reconoce Maite mientras entra—. Pero también olía bien ese ambientador de brownie que casi nos mata.

—Confía, pequeña. Hoy no hay trampas —le entrego la galleta como si fuera una reliquia sagrada—. Pruébala y luego habla.

Las amigas entran detrás. Yurena empuja a Maca para que no se entretenga husmeando. Maite suelta al *gremlin* peludo que empieza a corretear por el salón, y yo me contengo las ganas de lanzarlo a la terraza.

—Bienvenidas a la primera edición de *Masterchef Cookies* —anuncio con una reverencia exagerada—. Soy vuestro chef, vuestro anfitrión y, si todo va bien, vuestro nuevo distribuidor de galletas orgásmicas.

—Eres tonto —murmura Maite, cogiendo asiento mientras sus amigas se acomodan a su lado.

—¿Ese delantal no es de mujer? —pregunta Maca, entornando los ojos—. Ahí pone María.

—¿Y? ¿Algún problema? —respondo, plantando pose.

—Será de su última conquista —suelta mi hermana, sin dignarse a mirarme siquiera.

—Fijo que aún tienes por ahí pegados a tus sobrinos nonatos… —espeta Macarena con toda la naturalidad del mundo.

—Qué asco, Maca, ahora voy a malpensar de todo lo que nos rodea —responde Yure, frunciendo la nariz como si acabara de oler un crimen.

—Joder, sois unas cotorras y unas mal pensadas. Es el delantal del curso. Hubo un error y por eso llevo este. Todo está limpio. No hay restos, ni difuntos imaginarios.

—De acuerdo —dice Maite, mirando a sus amigas.

Reparto galletas. Sirvo té. Y aunque la escena parezca de Pinterest, esto no es más que mi intento de redimirme. Una galleta a la vez. No por ellas. Por *ella*. Se hace el silencio. Prueban. Mastican. Maite me mira. Yurena mastica lento. Maca asiente con los ojos cerrados. Y ahí está: el veredicto.

—Vale… —dice mi hermana, con ese tonito de «prepárate para lo que viene»—. No están mal.

—¿Solo *no están mal*? —Me llevo una mano al pecho como si me acabaran de clavar un tenedor en el orgullo.

—Es un piropo viniendo de mí. Están crujientes, tienen buen sabor… aunque te has pasado un pelín con la mantequilla.

—Yo creo que por eso me gustan —interviene Maca—. Me recuerdan a las que hacía mi abuela. Aunque podrían estar mejor. Pero se pueden comer. —Se inclina hacia delante, coge un par más y luego, pensándoselo mejor, agarra un puñado—. Mejor dame un táper y me las llevo. No me gusta tirar comida.

Yurena no habla, solo asiente. Eso ya es mucho. De repente, Maca se levanta y empieza a rebuscar en los muebles como si viviera aquí. Yure la sigue y le tira del brazo. Tienen ese tipo de amistad que da miedo interrumpir.

—Las repartimos, no te preocupes… —le responde Macarena.

—Maca, por favor.

—¿Qué? No seas agonías, hay que compartir… —responde Maca, con una galleta entre los dientes y la tapa de un táper en la mano.

—No es eso. Para, no es tu casa. —Yurena le da una colleja suave, señalándome.

—¡Ah! Mario, te dejaremos alguna, no te preocupes —añade resuelta Macarena.

Me dejo caer en el sofá con una sonrisilla torcida, las manos detrás la cabeza y esa satisfacción en el pecho que no me da ningún vuelo ni ningún polvo de hotel. No estoy del todo contento. Aunque cerca. El sabor no era perfecto, vale. Aún me falta rodaje, práctica, algún que otro truco más de abuela experta… Pero era, sin duda, el mejor resultado que he logrado hasta ahora. Y el hecho de que no las hayan escupido y que Macarena esté peleando por un táper como si le fuera la vida en ello me parece una victoria más que decente. Porque, a veces, el verdadero triunfo no es clavar el despegue. Es conseguir que te pidan repetir.

Maite me observa. Con intensidad. Como si intentara leer entre líneas.

—Te lo estás tomando muy en serio para solo querer redimirte por ser un auténtico gilipollas —comenta, cruzándose de brazos—. Aquí hay algo más.

La miro. No sé qué decir. O no quiero. Porque si le digo la verdad, si le digo que lo hago porque quiero tirarme a una mujer que no me quiere ni cerca, que quiero que me mire distinto, que me abra la puerta… de casa, del cuerpo, lo que sea… que quiero verla rendida. Que se me suba a las caderas y me eche en cara que se equivocó conmigo. No, eso no se dice. Se consigue.

—Digamos que tengo una apuesta —respondo con media sonrisa —. Y no pienso perderla.

Ella no pregunta más. Me conoce lo suficiente para saber cuándo no quiero hablar. O cuando estoy hablando sin decir nada.

—Pues suerte con eso —responde, cogiendo otra galleta y mordiéndola con ganas—. Pero por si acaso… sigue insistiendo. A veces no se consigue a la primera.

Y eso haré. Porque si algo sé, es que la próxima vez que Lola pruebe una galleta mía… va a querer más. Y no solo del postre.

CAPÍTULO 12



Lola

—Hoy no haremos galletas —anuncio con decisión, y varios «oh» se escapan entre los alumnos como si acabara de cancelar la Navidad.

Mi mirada recorre la clase, una por una, hasta que tropieza con ese hueco maldito. El que me remueve el estómago sin pedir permiso. El asiento vacío. Mario no está.

«Un problema menos…».

—Vaya —comento, fingiendo una indiferencia que no se cree ni mi reflejo en la cafetera—. Parece que hemos sufrido una baja.

Todos siguen mi mirada y se fijan en su ausencia.

—Puede que se haya puesto malo —aventura Ana, con tono sincero.

—A lo mejor está muy ocupado —replica Encarnación con una sonrisita pícara y las cejas bailando sobre sus gafas.

—Encarnación, no estamos aquí para meternos en la vida de los demás —recalco, aunque esa punzada se me clave justo detrás del esternón.

—Llámame Encarni, *miarma* —responde ella sin perder el ritmo. Y eso, al menos, me arranca una mueca de sonrisa mientras me giro hacia la pizarra blanca.

«¿Qué esperabas, Lola? ¿Que viniera todos los días? ¿Que esto le importara? Venía a lo que venía. A jugar. A lucirse. A ser un capullo con encanto. Ya está».

—La primera baja... ¿será la presión por impresionar a nuestra profesora o simplemente no estaba a la altura? —recita Lydia mientras se graba con un encuadre perfecto—. ¿Qué opináis?

Intento ignorar esa sensación, tomo el rotulador y lo destapo con un clic decidido. Hoy toca cambiar las reglas.

—Bueno, dejemos el tema. No todos tienen la paciencia ni las ganas. Demostradme que no sois como él.

Varias risas bajitas se escapan mientras empiezo a escribir en letras grandes y claras:

«GLASEADO REAL - Técnica y Consistencias».

—Hoy vamos a trabajar con glaseado. Y no, no es tan fácil como parece. Hacerlo puede hacerlo cualquiera. Dominarlo… eso es otra historia.

Me vuelvo hacia ellos, recuperando ese tono que me hace sentir segura. La profesora. La que sabe.

—Vamos a diferenciar dos consistencias clave: delineado y relleno. Una más densa, la otra más fluida. Ambas esenciales para decorar con precisión y que vuestras galletas no acaben pareciendo un Picasso con resaca.

Los móviles se alzan, algunos toman notas, otros directamente graban.

—Además, veremos cómo teñir el glaseado sin que se corte ni se vuelva líquido. Y practicaremos una técnica muy especial: el *wet-on-wet*. Es decir, pintar sobre húmedo para crear efectos tipo acuarela o marmoleado.

Ojitos levanta ligeramente la cabeza. Musculitos parece genuinamente interesado. Lydia ya ha hecho *zoom* al título de la pizarra para su *story*. Estoy explicando la diferencia entre los bordes

precisos y el relleno fluido, cuando la puerta del aula se abre. Sin aviso. Sin timbre. Sin remordimientos.

«Y ahí está. Mario».

Como salido de un maldito anuncio de perfume caro. Camisa blanca remangada hasta los codos, pantalones oscuros y esa sonrisa que debería pagar impuestos por los efectos secundarios. En una mano lleva su delantal rosa, ese mismo que le bordamos con nombre de mujer, y en la otra una bolsita pequeña que no alcanzo a distinguir. Se detiene justo en el umbral, como si esperara una ovación. Y lo peor es que la tiene.

—¡El desaparecido! —exclama Musculitos, chocando los puños con él.

—Niño, nos tenías preocupadas —comenta Ana.

Mario le responde con un guiño.

—¡Llegó el gigoló! —grita Encarni, que debería tener un *podcast* de comentarios sin filtro.

Y lo peor es que no se inmuta. Al contrario, saluda con la barbilla alzada, como si acabara de aterrizar de un desfile en Milán, y se acerca sin dejar de sonreír. Cuando pasa por mi lado, me lanza una mirada de soslayo. De esas que rozan y que quitan el aire.

—Perdón por el retraso, profe —susurra a mi oído mientras se coloca el delantal—. He estado practicando —deja algo sobre mi mesa.

Contengo la respiración mientras observo una bolsita de celofán transparente, cerrada con una cinta roja y una galleta dentro. Redonda. Bien horneada.

«Lo ha hecho. El muy capullo ha practicado».

Y lo peor es que... no tiene mala pinta.

—No piques, Lola —me digo, en voz bajísima, como si pudiera convencer a mi parte racional de que no merece ni una migaja de mi atención—. No caigas.

—Espero que te chupes los dedos y te acuerdes de mí… —murmura ronco antes de alejarse.

Pero algo en mí ya ha caído. Solo un poco. Lo justo para que me cueste no volverme a mirarlo cuando regresa con su grupo. Lo justo para que el corazón me dé ese tamborileo traidor en la sien y que mis piernas se tensen con ganas de patearlo... o de... no sé ni lo que quiero hacerle. Y eso es peligroso.

«Muy peligroso».

Al otro lado de la clase, Lydia sigue grabando de manera disimulada. Ana y Encarnación hablan sin molestarse en bajar la voz:

—Ese muchacho es un bombón. Si fuera veinte años más joven y tuviera menos lumbalgia...

—¡Encarni! —reprocho, girándome con los ojos entornados.

—¿Qué? Una no está muerta todavía —responde ella tan pancha.

—¡A trabajar! —exclamo, más para mí que para ellos.

De reojo veo cómo Mario se acomoda en su puesto con la naturalidad de quien nunca ha sido cuestionado. Se ata el delantal con un gesto ágil, elegante, malditamente seductor. Y entonces saca de la bolsa una caja pequeña de ingredientes propios. Botes con colorantes, boquillas para manga, incluso un set de palillos y espátulas.

—Me he venido arriba —anuncia, haciendo un guiño a Julia, que parpadea como si le hubiera entrado harina en los ojos.

Contengo las ganas de morderme el labio para no soltar una pulla. Mario observa la pizarra con el ceño fruncido, como si de repente le hubieran cambiado las reglas del juego. Aprieta los labios y se cruza de brazos.

—¿Glaseado?… —pregunta, alzando un poco la voz—. Mierda, venía preparado para hornear, no para pintar cuadros.

Me giro con toda la intención del mundo, apoyando la cadera en la encimera y cruzando los brazos a la altura del pecho.

—¿Algún problema, Cervantes? —pregunto, usando su apellido como un dardo.

Él se gira hacia mí, ladea la cabeza y sonríe.

—Ninguno. Pero reconócelo, me echaste de menos y has complicado la clase solo para ponerme a prueba.

—Te sobrestimas —respondo, sin pestañear—. Algunos preferimos trabajar con ingredientes de calidad. No con ego inflado y actitud de estrella.

—¿Eso ha sido una indirecta o me estás piropeando en idioma repostero? —Se acerca un paso, bajando el tono como si la cocina entera se hubiera reducido a nosotros dos.

—Fue una advertencia. La manga pastelera se aprieta desde atrás, no como tú aprietas tus frases —le espeto, girándome para volver a mi mesa.

Su risa ronca estalla, suave. Y el aula entera se tensa, expectante. Un murmullo de risas se extiende por la clase. Encarni carraspea y le susurra a Ana:

—Como esto siga así, le va a glasear la cara con una hostia.

—O le da una galleta —responde su hermana.

—Shhh, que la *influencer* está grabando —las corta Javi, mientras Lydia ajusta la cámara como quien huele una exclusiva.

—Se respira verdadera tensión… esto es cine —murmura nuestra *influencer*, con tono de ASMR directo a sus seguidores.

Me doy cuenta de que toda la clase está pendiente. Todos los ojos encima. Inhalo. Exhalo. Y clavo la mirada en el grupo.

—¿Algo más que comentar o vais a poneros con los glaseados como toca? Porque si queréis *reality*, os vais a Netflix. Esto es un taller, no un capítulo de *First Dates*.

Las manos vuelan hacia los boles y la masa empieza a mezclarse, aunque el murmullo sigue latiendo en el ambiente. Y el temblor en mis costillas también. De reojo, veo a Mario ajustándose los guantes

con una parsimonia casi quirúrgica, como si en vez de manejar azúcar glas, fuera a abrirme el pecho en canal.

«No lo mires más de cinco segundos, que lo nota».

—Voy a necesitar una clase práctica de glaseado, entonces —dice mientras se cruje los nudillos—. Y si quieres, te puedo enseñar cómo se remueve algo con suavidad… pero sin perder firmeza.

Me doy la vuelta tan rápido que casi se me cae la espátula.

—Mario…

—¿Sí, profe?

—Una palabra más y acabarás glaseado tú. Pero a rodillazos.

Él levanta las manos con falsa inocencia, aunque su sonrisa brilla. Y ese brillo me pone de los nervios. Y de otras cosas que ahora no puedo permitirme.

—Vale, vale… silencio. Me centro en la receta, lo juro.

Toda la clase contiene la risa. Suspiro, camino hasta mi mesa, me recoloco el pañuelo, y elevo la voz:

—¿Os hace gracia? ¿Estamos en *El club de la comedia* o en una clase de repostería? ¡Venga, cada uno a lo suyo! Que si quiero espectadores, me voy al teatro.

Moño se sobresalta, Encarni se disculpa en voz baja y Julia baja la cabeza tan rápido que casi se esconde en el cuenco de la masa. Lydia guarda el móvil, aunque con una sonrisita que no augura nada bueno. Y Mario… se remanga la camisa con la calma de quien se está preparando para una cita. Una muy caliente. Con glasa y todo.

Y yo me repito por décima vez en lo que va de clase:

«Este tío me va a sacar de mis casillas».

Vuelvo a mi mesa, cojo la bolsita de celofán y, antes de hacer nada más, me doy la vuelta. Les doy la espalda a todos evitando miradas indiscretas. Llevo la galleta a la nariz y la huelo. Solo una vez. Rápido. Disimulando. Como si olisquearla fuera un delito. Y sí, lleva canela. La muy zorra huele a recuerdos.

CAPÍTULO 13



No sabía si venía a una clase de repostería o a una maldita prueba de supervivencia. Glaseado real. Técnicas. Consistencias. Rellenos. ¿Qué cojones? Sonaba a todo menos a lo que había estado practicando la última semana con los consejos de aquellas señoras y algún que otro video explicativo. Pero ahí estaba yo, con mi delantal rosa, mi sonrisa en su punto justo de insolencia, y una galleta perfecta que ya no sabía si había sido una genialidad o un error monumental.

«Ni la había probado».

Eso me dolió más de lo que voy a admitir en voz alta. Joder, esperaba que lo hiciera. Que la probara y dijera algo tipo: *Mario, está buenísima*, y luego me mirase como si acabara de descubrir que, bajo esta fachada de capullo encantador hay algo más. Pero no. La observó un segundo con sorpresa, apenas un destello, y luego... fue como si el celofán escondiera veneno en lugar de canela. Sin embargo, algo me dice que tarde o temprano lo hará, al menos para comprobar si lo hice mal.

«Cuando la pruebe no va a encontrar lo que en realidad espera».

Desde que me senté en mi sitio, no he dejado de mirar a Lola. A veces, de reojo, como quien no quiere guerra. A veces, directamente, como quien ha traído todo el arsenal. Porque Lola se

alimenta de tensión, y yo estoy hecho para provocarla. Pero también… para aguantarle la mirada sin pestañear. Aunque me he propuesto algo más: ganarme a los demás. Y con ello, desestabilizar su fortaleza de hielo con grietas de simpatía. Porque si todos me quieren, ella no podrá echarme. Ni ignorarme. Ni odiarme tanto como finge.

—Julia —susurro, inclinándome hacia ella, que parece una ardilla en modo pánico frente a la manga pastelera. Me mira, con esos ojos gigantes que piden auxilio—. Venga, esto no muerde —le animo—. Aprietas por aquí, sujetas por allá, y piensas en algo suave.

—Va-a-le —balbucea roja como una manzana.

—Una almohada —sugiere Javi, uniéndose al grupo.

—O el trasero de alguien que os guste —añado con tono canalla.

Julia se sonroja hasta las orejas y Javi se parte de risa. Punto para mí. Mientras siguen delineando lo que parece más una nebulosa que un corazón, me acerco a la mesa de las veteranas.

—Señoras, veo mucho arte por aquí. Y poca vergüenza también, pero eso lo traigo yo de serie.

—Y a ti mucho descaro —salta Encarni, dándome con la espátula —. Pero se te perdona por lo guapo que eres.

—La sonrisa va incluida en la receta, como la buena mantequilla —respondo, con reverencia.

—Si fueras veinte años más joven… —añade Ana, con tono melancólico.

—Y si yo tuviera veinte años más… te invitaba a cenar, te dejaba elegir postre… y luego te llevaba a menear las caderas —le suelto, sin perder la sonrisa.

Las dos se parten de risa. Otro punto para mí. Esto va como la seda. Y si me gano a las veteranas, tengo medio taller en el bolsillo. Mientras las dos intentan que sus corazones glaseados no parezcan riñones hipertensos, me inclino con gesto solemne y les dedico una sonrisa de las que se ganan perdones y favores.

—Señoras, si me lo permiten…

Sin esperar demasiado, mojo el dedo en el glaseado de Ana, que está tan concentrada que ni parpadea. Tengo que conocer bien a mis contrincantes. Recojo un poco de esa mezcla brillante con toda la parsimonia del mundo. Ana ahoga una carcajada y Encarni chasquea la lengua.

—Niño, no te pases…

—Es por investigación científica —respondo, guiñando un ojo.

Y entonces ocurre. Justo cuando estoy saboreando la escena, el ambiente, el público entregado… Noto el móvil de Lydia. Palo *selfie* en mano. Ángulo perfecto. Grabando. Me giro hacia ella con gesto calculado, levanto el dedo cubierto de glaseado y lo llevo a mis labios. Lo relamo despacio. Con intención. Como quien no solo se come el dulce, sino todo lo que representa.

Y con voz grave, de narrador sexy de *reality* repostero, murmuro:

—Queridos seguidores de Lydia, esto no es solo una clase. Es un viaje sensorial. Y yo… soy vuestro piloto.

Risas, aplausos bajos, codazos. Y luego, esa mirada.

«Lola».

Ella finge que está centrada en su mesa, removiendo un colorante, aunque la tensión en sus hombros la delata. Sabe que la estoy mirando y que lo estoy haciendo todo bien. Y eso le jode. Porque no me quiere aquí. No quiere que yo encaje. No quiere que esto funcione, pero está funcionando. Y lo sabe.

Me acerco a mi grupo. Julia me pasa la manga pastelera con una mezcla de miedo y admiración. Yo la cojo, marco una línea perfecta sobre la galleta y suspiro, satisfecho.

—Esto, amigos, es la diferencia entre improvisar y entrenar.

—Cervantes. —Escucho su voz. Firme. Casi fría. Levanto la vista con chulería.

«Esto se me da de vicio».

—Dime, profe.

—No olvides que una buena decoración no tapa una masa mediocre.

Sonrío. Me encanta este juego y que me rete. Que saque las uñas, porque eso solo significa que no le soy indiferente.

—Pero ayuda a que parezca deliciosa, ¿no crees?

—Aunque la mona se vista de seda… —añade, elevando una ceja — mona se queda.

Me inclino levemente, aceptando el golpe con estilo.

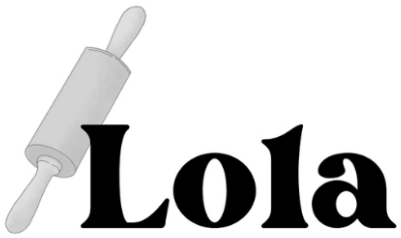
—Entonces, esta mona se va a vestir de gala. Y te va a sorprender.

—Lo dudo —responde, pero ya me está mirando con ese brillo en los ojos que desmiente cada palabra.

—No lo digas muy alto, Lola. Porque cuanto más lo niegas… más dulce va a saber el primer mordisco.

Ella no contesta, pero la forma en que me sostiene la mirada me dice que, en el fondo, esta batalla está lejos de terminar. Y yo, encantado. Porque si algo me pone, es que ella se resista. Que pelee. Que no me lo ponga fácil. Así sabrá mucho mejor su derrota.

CAPÍTULO 14



No sé en qué momento mi vida se convirtió en uno de esos capítulos que ves con una mano en el corazón y otra en el mando a distancia, lista para apagar la tele si todo se va a la mierda. Porque así me siento ahora. Como si mi día tuviera un botón de apagado urgente y yo estuviera aquí, resistiéndome a pulsarlo.

«Mario, y su chulería».

Ahí está. En mi sala. Respirando mi aire. Sentado en una silla que debería estar vacía. Y, para colmo, apuntado con un nombre falso. Qué poética ironía: Mario haciéndose pasar por María. Como si con eso pudiera engañar al sistema. O a mí. Me muerdo el labio conteniendo eso que se está fraguando en mi interior.

—Marisa —la llamo en voz baja, sin perderlo de vista.

—¿Dime? ¿Falta azúcar? ¿Harina?

—No, solo es... —Lanzo una mirada de reojo hacia nuestro gigoló particular—. ¿Cómo se nos coló semejante *error*?

Marisa sigue la dirección de mi mirada y luego me observa. Sonríe. La muy traidora sonríe.

—Cariño, se apuntó por la web como todos. Rellenó su formulario, pagó y listo. No hay trampa, ni cartón… ni vergüenza, por lo que se ve. No le des más vueltas. Ya está aquí, no la está

liando —hace una pausa dramática—, y encima cae bien. Bueno… a casi todos.

«Ha caído en su red».

—¿Tú también? —Alzo una ceja, más filosa que un cuchillo jamonero.

—Lola, dale una oportunidad. Tal vez de verdad quiera redimirse —susurra, y sin más, se va hacia Lydia, que la llama con la mano en alto y cara de haber confundido la glasa con cemento.

Resoplo. Me doy la vuelta para preparar los ingredientes y justo entonces lo escucho reír. Ese tipo de risa que le nace del pecho, que contagia al resto y llena el aire como si todo lo demás importara una mierda. Está hablando con Musculitos, con el chico que comparte mesa. Claro que ríen. Mario tiene ese encanto de cabrón irresistible que convierte cualquier espacio en su escenario. Y le encanta tener ese superpoder.

«Lo odio. Por eso. Por cómo entra y descoloca. Por cómo rompe desde lejos».

—Si las miradas matasen… —murmura Encarni, lo bastante alto para que la bomba llegue a mis oídos.

Le lanzo una mirada de esas que deberían estar registradas como arma blanca. Ni siquiera intento disimularlo. Con él aquí, las reacciones me nacen solas. Y no suelen venir con filtro.

—¡Eh! Nada de fuego cruzado —dice Ana, levantando las manos como si temiera que en cualquier momento fuese a empuñar una espátula a modo de daga.

—Tranquilas… hoy solo disparo con la manga pastelera —respondo, sin alzar demasiado la voz, pero lo justo para que lo escuchen y se rían por lo bajo.

Mientras reparto boquillas y separo glasas de distintos colores, no dejo de pensar en lo que ha conseguido: desestabilizarme. No con su cara bonita, que también, sino con su insistencia. Con su forma de mirarme como si no fuera el enemigo y quisiera quedarse. Pero

yo sé que no es por mí. Es por la curiosidad. O por el ego. O por ambas cosas, servidas en bandeja.

Coloco una manga pastelera frente a él sin mirarlo.

—Ni se te ocurra dibujar marranadas —murmuro más seca que el desierto.

—¿Y si quiero hacer un corazón?

Lo dice bajito, como si me susurrara un pecado. Y lo peor es que, aun así, me vibra algo dentro.

«Lo odio. Dios, cuánto lo odio».

Respiro hondo. Me trago las ganas de decirle que él no tiene derecho a jugar con corazones, ni de masa ni de verdad. Sin embargo, me callo. Porque si empiezo, no paro.

Me alejo. Me concentro en el grupo. Explico la diferencia entre contorno y relleno, reviso la densidad del glaseado, intento que Lydia no acabe con la manga pegada al techo y sonrío a Julia cuando me enseña su diseño. Me mira como si cada palabra mía fuera ley. Y yo rezo por no decepcionarla.

Sé que él me está mirando. Siempre me mira.

Cuando por fin doy la orden de dejar secar los diseños y recoger, me permito un respiro. La sala huele a azúcar, a vainilla, a colorante en exceso… y a algo más: tensión en estado puro. Marisa se me acerca con su cuaderno rosa decorado de *stickers* y esa mirada que dice «te lo advertí» sin necesidad de abrir la boca.

—No me digas nada —le espeto, mientras limpio la encimera con energía de exorcismo.

—Solo iba a decir que no se ha prendido fuego a nada. Que ya es mucho —bromea, me da un beso en la mejilla y se va al almacén.

Y sí, quizá tiene razón. No ha ardido nada. Salvo mi paciencia. Me giro para dar las gracias y despedir al grupo, pero ya no queda nadie.

«Solo él».

Está de pie con una sonrisa que roza lo insolente. Sostiene una galleta de práctica en la mano, glaseada con lo que parece ser un rayo mal trazado. Qué apropiado. Se acerca. No mucho. Solo lo justo para que su voz me roce.

—Te prometo que no lo vi venir. Pensé que hoy íbamos a hacer galletas, no domar glaseado.

Su voz suena relajada, casi divertida, como si todo esto fuera una simple anécdota. Y no se diera cuenta de que su sola presencia me ha desordenado el día, las emociones y el equilibrio emocional que tanto me cuesta mantener cuando está cerca.

—La vida está llena de cosas que no ves venir —le respondo, clavando la vista en su galleta malherida.

No se ríe, ni replica. Pero tampoco se va. Se queda ahí, en esa pausa incómoda que se estira como un hilo tenso entre los dos.

—Lola… ¿no me viste venir? —pregunta al fin, y su voz suena más grave. Más baja. Más cerca. Me mira directamente, y esta vez no esquivo el golpe.

—Te vi —susurro, sosteniéndole la mirada con una calma que no siento—. Como se ve un mosquito cuando zumba demasiado cerca. ¿Y sabes lo que se hace con los mosquitos?

En sus labios aflora una sonrisa ladeada.

—¿Se les ignora hasta que pican?

—Se les aplasta —contesto, sin pestañear. La tensión se cuela entre mis palabras como el calor que precede a una tormenta.

Y entonces se ríe. No es una carcajada, es algo más íntimo. Una risa breve, ronca, que no brilla, pero vibra. Y, contra todo pronóstico, me enciende. Me aprieta un músculo que ni siquiera recordaba tener activado. Después, como si el universo decidiera burlarse de mí, da un paso y luego otro. No me toca. No hace falta. Su presencia se impone como un perfume denso, una sombra que me cubre entera. Me encuentro de espaldas contra la mesa, atrapada entre la encimera y él. Y, aun así, el verdadero encierro no es físico. Es emocional. Es mental.

Está demasiado cerca. Lo justo para que su olor me invada. Ese perfume suyo, cálido y limpio, que me remueve recuerdos que no quiero rememorar. Que me recuerda noches que no fueron suficientes y palabras que nunca llegaron a decirse.

—Me gustas cuando peleas —murmura, grave, con esa voz que me acaricia las costillas—. Aunque creo que me gustaría más si no lo hicieras contra mí.

—Mario… —Mi voz no tiembla, aunque se agrieta por dentro, por donde nadie puede verlo.

—Solo quiero que me escuches —susurra, y esta vez su sonrisa no juega. Amenaza.

Inclina la cabeza, apenas unos centímetros, los justos para que su aliento me roce la piel, como una promesa que no se atreve a cumplir.

—¿Sabes qué más me gusta? —dice, lento, como si cada palabra se deslizara sobre mi cuello—. Esta forma en la que me miras cuando crees que no lo estoy notando. Como si quisieras arrancarme la camiseta y estrellarme contra la pared… pero al mismo tiempo mandarme a la mierda.

Sus palabras me atraviesan. Me ruborizan. Me incendian.

—¿Y tú sabes lo que yo quiero de verdad? —Le mantengo la mirada, aunque mi cuerpo grita *huye* y *acércate* al mismo tiempo. Un desgarro dulce y peligroso.

Él arquea una ceja, divertido.

—Sorpréndeme.

—Quiero que salgas de mi obrador antes de que se me olvide que aquí el único dulce eres tú… y yo no tengo ninguna intención de probarte.

Él se ríe, bajo, arrastrando el sonido como si lo saboreara. No se aparta. En lugar de eso, apoya una mano a un lado de mi cadera. La otra sobre la mesa. Me enjaula con su cuerpo sin rozarme, como si

me desafiase a dar el siguiente paso y me preguntara cuánta resistencia me queda.

—¿Nunca? ¿Ni un mordisquito?

—¿Sabes qué pasa con lo dulce cuando te pasas de la raya? Que empalaga. Y tú… —me acerco apenas, lo justo para acariciarle los labios con el aliento— tú lo tienes todo para empalagar, pero te falta lo más importante.

Silencio.

Contengo el aliento, y mis pupilas descienden hasta su boca entreabierta, expectante.

—¿Qué?

—Verdad.

Y ahí lo dejo. Justo cuando sus ojos titilan.

Cuando parece que va a decir algo que cambie las reglas. Me escapo por el hueco que deja su propio desconcierto. Camino hasta el fregadero sin volverme.

—Recoge tus cosas, Mario. La clase ha terminado.

No dice nada, pero sé que me mira. Siento su mirada como una quemadura suave en la espalda.

Y cuando la puerta se cierra tras él, por fin respiro. Aunque, siendo sincera… Lo que más desearía es no haberlo hecho.

CAPÍTULO 15



No sé si fue cuando el último alumno cruzó la puerta o cuando el eco de mis pasos se quedó flotando en el aire como un mal presagio, pero de pronto nos quedamos solos. En su obrador. Y yo, con la galleta más ridícula de todo el puto planeta entre los dedos. Glaseada, torcida y absurda. Como mi plan, mis excusas y las ganas que me recorrían de arriba abajo.

«Lo extraño es que no quería irme. Y eso era una jodida señal».

Me miró como si le provocara urticaria y ganas de besarme al mismo tiempo. Rabia en esos ojos verdes y deseo en esa boca cereza. Una mezcla que solo ella podía convertir en amenaza y tentación a la vez. Tiene esa forma suya de fruncir el ceño mientras te desviste con los ojos y de sostenerte la mirada como si pudiera arrancarte el alma con un simple parpadeo. Y lo peor es que... lo hace. Lee mi chulería, mi pose, mi fachada. Y no se asusta. Se queda. Me reta.

Y entonces, va y me suelta lo del puto mosquito. La metáfora más agresiva y sexual que me han dedicado jamás. Porque en su boca, hasta eso suena a promesa y amenaza.

«No me fui».

Y no fue por redención ni por arrepentimiento. Me quedé porque tenía delante a una mujer con harina en el pecho y dinamita en la

mirada. Porque su escote, medio escondido bajo ese delantal, me llamaba como un susurro sucio. Porque cada curva que intentaba tapar era una invitación a pecar. Y yo no soy de los que dicen que no a una tentación bien envuelta. Mi mirada bajó. Porque sí. Porque soy hombre. Porque soy gilipollas. Y porque ese escote entre pliegues era como un secreto mal contado o una promesa callada. Lo justo para desear más. Y me lo imaginé. Todo. Las formas, la suavidad, el peso. El vaivén de sus pechos contra mi torso si la tuviera pegada. El calor. Su piel. Mis manos. Mi boca. Todo lo que no debería pensar y, sin embargo, pensé.

Su cintura se marcaba bajo la tela como si supiera que yo estaba mirándola. Y sus caderas… joder. Eran una provocación con patas. Una trampa a la que me lancé de cabeza. Porque soy así. Porque cuando una mujer me mira como si pudiera domarme y yo sé que no pienso dejarme, la guerra me pone. Me acerqué como quien se mete en una hoguera en plena noche sabiendo que se va a quemar. Un paso. Luego otro. Con hambre. Con la polla alerta. Con la mente diciendo «no» y el cuerpo gritando «ahora». La arrinconé contra la mesa. Sin tocarla. Porque no hacía falta. Porque el calor entre nosotros podía fundir plomo.

Ella no se movió. Pero su respiración cambió. Subía y bajaba con rapidez. Como su pecho y sus ganas. Lo sentí. Lo olí, el deseo y la rabia. La contención. Todo apretado entre nosotros sin una sola caricia.

Podría haberme ido. Podría haber sido el caballero que nunca he sido. Pero no. Me quedé. Porque esa mujer me hervía la sangre. Porque su cuerpo me llamaba más que la cordura. Porque su «no» sonaba a «inténtalo de nuevo, cabrón». Y su respuesta fue una maldita obra de arte. Una hostia envuelta en azúcar. Una negativa que me dejó con los huevos llenos de ganas y la boca vacía de excusas. No me moví. Ni por orgullo ni por valentía. Me quedé porque el deseo me ataba. Porque ella, en silencio, me seguía desarmando.

Insistí, porque sí, y me encanta ese maldito juego. Porque soy de los que no se rinden. Porque con ella todo parece un desafío que quiero ganar. Y voy a ganarlo. Lo sé. Lo juro por las putas galletas, por el horno, y por cada centímetro de su piel que voy a recorrer con las manos, con la boca, con la lengua cargada de todo lo que no quiero decir en voz alta.

«Joder. Qué pedazo de mujer».



El aire de la calle me golpea en la cara como una bofetada necesaria. Y no le culpo. Lo necesito. Me recoloco la erección con el gesto torpe de quien intenta recuperar el control de algo que ya se ha ido de las manos. Porque sí, todavía está ahí. Palpitando con descaro. Como si no se hubiera enterado de que la función ha terminado.

Su imagen sigue en mi cabeza. Pegada como caramelo derretido en los dedos. La forma en la que me miró, entre odio y ganas. La jodida cercanía de su boca. Esa tensión entre sus piernas que juraría que no era solo mía. Y sus labios… se han quedado ahí, como un «ven y atrévete» que aún me retumba. Como un delito a medio cometer. Y yo tengo una memoria prodigiosa para lo que deseo.

Camino sin rumbo, con las manos en los bolsillos y el rayo de azúcar pegado a los dedos. Ni siquiera sé por qué me la he llevado. Ni siquiera sé qué cojones hago repitiendo clases como un idiota que cree en segundas oportunidades.

Bueno, miento. Lo sé.

«Lola».

Pero no en plan cursi. No en plan «el amor de mi vida» y violines de fondo. No. Esto es otra cosa. Es más visceral. Es ella, mirándome como si supiera exactamente dónde meter el dedo para que duela y

me tuviera calado. Y lo peor es que me gusta. Me pone. Me revienta. Y no sé qué hacer con eso.

El móvil vibra en el bolsillo trasero. Lo saco sin ganas. Enciendo la pantalla: Dan.

—¿Qué pasa? —saludo, más por inercia que por ganas.

—¿Sigues vivo o qué? Estoy por el centro, he venido por trabajo, pero me quedo esta noche. ¿Nos tomamos algo?

—¿Algo? —Miro la galleta en mi mano—. Sí, lo necesito.

—Entonces te paso ubicación.

—Perfecto. Espero que me sorprendas —respondo, y cuelgo.

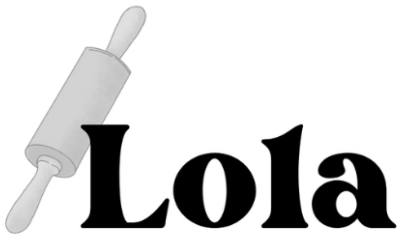
Guardo el móvil y miro la galleta otra vez. Esa mierda glaseada que pensaba que iba a significar algo. O que iba a demostrar algo. O qué sé yo. Al final no ha sido más que eso: azúcar endurecido con pretensiones.

La lanzo al primer contenedor que tengo a mano. Se estrella contra una bolsa con un golpe sordo, como una declaración fallida. Como yo. Y me río. Me río porque si no lo hago, me quedo ahí plantado, congelado entre las ganas y la culpa. Entre lo que quiero y lo que no sé reconocer.

Porque la verdad no es que me joda verla mañana.

Lo jodido… es querer hacerlo.

CAPÍTULO 16



Me meto en el baño como quien huye de un incendio. Cierro la puerta, giro el pestillo y me quedo ahí, de pie, con la espalda pegada a la madera, sintiendo cómo el calor que arrastro no tiene nada que ver con la temperatura ambiente.

«Cálmate, Lola».

Me arranco el delantal de un tirón y respiro hondo. Una vez. Dos. No es suficiente. Así que continúo. Tres. Cuatro. Cinco. A la sexta ya me duelen los pulmones de tanto fingir que puedo calmarme. Pero no puedo. No después de eso. No después de él. Su voz todavía me recorre como una descarga. Grave. Cercana. Impregnada de una intención que mi cuerpo ha entendido antes que mi cabeza. Aprieto los muslos instintivamente. Como quien intenta frenar una tormenta con las manos. Sin embargo, sigue ahí; la vibración del eco de sus palabras. El fuego. Ese que no se apaga con agua fría, sino con tiempo. O con más fuego, y eso... no es una opción.

«No debería serlo».

—Necesito refrescarme —me digo, como si mojarme fuera a servirme de extintor.

Me inclino sobre el lavabo y abro el grifo. Dejo que el agua corra entre mis dedos, buscando una especie de equilibrio que no llega. Me mojo las muñecas, la nuca y la cara. No me miro en el espejo.

No me atrevo. Porque sé que, si lo hago, voy a encontrarme con una versión de mí misma que me incomoda. Una Lola descompuesta. Vulnerable. Temblando por dentro, aunque aún sostenga la máscara.

—Esto no está pasando —murmuro, pero ni siquiera yo me creo.

Porque sí, está pasando. Está volviendo a pasar. Y me cabrea. Me jode que tenga ese poder sobre mí. Que una maldita conversación a medio metro de distancia me haga sentir como si acabara de salir de una escena de sexo interrumpida. Que sus palabras, esa sonrisa criminal y esa manera de mirarme, de acercarse sin tocar... me descoloque.

«No debería estar así. Yo no soy así».

Soy la Lola que salió adelante sola. La que se levantó cuando todo se vino abajo. La que cumplió su promesa cuando ya nadie creía en ella. La que convirtió un obrador vacío en su refugio. La que no necesita que nadie le endulce la vida con promesas huecas. La que se juró que no volvería a derretirse por un cobarde.

Y, sin embargo… aquí estoy. Respirando como si hubiera corrido una maratón con tacones. Tensa, encendida y a punto de explotar, sin haber siquiera rozado el borde. No ha puesto un dedo sobre mí, pero me ha tocado. Y de qué manera. Con sus malditas palabras. Con su presencia y esa energía que se cuela hasta en los huesos. Con esa jodida manera de hacerme sentir vista. No como profesora. No como pastelera. Como mujer.

Y eso… eso me pone los nervios en carne viva.

Apoyo las manos en el borde del lavabo y bajo la cabeza. Siento que, si no me anclo a algo, voy a derretirme como mantequilla en una sartén caliente. Me doy unos segundos y me obligo a respirar. A recuperar el control. Porque si algo aprendí en todo este tiempo es que el deseo no debe ganarle nunca a la dignidad. Que el cuerpo puede mentir, pero la memoria no. Y yo recuerdo demasiado bien cómo dolió cuando aquel otro desapareció. Sin una explicación. Sin una maldita excusa, como si yo no mereciera ni un adiós y fuera desechable.

Ahora no pienso regalarle a nadie esa parte rota de mí.

«No».

No voy a permitirlo. No dejaré que cruce mis barreras. Que mi cuerpo se derrita un poco es una cosa. Pero que él piense que puede entrar como si nada… eso es otra.

Me limpio las manos con una toalla, respiro hondo una vez más, la última, lo juro, y me miro al fin en el espejo. Tengo los labios hinchados, las mejillas sonrojadas y los ojos… Dios, los ojos me delatan. Brillan de rabia y de ganas. Y eso me cabrea aún más. Me recoloco el moño, me aliso la camiseta y salgo del baño como si no acabara de tener un episodio de combustión interna.

El aula está vacía. Todo en su sitio, menos yo. Camino hacia mi mesa. Abro el cajón y ahí está, tan descarada como la dejé, envuelta en celofán y con ese aroma que se escapa como un recuerdo inoportuno. La saco, la miro… y no sé si me dan más ganas de tirarla a la papelera o de guardarla para siempre. Acabo pellizcando una esquina, lo justo. El sabor me explota en la boca y, aunque no quiero, cierro los ojos. Canela. Chocolate. Y algo más, algo que no estaba en la receta. Algo que se parece demasiado al empeño de quien no tiene ni idea de repostería, pero ha puesto todo lo que le queda en una simple galleta.

«Joder, tenía que hacerlo bien…».

Abro los ojos, como si eso bastara para borrar lo que me acaba de hacer sentir. La vuelvo a guardar en su envoltorio, esta vez con cuidado y la meto en el bolso. Cojo mi libreta. Miro el reloj. Y maldigo el tiempo, al universo y a la curva de sus labios. Porque mañana vuelve. Y no sé si estoy lista.

Empiezo a apagar luces, a revisar que no se quede nada encendido, porque para encendida ya estoy yo. Pero recuerdo que tengo una compañera que no merezco y se ha ocupado de todo mientras yo sufría un colapso en el baño. Levanto la vista hacia la puerta y ahí está ella.

Marisa, de pie, esperándome con su bolso colgado al hombro y las gafas medio bajadas por la nariz. Y esa mirada suya que lo ve todo sin necesidad de que se lo cuentes.

—¿Estás bien? —pregunta, como quien lanza el anzuelo sabiendo que el pez ya está enganchado.

—Sí —respondo demasiado rápido. La clase de rapidez que delata. Porque sí, estoy mintiendo.

Marisa no dice nada. Solo ladea la cabeza, alza una ceja y me dedica esa media sonrisa que significa «ya nos conocemos». Yo intento esquivarla como puedo, con la libreta en las manos y el moño ya medio deshecho.

—Ha salido hace nada —añade mientras se cruza de brazos—. Y tenía cara de haber visto el infierno... o de estar deseando volver a meterse en él.

—No sé de qué hablas —miento descaradamente.

—Ya… claro.

—¿A qué estabas esperando, Marisa? —pregunto, intentando desviar el tema.

—A ti. Te esperaba a ti, para salvarte un poco de ti misma.

—¿Perdona?

—He pensado que necesitas aire fresco. Y una caña, o dos. Unas tapas y hablar de cualquier cosa que no implique hombres con sonrisas que derriten bragas. ¿Te vienes o qué?

No contesto. Me limito a parpadear. A notar cómo, incluso después de todo lo que me he repetido en el baño, el nombre de Mario sigue latiéndome en la garganta como un golpe mudo.

—Invito yo —añade Marisa, ya sacando el móvil del bolso—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me hables de galletas, ni de glaseados. Solo tapas, drama y cotilleos. ¿De acuerdo?

La miro. Y, por primera vez desde que salí del baño, me río. No mucho, aunque lo justo para soltar un poco la tensión.

—De acuerdo —susurro.

Marisa entrelaza su brazo con el mío, como si fuéramos Thelma y Louise de camino al bar, en algún lugar perdido del desierto. Salimos juntas tras asegurarnos unas mil veces de que todo está cerrado, apagado y bajo control. Todo menos yo, que sigo chisporroteando por dentro como una bengala con retardo.

De reojo la veo toquetear el teléfono con esa sonrisilla suya de «sé algo que tú no». La conozco. Y eso me da más miedo que cualquier horno encendido.

A unos pasos, el bar donde solemos tapear nos recibe con ese aroma a fritanga gloriosa que reaviva corazones y obstruye arterias a partes iguales. El aire está cargado de risas, conversaciones superpuestas y ese murmullo sevillano que te envuelve como una mantita caliente hecha de jamón y alegría.

Entramos. Marisa barre el local con la mirada como si fuera una espía de incógnito y, al fondo, alguien levanta la mano y nos llama con efusividad. Y ahí está. Lydia. Con su coleta alta, su risa perfecta y un vestido ajustado que parece gritar «mírame» a todo el que esté a menos de diez kilómetros. Yo solo quería un salmorejito, pero parece que también me han servido una ración de drama con alioli.

—Marisa… —Me planto en seco, como si mis zapatos tuvieran freno de emergencia.

—Vamos, es hora de que te relaciones con el mundo. Y no vale con la Thermomix —responde, sin mirarme siquiera.

—¿Ves como no éramos las últimas? —murmura alguien a mi espalda, y reconozco esa voz aguda al instante.

Encarnación y Ana aparecen por la izquierda con una sonrisilla traviesa que no disimulan ni con una paleta de sombras enterita. Esto huele a encerrona de manual, con planificación, comité organizador y excel de seguimiento.

Minutos después, y un par de vinitos de naranja que bajan como agua bendita, estamos compartiendo más que unas sonrisas. Risas, anécdotas, estados civiles y un poco de terapia de grupo, todo al mismo precio.

—Soltera, y entera —comenta Lydia con tono despreocupado—. Y tú, Lola, ¿hay algún hombre en tu vida? —pregunta, entrecerrando los ojos con esa expresión que escanea más que pregunta.

—No tengo tiempo para hombres. Tengo un compromiso fiel con mi obrador —respondo, como quien lanza una excusa envuelta en celofán.

Lydia ladea la cabeza y me clava la mirada con una media sonrisa en los labios, de esas que ya han olido el pastel desde la entrada del obrador.

—¿Y vosotras? —pregunta mi tía, que viene al rescate como buena veterana de mil sobremesas, desviando el foco hacia las hermanas.

—Soy viuda desde hace unos años —confiesa Encarnación con una paz que me desarma—. Ya es hora de quitar las telarañas de aquí abajo —añade brindando al aire.

«Esta señora no puede beber mucho más».

—Y yo divorciada, pero oye, con esta sonrisa no hay mal que me dure —añade Ana, que brilla más que las luces de feria.

—Ahora tenemos que volver a ligar. Le he dicho a mi hermana que nos bajemos Tinder y busquemos maromos —dice Encarni con ese tono entre risa y amenaza real.

—Me parece perfecto, estáis en la flor de la vida —comenta Marisa, con la sonrisa achispada y el vaso medio lleno.

—Yo ya estoy mayor para ligar —responde Ana, encogiéndose de hombros—. Prefiero estas cosas. Los cursos. Salir con amigas, y si surge el amor que sea como en las películas.

«Aquí tenemos una romántica».

—Sí, claro. Solo te falta ponerte la telenovela y dormirte con el mando en la mano —resopla Encarni, y todas soltamos una carcajada—. Ah, no, que eso ya lo haces…

—Déjame en paz, pesada —gruñe Ana, aunque se le escapa una sonrisa.

—Te hace falta un poco de chispa en la vida —añade su hermana, y de repente le cambia la cara, como si se le encendiera una bombilla.

Encarnación mete la mano en el bolso con la misma actitud que tendría una maga sacando su truco estrella. Y lo saca. Un pintalabios… o eso creímos durante medio segundo. Porque es más grande. Y más evidente. Tardo dos segundos en atar cabos. Ana, en cambio, reacciona en milésimas: se lo arranca de las manos y lo esconde bajo la servilleta más cercana como si fuera una bomba.

—¡Encarni, por favor! Al menos yo me agarro a un mando y no a esto… —dice Ana, mientras se santigua como si necesitara un exorcismo exprés.

—¡Calla! Que esto me da más alegrías que las novelas que ves —responde Encarni, soltando una carcajada tan escandalosa que acabamos todas riendo con lágrimas en los ojos.

Y ahí, en medio del jolgorio, Lydia saca su móvil como una espada y enfoca la mesa con esa sonrisa de catálogo. Empieza a grabar hablando a cámara como si estuviéramos en una gala de premios y no rodeadas de croquetas. Se toma su tiempo. Enfoca cada tapa con devoción religiosa. Yo empiezo a pensar que las albóndigas tienen más protagonismo que nosotras. Cuando por fin guarda el teléfono, su cuerpo cambia. Baja los hombros y exhala largo.

—Ya no soy la *influencer*. Me duele la cara de sonreír —dice, sin mirar a nadie, pero dejándonos a todas con el cuchillo de untar suspendido en el aire.

Nos miramos en silencio. Marisa le ofrece una croqueta como si fuera una declaración de paz. Lydia la acepta y se la lleva a la boca,

masticando lento. Como si el rebozado pudiera arreglarle un poquito la vida.

—La gente cree que es fácil —añade después de tragar—. Que son solo fotos bonitas, colaboraciones y regalitos. Pero te juro que a veces me siento como una muñeca rota con la cara pintada de felicidad.

—¿Y no lo eres? —salta Encarni, sin filtro, como siempre.

—Sí —admite Lydia, sin rodeos—. Fingir que todo está bien se me da de maravilla. Lo que se me da fatal… es ser persona.

Y se ríe. Pero no con alegría, sino con esa risa bajita, rota, de quien lleva demasiado tiempo interpretando un papel sin descanso.

Marisa le pasa una servilleta y le da un pequeño codazo.

—Pues aquí, en este bar lleno de fritanga, gritos y vinito barato, puedes ser persona. Te lo juro por mi laca de uñas —le dice con una sonrisa sincera.

—¿Y qué se hace cuando una deja de ser lo que era? —pregunta Lydia, sin dramatismos, pero con los ojos un poco más brillantes.

—Lo que hacemos todas: improvisar —digo yo, más bajito de lo que esperaba.

Lydia me mira, sin la máscara de *influencer* ni la de quien llega tarde para acaparar miradas. Me mira como mujer, como alguien que, igual que ella, también va haciendo equilibrios sobre sus propios restos.

—A veces echo de menos cuando nadie me conocía —confiesa Lydia—. Cuando podía salir sin pensar en si llevaba el *eyeliner* perfecto o si la luz de la terraza me hacía parecer cansada.

—Yo echo de menos que me limpien las cañerías como cuando era moza —suelta Encarni bajito, aunque lo bastante alto para que todas lo oigamos.

Casi me atraganto con la aceituna. Ana la regaña con la mirada, amenazándola discretamente con el pintalabios sospechoso que aún

esconde bajo la servilleta. Marisa levanta las cejas, entre risa e incredulidad, y mueve su copa como si brindara por ella.

—Yo echo de menos cuando mi horno era lo único que me daba calor —añado, intentando redirigir la conversación antes de que Encarni saque más munición.

Y entonces, por primera vez, compartimos algo. No un *reel*. No un *like*. Algo real. Algo que no se mide en seguidores ni en número de glaseados perfectos.

—Unas se esconden detrás del móvil y otras en el obrador —suelta Marisa, como quien lanza una galleta al aire y sabe que va a dar en el blanco.

—Ya conoces la razón…

Todas alternan la mirada entre Lydia y yo. Hay comprensión en sus ojos, pero también una chispa de «te entendemos, porque también hemos pasado por ahí».

—Sí —dice Marisa, mirándome con ese tono de segunda madre que tan bien le sale—. Y por eso, tienes que salir a respirar. El mundo no espera, Lola, y ahora puedes ver que no estás sola.

Hace una pausa. Me sostiene la mirada con la firmeza de quien ya ha luchado sus propias guerras.

—Todas tenemos cicatrices. Lo que nos hace únicas es que seguimos caminando… aunque duela. Aunque nos tiemblen las piernas.

Lydia asiente despacio, con la barbilla un poco más alta y los hombros un poco menos cargados. Ana pide otra ronda de vinitos. Encarnación, cómo no, se lanza con una anécdota de su época de soltera que arranca carcajadas y algún que otro «¡madre mía, Encarni!» entre sorbo y sorbo. Sonrío. No porque se me haya pasado. No porque el nudo en el pecho se haya deshecho por completo. Si no porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo con ello.

Y no estoy sola.

Porque, sentada entre mujeres que no imaginaba tan cercanas, me doy cuenta de que hay vida más allá del obrador. Que incluso cuando te atrincheras en la rutina para no sentir, siempre llega alguien, o varias alguien, que te sacuden el alma sin pedir permiso. Que basta una mesa, un vinito y unas risas desordenadas para recordar que seguimos aquí. Que seguimos vivas.

CAPÍTULO 17



Miro a mi alrededor, el sitio no es, ni de lejos, el que yo habría asociado con Dan. No hay luces tenues, ni cócteles con espumas raras, ni camareros que parecen modelos. Aquí huele a fritanga, los vasos sudan y el mantel es de papel, con manchas de calamares y servilletas arrugadas que vuelan al menor descuido. El bar está lo bastante lleno como para que tengamos que levantar la voz, y lo bastante ruidoso como para que nadie escuche lo que no debe. Perfecto para desaparecer un rato del mundo.

—¿Seguro que no te has equivocado de sitio? —pregunto, levantando una ceja mientras me siento.

Dan sonríe con esa chulería que siempre ha llevado de serie. Como si supiera algo que los demás no.

—Ya sé que me pegan más los restaurantes de autor con camareras en tacones, pero qué quieres que te diga… Aquí se come de puta madre y nadie te pide tu número de seguidores para darte la carta.

Lo miro con cierta incredulidad. Dan, mi amigo Dan, que ha desfilado en Milán y ha salido en una portada con cara de estreñido sexy, ha elegido este bar de mesas cojas y platos con olor a gloria.

—¿Y desde cuándo te has vuelto un tío humilde?

—Desde que descubrí que la tortilla de patatas de este sitio me pone de mejor humor que cualquier *after party* con DJ sueco.

Suelto una carcajada. No puedo evitarlo.

—Te has hecho mayor, tío.

—No —responde, alzando su cerveza—. Me he hecho sabio.

—Este sitio me huele más a recomendación de mi hermana que a elección tuya. Dan, estás pillado hasta los cojones.

—*Auch.* —Se lleva la mano al pecho, fingiendo una puñalada dramática—. ¿Tanto se me nota?

—Mucho. Y me alegro por vosotros —añado, sincero, pero con ese tono que solo usamos entre amigos cuando reconocemos algo grande sin necesidad de ponernos intensos.

Brindamos, y justo en ese momento pasa una camarera. Joven, cuerpo de curvas imposibles y sonrisa letal. Se detiene lo justo para dejar una bandeja en la mesa de al lado, pero lo hace con esa teatralidad medida: primero mira a Dan, igual que quien escanea una cara conocida, y luego a mí. Me clava los ojos y sonríe, felina. Una sonrisa que no pregunta, va directa a por lo que quiere.

—¿Os traigo otra cerveza? —Me mira como si acabara de sacarme de Tinder y me tuviera en favoritos.

Niego con una sonrisa amable. Ella pestañea, algo contrariada, y se va moviendo las caderas como si eso pudiera cambiar mi respuesta.

Dan la sigue con la mirada y luego me mira a mí.

—Vale… ¿qué cojones ha sido eso?

—¿Qué?

—Tú. Pasando. De eso. ¿Estás enfermo o en un retiro espiritual y no me has contado?

—Solo he dicho que no quiero otra cerveza —respondo, mirando a otro lado.

—Tú nunca dices que no a *otra cerveza* si te la ofrece alguien con ese escote de infarto y mirada de «hazme tuya en el almacén». Así que suelta: ¿Qué coño está pasando?

Me encojo de hombros y bebo.

—Será que me estoy haciendo mayor, como tú.

Dan me estudia con la mirada. Lo hace en silencio, como cuando en los castings alguien entra con traje, pero camina con miedo. Lo huele.

—No. Tú estás… contenido. Y tú no te contienes. Así que dime: ¿quién es?

—¿Quién es qué? —pregunto, ganando tiempo.

—La que te tiene así. Con esa cara de perro apaleado y la mandíbula tan tensa que pareces estar masticando piedras.

No quiero hablar. Pero tampoco quiero seguir tragándome esto solo. Le doy otro trago, buscando respuestas en el fondo del vaso, pero solo encuentro el sabor amargo de siempre.

—Es complicado.

—¿Tiene nombre? —insiste el cabrón.

—Lola.

Dan no dice nada. Solo asiente despacio, como si encajara una ficha en su sitio.

—¿Y aún no te la has tirado?

—No.

—Pero quieres… ¿no?

—Dan —le advierto, pero él no se inmuta.

—No lo digo por el morbo. Lo digo porque tú eres de los que, cuando quieren a alguien en la cama, se la llevan. Sin excusas. Sin rodeos. Y si no lo haces… algo te está pasando.

Apoyo el codo en la mesa y dejo que el vaso repose entre mis dedos. No hay respuestas ahí, solo espuma que ya ni burbujea. Sin

embargo, cuando abro la boca, la voz me sale firme.

—Es una mujer provocadora. Tentadora. Tiene ese tipo de cuerpo que te invita al pecado sin prometer absolución —aprieto la mandíbula—. Claro que quiero tirármela. Y lo haré… pero no es eso lo que me tiene jodido.

Dan alza una ceja, curioso.

—¿Entonces?

—Su forma de plantarse frente a mí como si fuera inmune. De mirarme como si me tuviera calado. De una forma que parece que ve lo que hay detrás del chulo. Y, aun así, se queda. Me desafía. Y eso, joder… eso me enciende más que cualquier polvo fácil.

Dan silba, bajo, sin teatralidad.

—Tú estás hasta el cuello y aún no lo quieres ver —dice, tajante, con esa sonrisa de quien ya ha atado todos los cabos.

Lo miro de soslayo. Mi tono no cambia, mi cara tampoco.

—Tú te estás montando una peli.

—Claro que sí. Pero tú ya la estás viviendo. Yo solo vengo a ponerle banda sonora.

Me río, porque no puedo hacer otra cosa. Porque si no lo hiciera, tal vez admitiría que tiene razón.

—Ya estuve ahí, y créeme, estás jodido —dice Dan, alzando su vaso brindando por mi desgracia.

—No es lo mismo —respondo, negando despacio—. Solo es sexo. Una vez lo tenga… se me pasa. Lo tuyo con mi hermana es distinto.

Dan me mira, ladeando la cabeza, con esa sonrisilla que siempre aparece cuando sabe que ha dado en el clavo.

—Ya. Yo también lo pensaba. Y mírame ahora —añade, dejando la frase en el aire, como quien no necesita decir más.

Cojo mi jarra y le doy un último trago. No sé si quiero bajar la cerveza o todo lo que me está removiendo por dentro. Dejo el vaso en la mesa con un golpe seco. Respiro. Y justo entonces, la oigo.

—¿Mario?

Reconozco la voz antes de girarme. Tiene ese tono agudo y cantarín que deja entrever vino de naranja y risas fáciles. Y, efectivamente, ahí está. Encarni. La señora con más guasa de toda la repostería sevillana. Viene hacia mí con los brazos abiertos y la sonrisa ladeada. Y sí, muy achispada. Se le nota en la mirada, en el paso firme pero zigzagueante y en el aroma dulzón que la acompaña.

—¡Mario! —repite alzando la voz.

—Buenas noches, Encarni… —intento saludarla, pero ya la tengo colgada al cuello como si fuéramos amigos de toda la vida y ella quisiera probar si mis abdominales son reales o de pega.

Dan observa la escena con la ceja tan arqueada que parece que se le va a despegar de la frente. Porque claro, a él estas cosas lo entretienen. Le encantan, más que los desfiles y los canapés con nombres impronunciables.

—Vaya, qué casualidad encontrarte por aquí… —murmura Encarni, acercando su cara tanto que temo que me manche con el pintalabios.

Se gira y descubre que no estoy solo. Dan, que es un cabrón, le dedica una sonrisa de esas que derriten bragas y voluntades.

—Coño, qué tío más bueno —suelta ella sin filtro, arrastrando las palabras como si las llevara en un triciclo cuesta abajo—. Yo que venía buscando el baño… y he encontrado al hombre de mis sueños.

Dan gira la cabeza hacia mí, sin borrar la sonrisa.

—¿Es esta la mujer de la que me hablabas? —me susurra, disfrutando demasiado la situación.

—No —respondo, seco igual que un polvorón.

Intento quitarme a Encarni de encima con elegancia, pero es como despegar un imán de nevera en mitad de un terremoto.

—Ay, qué musculito más duro —dice, dándome un par de palmaditas en el brazo mientras me hace un guiño con la coquetería

de una adolescente con tres vinos encima—. Si no fuera porque ya te han echado el ojo, te llevaba esta noche a mi casa a un guateque y un piscolabis.

Dan estalla en carcajadas. Y claro, lo remata de la manera que solo él sabe:

—Encantado, señora —dice, agarrándole la mano y besándosela.

Encarni suspira igual que una diva en su último acto, pero de pronto se endereza, frunce el ceño y se da una palmada en la frente.

—¡Coño, si yo venía acompañada! —exclama, mirando alrededor como si acabara de recordar que había dejado el horno encendido—. ¡Ahora vengo, que me esperan!

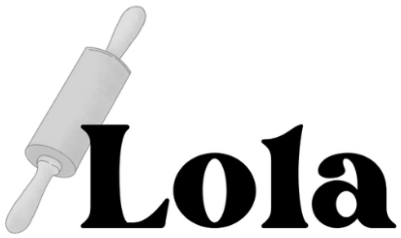
Y se va. Así, sin más. Mueve las caderas y sortea mesas con la elegancia de una Miss España jubilada, dejando a su paso una estela de perfume floral, vino de naranja y problemas.

Dan me lanza una mirada.

—Tú atraes a cada personaje...

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia. Aunque por dentro… algo me dice que la noche aún no ha terminado. Y tengo el extraño presentimiento de que, en esta historia, todavía no he visto lo más importante.

CAPÍTULO 18



—¡Estáis aquí! —exclama Encarnación, como si llevara horas rastreándonos por la ciudad y acabara de encontrarnos en una misión de rescate.

—¿Dónde íbamos a estar? —responde Lydia a mi derecha mientras se mira en un espejito y se arranca unas pestañas postizas que yo juraría que eran suyas. La miro con una ceja en alto—. ¿Qué?

—Nada. Tú sigue desmontándote. Está bien ver qué hay debajo de toda esa fachada. —Brindo en su dirección, y ella me saca la lengua antes de volverse al espejo.

—Unas se esconden entre harinas y pepitas de chocolate, y otras, nos tapamos con filtros y pestañas postizas —responde, arrancándose la otra sin pestañear.

—*Touché* —añado.

—Al final da igual dónde te escondas, siempre hay alguien que acaba viéndote.

Nos sostenemos la mirada. Vaya con la *influencer*… tiene vena filosófica. Y justo cuando empiezo a pensar que estamos teniendo un momento profundo, una de las hermanas lo corta sin despeinarse.

—Encarni, ¿no ibas al baño? —pregunta Ana, preocupada por el meneíto sospechoso de su hermana.

Encarnación se queda quieta un segundo, procesando.

—¡Ay! Es verdad. Ya decía yo que se me olvidaba algo. Ahora vuelvo —responde, se gira sobre sí misma y se va como si tuviera una misión de vida o muerte.

Marisa aparece en escena como una heroína sin capa, con una jarra de tinto de verano en la mano. La sostiene con orgullo. Brilla como si llevara el elixir de la noche. Creo que estamos mezclando demasiado. Pero, oye, ¿quién soy yo para cortarles el rollo? Bastante he mezclado yo ya emociones, pensamientos y labios que no se rozaron. Que casi. Pero no. Menos mal que ya no lo veré hasta la próxima clase.

—¿En qué piensas? —me pregunta Marisa, sirviendo con generosidad.

—Pues en lo que haremos el próximo día en clase —miento, y lo sabe.

Abre mucho los ojos mientras se lleva el vaso a los labios. Y entonces me lanza esa mirada de madre que todo lo ve, esa que no necesita palabras para arrancarte la verdad. Saborea el tinto de verano con parsimonia, se asegura de que nadie nos escucha y se inclina como si fuera a confesarme una receta secreta.

—Y en esa clase en la que piensas tanto… ¿incluye usar el horno a máxima temperatura? Ya sabes, con tanto calor, tanto sofoco... igual te hace falta más de una mano para amasar como es debido.

«Como si no supiera por dónde van los tiros».

—Tranquila, Marisa. Si llega el momento, tengo espátulas de sobra y cero intención de que se me queme el bizcocho… ni de que nadie meta mano en mi horno sin invitación.

—¿Y qué receta es esa de la que habláis? —pregunta Ana, que ha puesto la antena sin mover una pestaña.

—Ana, están hablando de sexo —aclara Lydia, con la voz plana de quien suelta una obviedad monumental.

Yo me giro tan rápido que casi me da un ictus. O un infarto. O las dos cosas y una visita al neurólogo de regalo. Lydia se encoge de hombros como si leyera entre líneas con subtítulos, y cuando miro a Marisa, la muy traidora ya se está partiendo de risa. Y claro, acabo siguiéndole la corriente, porque es imposible no hacerlo.

—Menos mal que no está aquí Encarni —suelta Ana, alzando la ceja con esa calma de quien lo ha visto todo—. Que fijo que se pone a tomar notas y luego lo quiere llevar a la práctica.

Y, como si Ana la hubiera invocado con su lengua traicionera, aparece Encarni. Brazo enganchado al de un hombre que parece sacado de un catálogo de trajes a medida. Alto, espalda ancha, pelo oscuro peinado hacia atrás con precisión milimétrica, barba perfectamente perfilada y una sonrisa tan blanca y simétrica que hasta el dentista de los famosos se pondría celoso. Rezuma elegancia con cada gesto, como si hubiera nacido con un esmoquin puesto y una copa de champán en la mano.

«Pedazo de jamelgo».

Todas nos quedamos en silencio. Una mezcla de sorpresa, incredulidad y un poquito de envidia mal disimulada flota en el aire. Marisa se atraganta con su tinto de verano. Lydia abre tanto los ojos que parece que va a hacer contacto visual con el más allá. Ana se lleva la mano al pecho como si necesitara asistencia médica inmediata. Y yo parpadeo muy fuerte, como si eso fuera a resetear lo que estoy viendo.

—Os presento a mi futuro marido —anuncia Encarni, con esa sonrisa triunfal que solo saca cuando le gana una discusión a Ana.

—Señora, ya le dije que no puedo aceptar su propuesta. Que tengo pareja —responde él, con una voz grave y educada que encima suena bien. Por si faltaba algo.

—Una nimiedad —resopla ella, dándole un golpecito en el brazo con la seguridad de quien se ha comprado el anillo antes de la

pedida—. No soy celosa. Y ya te he dicho que no me llames señora. Para ti soy tu churri.

Estalla una carcajada general. De las que duelen en el abdomen y en el amor propio, porque lo que ha traído Encarni bajo el brazo no es un ligue de tarde… es un bombón con traje.

—¿Dónde lo has encontrado? ¿En la gala de los Goya? —suelta Marisa, aún en *shock*.

—¿Eso venía con el curso o hay que pagar extra? —pregunta Ana, sin disimular que le está mirando el trasero.

—Yo solo quería una noche de chicas, no una sesión de *First Dates deluxe* —añade Lydia, aún asimilando lo que tenemos delante.

—Ellas son mis amigas, hemos venido a desmelenarnos —explica Encarni mientras se agita su melena corta con una mano, ensayando ese gesto de anuncio de champú para pelo rebelde. Con la otra, sigue sujeta al brazo del hombre trajeado como si temiera que se le escapara.

Nos presenta una a una, con esa sonrisa orgullosa que solo se tiene cuando presumes de algo que sabes que va a dejarnos flipando. Yo le hago un gesto con la copa, en plan «sí, claro, encantada», y me la llevo a los labios. Necesito más alcohol para digerir todo esto. Para procesar que Encarni ha entrado con un modelo de catálogo como quien viene de comprar el pan.

Y justo en ese momento, cuando el universo decide sacar su sentido del humor más retorcido, aparece él. Por detrás del figurín de portada, convertido en la jodida encarnación de todas mis contradicciones.

«Mario».

Su figura se recorta entre las luces del local y durante un segundo, solo uno, todo lo demás se disuelve. Mis pupilas se cruzan con las suyas y el mundo se reduce a ese maldito instante de contacto visual. Y, claro, escupo el vino. Así, a lo bestia, porque me quema la garganta. Literalmente. Con la visión de su cuerpo pegado

al mío y el recuerdo de sus labios tan cerca. Con el calor que me dejó grabado en la piel y que ahora vuelve como un latigazo.

Marisa me da un par de golpes en la espalda mientras yo toso y trato de fingir que no me acabo de ahogar con mi dignidad.

—¿Estás bien? —pregunta Lydia, alternando su mirada entre Mario y yo.

No. No estoy bien. No después de ver a Mario entrar como si fuera el protagonista de todas mis fantasías mal gestionadas. Aunque sonrío o lo intento. Porque si algo he aprendido es que, a veces, cuando más te tiemblan las piernas… más fuerte tienes que sostener la copa.

—Buenas noches, señoritas —saluda con esa voz grave que parece diseñada para acariciar tímpanos y egos. Aunque da la impresión de que nos lo dice a todas, no despega los ojos de los míos. Ni un milímetro.

Trago saliva y se me queda atascada justo en el orgullo.

—Lola, ¿estás bien? —pregunta, ladeando la cabeza, con esa media sonrisa que solo saca cuando va a dar en el blanco—. Te noto algo… alterada —remata, con un retintín que se me clava como un dardo.

—Es el *vino*, me altera —respondo, sin parpadear.

Suelto la copa contra la mesa con demasiada brusquedad. El *clac* resuena como un disparo y, por supuesto, todas las miradas aterrizan en mí.

«Tengo que salir de aquí».

Me levanto a trompicones, enfundándome el traje de dignidad que ya tiene más arrugas que una sábana sin planchar. Mientras me recoloco los hombros, en un intento inútil por contener el terremoto que ese hombre me provoca, rezo para que nadie note el ardor en mis mejillas… ni el temblor en mis piernas.

Marisa intenta frenarme, una mano cálida en mi brazo, un intento suave de ancla. Sin embargo, yo ya he soltado las amarras. Me

deshago de su agarre con un gesto que me cuesta más de lo que admito, y camino. Paso por delante de todos, bordeando el único lugar de este maldito bar que parece tener su propia gravedad: él.

«El universo Mario».

CAPÍTULO 19



Salgo disparado detrás de Lola. En ningún momento esperaba encontrármela en este bar, y ha sido verla en esa mesa con sus labios rojos cereza y sentir un tirón en la jodida entrepierna. No hay lógica en esto. No hay calma. Solo esa puta necesidad de acercarme. De rozarla. De decirle cualquier estupidez que me saque de esta maldita contradicción entre querer tenerla desnuda sobre una encimera y no querer que nadie más la mire jamás.

La alcanzo justo antes de que desaparezca por el estrecho pasillo que lleva al baño.

—¡Lola! —gruño, y mi mano se cierra alrededor de su muñeca con firmeza.

El contacto es eléctrico. Me recorre de arriba abajo y me pone duro al instante. Joder, con solo tocarla ya siento que pierdo el control. Su piel contra la mía me sacude el sistema nervioso, me rompe las defensas y me enciende las ganas como gasolina ardiendo. Ella se gira como si le hubiera tocado un nervio, con la furia encendida y el orgullo aún más alto que esos malditos tacones que lleva puestos.

—¿Qué coño estás haciendo? —espeta, pero no intenta soltarse. Se queda ahí, clavada, desafiante, preciosa hasta rabiar.

—¿Estás bien? ¿Por qué has salido corriendo de esa manera?

Me sostiene la mirada. Y joder, cómo quema. Esos ojos verdes podrían prenderle fuego a todo el maldito bar, y aun así yo sería el primero en quemarme por gusto.

—¿Acaso no lo ves? Necesito ir al baño —suelta, con ese tono ácido que me pone al límite.

Justo entonces, una mujer farfulla detrás de nosotros, intentando pasar. Maldigo por lo bajo y tiro de la muñeca de Lola con decisión, pegándola contra mi cuerpo. Su pecho choca con el mío, suave y contundente. Ahí, justo ahí, pierdo el control que me quedaba. Siento el calor de su piel, ese perfume dulce que me revienta los sentidos, la forma en que su aliento se mezcla con el mío… y todo estalla. Es prender fuego a una mecha. Todo en mí grita que la bese, que la toque, que no me contenga ni un segundo más.

La arrincono contra la pared con un paso firme, sin darle opción a escapar. Su espalda tropieza con el azulejo frío, pero mi cuerpo ya está encima del suyo, sosteniéndola, cercándola, desafiándola. Planto una mano al lado de su rostro, cerrándole la salida. La otra la suelto de la muñeca solo para aferrarme a su cintura, posesivo, marcando territorio como un animal que ha encontrado justo lo que quiere.

Ella intenta dar un paso atrás, como si eso fuera a salvarla de mí. Pero no puede, no hay espacio. No hay escapatoria.

—Ajá, no tiene nada que ver conmigo… —susurro, con voz rota, rozándole la comisura del labio con mis palabras.

Ella frunce el ceño, sin apartar la mirada. Sabe que estoy provocándola. Y también sabe que me encanta.

—No eres la razón de todo.

—Pero sí de esto —respondo, sin disimular que me estoy jugando la boca por un roce.

—Si te sigues acercando así, al final te doy una galleta.

—De eso va todo esto, ¿no? ¿De darme galletas… o de comérmelas?

—Eres un imbécil, Mario.

—Y tú una bomba a punto de estallar —le devuelvo, acercándome un poco más—. Si de verdad quisieras ir al baño, ya te habrías ido. Pero estás aquí. Conmigo. Temblando.

—No estoy temblando —dice, pero la voz la delata—. Y mucho menos por ti.

—No todavía.

Mi aliento roza su boca. Si me dejara… si se inclinara solo un poco… la besaría hasta dejarle claro que todo esto no es solo deseo. Es necesidad. Es locura.

—Lola… si no me apartas ahora, voy a besarte.

—Ni se te ocurra —dice, con un susurro que no sabe a amenaza, sino a advertencia tardía.

—Entonces dime que no lo deseas.

Silencio. Solo su respiración rápida. El vaivén de su pecho y el temblor en su mandíbula.

—Dímelo —insisto, bajando la mirada a su boca—. Mírame a los ojos y niega que no te mueres por saber qué pasa cuando por fin dejes de resistirte. Niega que en el obrador no has sentido esta misma necesidad… esta misma locura.

Ella traga saliva y su lengua se pasea por sus labios. Tentándome. Sus pupilas dilatadas me suplican que no empuje más. Pero también me retan. Y eso, joder… eso me vuelve completamente loco. Justo cuando creo que va a rendirse, su mano se cuela entre nosotros y me empuja con la fuerza justa para que retroceda un paso. No mucho. Solo lo suficiente para recuperar el aire y su escudo.

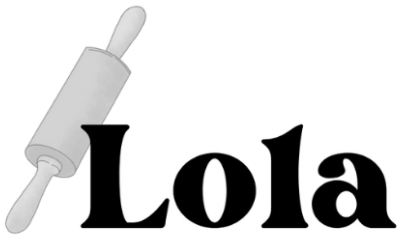
—¿Sabes qué pasa, Mario? —dice, alisándose la blusa como si pudiera borrarme de su piel—. Que, a diferencia de ti, yo no tengo la necesidad de comprobar si algo quema para saber que me puede hacer daño.

Se cruza de brazos y ladea la cabeza con una sonrisa torcida.

—Y tú… hueles a incendio desde el primer día.

Y me deja ahí, con las ganas haciéndome un nudo en el pecho, la tensión marcada en el pantalón y el cuerpo pidiéndome a gritos que vuelva a tocarla. Apoyo la espalda en la pared, respiro hondo… Y acepto que esta mujer va a ser mi perdición. Pero joder… qué forma tan brutalmente adictiva de empezar a perderme.

CAPÍTULO 20



Pasado;

—En unas horas estaré allí —me dice Enzo, mirándome directo a los ojos desde la pantalla del teléfono.

Su voz suena firme, pero tiene ese algo suave que me desmonta.

—No estás sola, Lola.

Sonríe con esa sonrisa que me derribó las defensas sin pedir permiso no hace tanto.

—Estoy deseando abrazarte… no sabes cuánto lo necesito —le confieso, desnudándome un poquito más de lo que me permito con nadie. Porque a él nunca le he sabido mentir. Y porque hay carencias que se gritan, aunque no abras la boca.

—Lo sé, mi vida —responde, y aparta la mirada un segundo, como si alguien le hubiese dicho algo al otro lado. Luego vuelve a enfocarme, clavando esa intensidad que me deja sin aire—. Ahora tengo que dejarte. Te quiero.

—Y yo… —susurro, mordiéndome las lágrimas.

Se despide con una última sonrisa, de esas que me encienden el pecho como si el amor pudiera prender con solo verla. Cuelga. Me quedo quieta, aferrada al teléfono contra el corazón, apretándolo para sentirlo más cerca. Miro el reloj anclado en la pared: las horas

se alargan, y cada minuto sin él se convierte en un recordatorio doloroso de cuánto me falta.

Enzo y yo llevamos juntos cinco años. Vive en Cantabria, pero siempre que puede, y el trabajo se lo permite, se cruza media España para pasar un fin de semana conmigo. Nunca hubo excusas válidas para alargar más de la cuenta nuestros abrazos, los roces que incendiaban la piel, o esas miradas que acariciaban más allá de las palabras.

Nos conocimos por casualidad. Fue un regalo de mi madre; un viaje al norte, un billete sin vuelta, una habitación de hotel y una excusa para volver a respirar. Andaba perdida, en plena búsqueda de mí misma, con el corazón hecho trizas y la maleta llena de dudas.

Y entonces apareció él. Entre tapas a deshoras, empanadas que escondían secretos, risas improvisadas y atardeceres que olían a promesa. Fue fácil enamorarme. Fue fácil creer en el amor. Hacíamos planes. De esos que no tienen fecha, pero sí intención. Soñábamos con ese momento perfecto en el que nuestras agendas dejaran de ser enemigos, y los fines de semana fueran solo el principio. Aún tenemos pendiente retomar esa conversación. Mientras tanto, nos prometimos disfrutar de cada minuto juntos, como si el tiempo fuera una copa de vino buena: breve, pero intensa.



Agarro la mano de mi madre con fuerza, sintiendo la fragilidad de sus dedos entre los míos. La miro a los ojos y contengo el maremoto que me ruge dentro, ese que amenaza con arrasarme solo con un parpadeo de más. Donde antes ondeaba su melena negra, ahora hay un pañuelo rojo anudado con cariño, como si pudiera contener la batalla que libra por dentro. Las ojeras le rodean los ojos como sombras que insisten en hablar de lo que nadie quiere nombrar. Y sus labios, antes siempre pintados de rojo cereza porque decía que

una mujer nunca debía salir sin labial, ahora se agrietan cuando intenta regalarme una sonrisa. Porque aún intenta sonreír. Porque es ella. Porque es mi madre.

—Llegarás tarde —murmura, con un hilo de voz que se le escapa entre suspiros, mientras acaricia mi mano con el pulgar—. Venga, Lola… no hagas esperar a Enzo.

—Ya me voy —susurro, con la suavidad de quien quiere quedarse —. Solo quería estar un ratito más.

Siento la mano de Marisa en mi hombro. Firme, cálida. Esa presión que no necesita palabras para decirme: «ya me quedo yo».

—No tardo. En nada estamos aquí. —Me inclino y le dejo un beso en la frente. Me duele el pecho—. Te quiero, mamá.

—Tarda lo que tengas que tardar… de aquí no me voy a mover — intenta bromear, y sonríe. Una tos leve la interrumpe y no tardo en alcanzar la botella de agua. Le acerco la pajita a los labios y bebe con esfuerzo, sin apartar la mirada de la mía.

—No arméis una fiesta sin mí —le sigo el juego, aunque me tiemblen hasta las pestañas.

—No te prometo nada —dice Marisa, sin perder el humor—. Ya sabes que tu madre siempre me lía.

Me arrebata la botella con dulzura, rodeando mis manos como si pudiera sostener también mis emociones.

—Venga, ve. Que tu *Romeo* te espera.

Salgo de la habitación conteniendo el aliento, con ese miedo pegado al pecho que nunca termina de irse. Miedo a que sea la última vez. La última vez que sostenga su mano, que la mire a los ojos y encuentre en ellos ese refugio tan suyo. La última vez que pueda abrazarla, sentir su calor, sus besos, sus caricias, sus frases de ánimo que siempre llegan cuando todo parece derrumbarse.

Y mientras camino por el pasillo, con el corazón encogido, me repito que aún no. Que aún nos quedan muchas cosas por cumplir: promesas a medio hacer, sueños que se rompieron antes de nacer,

mentiras piadosas que nos contamos para seguir respirando. Y amaneceres. Amaneceres que algún día brillarán tan fuerte que lograrán borrar esta tormenta que ahora nos acecha.

Pero por dentro… por dentro tiemblo. Porque el amor también pesa cuando teme perderse.

Llego al aeropuerto con bastante tiempo. Me siento en la zona de llegadas con el móvil entre las manos, mirándolo una y otra vez, como si al sujetarlo con fuerza pudiera aferrarme a la idea de que todo va a salir bien. Espero. Respiro. Me obligo a no pensar demasiado, aunque es imposible. Porque sé que en cualquier momento puede llegar esa llamada. La de Marisa, con la voz rota, avisándome. Diciéndome que ha pasado. O peor: que no he llegado.

El cáncer se la está llevando poco a poco, en silencio. Como quien apaga una vela con la yema de los dedos. Mamá se agarra a la vida con la determinación de una guerrera que no se rinde, aunque cada día la batalla se vuelva más desigual. Enzo sabe lo difícil que está siendo este último año. Las idas y venidas al hospital, las noches sin dormir, los días que se confunden con otros. Sabe que, desde hace meses, ella ya no ha vuelto a salir de esa habitación con sábanas blancas y olor a desinfectante. Esa que ya no huele a ella.

Y mientras espero a que baje del avión, lo único que deseo, con esa intensidad que te pellizca por dentro, es abrazarlo. Hundirme en su pecho y quedarme allí, un rato largo, sin pensar, sin hablar, solo dejando que su calor me recuerde que aún queda algo que me sostiene. Que aún hay alguien que me espera con los brazos abiertos, dispuesto a ser refugio cuando todo lo demás se desmorona.

Las puertas se abren por primera vez y todo mi cuerpo se tensa, como si el alma se asomara por dentro para mirar antes que yo. Una mujer cruza el umbral y corre a abrazar a su pareja. Se funden en un beso largo, de esos que hablan más que cualquier conversación. Desde mi asiento, no puedo evitar que se me encoja el pecho. Me pongo en pie, sacudo con nerviosismo las arrugas invisibles de mis

pantalones y busco mi reflejo en el cristal. No es por coquetería, es esa necesidad absurda de comprobar si parezco entera por fuera, aunque por dentro esté hecha añicos.

Camino despacio. Mis pasos suenan en mi cabeza como si fueran los de otro, pesados y torpes, hasta la cinta que nos separa de los que llegan. Esa cinta que parece insignificante pero que, ahora mismo, me parece una frontera entre el mundo en el que estoy sobreviviendo y ese otro donde, tal vez, pueda volver a respirar. Solo necesito que él cruce. Que me vea y me abrace.

Las puertas se abren otra vez. Y otra. Gente que llega con maletas, con prisas, con flores. Abrazos que se cruzan delante de mis ojos, historias que se reencuentran mientras yo sigo quieta, como si el suelo me hubiera atrapado los pies. Sale una familia entera con niños que chillan. Un hombre solo que mira a su alrededor hasta que su cara se ilumina. Una chica con una mochila a la espalda y los ojos llenos de lágrimas. Yo oteo cada vez que las puertas se abren, mirando a lo lejos por si es él quien aparece.

«Espero que no haya pasado nada».

Enzo siempre ha sido de los que llegan con el tiempo justo. Tal vez ha perdido el equipaje. O está esperando que pase el aluvión de pasajeros para salir el último, como hace a veces para no agobiarse. Miro la hora en el móvil. Han pasado apenas quince minutos desde la hora prevista. Respiro hondo. Me recoloco el pelo, me froto las palmas de las manos para calentarme un poco. No dejo que la incertidumbre entre. No todavía.

Las puertas se vuelven a abrir, pero no es él. Entonces saco el teléfono y le escribo.

Ya estoy aquí. ¿Dónde estás?

Lo envío, pero el mensaje no llega. Reviso la cobertura. Todo bien. Vuelvo a intentarlo.

Enzo, dime que estás bien. ¿Ha pasado algo?

Nada. Ni una marca, ni una señal, ni el mínimo indicio de que lo ha leído. Frunzo el ceño, un poco más inquieta. Lo llamo. Una vez.

Dos. Pero no suena. No da ni tono. Como si el número ya no existiera o el mundo se hubiera tragado su voz. Y ahí, algo en mi estómago se aprieta.

«No puede ser…».

Intento calmarme. Podría haberse quedado sin batería. Podría haber tenido un problema con el avión. Con el coche. Con lo que sea. Todo tiene una explicación. Todo menos este nudo en la garganta. Respiro hondo, de la misma forma que me enseñó mi madre. Me obligo a mirar alrededor, como si eso pudiera devolverme la calma, aunque solo encuentro una soledad cada vez más densa.

Abro sus redes sociales. Facebook. Instagram. Recorro sus perfiles como quien busca un faro entre la niebla, una señal, una excusa, algo que me dé una explicación y consiga apagar el temblor que me recorre desde dentro. Pero lo que encuentro me deja sin aliento. Enzo ya no me sigue. Su foto de perfil ha desaparecido. Y su estado ha cambiado. Ya no pone *Disponible*. Ni *En línea*. Ni siquiera aparece.

Parpadeo. No. No puede ser. No puede estar pasándome esto. No ahora. No cuando más lo necesito.

«¿Por qué?».

—No, no, no… —murmuro, con los dedos congelados sobre la pantalla y el alma hecha pedazos que todavía no aceptan lo evidente.

Porque hace unas horas me miraba a los ojos a través del teléfono y me decía que me quería. Que estaba en camino. Que no estaba sola. Y ahora solo hay silencio. Uno que grita demasiado. El cuerpo entero me tiembla, como si todos los huesos se me fueran a deshacer por dentro. El corazón se abraza a sí mismo, hecho un ovillo, buscando consuelo donde ya no lo hay. Porque no comprendo qué ha pasado en este lapso de tiempo. Él no me haría algo así. No Enzo. Sin embargo, todas las pruebas están ahí. Frías, crueles, incontestables. Y, aun así, niego con la cabeza, como si pudiera

reescribir los hechos solo con ese gesto. Doy un par de pasos hacia atrás, y entonces el teléfono suena en mis manos.

El corazón me golpea con fuerza en el pecho.

—¿Enzo? —respondo sin mirar la pantalla, aferrándome a un hilo, el último, el que no quiero soltar.

No es su voz la que llega. Es otra. Una que me conoce demasiado, que suena rota y temblorosa, igual que si se estuviera deshaciendo al otro lado. Contengo la respiración, porque, aunque sabía que este momento podía llegar, una parte de mí se había empeñado en negarlo. Nunca se está preparada para el tipo de dolor que se cuela por una llamada como esta, el que atraviesa el pecho sin pedir permiso.

—Lola… tienes que venir. Ha llegado el momento —susurra Marisa, intentando contener el temblor en la voz, aunque no puede.

Y yo tampoco.

—No… —digo, en un susurro que no llega a ser palabra. Porque no puede ser todo a la vez. El abandono. El miedo. La despedida.

«No hoy. No ahora. No así».

Sin embargo, el mundo no se detiene porque una parte de mí se esté cayendo a pedazos. Y lo peor de todo es que sé que tengo que correr. Aunque no sepa si es hacia el final… O hacia otro principio donde ya nada va a doler igual.

No tardo en llegar al hospital. Las piernas me llevan solas, como si supieran el camino mejor que yo, y el corazón marcara el ritmo con cada golpe seco contra el esternón. Corro por los pasillos blancos y largos que huelen a desinfectante y despedidas. El eco de mis pasos rebota en las paredes, demasiado alto y demasiado presente. Todo mi cuerpo se anticipa, se encoge y se defiende antes del impacto. Aunque lo sé. Sé que por mucho que me prepare, va a doler. De esa forma que no olvidas.

Y entonces la veo.

Al final del pasillo, Marisa me espera en la puerta. Sus ojos rojos, las lágrimas colgándole de las pestañas, los brazos extendidos intentando protegerme de lo inevitable. Como si su abrazo fuera suficiente para detener el tiempo, pero no lo es. Nada lo es. Siento que algo dentro de mí se quiebra. Un sonido mudo. Un crujido invisible. Y corro. Corro como si el amor pudiera llegar a tiempo y pudiera cambiar el final.

—Te está esperando. No quería irse sin verte, hasta el último momento es una guerrera… —susurra Marisa, con la voz hecha de hilos finos, casi quebrándose. Sus ojos se deslizan por encima de mi hombro, buscando a alguien que no ha venido. Alguien que no estará.

Trago saliva y niego con la cabeza. No hacen falta palabras. Ella lo entiende. Enderezo los hombros con ese gesto que duele más cuanto más finges que no. Y dejo atrás las lágrimas que Enzo no mereció. Hasta aquí llegaron. Hasta aquí llegamos.

Me paso las manos por el rostro, creyendo que así puedo borrar la tristeza de mis mejillas y alisar la piel para recomponerme por dentro. Y cuando al fin levanto la vista, le regalo a Marisa una sonrisa que apenas sostiene su propio peso. Luego, respiro hondo y empujo la puerta. Porque, aunque la vida se rompa en silencio, a veces hay que entrar y sostener los pedazos.

—Ya estoy aquí —susurro, y me acerco a su cama como si el tiempo pudiera detenerse en ese instante. Me inclino sobre ella y extiendo los brazos, rodeándola con todas mis fuerzas. El abrazo más suave y firme que puedo dar.

—¿Y Enzo? ¿Ha llegado bien? —pregunta contra mi pecho, con la voz tan bajita que se confunde con el sonido de las máquinas.

—Su vuelo se ha retrasado… —miento, tragándome el dolor, porque ahora mismo no hay espacio para decepciones.

Mi madre me sostiene con la poca energía que le queda, pero es suficiente para que me llegue y recordarme quién soy. Me separa

apenas un instante, el justo para mirarme a los ojos, como si necesitara memorizarme una vez más.

«Sabe que hay algo que no le estoy contando».

Sus dedos, temblorosos, aunque precisos, se alzan hasta mi rostro. Buscan ese lunar junto a mi ojo. Lo acarician con una ternura que me encoge el alma, y frunce el ceño, como si quisiera asegurarse de que me llevo sus palabras marcadas bajo la piel.

—Ese lunar no tiene por qué significar que llorarás por amor… —murmura con una voz suave, trenzada de cansancio y verdad—. Eso es lo que dicen. Pero puede que signifique que amarás intensamente. Y sé que lo harás.

Y en ese suspiro enredado entre profecía y promesa, me aprieta los dedos con los suyos. Cierro los ojos, sellando ese instante. Porque sé que lo llevaré conmigo siempre, como se lleva algo sagrado. Como se lleva el amor cuando ya no cabe en el cuerpo, pero tampoco se va.

—Mi Lola… —dice apenas, y su voz se rompe como una hoja vieja al doblarse—. Prométeme que vivirás tu vida…

Me quedo sin aire. Porque sé lo que me está pidiendo. Porque me duele que tenga que hacerlo. Porque no sé si estoy lista para prometer algo que aún no entiendo cómo voy a cumplir sin ella.

—Mamá…

—Prométemelo —insiste, y sus ojos brillan, no de lágrimas, sino de todo lo que me quiere decir y ya no puede.

Asiento, tragándome el nudo que tengo en la garganta. Me inclino sobre ella y apoyo mi frente en la suya.

—Te lo prometo —susurro—. Te juro que voy a vivir, aunque me faltes. Que te voy a buscar en cada puesta de sol, en cada canción, en cada paso nuevo, en cada sabor… Te juro que te voy a llevar dentro… sin rendirme.

Ella cierra los ojos con una pequeña sonrisa. Me quedo ahí, sosteniéndola, como si pudiera detener el tiempo solo con mi amor.

Como si pudiera convencer a la vida de que espere un poco más.

Y mientras la abrazo, mientras memorizo su olor, la forma exacta de sus manos sobre las mías, me hago otra promesa, una que no se dice en voz alta, pero que grita fuerte dentro de mí: que su recuerdo no se apagará, que no dejaré que el obrador se quede huérfano de ella. Que su esencia seguirá oliendo a galletas recién hechas, a flores secas y a esperanza. Que todo lo que sembró en mí seguirá vivo… mientras yo respire.

Porque ese lugar, sin ella, no sería nada. Y no pienso dejar que se desvanezca.

CAPÍTULO 21



Lola

Suena el despertador a las cinco de la mañana y maldigo bajito, en bucle, porque anoche me costó dormir. Esta cabecita mía no sabe cómo parar, y menos cuando hay sonrisas canallas que se te cuelan entre las sábanas. Porque desde esa noche, su sonrisa, esa torcida, la que sabe que arrasa y aun así se queda a mirar cómo ardes, no me deja en paz. Me taladra el sueño y el pecho.

Me desperezo sin ganas, aunque en el fondo sé que lo hago por algo que amo. Porque sí, adoro mi obrador. Ese pequeño rincón que huele siempre a mantequilla, a canela y a primeras oportunidades. Ese lugar donde me invento un mundo en el que todo es un poquito más dulce y las heridas, si no se curan, al menos se cubren con virutas de chocolate.

—¡A por el día! —me animo a mí misma.

Hoy me esperan varias hornadas de galletas con forma de patito para un *baby shower*, y una tanda de glaseados provocadores para una despedida de soltera que promete ser de todo menos discreta. Y aunque mi cuerpo pida cinco minutos más, mi corazón sabe que entre harinas, boquillas y aromas que te abrazan, hay algo que me salva. De todo aquello que no quiero nombrar.

Tanteo la mesilla con la mano hasta dar con el móvil. Apago la alarma sin mirar, pero mis dedos, traicioneros como ellos solos,

abren WhatsApp por pura inercia. Esa rutina absurda de cada mañana en la que buscaba su conversación antes de abrir los ojos del todo, como si ahí pudiera encontrar una razón para el día. Me prometí no hacerlo más, lo juré y perjuré con la dignidad por los suelos. Pero ya ves, el pulgar tiene memoria, y el corazón, muy poca vergüenza.

«No puede ser…».

Lo primero que llega es el nudo. Me incorporo de golpe, con esa sensación de frío recorriéndome la espalda, como un calambre silencioso que me parte en dos. Estaba acostumbrada al vacío, a no ver su foto, a ese espacio en blanco que dolía, pero ya no sorprendía. Sin embargo, hoy es distinto.

Ahí está. Su maldita foto de perfil.

Esa imagen que miré mil veces con la esperanza de que volviera. De que dijera algo. Lo que fuera. Una excusa. Una verdad. Un adiós, al menos. Me quedo quieta, con la mirada clavada en la pantalla. El cuerpo tenso, los pulmones agarrotados, como si alguien hubiese metido las manos dentro y apretara hasta dejarme sin aire. No quiero pulsar. No quiero saber. No quiero verlo.

Suelto el teléfono con brusquedad, como si quemara y pudiera desprenderme del peso solo dejándolo caer. Me paso las manos por la cara, intentando borrar el temblor que me sacude por dentro, y me levanto de la cama como quien huye de un incendio. Me quito el pijama sin pensarlo demasiado y camino hasta la ducha, buscando refugio bajo el agua, aunque sepa que no arrastrará lo que duele.

«Lola, podemos con esto», me repito en silencio, aunque ahora mismo no esté del todo segura.



El olor a mantequilla derretida y vainilla empieza a inundarlo todo en cuanto enciendo el horno. El obrador se despereza conmigo, como si supiera que hoy necesito más calor que nunca. El sonido de la batidora, el crujir del azúcar *glass* cayendo en el bol y el roce de la espátula contra los bordes me acompañan en un mantra silencioso. Una rutina que me arropa, que me centra, que me salva un poco de mí.

La música de los auriculares me invade con la voz de Ricky Nelson y Lonesome Town me vibra en el pecho. Empiezo por la tanda más inocente: *baby shower*. Galletas con forma de patitos, biberones y bodys minúsculos que casi me hacen sonreír. Luego paso a la versión gamberra: despedida de soltera. Moldes de falos, labios y anillos, y una paleta de colores que va del rosa chicle al rojo más provocador. Me río por dentro, con ese humor que se queda corto cuando lo otro aprieta.

Coloco los ingredientes en fila sobre la encimera; harina tamizada, huevos a temperatura ambiente, esencia de almendra amarga, fondant rosa, glasa de colores chillones y purpurina comestible, que nunca falte. Y me lanzo al amasado con una energía que en realidad no tengo. Amaso como quien exprime el alma. Corto con precisión quirúrgica, convencida de que moldear figuras perfectas me ayudará a poner orden dentro de este caos. Dibujo detalles con la manga pastelera mientras me repito que esto, al menos esto, no me va a fallar.

«Solo es un bache más, uno que puedo superar».

El teléfono sigue ahí, en lo alto de la repisa. Lejos. Frío. Ajeno. Un trozo de plástico que guarda un puñal con forma de imagen de perfil. Me he prometido no tocarlo. Solo si es estrictamente necesario. Y lo repito en voz baja, casi a modo de conjuro, mientras glaseo penes con corazones, como quien intenta decorar el desamor.

Porque si hoy hay algo que puedo controlar son estas galletas. Y necesito, con urgencia, que salgan perfectas.

El tintineo de la puerta me avisa de que Marisa ha llegado. Escucho sus pasos firmes sobre el suelo cerámico y, cómo no, el

inconfundible toqueteo en la *jukebox*. En cuestión de segundos suena una de nuestras canciones, *The Twist*, de Chubby Ckecker. Es de esas que nos hacen mover las caderas, aunque estemos a medio café y con legañas pegadas. Poco después aparece en el umbral con los brazos en jarras y una ceja levantada que ya me lo dice todo.

«Ya me va a caer el sermón».

—Lola, ¿en serio? —me lanza con tono de madre cabreada mientras escanea la cantidad de galletas repartidas por las mesas de trabajo—. No tienes que hacerlo todo tú sola, habíamos quedado en prepararlo juntas.

Sin darme tiempo a responder, se remanga la camiseta, coge uno de los delantales y se lo coloca como si viniera a salvar el mundo a base de glasa y purpurina. Y lo hace. Porque ella es así. Siempre llega cuando más la necesito, incluso cuando ni yo misma me doy cuenta.



Dos horas después, con todo perfectamente preparado y las mesas llenas de dulces que parecen salidos de un catálogo de fantasía, estamos apoyadas en la encimera con una taza de café humeante entre las manos. Con un toque de avellana, como me gusta. Y solo Marisa sabe hacerlo. Adoro cuando se acuerda de esos pequeños detalles.

—¿Has visto TikTok? —pregunta, rompiendo el silencio cómodo de la cocina.

—No. He estado muy ocupada… —respondo, intentando sonar creíble mientras noto su mirada clavada en mí—. ¿Por? ¿Ha pasado algo malo? ¿Otra vez?

Niega con suavidad, da un sorbo a su café y sonríe con un brillo cómplice en los ojos.

—Míralo. Te va a gustar.

—Está bien, enséñamelo…

—¿Y tu móvil? Siempre lo llevas encima. ¿Te lo has olvidado en casa?

—No, está ahí arriba —respondo, señalando con la cabeza la repisa donde lo dejé esta mañana, como quien aparta una bomba de relojería.

Marisa me observa un segundo más, intentando leer entre líneas. Lo hace. Lo sé. Pero no dice nada. Solo deja la taza a un lado, se limpia las manos con un trapo y saca su teléfono del bolsillo del mandil.

Agradezco en el alma que no me presione. Que no me obligue a tocar lo que ahora mismo me arde.

—Atenta… —murmura, con media sonrisa mientras navega por la pantalla.

Se sienta a mi lado, gira el móvil hacia mí y da al *play*. El vídeo arranca con una de esas versiones lentas y sensuales de un temazo noventero que te aprieta el pecho sin avisar. *I Want It That Way*, de los Backstreet Boys, suena en una versión *lo-fi* suave, casi susurrada, mientras la cámara enfoca unas manos masculinas, grandes y seguras, espolvoreando harina sobre una encimera brillante. La luz acaricia la piel, realzando los músculos del antebrazo que se tensan con cada movimiento. El gesto es pausado, casi coreografiado, como si preparar masa fuera una forma de seducir en lugar de cocinar.

La toma asciende despacio, recorriendo la camisa blanca arremangada hasta los codos y el delantal rosa con el logo de *Cookie Love*, que le queda demasiado bien. Igual que todo lo que se pone. Hasta que por fin aparece él.

«Mario».

Esa mandíbula marcada que parece tallada a propósito para romper la concentración, y esa mirada que te desviste sin quitarte la

ropa. Se pasa la lengua por los labios antes de hablar, sabiendo perfectamente lo que provoca.

—Bienvenidas a la cocina del *Chef de Altos Vuelos*, donde no solo se hornea… también te lleva al cielo con cada bocado.

Levanta la vista hacia la cámara y lanza su famosa sonrisa ladeada, esa que es más peligrosa que cualquier postre con triple de chocolate. La imagen vuelve a sus manos, que ahora amasan con fuerza, con una intención tan marcada que parece pecado. El movimiento de sus brazos es deliberado, descaradamente sensual, como si en vez de trabajar la masa estuviera acariciando la piel de alguien.

«Joder, madre mía».

—Hace calor aquí —murmura Marisa, abanicándose con la mano y dándole voz, sin filtro, a mis pensamientos más indecentes.

La cámara se recrea en cada gesto, se acerca con *zoom* justo cuando le conviene y saborea el plano y él, claro, lo disfruta. Mira de reojo, alza una ceja y vuelve a sonreír. Como quien conoce todos los finales felices… y tiene la receta perfecta para empezarlos.

—Hoy os traigo unas galletas glaseadas que no se olvidan fácilmente. Como algunas noches —dice, con esa voz que parece ronca de tanto callarse las cosas importantes.

No respiro. Me quedo pegada a la pantalla viendo cómo Mario decora las galletas con precisión, mientras lanza frases que podrían estar sacadas de un manual para romper bragas. El muy cabrón se lo está pasando bien. Demasiado bien. Y la gente, más aún.

—¿De dónde ha salido este hombre? —susurro, a medio camino entre la fascinación y la incredulidad. Hay facetas suyas que no había imaginado en la vida, y aunque una parte de mí piensa que esto va de lucirse, otra… no sabe ni qué pensar.

—Seduce a la cámara, ¿a que sí? —me dice Marisa, dándome un codazo cómplice—. Y eso que aún no has leído los comentarios.

El contador de reproducciones ya va por las seis cifras. Los comentarios no dan tregua: fueguitos, corazones, promesas de amor

eterno y propuestas indecentes disfrazadas de frutas. Y entre toda esa locura, ahí está: la cuenta etiquetada @CookieLove.

—¿Y esto? —pregunto, con una mezcla de *shock*, ternura… y esa punzadita idiota que no avisa antes de doler.

—Mario creó la cuenta anoche —me interrumpe Marisa, con los ojos brillándole como si se supiera el final de una historia bonita—. Dice que se llama *Chef de Altos Vuelos*, porque su intención es llevarte al cielo con sus sabores. Aunque viendo el vídeo… igual la subida no es solo gastronómica.

—¿Se ha hecho viral? —murmuro, aún procesando la cifra de reproducciones que brilla en la pantalla.

Marisa asiente con la sonrisa bailándole en los labios. Suelto una risa floja, porque el vídeo es una fantasía, y él… es una jodida película. De esas que no sabes si vas a poder ver entera sin tocarte el alma.

—¿Y ha etiquetado a *Cookie Love*?

—Sí —asiente Marisa, orgullosa—. Ya tienes casi dos mil seguidores nuevos, y subiendo…

Miro el teléfono, con el vídeo reproduciéndose en bucle, y por un momento… me olvido de todo lo demás. Incluso de *esa* imagen. Porque, en serio… ¿cómo se supone que una supera algo así?

CAPÍTULO 22



El murmullo en la sala se intensifica justo cuando empujo la puerta y entro: mochila al hombro, sonrisa ladeada y ese aire de «sí, sé lo que hice» colgado del cuerpo como si fuera parte del uniforme. Porque, sinceramente, no esperaba semejante aceptación con una cuenta que acabo de crear… y mucho menos esa avalancha de *likes* disfrazados de intenciones indecentes.

Venga, lo admito: tuve una pequeña ayuda. Maca compartió el vídeo desde su cuenta parodia y terminó de avivar el fuego como quien echa gasolina con una sonrisa.

—¡Mira quién llegó! —exclama Ana desde el fondo, dejando la manga pastelera y limpiándose las manos con el delantal.

Encarnación, que está junto al horno, se gira y levanta una ceja como quien acaba de ver a su *crush* de la adolescencia en el supermercado. Pero la primera en reaccionar de verdad es Lydia. La *influencer*. Móvil en mano, cámara activada y voz de presentadora:

—¡Atención, atención, mis reposteros del alma! Acaba de entrar Mario, alias *Chef de Altos Vuelos,* que está revolucionando TikTok y nuestras hormonas desde anoche. ¿Qué se siente al ser una celebridad viral?

Y entonces lo hago. Me quito las gafas de aviador con la misma chulería con la que me desprendo de un delantal sucio, despacio,

con ese gesto que grita «sé lo que provoco» sin necesidad de decir una sola palabra. Las engancho en el cuello de la camisa y me acerco un par de pasos, guiñándole un ojo a la cámara como si esto fuera un *reality* y yo el protagonista de su escena favorita.

—Lo siento, Lydia… pero si queréis conocer al verdadero *Chef de Altos Vuelos*, tendréis que venir a *Cookie Love*. Aquí es donde se sirve sin filtros. Y sin conservantes —suelto con ese tono canalla que me nace solo cuando sé que ella está mirando.

Y lo está. Desde el rincón, junto a la vitrina, con la espátula en la mano y el ceño fruncido, fingiendo que paso desapercibido. Sus ojos me siguen y me analizan. Como si aún estuviera viendo el vídeo en bucle y maldiciendo lo mucho que le gustó.

«Me apuesto el cuello a que algo provocó».

Desde aquella noche en el bar, no he dejado de pensar en ella. En lo que ocultan esos ojos verdes más allá del fuego con el que me mira cuando quiere matarme o besarme. En el temblor que no se notaba y yo sentí. Joder, sí lo sentí, una maldita corriente eléctrica. En lo que me gritó su cuerpo, aunque su boca dijera lo contrario. Esa piel suya… se me quedó pegada en los dedos como si en vez de tocarla, la hubiera absorbido. Y luego está su silencio. Ese que no suena a rabia, sino a algo más profundo. A algo que desconozco, aunque cala. Un silencio con filo, de esos que te rozan el pecho y te dejan pensando si el daño viene por lo que no dijo… o por lo que yo no supe ver.

No sé qué demonios está cargando Lola sobre los hombros. Pero sé que hay algo, que la aprieta y la frena. Y por cómo me observa cuando cree que no la estoy mirando, sé que no soy el único al que le cuesta respirar cuando estamos cerca. Me tortura no entenderla. No poder leerla como a las demás. No saber si cuando me empuja lo hace porque quiere que me quede más cerca o que me aleje. Lo único que tengo claro… es que voy a averiguarlo. Porque si hay una grieta en esa armadura suya, yo voy a encontrarla. Y voy a colarme por ahí, aunque me deje los nudillos en el intento.

Dejo la mochila sobre la mesa, haciendo que resuene lo justo y Ana me lanza una sonrisa traviesa.

—Tú sabías lo que hacías con ese vídeo, ¿verdad?

—¿Yo? —Me hago el inocente, alzando las manos—. Solo compartí mi amor por la repostería. Si eso provoca una revolución hormonal, no es culpa mía. Yo solo… amaso con estas manos, aplicando la presión justa, en el punto exacto… —Y dejo que la frase se deslice como caramelo caliente.

Encarnación suelta una carcajada que rebota en las paredes de la cocina.

—Amasas como si fuera pecado, chiquillo.

Y otra vez, todas se ríen. Incluso Lola. Una mueca, apenas perceptible, pero ahí está. Un avance. Porque desde que llegué, se ha esforzado tanto por fingir que no le afecta, que cada gesto se le nota el triple.

Javi me hace un gesto de mentón para que me acerque a la mesa donde me espera la masa. Julia se ruboriza cuando la pillo mirando el móvil. Le sonrío. Ha visto el vídeo. Me remango despacio, meto las manos en la masa y empiezo a trabajar. Lo hago con ritmo, con intención. Porque sé que me está observando. Cada movimiento es un mensaje no verbal. Cada giro de muñeca, una provocación sutil.

No lo hice solo por el *show*. Lo hice por ella. Porque necesitaba recordarle que sigo aquí, que quiero algo más que su piel contra la mía. Quiero dejar huella, que vuelva a mirarme como lo hizo aquel primer día entre bandejas de galletas y sarcasmos. Esa furia encendida que escondía algo más.

—¿Vas a hacer más vídeos de ese estilo? —pregunta Lydia, pegada a mi codo como si estuviera narrando un directo.

—Depende. ¿Te parecen útiles para la clase?

—Útiles no sé. Inspiradores, seguro. Creo que me animaré a amasar galletas en casa —añade Javi mirando a Julia de reojo—. Si traigo una horneada el próximo día… ¿Las probarías?

Suelto una risa baja, de esas que arrastran intención, y dejo la bandeja sobre la encimera con un golpe suave, como rematando su jugada.

—Las probaremos, ¿verdad, Julia? —respondo, mirándolo de soslayo y alzando una ceja—. Pero asegúrate de que salgan bien doraditas… ya sabes, crujientes por fuera, blanditas por dentro. De las que dejan huella.

Julia se ríe, nerviosa, y Javi me lanza una mirada de «gracias, tío». Y yo, encantado. Porque si algo tengo claro es que, en esta cocina, no solo se hornean postres. También se cuecen historias.

Más risas y comentarios varios, todos positivos. Disfruto del efecto, pero sin perder de vista a Lola. Cada vez que levanto la mirada, está ahí. Fingiendo estar ocupada, centrada en una manga pastelera que lleva demasiado rato en la mano. Al pasar por su lado, dejo que mi brazo roce el suyo, sutil, como si fuera sin querer. Aunque no lo es. Bajo la voz solo para que me escuche.

—Bonito delantal —le susurro cerca del oído. Su comisura se alza de manera sutil, curvando ese labio rojo que me tiene jodidamente obsesionado—. Hace juego con la forma en que no me miras.

Ella no responde, pero traga saliva. Y eso me basta. Porque si una mirada no se detiene… es porque está huyendo. Y yo pienso seguir el rastro. Porque sí, el vídeo ayudó a limpiar parte del desastre. El perfil, el nombre y la frase canalla. Todo fue parte del plan. Y no lo voy a negar: quiero que me vea. Que entienda que no he venido solo a hornear galletas ni a hacerme el interesante frente a la cámara. Estoy aquí para quedarme. Para ser su mejor alumno si hace falta. Me llevaré el premio final. Esa cena. Y podré demostrarle que se equivoca conmigo. Reconstruiré ese maldito puente que ella misma dinamitó.

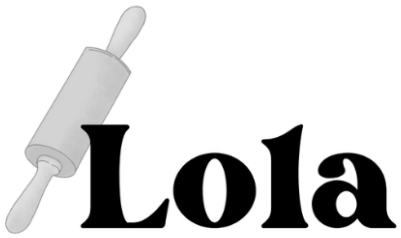
Aún queda camino, ya di el primer paso. Y con Lola… cada centímetro vale su peso en oro.

—¿Mario, puedes ayudarme con la glasa? —pregunta Ana, sacándome del trance.

—Claro —respondo, dándole mi mejor sonrisa—. Pero aviso: si la glasa sale muy caliente, no es mi culpa.

Mientras todos se ríen, yo me quedo con la imagen de Lola intentando fingir que no pasa nada. Porque si algo me ha enseñado esta clase… es que hasta el chocolate más duro se derrite. Solo hay que saber aplicar el calor justo. Y yo pienso derretir cada una de sus capas. Aunque me queme en el intento.

CAPÍTULO 23



—¿Podrías dejar de mirarlo así?

Marisa me da un culazo al colocarse a mi izquierda, como si con eso pudiera devolverme al planeta Tierra. Cruzo los brazos con más intensidad de la necesaria y le lanzo una mirada fulminante con una ceja enarcada.

—No sé de qué me hablas.

Se gira hacia mí con ese gesto dramático que domina tan bien, clavándome la mirada.

—De esa —responde, abriendo las manos frente a mí, presentando una evidencia irrefutable—. Esa forma de mirarlo como si quisieras meterlo en el horno y, de paso, bañarlo en chocolate caliente. No sé en qué orden exactamente, pero el mensaje se entiende.

Me trago la risa, aunque la sonrisa me traiciona un poco.

—Solo estoy observando.

—Observando… claro —ironiza—. Mira, lo único que te digo es que se está portando bien, se curra las clases y, por si te has olvidado, ha hecho ese vídeo que nos ha dado más visibilidad que cualquier campaña en redes. Igual va siendo hora de que dejes de ponerle barreras y le des una oportunidad. Aunque sea… al horno.

—No todo se arregla con el horno, Marisa.

—Ya, pero esta receta pide temperatura alta, cariño. Y un tiempo de cocción lento, de los que hacen sudar —dice, guiñándome un ojo con todo el descaro del mundo.

«¿Pero tú te crees? ¿Está insinuándome lo que creo que me está insinuando?».

Respiro hondo, intentando no perder el norte.

—Eres insoportable, ¿lo sabías?

—Y tú una negacionista emocional.

—Técnicamente, eso no existe.

—Técnicamente, estás empapada de ganas —suelta a bocajarro, sin ni una pizca de vergüenza.

—Marisa…

—No todos son igual que *él*… —murmura, pero entonces le lanzo una mirada que corta el aire. De esas que avisan que no se cruce ni medio paso más.

—Lo sé. Pero ese sujeto disfrazado de cordero buenorro se atrevió a destrozar corazones con mis galletas como arma de destrucción masiva… Mucho me tiene que demostrar para que mi opinión cambie.

Marisa baja la mirada un segundo, sopesando lo que acabo de soltar. Luego levanta el mentón y me devuelve el golpe con dulzura firme:

—Entonces dale la oportunidad de demostrarlo, Lola. Porque igual está horneando algo más que masa.

—¿Qué interés tienes tú en que le dé una oportunidad? ¿Qué ganas con eso? No entiendo esa necesidad tuya de que vea más allá.

No me responde de inmediato. Solo me mira. Luego, con un gesto suave, entrelaza sus dedos con los míos. Y ese nudo en el estómago que llevo días intentando ignorar se aprieta un poco más.

—Porque no quiero que hagas como tu madre —dice en voz baja, con ese temblor que aparece cuando desenterrar un recuerdo duele —. Ella solo amó a un hombre. Uno que se largó en cuanto supo que estaba embarazada.

Trago saliva. No por lo que dice, sino por la manera en que lo dice y porque esa historia siempre me escuece un poco.

—Tu madre volcó todo su amor en ti. Todo. Y fue suficiente, sí. Pero también fue una vida llena de ausencias. De silencios tragados.

Me acaricia con el pulgar el dorso de la mano, como si quisiera anclarme a la tierra.

—No repitas la historia, Lola. No te encierres en esa versión tuya que cree que puede con todo sin necesitar a nadie. Yo estuve ahí, ¿te acuerdas? Vi cómo tu madre te criaba con una fuerza que parecía infinita, y también vi cómo se deshacía por dentro cada vez que fingía que no dolía.

—No soy mi madre, Marisa. Aunque a veces me asusta lo mucho que me parezco. Lo rápido que sonrío, aunque por dentro esté hecha trizas. Lo bien que me sale disimular.

—Lo sé, mi niña. —Su mano aprieta la mía, queriendo sostenerme más allá de las palabras.

Mi pecho se llena de aire, pero no me atrevo a soltarlo. Porque lo que dice me atraviesa, sin anestesia. Porque es una verdad que cala hondo. Porque, joder… es Marisa. Mi tía. Mi segunda madre. La que me sostuvo la mano cuando el mundo se volvió hueco. En mi interior, siempre lo supe. Por mucho que mi madre sonriera, había sombras en su mirada. Pequeñas fisuras que intentaba esconder, empeñada en que yo no las viera, quizá creyendo que así también me protegía.

—La vida es demasiado corta para no vivirla.

Por un instante, los ojos se me nublan. Contengo la respiración. Porque tiene razón. Porque duele. Porque da miedo.

—No digo que le entregues el corazón en bandeja de plata —añade, mirándome con ternura mientras suelta mi mano con

delicadeza—. Solo que lo dejes llamar a la puerta.

Pongo los ojos en blanco y me muerdo el labio. Me recoloco el delantal con gesto teatral, como si eso pudiera devolverme el control o tapar las grietas que se han abierto después de lo que acaba de soltarme. Me muevo, buscando refugio entre bandejas y mangas pasteleras, y me alejo por la sala mientras ella me lanza un beso sonoro desde su puesto.

Camino entre las mesas con una seguridad impostada, fingiendo una entereza que no sé ni de dónde saco. Me detengo junto a Lydia, que se ha liado con la receta porque no para de mirar el móvil de reojo, pendiente de sus seguidores.

—Concéntrate en los bordes, no en los me gusta —le digo con una sonrisa ladeada, señalando su galleta que parece haber sufrido un terremoto decorativo.

—Sí, profe —murmura con una sonrisa mientras una pupila se le escapa hacia la pantalla—. ¿Veis cómo es la mejor? Siempre está pendiente de nosotros y de que mejoremos. Esta no es una clase cualquiera, esto es una explosión de sentidos.

«Mírala cómo me camela, la muy artista».

—Pelota —susurra Encarni de manera mal disimulada, aunque con una sonrisa que no engaña a nadie.

—Tienes que hacerlo así… —Me coloco por detrás y posiciono sus manos en el batidor con suavidad—. Hay que tratarla con cariño, y un poco de firmeza.

Le explico con paciencia cómo lograr que la glasa no se desparrame, le muestro un par de trucos, y cuando parece haberlo pillado, me incorporo y sigo mi recorrido. Sonrío, lanzo indicaciones, me agacho para revisar la bandeja de Ana y, en todo momento, lo noto.

«Mario».

Es un foco de calor constante. Una presencia silenciosa que se impone sin decir palabra. Sé que está ahí, pendiente incluso cuando aparenta lo contrario. Lo delatan sus hombros tensos al sentirme

cerca, ese leve descenso en su tono de voz cuando hablo a pocos metros. Y aunque esquivamos las miradas, estamos metidos de lleno en el mismo juego: ese en el que aparentas indiferencia mientras no puedes apartar los ojos. Finge estar muy concentrado en su masa, metido hasta el fondo en su papel. Pero a mí no me engaña, lo tengo calado. Paso junto a él y suelta una tos forzada. Ni siquiera levanta la vista. Me río por dentro. El muy canalla está jugando a hacerse el interesante.

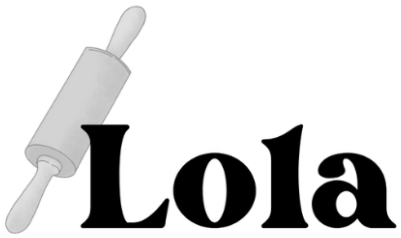
—¿Todo bien por aquí? —pregunto, deteniéndome a su lado.

—Perfecto —responde, sin levantar la mirada con esa media sonrisa que le nace sola, como si no pudiera evitarlo. Esa que debería venir con advertencia sanitaria, porque te deja sin defensas antes de darte cuenta.

Sigo mi ronda, sin apurarme. Pero cuando me doy la vuelta para ver cómo va su masa, me sorprendo con sus ojos clavados en mí. No dice nada. Solo me mira. Como si hubiese ganado una batalla silenciosa.

Y, maldita sea, igual la ha ganado.

CAPÍTULO 24



De reojo, lo veo inclinarse hacia Julia y susurrarle algo que la pone como un tomate. Puede que no sea nada o puede que sí. Y por si acaso, mejor asegurarme. No quiero que, por confiarme, juegue con un corazón joven delante de mis narices.

Cruzo los brazos y clavo la mirada en ella, esperando a que se dé cuenta de mi presencia. Tarda un par de segundos, pero cuando al fin levanta la vista, me basta un gesto para que entienda.

—Julia, ¿puedes venir un momento?

Asiente, con las mejillas aún más encendidas, y me sigue en silencio hasta mi mesa. Solo cuando estamos lo bastante lejos de oídos indiscretos, me inclino ligeramente hacia ella y bajo la voz.

—¿Estás bien? ¿Te sientes cómoda con tus compañeros? ¿Mario está haciendo o diciendo algo que te incomode?

Julia lanza una mirada fugaz hacia su mesa, claramente desconcertada por mi pregunta. Luego me observa a mí, y en ese momento, Mario siente las miradas clavadas en su espalda y levanta la vista, arqueando una ceja con su habitual descaro.

«Maldito y sensual Mario».

—Sí, estoy bien —responde Julia con un hilo de voz.

Sin embargo, no me doy por vencida.

—¿Segura? Puedes ser sincera conmigo. Si te ha dicho alguna marranada… —Y agarro el rodillo como si fuera un arma medieval, dispuesta a impartir justicia pastelera.

Se vuelve a sonrojar hasta las orejas, y justo entonces, una idea atraviesa mi mente igual que una galleta lanzada con fuerza.

—No me digas que te gusta… —Me muerdo las palabras.

—¡Puaj, no, qué asco! ¡Es un viejo! Tiene como mil años. —Levanta las manos y se tapa la cara, horrorizada por la insinuación —. Aunque… sí que me gusta alguien…

Sigo su mirada y, cómo no, allí está. Javi. A un metro escaso de Mario, con su sonrisa de listillo profesional, imitando el gesto de su ídolo como si fuera el más encantador del lugar. El niño tiene arte, hay que reconocerlo.

«Vaya con Ojitos».

Julia me suplica con los ojos antes de que yo abra la boca.

—Por favor, no digas nada.

Sonrío con ternura, dejando el rodillo a un lado.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Pero si ese chiquillo te rompe el corazón, se lo tallo en fondant y lo pongo de adorno en todas las tartas de la semana. Avisada estás.

Julia asiente, aliviada, y justo cuando estoy a punto de decirle que vuelva a su sitio, aparece Mario como si se hubiera materializado de la nada. Apoyado en el borde de la mesa con esa pose de «sé más de lo que dices», ladea la cabeza y me lanza una mirada que lo dice todo. Controlo el impulso, porque ya es instinto, de no mirarlo más de lo necesario. Porque sé que, si lo hago, pierdo. Y no me apetece perder más por hoy.

—¿Algún problema con mi alumna estrella? —pregunta, como quien no quiere la cosa, pero dejando caer la caña a ver si pica algo.

Lo miro, sin pestañear, con esa ceja que se me sube sola cuando me activa el modo profesora borde. Aunque, con él, más que un

gesto de autoridad, se ha vuelto mi escudo. Uno puntiagudo y afilado.

—Nada que no puedas resolver desde tu mesa. Anda, vuelve antes de que se te pase la masa.

Él sonríe, disfrutando del baile de tensión que parece no cansarle nunca.

—Me encantan tus formas tan… directas —responde, antes de darse la vuelta con esa cadencia de quien se sabe observado.

«Y sabe que está bueno, el muy cabrón».

Y sí, mis ojos hacen lo que quieren: bajan por su espalda hasta aterrizar en ese trasero que debería venir con señal de tráfico, en concreto de «Stop» y bien grande. Resoplo y me giro hacia Julia, que se muerde el labio, entre la risa y la vergüenza.

—Venga, a tu sitio —le susurro, y cuando ella se marcha, yo tomo aire, cojo mi delantal con teatralidad y camino decidida hacia la nevera.

—¿Y tú adónde vas? —me lanza Mario por detrás, dando la sensación de que le importa más de lo que quiere admitir.

—A por ingredientes. Algunos dulces, y otros amargos que sirven para bajar los humos —respondo sin girarme.

Y lo dejo allí, con la sonrisa congelada y la espátula en la mano.

No han pasado ni diez segundos desde que cierro la puerta de la cámara frigorífica, y ya oigo cómo se abre otra vez.

—¿De verdad vienes a por mantequilla justo ahora? —pregunto sin girarme, porque sé perfectamente quién es. Por el eco de sus pasos, por esa manera suya de caminar como si el mundo le perteneciera, por ese olor a limpio con algo más oscuro… algo que no quiero identificar, pero que me tiene la piel en pie de guerra.

«Y me odio a mí misma por reconocerlo antes de siquiera girarme».

—He pensado que igual necesitabas ayuda con los ingredientes… o con los humos —responde con ese tono entre chulo y peligroso

que usa cuando quiere sacarme de quicio.

Me doy la vuelta con un bote de mermelada en la mano y me lo encuentro ahí, tan cerca que el aire entre nosotros parece cargado de algo que no tiene nada que ver con el frío del cuarto. Ocupa más espacio del que debería, como si lo hiciera a propósito. Su cuerpo casi roza el mío. No me toca, pero mi piel ya lo siente. Y si lo hiciera… probablemente no movería ni un músculo para impedirlo. Mis hormonas montan una *rave* improvisada en pleno pasillo refrigerado, y cada músculo se me tensa como si alguien hubiera subido el volumen del deseo al máximo.

«Sois las hormonas de Judas».

Sus pupilas me recorren de arriba abajo, despacio, saboreando el momento. Entreabro los labios, y no puedo evitar fijarme en lo bien que le queda esa camisa remangada, en cómo se le marca el antebrazo, en el brillo que asoma en sus ojos, esos que antes siempre escondía detrás de unas gafas de aviador como si no supiera el poder que tienen. Los pezones se me erizan, y no es por el frío. Se me escapa un suspiro. Bajo. Involuntario. Traidor. Y él lo nota, claro que lo nota. Porque este juego de no tocarnos mientras nos desnudamos con los ojos empieza a rozar lo cruel.

—Te he dicho que vuelvas a tu sitio —consigo soltar, tajante.

—Y tú has dicho que ibas a por cosas dulces. He pensado que era mi momento de brillar —dice, abriendo los brazos.

Me rodea con su presencia, como un aroma que se te mete dentro sin pedir permiso. Y lo odio. Porque lo siento demasiado cerca, aunque haya un palmo de distancia entre nosotros.

Lo fulmino con la mirada.

—Estás cruzando una línea, Mario.

—¿Solo una? —Frunce el ceño, con fingida inocencia.

Me río por la nariz. No quiero, pero lo hago. Porque es idiota y porque sabe exactamente dónde apretar. Y porque este pasillo minúsculo no nos da margen para nada que no sea quedarnos así: atrapados entre el deseo y una mala decisión.

«Necesito cambiar el ambiente».

—Tienes a medio obrador imitándote, ¿lo sabías? Hasta Javi ha adoptado esa sonrisa chulesca. Dentro de poco tendré que poner normas sobre el uso de cejas arqueadas y cuchicheos.

—No sabía que marcaba tanta tendencia. A lo mejor deberías tomártelo como un halago —murmura, con un tono más bajo, casi íntimo.

Y lo hace. Su voz se desliza suave y se acerca un paso más. Yo retrocedo instintivamente, hasta que noto la estantería clavándose en mi espalda.

—Mario…

—Solo quiero saber por qué me miras como si te sacara de quicio… y al mismo tiempo no pudieras evitarlo.

Trago saliva. Su aliento roza el mío, y la piel se me eriza de golpe. Y no, no tiene nada que ver con la nevera.

—Porque probablemente sea eso. Porque me sacas de quicio. Aunque si de verdad quieres saber quién soy, más allá de este jueguecito que tanto te divierte, vas a tener que enseñarme algo más que esa sonrisa tuya.

Él sonríe, pero esta vez no es la de chulo de manual. Esta es más suave, más sincera. Como si por fin hubiéramos dejado de fingir que esto no está pasando.

—De acuerdo, me parece justo —susurra, sin tocarme, pero dejándolo todo dicho—. Ahora dime qué necesitas, aparte de la mantequilla, y te ayudaré en todo lo que me pidas.

—Ah, ¿sí? —inquiero, arqueando una ceja, mientras el corazón late tan fuerte que me retumba hasta en las sienes.

—Sí. Lo que sea —susurra ronco, demasiado tentador.

«Con que esas tenemos…».

Sonrío, chulesca, saboreando el momento antes de lanzárselo como quien deja caer una bomba de purpurina.

—Entonces tráeme el tarro de pasta de *haba tonka.*

Parpadea.

—¿Pasta de qué?

—*Haba tonka* —repito con voz dulce, como si le estuviera pidiendo un terrón de azúcar y no su dignidad—. Estantería de la derecha, segundo estante. Tapa roja. No tiene pérdida… salvo que no tengas ni idea de lo que estás buscando.

Me mira como si hubiera activado un nivel secreto del videojuego y aún no tuviera la clave para avanzar. Camina hasta la estantería con ese paso suyo, seguro y lento, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Sabe que lo estoy mirando, y no se molesta en disimularlo.

Me cruzo de brazos, esperando, regodeándome en su desconcierto. Porque sí, Mario puede tener muchas cosas: una sonrisa peligrosa, unos brazos que invitan a una noche de locura y esa voz que me vibra en lugares que no debería mencionar en horario laboral… pero en este terreno, hoy, quien reparte las cartas soy yo. Y por un momento, justo antes de que lo encuentre, me siento poderosa. Como si tuviera la receta secreta de este juego. Y él, las manos metidas hasta el fondo en mi mezcla.

CAPÍTULO 25



«Vale, lo reconozco. Me ha pillado».

Estoy plantado frente a una estantería llena de botes con etiquetas raras, buscando algo que suena más a hechizo que a ingrediente. Pasta de *haba tonka*, ha dicho. ¿Eso existe de verdad o me está vacilando? Porque tiene toda la pinta. Y yo, como un gilipollas, buscando entre tarros como si de verdad supiera lo que estoy haciendo.

Me río por lo bajo. Me está provocando. Y lo peor es que me gusta. Lola tiene ese don: el de sacarte de quicio y, al mismo tiempo, engancharte como si te hubiera metido droga en el cola cao. Porque, sí, me pone a cien. Pero también me pica. Me reta. Y eso, amigo, es combustible puro para mí.

Así que sí, estoy fingiendo que no me ha afectado su mirada cargada de electricidad, ni su voz suave con olor a canela, ni su cercanía que ha dejado mi cuerpo en guardia. Tampoco ese suspiro que se le ha escapado antes como si me deseara tanto como yo a ella. Y todo mientras me hace bailar al ritmo de su batidora invisible. Pero que no se confíe. Este juego acaba de empezar. Y yo también sé jugar.

—¿Lo encuentras? ¿O necesitas que te eche una mano? —pregunta a mi espalda. Un susurro caliente que me roza la nuca

como si tuviera dedos.

Cierro los ojos un segundo. Solo uno. Lo justo para contenerme, no girarme y atraparla contra mí. Para no perder el control y dejar que esa voz me haga lo que quiera. Me permito una sonrisa ladeada. Lenta. Como quien ya imagina el desastre.

—Dame un minuto. Se me da muy bien encontrar cosas imposibles —respondo, dejando que la frase se quede en el aire, cargada de intención.

No hace falta decir más. El mensaje está claro, suspendido entre los dos, retando sin necesidad de traducción. Sé que lo ha entendido. Siempre lo hace.

—Vaya, necesitas un minuto… Pensé que eras más rápido —ronronea, con ese tono que se le enreda en la boca, lamiendo cada sílaba antes de soltarla.

Aprieto la mandíbula. Tanto que me crujen los empastes. El deseo me recorre como una corriente eléctrica, directo al centro. Ella lo sabe. Lo provoca. Y se divierte con ello.

—Hay cosas que necesitan tiempo… tomártelo con calma —rebato, sin subir el tono, con la voz grave, arrastrada. Casi ronca.

Un suspiro escapa de sus labios. Un sonido apenas audible, pero que me atraviesa. Me prende fuego. Esos labios rojos deben saber a pecado. Y a mí me han condenado hace rato.

—Ese de ahí, con tapa roja —dice, acercándose por detrás.

Pero ya está encima. Literalmente. Su pecho roza mi espalda, suave, firme, cálido. Su brazo se estira por encima de mi hombro, buscando el tarro, y aunque no llega, lo intenta igual. Pegándose aún más. Me aprieto contra la estantería, no porque quiera alejarme, sino porque si me muevo un milímetro, pierdo la cabeza.

«Vamos, no me jodas».

La noto. Joder, claro que la noto. Su cuerpo. Su perfume, ese aroma dulzón con fondo cítrico que me enreda la garganta. El calor de su piel atravesando la ropa. Y mi polla ya está más que despierta,

saludando con descaro y pidiendo protagonismo. El roce ha sido mínimo, pero el efecto es devastador. La tela del pantalón me quema. El aire parece más denso. Como si hasta respirar costara el doble.

«No lo hagas», me repito. Pero la voz en mi cabeza suena igual que una súplica hueca. Una mentira.

—¿Segura que es ese? —pregunto sin moverme, sin girarme, con la voz tan baja que roza el gemido. Cada músculo en tensión. Cada fibra de mi cuerpo consciente de que, si se inclina un poco más, me vengo abajo.

—Segurísima —responde, con esa voz suave y segura que me dan ganas de probar con los dientes.

Y entonces, como si el universo quisiera ponerme a prueba, se apoya un poco más, alargando el brazo. Como si realmente necesitara llegar y no supiera que está rozándome justo donde no debería. O justo donde más quiero que lo haga. El pantalón me aprieta la erección. La tengo tan dura que hasta duele. El pulso se me dispara, la sangre me ruge en las sienes, y cada milímetro de mi cuerpo grita por perder el control.

«Contrólate, Mario».

Estoy a un suspiro de girarme y empotrarla contra la estantería. De sacarle ese jadeo que se le escapó antes, pero multiplicado por mil. Quiero que diga mi nombre sin aire. Que me clave esas uñas rojas. Que me arañe esta calma fingida hasta dejarla en jirones.

—Tú sí que sabes complicarme el acceso a las cosas —murmuro, sin pensar demasiado, dejando que se me escape el doble sentido.

Ella se ríe bajito, como si no estuviera literalmente frotándose contra mí, y esto fuera de lo más casual. Está jugando con fuego y yo soy gasolina.

—Solo estoy ayudando. Dijiste que se te daban bien los imposibles.

«Y tú eres el más jodido de todos», pienso, pero me callo. Porque no quiero romper esto. Esta burbuja. Esta electricidad que se nos

pega a la piel.

—Sí, pero tú tienes una forma muy particular de ponerlo a prueba —susurro, atrapando el tarro sin moverme ni un centímetro. Lo saco con una mano mientras con la otra apoyo los dedos en la estantería. Respiro hondo.

«Joder».

Me suelto, porque los dedos se me han agarrotado. Me giro muy despacio, rozándome con ella en cada movimiento, y coloco el tarro entre los dos. Nuestros cuerpos encajados como piezas que no sabían que se estaban buscando. La miro a los ojos. Directo. Sin pestañear. Su mirada verde brilla, ardiendo con algo que parece fuego al otro lado de las pestañas. Sus labios rojos entreabiertos, húmedos. Sus mejillas enrojecidas. La respiración corta. Irregular. Igual que la mía.

—Aquí tienes tu *haba tonka* —le digo bajito, con la voz tan cerca de su boca que podría saborearla si respirara más hondo—. Pero no sé si el resto del día va a saberte igual después de esto.

Porque lo que está pasando aquí dentro ya no es solo química. Esto es física, deseo y una maldita cuenta atrás. Sus dedos rodean el tarro mientras los míos aún lo sujetan. No me aparto. Ella tampoco. Nuestras manos se rozan. Se ajustan. Se sostienen. El cristal está frío, pero sus dedos arden.

Nos miramos. El aire se espesa. Se enreda. La atmósfera huele a canela, a azúcar tostado… y a algo que solo reconozco en su presencia: deseo puro. Me vibra el pulso en las sienes. En el pecho. En la entrepierna. Siento su latido mezclado con el mío. Su respiración. La tensión entre nosotros es tan intensa que podría fundirse con un parpadeo.

Y justo cuando pienso en cerrar esa maldita distancia, cuando ya no sé si quiero besarla o empotrarla contra la estantería...

—¿Todo bien por aquí o estáis preparando una fuga romántica entre los yogures y las salsas? —La voz de Encarnación rompe el momento como un cubo de agua helada. Asoma la cabeza por la

puerta, arqueando una ceja y con una sonrisilla que lo dice todo—. Me han mandado como equipo de búsqueda. ¿Necesitáis ayuda o… os dejamos un rato más por aquí?

Lola suelta el tarro como si quemara. Yo carraspeo, intentando parecer un ser humano funcional, no una hormona andante con patas.

—Estábamos… buscando la *tonka* —murmuro, alzando el bote como si eso pudiera justificar lo injustificable.

—Claro —responde Encarnación, apareciendo en escena con la calma de quien sabe que interrumpe algo jugoso—. Lo típico que se tarda quince minutos, susurros a media voz...

Hace una pausa, se cruza de brazos y ladea la cabeza.

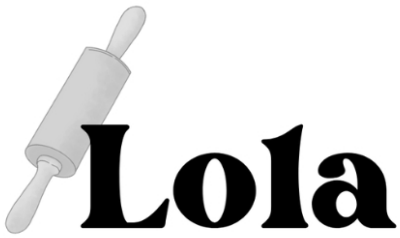
—Dime una cosa, Mario: ¿esa *tonka* la llevabas guardada en el pantalón o es el rodillo de Lola pidiendo protagonismo?

Los ojos verdes de Lola se clavan en mi entrepierna, justo donde hasta hace segundos tenía su muslo presionado. Su cara se vuelve del color cereza como el que pinta sus labios.

—¡Encarnación! —exclama Lola, roja hasta las orejas, pero con esa sonrisa que se le escapa cuando intenta contener una carcajada. La misma sonrisa que yo me guardo para mis noches en vela.

Sé que esta mujer va a ser mi ruina, pero qué forma tan jodidamente deliciosa de caer.

CAPÍTULO 26



—Cierra los ojos… Te voy a dar una galleta —ronroneo como una gata, con la voz tan dulce como la masa que he horneado para él.

Mario obedece, entreabriendo esos labios que ya son mi debilidad. Le acerco la galleta despacio, y cuando su lengua roza mis dedos, un escalofrío me sacude desde la columna hasta el centro del cuerpo.

Muerde con decisión, lento, sin apartarse. Mastica con calma.

—Déjate envolver por el sabor… y dime, ¿qué notas?

«Quiero poner a prueba sus dotes».

—Manzana. Pero no una cualquiera. Es distinta… diría que Pink Lady. Dulce y ácida, igual que tú.

Sus palabras me recorren como una descarga directa al centro. ¿Casualidad? Ni de coña. Mario no suelta palabras sin intención. Cuando habla, apunta. Y cuando apunta… acierta. Siempre.

—Ah, ¿sí? —inquiero, dejando escapar un suspiro que no logro contener—. Ácida sí, pero… ¿soy dulce, Mario?

Abre los ojos sin romper el contacto visual. Sigue saboreando eso que he hecho con mis manos, como si el bocado aún bailara en su lengua. Se relame, lento, provocador, con esa forma suya de

desafiarme sin decir una palabra. Y estuviese saboreando otra cosa. Algo más sucio. Algo que necesito.

—Sé que bajo toda esa capa de ironía… escondes algo muy dulce. Y te juro que me muero por probarlo directamente de la fuente.

Me tensa. Me retuerce por dentro. Me invita a cruzar líneas. Y entonces lo hago. No sé qué me ha impulsado, pero tiro de él por la camiseta, lo acerco hasta que puedo oler el resto de la galleta en su aliento. Nuestros cuerpos chocan. Su pecho contra el mío. Su mano en mi cintura. Su boca a milímetros. Y le muerdo el labio. No fuerte. Solo lo justo para que entienda que se acabó el juego.

—Súbeme —le ordeno, sin temblor, sin dudas.

Él obedece. Me alza como si no pesara nada, con esas manos grandes que parecen hechas para sostenerme.

Me sienta sobre la mesa del obrador, entre harinas olvidadas y bandejas que ya no importan. Mis piernas se abren instintivamente. Mi espalda se arquea al sentir sus dedos bajando el tirante de la blusa, el roce de su boca en mi cuello, en mi clavícula. Me desnuda con la precisión de quien lleva tiempo imaginando este momento.

Desliza mi sujetador hacia abajo, dejando mis pechos al descubierto, duros, apuntando hacia él como una súplica. Su boca está justo ahí, descendiendo con lentitud, mientras sus manos quitan la falda con descaro, sin prisa, como si saboreara cada centímetro de piel que va dejando al descubierto. Sus dedos se deslizan por el borde de mi braguita, bajándola con esa paciencia que solo tienen los hombres que saben exactamente lo que provocan.

Estoy sentada sobre una de las mesas del obrador, con las piernas abiertas, la respiración desbocada y el cuerpo en llamas. Su lengua traza un camino desde mi ombligo hacia abajo, y yo echo la cabeza hacia atrás, jadeando, entregada, con los muslos temblando y el deseo trepándome por la espina dorsal como un incendio imposible de contener.

—Ahora me toca a mí saborear ese ingrediente secreto que guardas con tanto recelo… —susurra, justo antes de inclinarse entre mis piernas.

Mario me abre con los dedos, suave, reverente, como si explorara un territorio sagrado. Y cuando su lengua me acaricia, succionando justo donde más lo necesito, dejo escapar un gemido ahogado que retumba entre las paredes blancas y huele a mantequilla caliente y locura. Me agarra de las caderas, me ancla a la mesa, me mantiene quieta mientras se hunde más, devorándome como si estuviera hambriento y llevara tiempo soñándome en silencio.

—Estás tan jodidamente dulce… —murmura contra mí, con esa voz ronca que me vibra entre las piernas—. Podría quedarme aquí toda la puta vida.

Sus palabras me recorren como fuego líquido. Me retuerzo sobre la mesa, intentando contenerme, pero no puedo. Sus dedos se unen a su boca, y el ritmo se vuelve salvaje, perfecto. Uno se hunde en mí, profundo, firme, mientras el otro acaricia con precisión ese punto que ya no aguanta más. Su lengua no se detiene, trazando círculos sobre mi clítoris con una pericia que solo se entrena con deseo. Me castiga. Me ofrece el cielo con la lengua y el infierno con los dedos. Estoy al borde. Lo sé. Lo sabe. Y me gusta que juegue con ese borde como si le perteneciera y mi cuerpo fuera suyo.

—Mario… —susurro, alzando las caderas—. No pares. Por favor.

Se incorpora, con la boca brillante y los ojos tan oscuros que parecen peligrosos.

—No voy a parar hasta que digas mi nombre temblando —responde, mientras se baja el pantalón y libera su erección, gruesa, hinchada, lista para entrar.

«Es enorme».

La idea me atraviesa como un escalofrío eléctrico. Lo miro y sé que lo sabe. Porque sus ojos me lo devuelven todo: el deseo, el miedo, las ganas.

Sigue mi mirada, y su sonrisa canalla se ensancha. Puro pecado. Me agarra de la nuca y me besa con una violencia dulce, feroz, como si quisiera grabarme a fuego en el alma y entre las piernas. Luego me alza las caderas con esa facilidad insultante que tiene para dominarlo todo… y sin previo aviso, se hunde en mí de una estocada que me roba el aire. Profunda. Precisa. Brutal. Grito. Literalmente. La siento al fondo, llenándome. Me arqueo sobre la mesa, atrapada entre su cuerpo y mi propio deseo. Mario se mueve dentro de mí con fuerza, con ritmo. Cada empujón es una condena deliciosa. Mis uñas se clavan en su espalda. Me sostiene con una mano, y con la otra me acaricia el pecho, rozando el pezón con el pulgar mientras sus embestidas se aceleran.

—Joder, Lola… —gime contra mi cuello—. Estás tan jodidamente mojada…

—Sigue… no pares —jadeo entre suspiros—. Más fuerte. Más.

—Eres insaciable.

Y lo soy. Con él. Ahora. Aquí.

Mi cuerpo le pertenece, cada célula, cada latido. Lo siento. Lo escucho. El sonido obsceno de nuestros cuerpos chocando lo llena todo, húmedo, brutal, perfecto. Me corro sin aviso, gritando su nombre entre jadeos, sacudida, temblando, sintiendo cómo me atraviesa la descarga como si pudiera romperme desde dentro.

—¡¡Mario!!...

Me deshago sobre la mesa, contra su cuerpo, con el corazón explotando en el pecho y los muslos apretando su cintura como si pudiera retenerlo ahí, dentro, un poco más. Me corro en sucio, en carne viva, en deseo puro. Y justo cuando me derrumbo sobre él, aún con su cuerpo dentro del mío y el pulso desbocado golpeándome las costillas como si quisiera escapar…

Despierto.

Abro los ojos de golpe, faltándome el oxígeno y el sudor perlando mi piel. El orgasmo se disuelve en el aire como una burbuja reventada. Mi cuerpo sigue temblando, las sábanas enredadas entre

mis piernas y la respiración fuera de control. Estoy empapada. Sensible. Y jodidamente frustrada.

—Mierda… —susurro, llevándome las manos al rostro, con la piel ardiendo y la conciencia golpeándome como una resaca anticipada —. Ni siquiera dormida me das un respiro. Puto Mario de los cojones.

Me dejo caer de espaldas sobre el colchón, mirando el techo como si ahí hubiera una explicación. Pero no la hay. No hay justificación para cómo lo deseo y lo mucho que me afecta. Para lo intensamente real que ha sido ese maldito sueño.

Porque he sentido su lengua. Su voz. Su cuerpo dentro del mío. Y lo peor es que lo he disfrutado tanto… que no sé si volveré a dormir sin pedirle al universo que me lo repita.

Tanteo con la mano sobre la mesita de noche hasta alcanzar el móvil. La pantalla se enciende: las cuatro de la mañana. El sueño me ha abandonado de golpe por culpa de ese idiota de sonrisa chulesca.

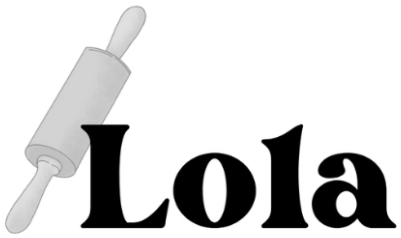
Intento convencerme de que todo está bajo control, que puedo manejarlo. Pero se ha colado hasta en mis sueños, el muy cabrón. El jodido Mario ha conseguido adentrarse donde nadie más ha llegado últimamente: dentro de mi cabeza… y de mis bragas. Ha traspasado todas mis barreras, las que tanto me costó levantar, esas que mantenían a raya lo que llevo meses callando. Porque sí, hace tiempo que no echo un polvo, y mi cuerpo está en modo alerta roja. Y para colmo, él ya era el protagonista silencioso de mis fantasías. Siempre desde el otro lado del cristal.

Solo que ahora ya no lo deseo a escondidas. Ahora lo tengo metido hasta en la piel, como si fuera una maldita necesidad. Mis hormonas, al parecer, tienen las expectativas por las nubes, porque no es normal lo mojada que estoy por culpa de un jodido sueño.

Necesito una ducha fría y que me dé el aire. Y, si puede ser, que no se me aparezca en todo el día ese cabrón de mirada lobuna y manos de pecado. Porque como vuelva a rozarme… esta vez no sé si

voy a ser capaz de hacerme la indiferente. Y eso me jode más que cualquier otra cosa.

CAPÍTULO 27



El aroma frutal y floral me envuelve en cuanto cruzo la puerta. Me encanta venir al Mercado de Triana. Pasear entre los puestos, dejar que los olores se me cuelen por la nariz y se enreden con mis pensamientos, que bastante revueltos están ya desde que abrí los ojos, y grité el nombre de cierto capullo con sonrisa chulesca mientras me corría en sueños. Supongo que necesito aire, fruta, en concreto manzanas, y un exorcismo para mis hormonas traicioneras, si puede ser.

«Maravilloso, Lola. Diez de diez en autocontrol».

Desde pequeña, este lugar ha sido una especie de santuario. Marisa y mi madre me traían de la mano, y yo iba dando saltitos, agarrada a sus dedos, creyendo que la felicidad era eso: una bolsa de tela llena de mandarinas y queso fresco. Ahora vengo sola. Bueno, sola y empapada en culpa hormonal.

Camino entre los pasillos con una misión clara: encontrar manzanas. Pero no cualquier manzana, no. Necesito esas jodidas *Pink Lady*, dulces y ácidas, que me tienen obsesionada desde que desperté con las sábanas pegadas al cuerpo y el recuerdo de su lengua bajando por mi vientre como si supiera el camino de memoria.

«Y lo peor es que lo sabía. Joder si lo sabía».

Algo que empieza a torturarme... y no sé si en el buen sentido o en el que acaba con una visita a urgencias por combustión espontánea. Si no horneo unas galletas con ellas hoy, voy a explotar. Literal. O, peor, terminaré haciendo algo de lo que luego me arrepienta.

«Como volver a soñar con él y, esta vez, querer convertirlo en realidad».

Respira. Inspira. Podemos con esto y con todo lo que se ponga por delante. Bueno, con casi todo. Con la mezcla de deseo, frustración y esa manía suya de colarse hasta en mis sueños… eso ya lo vamos viendo. Nota mental urgente: necesito un masaje, un retiro espiritual o pasar por la tienda erótica de Mary. O todo a la vez.

Y así es como he acabado en la plaza, a por las puñeteras manzanas. Porque no puedo echar a ese idiota de mi cabeza, pero al menos puedo meterlo en una receta. Y con un poco de suerte, hornearlo hasta que se me pase la tontería. O me la coma entera. Con galletas.

Mis tacones resuenan entre los puestos, vamos, lo que se dice discreta… no soy. Y más de uno levanta la vista, con la misma mezcla de sorpresa y alegría que yo siento en el pecho. Y es ahí cuando me doy cuenta de lo mucho que los echaba de menos.

—¡Mírala! ¡Si es Lola, la de las manos mágicas! —grita Paco desde su puesto de quesos, levantando la mano enguantada como si fuera el Papa.

—¿Has venido sola o vienes con antojo? —me lanza Carmen, la de las aceitunas, guiñándome un ojo con picardía.

—Antojo. Y del que pica —respondo, lanzándole un beso en el aire con todo el descaro que me cabe en los labios.

Asiento, sonrío, saludo a los demás. Me dejo llevar por esa calidez que tanto me gusta de este lugar. La misma que me arropaba de niña, la misma que hasta hace nada era mi pequeña familia. Y me encerré en mi dolor, olvidándome de todos,

centrándome en vivir entre hornos y revivir su recuerdo con cada bocado, con cada receta, con el aroma de mantequilla flotando. Pensando que, si amasaba lo suficiente, si batía con fuerza, si horneaba hasta el último resquicio de tristeza, podría llenar ese hueco. Pero no se llenó. Solo aprendí a vivir con él.

Y entonces lo oigo:

—¡Dichosos los ojos…! —exclama Rober nada más verme.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada verde agua clavada en mí.

—No seas exagerado, no hace tanto que no nos vemos. —Agito la mano restando importancia a su comentario.

Hace mucho tiempo que no me paso. Durante semanas envié a Marisa en mi lugar, porque prefería evitar justo esto: el reencuentro, las miradas y las preguntas. Sin embargo, esta vez no tenía escapatoria. Mi tía se ha ido unos días de spa con su amiga para disfrutar del regalo de cumpleaños, y a mí no me ha quedado más remedio que dar la cara.

—Necesito unas *Pink Lady*, dime que tienes y me haces una reina.

—Necesito, necesito… —repite el zalamero con su sonrisa ladeada, mientras sale de su puesto y se planta delante de mí—. Y yo necesito que vuelvas… —suelta, tan pancho, con esa voz templada que siempre me ha puesto un poco tonta.

Sigue tan atractivo como siempre: brazos torneados de levantar cajas, barba de dos días, y esa mirada cargada de intenciones que huele a verbena.

—Dolores, necesito a mi pareja de baile, a mi compañera… esa que movía las caderas mejor que nadie… —murmura tan cerca de mí que extingue el aire que nos separa.

—Rober… —le advierto, como quien le lanza un cojín a la cabeza sin ganas de hacerle daño.

—Mi Dolores… —Coge mi mano, la acuna entre las suyas como si fueran de cristal, y observa con cuidado mis dedos. Luego levanta la vista—. Te echo de menos, y no he bailado con ninguna otra desde que me abandonaste, mi reina —canturrea, desparramando su encanto como si llevara una batucada en la sangre.

Y justo cuando estoy a punto de soltarle un «tú lo que quieres es guerra» con una ceja alzada y un amago de giro de cadera, una voz suave pero firme se adelanta por la izquierda.

—Rober, cariño… si vas a montar la coreografía, al menos avisa para ponerme el vestuario.

Me giro. Y ahí está Rosa. Su esposa.

Cojeando con la dignidad de quien ha bailado más que ha caminado. Su bastón golpea el suelo con elegancia mientras se acerca, vestida en tonos rojos, los labios a juego y ese moño perfecto que ni la humedad sevillana logra despeinar. Me sonríe. Y siento que el tiempo se detiene.

—Hola, Lola —dice, con ese timbre suyo que suena a copla, y a secreto compartido—. ¿Has vuelto a mover esas caderas o solo vienes a por manzanas?

—Un poco de todo —respondo, devolviéndole la sonrisa y guiñándole un ojo—. Ya sabes que cuando el cuerpo pide marcha… hay que obedecer. Prometo que volveré a bailar —añado, lanzando una mirada de reojo a su marido.

Rosa asiente, como si entendiera mucho más de lo que yo digo. Porque lo hace. Porque ella era la reina del *swing*, antes de que su cadera dijera basta. Ella bailaba por amor, no por gloria. Y cuando tuvo que dejarlo, me ofreció a Rober como quien entrega una antorcha. No por despecho. Por generosidad.

«Rosa sí que es una reina».

Ella solo bailaba por él, por el brillo que se le encendía en la mirada. Y aunque ya no puede seguirle el ritmo con los pies, lo acompaña con los ojos desde la primera fila. No se perdió ni una clase. Me guiñaba el ojo desde la esquina del local. Me corregía

posturas con una ceja. Y, alguna vez, cuando nadie miraba, tarareaba la canción que sonaba, con los labios curvados de nostalgia.

Me llevo la mano al pañuelo que cuelga de mi cuello. El que heredé de mi madre, junto con el gusto por los ritmos de otro siglo y los hombres que saben moverse. Lo acaricio como quien se ancla a algo que no se quiere soltar.

—Estás más guapa que nunca —le digo, sincera.

—Y tú más viva —responde, con ese tono suyo que mezcla ironía, verdad y cariño en dosis exactas—. Que no se te olvide, Lola. El cuerpo pide lo que necesita… pero el alma también.

Y ahí, entre cajas de frutas y el olor a tomate maduro, siento que la vida me da un guiño. Uno de esos que no vienen con subtítulos, pero que se entienden con el corazón.

«Al final Marisa tenía razón. Tengo que vivir. Y de paso, cumplir la promesa que le hice a mi madre».

Rober se acerca por detrás, coge a Rosa de la cintura con esa ternura que siempre me deja sin palabras, y le da un beso en la sien. Ese amor, esa pasión sencilla y constante, es la que siempre he buscado. Un compañero de baile, sí… pero también de vida.

—¿Le das las *Pink Lady*, o tengo que bailar un tango para convencerte? —pregunta Rosa, guiñándome un ojo con esa sonrisa suya que siempre parece tener música de fondo.

Me río. Porque en este momento, con ellos, el pañuelo anudado al cuello y con el bullicio del mercado, todo encaja. Pese a los cambios, algo sigue en su sitio y el mundo gira distinto, sí, pero no tan mal como pensaba. Aunque por dentro siga un poco en llamas. Y sé que en cuanto llegue a casa… esas manzanas no van a llegar enteras al horno.

Rober se aleja a preparar las manzanas con una excusa que nadie se cree. Rosa se queda a mi lado, apoyada en su bastón, y me observa con esa mirada suya de rayos X, la que ve más allá del rímel y las pullas.

—Tienes algo nuevo en los ojos —dice de repente, sin necesidad de preámbulos.

—¡Qué va! Debe de ser falta de sueño. O exceso de chocolate.

—Lola, por favor. Te he visto apagada, encendida, en tonos sepia y en Technicolor. Pero ahora… brillas como quien se ha acordado de que también tiene fuego en la cintura.

Sonrío, pero me muerdo la lengua. Porque ese fuego tiene nombre, sonrisa chulesca y unas manos que me recorren incluso dormida.

—Es solo una chispa. Nada serio. Una que se apagará.

—Las chispas son las que prenden los incendios, cariño —responde Rosa con esa calma suya que siempre parece tener más respuestas que preguntas.

—Y los incendios a veces lo arrasan todo —justifico, bajando la mirada.

Rosa asiente, despacio.

—También te obligan a reconstruirte. A veces con más ventanas. A veces con menos paredes.

Me la quedo mirando. Qué jodidamente sabia es. Siempre lo ha sido. Me dan ganas de sentarme con ella a hornear galletas y hablar de hombres, de miedos, de amor… pero el corazón me va a mil y sé que, si me quedo, acabo contándole que soñé con Mario follándome encima de la mesa del obrador. No sé si eso encaja con el tipo de confesiones que una hace entre puestos de fruta, así que me muerdo las palabras.

—¿Crees que es una locura? —pregunto, bajando la voz.

—Creo que llevas mucho tiempo bailando sola. Y que a veces… lo que parece locura es solo el alma gritando que quiere compañía.

—¿Y si me toca uno de esos que te pisan y te hacen tropezar?

—Pues te apartas, te curas el dedo y sigues bailando.

—Muy fácil lo dices tú… —le digo arrugando el entrecejo.

—Cariño, si no pruebas, nunca lo sabrás.

La abrazo. No lo pienso, me sale solo. Y ella me rodea con un brazo fuerte, cálido, lleno de verdad.

—Gracias, Rosa.

—Solo recuerda una cosa, niña. Si vas a bailar con fuego… hazlo con tacones. Y con las bragas limpias.

Suelto una carcajada que hace girarse a más de uno.

—Y si puede ser… sin braguitas —añado, guiñándole un ojo.

Rosa aplaude con la mano libre y se ríe como quien ya sabía que esa era la respuesta.

—¡Esa es mi Dolores!

CAPÍTULO 28



El rugido del motor baja un punto. No del todo, pero lo justo para saber que estamos a punto de besar tierra. El cielo está despejado, el sol cae como un faro naranja sobre la pista y el aire vibra con esa tensión que solo sentimos los que llevamos esta cabina como una segunda casa.

—*Flaps* a quince —indico sin apartar la vista del horizonte.

—*Flaps* a quince —repite Víctor, mi primer oficial, con la profesionalidad que se espera… aunque ya lo conozco, y esa ceja arqueada significa que se ha dado cuenta de que hoy vengo con la cabeza más en otra pista. Y no precisamente de aterrizaje.

Agarro los mandos con fuerza. Las manos firmes, la espalda recta y los sentidos aguzados. Siempre me ha gustado este momento. El silencio entre los últimos ajustes. El descenso controlado. El zumbido de los sistemas alineándose para la entrada perfecta. Aquí no hay espacio para errores. Aquí se manda, se decide y se lleva el control.

«Lo que no tengo últimamente».

—Luces de aterrizaje activadas —murmuro, pulsando el interruptor.

—*Checklist* completo. Todo tuyo, capitán —dice Víctor, apoyándose en su respaldo con una sonrisa ladeada que me tiene calado.

Justo entonces, la puerta se abre con ese clic que no debería sonar. No debería, pero lo hace y aparece ella.

—Te espero donde siempre… Mario —ronronea Elisa, con voz de anuncio de perfume caro, mientras se inclina y me susurra al oído. Sus uñas rozan mi hombro como si estuviéramos en un club a medianoche y no a mil metros del suelo, a punto de tocar tierra.

Víctor tose una risa disimulada, y yo ruedo los ojos.

—Elisa… —resoplo sin girarme, con los dedos aún en el yugo—. Tú sabes que esto no es un hotel con vistas, ¿no?

—No… pero me pone más —responde, dejando el aroma de su colonia flotando como un recordatorio indecente.

—Hazme el favor. Vuelve a tu asiento y abróchate el cinturón —le ordeno.

—De acuerdo, capitán… me encanta cuando mandas —canturrea antes de desaparecer.

Me contengo. Porque el que está encendido últimamente no soy yo por ella. Es por otra. Una que no se mete en cabinas y que se me ha colado en cada jodido sueño desde que la conocí. Dolores… y el dolor de huevos que me provoca cada vez que me roza. Cada vez que me mira como si no le importara, pero no puede dejar de hacerlo.

Y por fin, la pista aparece delante de nosotros como una promesa... o una maldita advertencia con nombre propio y labios rojos.

—Buen aterrizaje, capitán —comenta Víctor, mientras desconecta parte del panel y estira los hombros—. ¿Todo bien? Te he notado… más callado de lo normal.

—Estoy centrado —respondo, con la vista aún en los controles.

—¿Centrado o jodidamente distraído por alguien que no es la que acaba de colarse en la cabina? —me lanza con esa sonrisa de medio lado que tan bien conoce.

—No empieces.

—Solo digo que normalmente tú ya estarías en el baño con la corbata desatada y ella con la falda remangada. Y en esta ocasión… ni te has girado.

—Qué observador estás, Víctor. ¿No será que tú también necesitas descargar tensión?

Se ríe por lo bajo y levanta las manos en gesto de paz.

—Vale, vale. Solo digo que a ti las turbulencias no te suelen durar tanto en tierra.

Nos quedamos en silencio mientras los pasajeros desembarcan. La azafata jefe nos da el visto bueno y saluda. Uno a uno, se van bajando con esa mezcla de cansancio y alivio.

—Voy a por mi chaqueta —le digo a Víctor, y me doy la vuelta para recogerla del compartimento trasero.

La tomo, echo un último vistazo y estoy a punto de salir, pero entonces lo oigo. El crujido suave de la puerta del baño al abrirse. Lo primero que me golpea es su perfume caro, empolvado, envolvente. Después, unos brazos femeninos rodean mi cuello, unas uñas esmaltadas en azul cobalto se clavan con intención, y una boca se lanza a la mía como si fuera una promesa de olvido. Urgente. Medida. Perfectamente ejecutada.

—¿De verdad vas a dejar pasar esto, Mario? —susurra Elisa contra mis labios—. Te prometo que no tardo…

Y ahí está. La vieja versión de mí se habría reído. Le habría seguido el juego. La habría empujado contra el lavabo y, en menos de dos minutos, le habría arrancado un gemido y las bragas con la misma facilidad. Pero hoy no. Hoy no tengo el cuerpo para juegos vacíos. Su boca roza la mía con hambre, su lengua intenta colarse, provocar, encender... sin embargo, no consigue nada. Ni una chispa. Ni un maldito temblor.

«Joder».

La sujeto de los antebrazos, suave pero firme, y me separo un poco.

—No va a pasar, Elisa.

—¿Desde cuándo tú dices que no? —pregunta, con una ceja alzada y el orgullo a punto de estrellarse.

—Desde que… no me basta —respondo, sin pensarlo demasiado.

Ella frunce el ceño, como si no habláramos el mismo idioma.

—¿No te basta el qué?

—Esto. Lo de siempre. Lo fácil. Lo que no deja huella —añado, medio en voz alta, medio para mí.

La cara de Elisa cambia por completo. Necesitaba soltarlo. Porque ni yo tengo claro qué carajo me pasa. Solo sé que últimamente no soy el mismo. Que algo me descoloca, me araña por dentro. Y que ciertos labios rojos, los de Lola, me están volviendo loco. Puede que una vez los devore se me pase la tontería. Puede. Pero mientras tanto… estoy jodido. Jodido con todas las letras.

«Me cago en mi puta vida».

Salgo del baño sin mirar atrás, con el eco de sus labios aún en los míos, pero ya sin sabor. Porque los que quiero probar… no estaban allí dentro.

Víctor me lanza una mirada inquisitiva cuando regreso.

—¿Todo bien?

—Sí. Pero creo que necesito una ducha fría… y menos líos en el aire —respondo, ajustándome la chaqueta—. O uno, muy concreto, en tierra firme.

CAPÍTULO 29



Lola

No sé si fue el sueño o el hambre atrasada, pero desde esa noche tengo la cabeza llena de manzanas. No en plan saludable, no. Manzanas que burbujean en mantequilla, que se funde con canela, que crujen en la boca justo antes de derretirse. No me dejaban dormir. Y lo peor, o mejor, según se mire, es que desde entonces no he parado hasta dar con la receta perfecta. Una mezcla entre dulzura y provocación.

«Como él. Jodidas asociaciones».

Desde mi visita al mercado, con ese regusto agridulce pegado al paladar y la promesa de volver, esta vez a bailar, a vivir, me he encerrado en el obrador como quien se esconde en su búnker. He colmado la encimera de ingredientes, he dejado el móvil lejos, bien lejos, como si quemara y mirar esa imagen fuera abrir un portal directo al pasado que tanto me ha costado enterrar. Y me he entregado a lo único que sé hacer sin pensar: amasar, soñar, dejarme llevar por los aromas y hornear galletas que te hagan llorar. De las que se deshacen en la boca y te reconstruyen un poco por dentro.

Hoy es el día. No hay Marisa que me rescate, sigue en modo mojito y desconexión, no hay muletas emocionales. Solo yo, las *Pink Lady* y una clase que va a ser distinta. Hoy no hay instrucciones. Ni

gramajes. Ni tiempos exactos. Hoy toca confiar en los sentidos. Van a tener que oler, probar y adivinar.

«Se lo van a tener que currar, sobre todo él».

Porque cuando algo te marca, lo recuerdas por la manera que te hizo sentir. Por su aroma, el sabor que deja y lo que te remueve. Y si eso no es pedagogía, que venga Julia Child y me lo discuta. Me he pasado la última hora alineando bandejas, llenando los boles, dejando trocitos de mí entre cucharas, manzanas y papel de horno. He probado tanto la masa que bien he podido engordar dos kilos. Hay algo curativo en repetir un proceso que dominas. En saber que, aunque estés hecha un lío, al menos eso sale bien.

«Como algunas historias que creías olvidadas… y de pronto tocan a tu puerta».

Pero no. Hoy no voy a pensar en él. A pesar de haberlo soñado. Aunque haya despertado jadeando, con las sábanas pegadas al cuerpo y la boca seca de tanto desear algo que no llega. Y aún sienta su mirada detrás de mí cada vez que me recojo el pelo.

Me obligo a centrarme. A respirar los aromas que me rodean. A ser la Lola que hornea cuando todo lo demás se complica. La que si tiene que morder algo, prefiere que sea una galleta y no sus propias ganas de repetir lo que nunca empezó. Respiro hondo. Me anudo el delantal. Me coloco el moño como si fuera una corona. Y abro la puerta del aula con una sonrisa que no es del todo fingida.

Cuando todos están dentro, con sus delantales puestos, sus utensilios preparados y esa mezcla de ilusión y miedo a mancharse que tanto me gusta, doy una palmada para llamar la atención.

—¡Buenos días! —saludo, proyectando la voz con energía.

—¿Marisa aún sigue de parranda? —pregunta Encarni, alzando una ceja con complicidad.

Asiento, sorprendida de que sepa tan bien el paradero de mi tía. Vaya par de cómplices.

—Sí que se han hecho amigas… —murmuro, más para mí que para el resto, y luego alzo la voz—. Hoy…

—Esa sí que sabe —me corta antes de que pueda continuar—. A la próxima nos vamos todas con ella.

Me muerdo los carrillos para no reírme. Vuelvo a intentarlo.

—Como decía…

—¡Yo me apunto! —dice Ana, levantando la mano, igual que en el colegio.

—Pues contad conmigo. Un poquito de desconexión no me viene mal —añade Lydia con su tono de *influencer* zen.

Respiro hondo. Me acomodo tras la encimera y alzo la voz un poco más, para recuperar el mando.

—Hoy la clase va a ser un poquito distinta —anuncio, con una sonrisa que se me escapa antes de poder contenerla.

Los alumnos me miran con ese brillo en los ojos que solo da la posibilidad de no seguir la receta al pie de la letra. Ana y Encarni cuchichean entre ellas, como si estuvieran tramando una travesura. Lydia no pierde tiempo y saca el móvil para hacer una panorámica de la clase, grabando bien la sorpresa en los rostros. Javi le susurra algo a Julia y, sin pensarlo, le aprieta el antebrazo. Un gesto sencillo, casual, de esos que a él le salen sin darse cuenta, pero que a ella la encienden como una cerilla. Se sonroja al instante, incapaz de ocultar que ese roce le ha movido el suelo.

Y por último… Mario. Al que no miro. Al que paso de largo como si no existiera, aunque mi cuerpo diga lo contrario. Porque, en cuanto percibo su sonrisa chulesca de reojo, un leve tirón entre las piernas me delata sin permiso.

«Maldito seas, con tus dientes perfectos y esa manera de mirar como si ya supieras el final del cuento».

Me permito unos segundos para disfrutar del silencio expectante. De lo bien que huele el aula. De lo bonito que es verlos así: atentos, preparados. Con ganas. Aunque yo esté intentando no temblar desde que he cruzado la puerta.

—Llevamos ya unas cuantas clases juntos —continúo, cruzando los brazos—. Así que creo que es momento de ver de qué masa estáis hechos.

Alguien suelta un «¡uy!» bajito, y me obligo a no mirar en la dirección equivocada. Porque su presencia me atrae como un imán. Ahí está, anudándose el delantal con esa soltura suya que parece innata, y esa sonrisa perfectamente ensayada. No hace falta que diga nada para hacerse notar. O puede que sea yo, que ando demasiado sensible… gracias al jodido Mario de mis sueños. Hormonas, os recuerdo: ese no era él. Ese era la versión *premium* de mi imaginación. El real es aún peor. Porque está aquí, y respira, y seguro que nos mira…

«No lo mires. No lo mires. No lo mires».

—Hoy no os voy a dar la receta —suelto, marcando cada palabra como si fueran una advertencia o una pista del juego que acabo de activar—. Vais a tener que encontrarla. Guiándoos por el sabor, por el aroma, por la intuición. Porque a veces, lo más importante en la cocina, como en la vida, no se mide con tazas ni cucharas. Se siente.

Hay un murmullo general, alguna risa nerviosa, y varias miradas a la mesa auxiliar que he preparado en el centro del aula. Sonrío con intención.

—Allí tenéis los ingredientes que necesitaréis. —Señalo con la barbilla—. Y sí, algunos ya los conocéis de sobra.

Una risilla se escapa desde el fondo. Sé quién ha sido. Lo sé perfectamente.

«Ignóralo, Lola. No existe. No está. Es solo una ilusión con labios pecaminosos y cejas arqueadas».

Trago saliva.

—Quiero que trabajéis en parejas —añado, paseando la mirada por todos ellos—. Vais a tener que acordar cantidades, pasos, todo. Confío en que, a estas alturas, ya sabéis lo básico… y que vuestra memoria gustativa está lo bastante afinada como para reconocer qué lleva lo que os daré a probar antes de empezar.

Camino por el aula repartiendo cucharas de madera como si fueran varitas mágicas. Evito con todas mis fuerzas mirar a Mario más de lo necesario. Pero lo noto. Su presencia. Esa forma suya de llenar el aire y de invadir espacios sin tocar nada. Me roza el sentido del olfato. El pulso. Y yo finjo que no. Finjo que no me afecta. Que el sueño de esa noche no fue tan real para que aún sienta su boca entre mis piernas.

«Madre mía, qué calor hace aquí».

—Ah, y por cierto… —añado, deteniéndome justo en el centro de la sala—. Este ejercicio tendrá premio.

Al fondo, sin que haga falta ni que diga nada, la comisura de los labios de Mario se curva. Descarado. Insolente. Como si supiera exactamente qué tipo de premio estoy imaginando. O él fuera uno.

—Tenéis una hora. Y quiero que me sorprendáis. El postre debe tener algo vuestro. Algo que cuente quiénes sois. Algo que no se copie ni se improvise.

Y dicho esto, me coloco tras mi encimera como si fuera un escudo. Respiro hondo. Me aferro a mi rodillo como si pudiera salvarme.

«No lo mires».

Sin embargo, lo hago. Solo un segundo. Un parpadeo de más. Y él ya me está mirando. Sus ojos me recorren de arriba abajo como si supiera exactamente lo que provocó en mí esa noche. Y la imagen de su lengua deslizándose por mi vientre me golpea sin aviso. Una bofetada de calor. Intensa. Desestabilizadora. Intento espantarla, como quien aparta una mosca en mitad de una conversación importante. Aunque mis hormonas no colaboran. Al contrario. Se aferran a ese recuerdo como si pudieran estirarlo, rebobinarlo y ponerlo en bucle hasta hacerme explotar. Y él, muy cabrón, sonríe. Con esa chulería que le sale sin esfuerzo y supiera que esta clase también es un poco por su culpa. Que cada galleta lleva su nombre en el centro.

Hoy va a ser una clase diferente.

CAPÍTULO 30



Lo noto en cuanto entro. Hoy Lola está distinta. Más callada. Más contenida. Como si se hubiese envuelto en una capa de hielo y distancia, y solo dejara fuera el moño y ese delantal que me tiene la cabeza loca. Porque sí, lo admito: me he imaginado escenas donde lo único que lleva puesto es ese jodido delantal. Y nada más. Ni orgullo. Ni excusas. Solo piel, ganas... y yo entre medias.

No me mira. No me busca. Y eso, lejos de frenarme, me da luz verde. Porque si algo me pone más que esos labios rojos suyos, es cuando juega a hacerse la esquiva. Porque entonces, sé que me está viendo más de lo que quiere.

«Hoy vas de dura. Perfecto. Me encantan los retos».

Me acomodo el delantal con esa soltura de quien se siente observado, por ella, aunque finja que no, y echo un vistazo general. El aula huele a manzana y provocación. A guerra encubierta. Y yo no pienso perder esta batalla. Qué casualidad que haya elegido precisamente una manzana como ingrediente principal. La fruta de la tentación. La misma que Eva ofreció a Adán.

«¿Qué me intentas decir, Lola?».

—Eh, Javi —le murmuro, apoyando el antebrazo en la mesa, como quien no quiere la cosa—. ¿A qué esperas para hacer equipo con Julia?

Él alza la vista, confuso.

—¿Yo?

—¿Tú ves a otro? —le suelto con una ceja en alto—. Te está esperando con más paciencia que la que tengo yo cuando se retrasa un vuelo. Hazme caso, te mira como si fueras el único en toda esta clase. Aunque se crea invisible para el resto… sé que para ti no lo es. ¿Me equivoco?

Javi se rasca la nuca, dubitativo.

—¿Seguro?

Lo miro fijamente. Bajo un poco el tono, más serio.

—Sí. Al cien por cien. Y escucha bien —añado, esta vez más serio — Julia me recuerda a mi hermana. Así que, si vas a acercarte, hazlo bien. Nada de tonterías ni jueguecitos. Porque si la haces sufrir… te juro que no me hace falta aterrizar el avión para darte una vuelta. ¿Entendido?

Parpadea un par de veces con cara de «me ha quedado claro».

—Vale. Lo haré bien.

—Eso espero, figura. —Le lanzo una palmada suave en el hombro —. Y venga, que te está esperando. No le hagas pensar que eres tonto, aunque tengas tus momentos.

Lo empujo con el antebrazo, y lo veo caminar hacia ella con esa mezcla de inseguridad y esperanza que lo hace entrañable. Me quedo un par de pasos atrás, con la satisfacción de haberle dado el empujón. Porque a veces hay que jugar al cupido.

Lanzo una mirada rápida por la clase. Lydia me ve y alza una ceja. Le devuelvo la sonrisa y me acerco con paso lento, seguro, de los que no piden permiso.

—¿Me aceptas como tu media naranja, repostera del alma? —le susurro a Lydia, inclinándome solo lo justo.

Lydia gira el móvil hacia nosotros, enfocando la cámara en modo *selfie.*

—¡Vaya sorpresa, mis reposteros del alma! Hoy haré pareja con la nueva tendencia de TikTok: el *Chef de Altos Vuelos*. Ese que todas veis en bucle, aunque luego digáis que es por las recetas. ¡No me mintáis, que os tengo caladas!

Me río. Ella también. Y entonces le paso un brazo por el hombro, regalándole una sonrisa seductora a todas esas seguidoras que seguro están suspirando al otro lado de la pantalla.

—Esto es lo que se llama repostería con estilo, ¿no? —añado, guiñando un ojo a cámara.

Y mientras Lydia sigue grabando, yo busco con el rabillo del ojo a la mujer que realmente me interesa. Porque puede esconderse tras bandejas, harina o manzanas… Pero no hay aroma más fuerte que el que deja cuando pasa cerca. Y hoy pienso seguir ese rastro, hasta el final.

—Venid todos aquí, os voy a poner a prueba. Quiero ver esos sentidos —nos ordena Lola con esa voz templada que intenta sonar firme y profesional, aunque yo ya he aprendido a detectar las grietas —. Quiero que probéis esta galleta y me digáis qué ingredientes lleva, si sois capaces de reconocerlos. La idea es que luego podáis replicarla… pero con vuestro toque. A vuestro estilo.

Todos se alinean en una fila frente a la mesa como si fueran a recibir la comunión, solo que esta vez el sacramento sabe a mantequilla, manzana y provocación. Lola, impecable tras su encimera, reparte una galleta por persona. Sin receta, sin instrucciones. Solo sabor y expectativas.

—Uno por uno, y sin hacer trampa —anuncia, con voz clara y segura, mientras Lydia sigue grabando, comentando cada reacción con entusiasmo *influencer*.

—¡Esto es una locura! —exclama Lydia, girando el móvil hacia sí misma—. Mis reposteros del alma, tenéis que ver esto. Una galleta sin receta, solo nuestras papilas gustativas como guía. ¿Qué ingredientes predominarán? Porque yo ya tengo teorías… y no pienso ser la única en probarla.

Las expresiones se suceden: sorpresa, deleite, algún que otro gemido disimulado. Ana suelta un «Dios mío» como si acabara de probar el Edén. Encarni dice que esto debería ser ilegal. Javi y Julia se miran como si la galleta fuera una excusa más para acercarse, y a Lydia le tiembla el labio de la emoción mientras describe el sabor para sus seguidoras.

—Elegid bien los ingredientes, y volver a vuestra mesa —ordena Lola.

Yo espero, paciente. El último de la fila. Por elección. Porque si algo tengo claro, es que quiero ese momento para mí. Sin ojos curiosos ni murmullos de fondo. Quiero saborear esa galleta como se merece: sin prisas, sin interrupciones… y de sus manos.

«Es mi momento».

Cuando por fin se queda solo un hueco frente a la encimera, doy un paso al frente. Ella levanta la mirada. Me ve. Y el ambiente cambia, volviéndose eléctrico. Todo se pausa un segundo. Las voces parecen desvanecerse.

Solo ella. Solo yo.

—¿Y tú? ¿Vas a adivinar qué lleva? —pregunta Lola, con la voz más serena de lo que esperaría.

—Voy a saborearlo —respondo, sin apartar los ojos de los suyos —. A fondo, muy a fondo.

Extiende la mano, ofreciéndome la galleta con ese intento de compostura que ya no engaña a nadie y cuando la acerco a mis labios, no la cojo. Me inclino. Despacio. Muy despacio. Y muerdo justo al borde, sin apartar la vista de sus ojos.

Ella intenta retirarla, pero le sujeto la muñeca. Con firmeza. Sin brusquedad. El agarre justo para dejar claro que no pienso dejarla escapar. El roce de su piel contra la mía es un maldito cortocircuito. Lo siento y sé que ella también. Porque sus pupilas se dilatan, la respiración se rompe, y sus dedos… tiemblan. Apenas un poco, pero lo hacen. Como si ese simple contacto le prendiera una mecha bajo la piel.

Entonces paso los labios por la galleta, como quien lame el filo de una tentación. Rozo sus dedos. Lo hago a propósito. No quiero la galleta. La quiero a ella y quiero que lo sepa.

—Dulce… —murmuro contra su piel—. Pero con ese punto justo de acidez que se mete dentro y no se olvida.

Lo digo bajito. Casi ronco. Con la boca tan cerca que, si se atreviera a cerrar los ojos, podría jurar que la estoy besando.

—Sorpréndeme… —susurra, como quien lanza una moneda al abismo.

—Definitivamente… —respondo sin alejarme ni un milímetro— esto engancha. Y ahora que he probado… quiero repetir.

La tensión se enreda entre nosotros como un lazo invisible que aprieta. Que arde. Su pulso late fuerte justo donde la sujeto. Y esa jodida sonrisa que intenta contener… me lo confirma. Está a un suspiro de saltar. Y yo, a medio camino de perder el control. Y si uno de los dos da un paso más… el incendio será inevitable. Dije que me controlaría. Lo juro. Pero no puedo evitar jugar con ella siempre que se presenta la ocasión. Me gusta tensar la cuerda, ver cuánto resiste antes de romperse.

—*Pink Lady* —añado con media sonrisa, relamiéndome como si acabara de descubrir el secreto mejor guardado—. Dulce, ácida, crujiente… Igual que tú.

Ella traga saliva. Literalmente. Como si ese comentario tuviera textura, sabor y lo hubiera saboreado de verdad. El labio inferior le tiembla, contiene el aliento y en sus ojos brilla ese destello que me dice que la he desnudado sin tocarla.

—No todo lo que parece dulce lo es —responde con un hilo de voz que quiere sonar firme.

Sin embargo, no lo consigue. Porque se estremece y duda. Porque me mira como si odiara que supiera las palabras que necesitaba escuchar.

—No, claro que no —susurro, acariciando su muñeca con el pulgar—. A veces lo dulce engaña. Pero lo ácido… lo ácido deja

huella.

Su boca se entreabre, como si fuera a decir algo o quisiera soltarse. Escapar. No obstante, no lo hace.

—¿Y tú qué eres, Mario? —pregunta al fin, con un susurro que se enreda entre nosotros—. ¿Dulce o ácido?

Me río bajito. Porque le encanta jugar… y no sabe con quién está jugando.

—Yo soy ese sabor que no se olvida aunque lo intentes. —Me inclino un poco más, solo para que ella me escuche—. El que te deja la lengua ardiendo y cuando crees que se ha ido… vuelve.

Y entonces, muy despacio, suelto su muñeca, pero no me alejo. Ni un maldito centímetro.

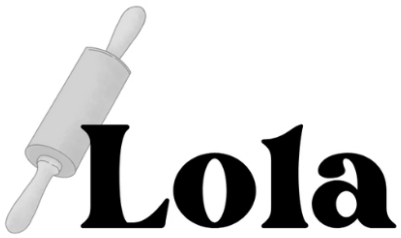
—¿Vas a darme otra? —pregunto con descaro—. ¿O te estás guardando el resto… para otro tipo de degustación?

Su mejilla se tiñe de ese rosa que le hace juego con la manzana. Y durante un segundo… creo que va a saltar. Que va a lanzarse y va a decir «sí, joder, ya basta. Mario, hazme tuya aquí mismo». Sin embargo, no lo hace. Porque Lola es experta en contenerse.

—Coge tus ingredientes y vuelve a tu mesa. Tu compañera te espera —ordena, con voz templada.

Ese leve titubeo en su mirada, esa forma de morderse el labio como si aún saboreara lo que acaba de pasar… me dice otra cosa. Y yo soy experto en hacer que se le olvide cómo se contenía.

CAPÍTULO 31



—Aquí podéis ver la entrega, la pasión desmedida, las ganas de ser el mejor de todos y de marcar la diferencia —recita Lydia para sus seguidores, mientras enfoca a Mario amasando sobre la mesa de acero. Sus brazos se tensan con cada movimiento, y los músculos le ondean como si fueran parte del *show*—. Fijaos bien, sé que más de una estará haciendo captura en este momento… pero os entiendo, no es para menos —añade, enfocándose a sí misma con su mejor sonrisa de *influencer*. La jodía clava el papel.

«Esas jodidas manos…».

Un escalofrío me recorre como una descarga directa al epicentro.

«Céntrate, Lola. Por tu santa dignidad, céntrate».

—Lydia —la llamo con un tono más alto del que pretendía, intentando que baje del planeta TikTok y pise tierra firme—. También es tu receta… ¿Qué estás aportando para hacerla vuestra y marcar la diferencia?

—Y cómo no, nuestra profe siempre atenta a que demos lo mejor de nosotros… ¿a que sí? —Me enfoca y me guiña un ojo por encima del móvil.

Se supone que debía centrarse en el ejercicio, en trabajar en pareja, en construir una receta conjunta. Pero no. Ahora mismo está más preocupada por grabar a Mario que por las galletas. Y él,

encantado de haberse conocido, se crece con cada fueguito que aparece en la pantalla como si cada uno llevara su nombre tatuado.

«Maldito narcisista con delantal rosa».

Ruedo los ojos cuando levanta la vista y me pilla mirando en su dirección. Y claro, sonríe. Esa maldita sonrisa suya, canalla, ladeada, de las que deberían estar prohibidas antes del mediodía. Como si supiera exactamente en qué momento mirar y estuviera esperando pillarme.

«Disimula, Lola. Piensa en cosas serias. En facturas. En la hipoteca. En… su boca. ¡LOLA!».

Me paseo por la clase contemplando las creaciones de mis alumnos e intentando, sin demasiado éxito, ignorar a cierto individuo cuyo nombre no pienso pronunciar ni en mi cabeza.

«Hormonas, de cara a la pared. Y sin rechistar».

Ana y Encarni han creado unas galletas que huelen a infancia. A meriendas con batidos de chocolate, a risas alrededor de una mesa de formica, mientras Miliki cantaba en la televisión y tú creías que el mundo era tan sencillo como aprenderte la canción de los días de la semana. Están enfriando sobre una bandeja, aún templadas, con ese aroma que empieza a hacer cosquillas en la nariz. En breve podré probar una. Y entonces sabré si han conseguido lo que parecía imposible: llevarme allí. A ese momento. A esa niña que aún vivía sin miedo al después.

Me acerco a la siguiente mesa, donde Javi y Julia han creado algo que, a simple vista, ya se nota que tiene intención. Las galletas tienen forma de corazón, un glaseado rosado y ese toque casero que las hace imperfectas y preciosas al mismo tiempo.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunto, inclinándome ligeramente.

—Queríamos que recordaran al primer amor —explica Julia, bajando un poco la mirada mientras Javi la observa como si acabara de confesar un secreto.

—Ese flechazo inesperado —añade él, un poco más alto de lo necesario.

Asiento, mordiéndome la sonrisa, porque no quiero parecer una de esas señoras que suspiran fuerte en las bodas.

—Aquí se respira amor —comento, sin necesidad de exagerar. Porque se nota. Se nota en la forma en que se miran, en cómo sus manos se rozan al pasar el cuchillo para cortar más masa. Y sí, lo admito, me enternece más de lo que debería.

Las últimas en recibir mi atención, aunque no por falta de interés, son las de Lydia y Mario. Van algo rezagados, aunque la masa empieza a tomar forma sobre la encimera y el aroma a canela empieza a invadir su espacio de trabajo. Lydia por fin ha dejado de grabar y se ha puesto manos a la obra, aunque no deja de hablar con su móvil en modo *selfie* a cada rato.

—Venga, *influencer*, menos pose y más galletas —le susurro al pasar, sin atreverme a mirar más de lo necesario al que tiene al lado.

Porque él está ahí, amasando con esas manos que en mis sueños tocaban demasiado. Observando silencioso. Sonriendo con esa maldita comisura levantada que ya debería estar registrada como arma blanca.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Un número de los de siempre. Un encargo nuevo.

—Disculpadme un segundo —digo, alejándome hacia la oficina pequeña del fondo.

Anoto en mi libreta varias líneas más. Un pedido grande para dentro de dos días. Y otro para mañana. Me froto las sienes. No es que llegue en el mejor momento… Marisa sigue de viaje y yo me estoy partiendo en dos para mantener el ritmo. Ha tardado unos años en canjear ese vale, y la verdad, me alegra que lo haya hecho. Fui la primera en decirle que se fuera, que desconectara. Que se regalara una pausa. Solo que ahora, con el horno echando humo, los encargos acumulándose y la vida dándome por todos los frentes… pues eso, que echo de menos su risa llenando esta cocina. Pero lo haré. Como siempre. Porque no sé funcionar de otra forma.

—Tú puedes —me susurro, cerrando el cuaderno con un golpecito seco.

Al regresar, me coloco tras mi encimera y respiro hondo.

—Vamos a probar las de la primera mesa —anuncio, volviendo al centro de la sala.

Sonrío, porque, aunque esté agotada y me tiemble un poco el alma por dentro, esto me da vida.

—Aquí tiene, profe —anuncia Ana, con ese brillo travieso en los ojos que solo anuncia cosas buenas. O desastres, pero de los que te hacen reír.

Encarni me extiende un plato hasta arriba de galletas con formas libres, imperfectas y preciosas, a su manera. Como cuando un niño dibuja una flor y tú sabes que no lo es, pero la enmarcas igual.

—Venga, prueba una —me anima Encarni, señalando la bandeja —. Y que no sea la más bonita, que esas ya tienen muchas novias.

—Sí, mujer —añade Ana con una sonrisa—. La feíta seguro que es la que guarda la sorpresa. Como los buenos maridos, que no lucen tanto, pero alimentan el alma.

Cojo la feíta, para que no se sienta sola. Y en cuanto le doy un mordisco, lo siento. La manzana está ahí, dentro de la masa. No como tropezón, no. Como abrazo. Y cada bocado me llena la boca de algo más que sabor: de memoria, de niñez, de ese rincón seguro donde nada dolía. Cierro los ojos un segundo, y ya no estoy aquí. Estoy en aquella cocina con olor a vainilla, de puntillas sobre una silla, mirando cómo mi madre me dejaba meter el dedo en la masa mientras cantaba canciones que, aún hoy, me sé de memoria. Y, casi sin pensarlo, me acaricio el tatuaje.

—¡Ay! Que le ha encantado —murmura Ana emocionada.

Una lágrima traicionera se me escapa, silenciosa. La limpio rápido, fingiendo que no ha pasado nada. Que no me acaba de partir en dos una galleta con forma rara y gusto a hogar. Levanto la vista un segundo, por instinto, y ahí está él. Mario. Apoyado en la encimera, mirándome. No dice nada, no se mueve, pero su

expresión ha cambiado. Ya no hay rastro de chulería en esa media sonrisa suya. Solo queda una calma rara, la clase de mirada que entiende más de lo que dice. Bajo la vista enseguida, intentando convencerme de que no ha visto nada. Aunque su forma de observarme sigue ahí, suspendida en el aire. Suave. Atenta. Con esa complicidad silenciosa de quien se guarda un secreto... y te lo cuida.

—Están buenísimas —consigo decir, tragando el nudo que se me ha hecho en la garganta.

Y lo están, aunque no se parezcan en nada a las de revista. Porque saben a verdad. Y a veces, eso es lo único que hace falta.

—Estas son nuestras —dice Javi, dejando el plato sobre la mesa como quien entrega un regalo.

Julia le sigue los pasos con las mejillas encendidas y las manos aún nerviosas. No sé si por la receta o por él. Yo tengo mi apuesta clara.

—Llevan manzana y avena —añade ella en voz baja, casi como si no quisiera interrumpir al mundo—. Pensamos que podía ser algo que reconfortara… como una merienda de las de antes, pero con un toque más saludable.

La avena, idea de nuestro musculitos, que ya sabemos que se cuida más que nadie. Y la forma de corazón… no hace falta preguntar. Esa es de ella. Se le nota en los ojos, en la sonrisa tímida, en ese leve temblor que se apodera de sus dedos cuando roza los de Javi al dejar el plato. Y en la pausa mínima con la que él se queda observándola, como si no quisiera que el momento terminase.

Ahí hay algo que no tiene que ver con la cocina y que huele más a primeros nervios que a levadura. A primeras veces. A un «uy» bajito que se les ha escapado en mitad de un movimiento torpe y que les ha hecho sonreír más de la cuenta.

Tomo la galleta y la giro entre los dedos, como si pudiera leer en ella algo más que ingredientes.

—Está… bonita —digo al principio, buscando las palabras. Luego muerdo un trocito y sonrío de verdad—. Tiene ese sabor a

descubrimiento, ¿sabéis? Como cuando pruebas algo por primera vez y no sabes muy bien si te va a gustar… pero lo hace. Porque es sencillo, aunque auténtico. Porque se nota que hay cariño detrás.

Y lo que se ha cocido aquí, os aseguro que no viene solo del horno. Porque a veces no hace falta decir nada: basta con una bandeja compartida y dos corazones que, sin saberlo, han empezado a latir al mismo ritmo. Intuyo que, entre avena y manzana, se han mezclado más cosas de las que pensaban.

—Y llegamos al plato fuerte, chicas —anuncia Lydia, enfocando con la cámara como si estuviera en pleno *reality*—. Aquí tenéis al chef del día, el culpable de que ahora mismo más de una esté deseando atravesar la pantalla. Y no, no lo digo solo por los brazos.

Mario aparece a su lado ondeando su delantal rosa como si estuviera en una pasarela de repostería erótica. Camina hasta mí con esa chulería tan suya, tan jodidamente suya, que consigue que me entren ganas de reír, suspirar y tirarle una manzana a la cabeza, todo a la vez.

«Maldito Mario», sonrío sin querer.

—Profe —dice con media sonrisa, dejándome el plato frente a mí como quien deja una bomba de relojería—. Esto también es repostería con estilo.

No contesto. Porque me ha dejado sin palabras. Literalmente. Una *cookie crumble* de manzana y canela. No una simple galleta, no. Es una obra de arte. La masa huele a mantequilla caliente y vainilla recién mezclada, y el centro está hundido lo justo para sostener un corazón de compota de manzana especiada, aún brillante. Por encima, ese *crumble* dorado, crujiente, como si alguien hubiese cogido el otoño y lo hubiese desmenuzado con las manos.

«¿Lo ha hecho él?».

Mis ojos alternan de la galleta a Mario. Y él no deja de observarme, como si esperara algo. Una reacción. Una rendición.

—¿No vas a probarla? —pregunta, con la voz suave pero cargada de intención.

Antes de que pueda contestar, alarga la mano, elige una de las galletas y, sin apartar los ojos de los míos, la acerca a mis labios.

—Vamos, profe —susurra, con esa chulería que se le cuela hasta en las pestañas—. Ya sabes que lo mío es dar de comer con las manos.

Dudo durante un segundo. Miro de reojo a Lydia, que graba expectante mi reacción, y al final… cedo. Muerdo con cuidado, sin romper el contacto visual, y entonces, el sabor explota. El primer bocado es dulce, intenso, con ese regusto ácido y especiado de la manzana cocida con limón, azúcar y canela. La textura suave del interior contrasta con el crujido del borde y del *crumble*, que se deshace en la boca como si alguien lo hubiese diseñado para eso. Para joderte los sentidos. Para hacerte cerrar los ojos y olvidarte de quién te lo ha dado. Y lo peor es que lo ha hecho él.

«Está exquisita…».

—Por esa cara, yo diría que está buenísima —dice Lydia, enfocándome sin piedad—. Ya sabéis, mis reposteros del alma, aquí no solo se hornea con técnica… también se provocan orgasmos al paladar con sabor a manzana.

La sonrisa de Mario se ensancha, lenta, saboreando su propia victoria, como si supiera exactamente lo que está pasando en mi boca… y en mi cabeza. Hay un brillo en su mirada, uno de esos que no se pueden fingir, y que me dice que lo sabe. Que ha cruzado la línea, otra vez. Que este bocado no es solo una galleta: es una revancha silenciosa. Porque antes fue él quien mordió de mi mano, con esa lengua suya que rozó mis dedos sin permiso, y ahora se ha coronado siendo él quien me da de comer. Dominando el tablero. Moviendo ficha sin apenas tocarme.

El aire entre los dos se espesa con una tensión que nadie más parece notar, pero que nos envuelve como una corriente subterránea. Silenciosa. Imparable.

—Ejem, ejem… —carraspea Lydia, devolviéndonos de golpe al aula.

—Esto… —digo, con la voz algo más ronca de lo que me gustaría —. ¿Esto lo habéis hecho vosotros?

—Sí —responde Lydia desde el otro lado de la cámara, con una sonrisilla ladina—. Aunque ya te imaginarás quién ha amasado la masa con tanta pasión que mis seguidoras se han vuelto locas.

Mario se encoge de hombros, como si fuera lo más natural del mundo, y no supiera el efecto que causa cuando se pone serio, cuando se implica… o se acerca.

—Tenías razón —añado, bajando la mirada al plato y luego devolviéndola a él—. El postre dice mucho de quienes lo hacen. Esto tiene carácter, intensidad… y una forma muy suya de colarse dentro sin pedir permiso.

—Como yo —susurra él, muy bajito, tan cerca que lo oigo vibrar contra mi cuello.

Solo puedo asentir, mientras intento recordar por qué demonios dije que esto era una clase y no una jodida prueba de resistencia emocional. Porque si las galletas son un orgasmo para el paladar… él se está convirtiendo en una amenaza para todo lo demás.

CAPÍTULO 32



Cuando dijo premio, no me imaginaba esto.

«Mierda».

Treinta y cinco grados a la sombra. En Sevilla. En junio, con un delantal rosa y una caja de galletas bajo el brazo como si fuera Papá Noel versión pastelero.

—¡Vamos! Quiero ver más soltura repartiendo esas galletas —ordena Lola, con esa sonrisa pintada de rojo cereza que me está tentando constantemente.

Yo pensaba en otro tipo de premio. Uno más íntimo. Un lugar donde pudiera demostrarle que soy más que una sonrisa bonita y unos bíceps decentes. Algo que no implicara sudar como un pollo al horno mientras juego a ser comercial de galletas por el centro.

«Me cago en mi vida».

Lydia pasa por mi lado, feliz como una perdiz. Coge otra caja y se pasea entre los transeúntes con su móvil en alto y su delantal de *Cookie Love*, repartiendo dulces como si fueran *flyers* de un festival. Y la gente encantada, porque todo el mundo adora a la rubia dicharachera que graba reacciones con filtros de unicornio.

Sin embargo, yo me convierto en el puto imán de las señoras.

—¡Niño, ven *pa'cá*! —me llama una, abanico en mano, desde una terraza—. ¡Dame otra que esta la ha *babeao* mi nieto!

—Toma, guapa —le digo, guiñándole un ojo mientras le ofrezco otra galleta—. Pero que sepas que tienen efectos secundarios: dan ganas de repetir.

—¡Uy, si tú me das otra, me da igual la diabetes! —responde entre risas, mientras me roza descaradamente el brazo al cogerla—. ¿Dónde dices que puedo ir a verte? Digo… ¿a comprarlas? —añade, carcajeándose sin apartar la mirada.

«Estas señoras tienen más peligro que una soltera en una boda con barra libre y grupo de WhatsApp».

—*Cookie Love*, preciosa. Ahí es donde hacemos magia… y galletas —le suelto con un guiño, como quien no tiene abuela, pero sí un puñado de seguidoras riéndose detrás.

Y de repente, tengo a tres más rodeándome. Como si en vez de estar repartiendo *cookies* estuviera vendiendo el cuerpo en porciones.

—¿Esto es músculo de verdad o de gimnasio? —pregunta otra, apretándome el bíceps con total descaro.

—Pruébalo y me dices —respondo, sin perder la sonrisa, aunque me planteo seriamente si el rosa del delantal no estará haciendo que me confundan con un *stripper*.

—Madre mía, si llego a saber que venían con este regalo, me apuntaba al curso —suelta otra, entre carcajadas.

—Todavía estás a tiempo, preciosa —le contesto, repartiéndoles galletas mientras esquivo toqueteos que ya no sé si son admiración repostera o acoso con denominación de origen.

Las risas no se hacen esperar. Y así, entre bromas, poses para la cámara de Lydia y gente que me dice que parezco de un anuncio de yogur griego, sigo haciendo lo mío. Porque, seamos sinceros, se me da bien. Aunque, entre risa y risa, la busco con la mirada.

A ella.

Y ahí está Lola, con el moño deshecho, el bloc en una mano y otra caja a medio llenar en la otra. Hablando con una señora, sonriendo con esa boca suya que, cuando no me muerde la paciencia, me arrastra con la corriente. Y yo me digo que vale, que está bien. Que si este premio me mantiene cerca… me como el calor, el rosa y las *cookies* si hace falta.

No era lo que esperaba. Porque lo que de verdad quiero, aún no puedo pedirlo. No por ahora.



No sé cuánto tiempo llevo repartiendo amor en forma de *cookie*, posando para *selfies* con señoras que huelen a Nenuco y a laca, cuando escucho de fondo a Encarni gritar. La voz se me clava en la nuca, igual que un dardo envenenado. Levanto la vista, esquivando permanentes y moños imposibles que desafían a la gravedad, y entonces la veo. Corre como si el suelo quemara y el miedo la empujara. Sigo con la mirada su dirección, hasta dar con Lola. El corazón se me detiene un segundo antes de estrellarse contra las costillas.

Está en el suelo. Con la cabeza apoyada en el regazo de Ana. Inmóvil. Pálida. Demasiado quieta para mi gusto.

«Joder».

—Señoras, apártense —pido con toda la educación que me queda, aunque ya he soltado la caja de galletas y estoy empujando con los hombros, buscando un hueco entre el gentío, como si me fuera la vida en ello.

Porque quizá, joder, un poco sí. Porque verla así… me revuelve algo por dentro que no sé cómo cojones gestionar. Y porque, por mucho que haya dicho que estoy aquí por otras razones, ahora mismo solo quiero estar ahí. Con ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, alzando la voz, sin poder evitar que me tiemble.

Julia aparece por mi lado como una ráfaga, con una botella de agua helada entre las manos. Se arrodilla, se las moja rápido y empieza a humedecerle la nuca a Lola con pequeños toques.

—Tranquilo —murmura sin mirarme, más para sí misma que para mí.

Encarni, que se ha tirado al suelo sin pensárselo, le sujeta los tobillos y los eleva con firmeza.

—Levántalos más —dice Ana desde el otro lado, mientras la abanica—. Así le riega la sangre y no se queda pajarita.

—Voy a llamar a una ambulancia —suelta Lydia, nerviosa. Ha dejado de grabar. El móvil le tiembla entre los dedos y ya no hay rastro de la *influencer* dicharachera. Ahora solo queda la amiga—. Lola, te vamos a cuidar —murmura mientras va de un lado a otro.

Me quedo quieto un segundo, viendo cómo le cae un mechón sudado por la frente, su cara está blanca como la nieve y sus labios no dicen nada. No hay ni una broma, ni una pulla, ni una queja. Y eso es lo que más me acojona.

—Dadle algo dulce —dice Javi, que aparece de la nada con una de mis galletas en la mano—. Puede ser la tensión o el calor, pero con un chute de azúcar, a veces basta.

El cuerpo no me responde. Solo puedo mirarla. Está ahí, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, como si estuviera en otro lugar, soñando con algo que no es esto. Y me invade una angustia que no sé de dónde nace, pero que sube por la garganta y se me agarra al pecho y no pudiera respirar hasta que ella lo haga.

—Joder… —susurro. Me arrodillo a su lado y le cojo la mano sin pensarlo. La suya está fría. La mía, temblorosa. Y no sé qué hacer, no sé qué decir, pero me sale solo—. Ey, Lola… No me jodas ahora, ¿eh? Tú eres de las que grita y manda, no de las que se apagan así de pronto…

El corazón me late tan fuerte que me retumba en los oídos.

—No me cogen el teléfono —informa Lydia, apretando el móvil contra la oreja y caminando en círculos—. Voy a seguir intentándolo.

Y justo cuando la desesperación empieza a colarse en el aire, Lola abre los ojos. Despacio. Como si cada pestañeo le pesara un mundo.

—Estoy bien… no hace falta una ambulancia —murmura—. No pasa nada. Se me pasará.

Intenta incorporarse, fingiendo que puede con todo, y no estuviera a punto de desmayarse otra vez, pero su cuerpo no responde. Se tambalea. Ana y Encarni se lanzan a ayudarla, sujetándola como pueden.

—Ay, hija, que ya una no tiene la fuerza de antes —dice Ana entre jadeos.

—Y cómo me fastidie la cadera otra vez, me tenéis que llevar al fisio vosotras —añade Encarni, aunque no la suelta.

Y entonces, sin pensarlo dos veces, la rodeo con los brazos y la levanto en volandas.

—Vale, vale, ya está. Te tengo —digo, mientras la acomodo contra mi pecho como si pesara lo mismo que una bolsa de plumas —. Nada de caderas jodidas ni sustos innecesarios. Yo me encargo.

Ella se deja hacer. Apoya la frente en mi hombro con un suspiro suave, como si soltar el cuerpo fuese también soltar el peso de todo lo demás. No dice nada. Aunque tampoco se queja. Y eso, en Lola, es lo más parecido a un «gracias» que he escuchado nunca.

—Llévala a casa, niño —dice Encarni, agitándose el escote con un abanico de la Virgen de la Macarena—. A la sombra, que es lo que le hace falta. Un sitio fresquito y una buena siesta.

—Mario, marchaos, no os preocupéis por nada —interviene Lydia, tomando la voz cantante—. Nosotros terminamos de repartir las galletas y luego vamos a limpiar la clase. Está todo controlado.

—Que descanse, que le dé el aire, que se olvide de las galletas y de *to´* —añade Ana, que se ha colocado a nuestro lado con cara de

madre preocupada.

—Yo… —balbucea Lola con la voz tan fina que apenas se escucha —. La llave… está en mi bolsillo.

Se mueve un poco, como si quisiera buscarla, señalando débilmente hacia el trasero. Porque claro, la muy cabezona tiene que llevarla justo en el bolsillo del pantalón. Una jodida prueba de fuego para mí.

—Eh, eh —susurro, sujetándola con firmeza y apretándola un poco más contra mi pecho—. No te preocupes por nada. Yo me encargo. Ni llaves ni gaitas.

Ella no responde, pero deja caer la mano como si se rindiera y entendiera que, por una vez, tiene que dejarse cuidar.

—Cuídala mucho, Mario —murmura Julia, con voz baja pero cargada de intención.

—Vive encima del obrador —aclara Encarni, casi emocionada por la escena—. Es subir una escalera y ya.

Conozco esa puerta, la he visto mil veces al pasar. Lo que nunca imaginé fue cruzarla así, con ella rendida en mis brazos, confiando en mí sin decir una palabra. Y aunque todo esto haya sido un susto… joder, siento que algo encaja. Que hay un hueco que ni sabía que tenía y, de repente, se llena. Como si llevara demasiado tiempo esperando justo esto. Justo a ella.

Siento su aliento templado rozándome la piel, tan cerca que cada exhalación se cuela bajo la camiseta, dejándome sin defensa. Sus dedos descansan sobre mi pecho, sin fuerza, apenas un roce, como si su cuerpo supiera, incluso sin conciencia, que estoy aquí. Que no me voy a ir. Que no la pienso soltar.

—Te vas a poner bien… —susurro, más para mí que para ella—. No pienso alejarme de ti.

Camino hacia el obrador con paso firme, cruzando el bullicio como si el mundo se hubiera encogido a su respiración y al latido que me golpea el pecho. Cada zancada es una promesa callada, un «estoy aquí» que no necesita palabras. La llevo en brazos y no pesa:

lo que realmente me desarma es lo que remueve por dentro. Ese vértigo sereno que te dice, sin palabras, que has llegado al sitio exacto.

Y mientras la tenga así, tan cerca, ni el calor, ni el susto, ni la puta vida van a conseguir que la suelte.

CAPÍTULO 33



Subo las escaleras de cuatro en cuatro, con el corazón desbocado y el miedo mordiéndome los talones. Cuando llego arriba, la apoyo un segundo contra la pared, entre mi cuerpo y el yeso, sujetándola con cuidado, como si fuera de cristal. Su frente cae suavemente sobre mi pecho, y por un instante me olvido hasta de respirar. Está tan cerca que noto el calor tembloroso de su aliento atravesar la tela de mi camisa. Me quedo quieto. Solo un momento. Solo para asegurarme de que sigue ahí.

—¿No sería mejor ir al médico, cabezota?

—No —murmura contra mi pecho—. No pienso… discutir…

Suspiro, abatido, pero con la sonrisa en los labios. Porque está. Porque sigue aquí. Porque, incluso débil, sigue siendo ella.

Con una destreza que no sabía que tenía, deslizo la mano en ese bolsillo apretado donde esconde la jodida llave. La noto. Joder, si la noto. Y no es solo el roce del pantalón. Es el temblor que me recorre cuando mis dedos tocan esa zona. El nudo en la garganta cuando ella no dice nada. Ni se aparta.

«Mario, respira».

Consigo sacarla, con la tensión trepándome por la garganta, cerrada como un puño. Giro la cerradura y empujo la puerta con una patada suave, casi reverente. Sin invadir. Pero ya estoy dentro. La

acuno otra vez contra mi pecho, como si cargar con su cuerpo fuese ahora mismo la única certeza que tengo. Y el aroma a vainilla que lo impregna todo me da de lleno. A ella, a hogar. A ese algo que no quiero nombrar y se me mete bajo la piel.

«¿Sofá? ¿Cama?».

Busco con la mirada un lugar donde tumbarla. Al fondo, el pasillo. Me lanzo casi sin pensarlo, guiado por la urgencia y por la necesidad de que esté bien. Y entonces lo veo: el dormitorio. Una punzada caliente se me clava en el pecho. No por el lugar, sino por lo que implica. Entrar ahí con ella así, tan vencida, tan vulnerable y tan mía sin serlo. No me detengo. No ahora.

—Aguanta, Lola… solo un poco más —susurro, más para mí que para ella.

Empujo con suavidad la puerta y me recibe una cama enorme, de estilo retro, con una colcha clara y un cabecero de terciopelo rosado. Muy Lola. En dos pasos estoy junto a ella. La tumbo con cuidado, como si cualquier gesto brusco pudiera romper algo más que su cuerpo, evitando rozarla más de lo necesario. Apoyo su cabeza en la almohada, y justo cuando me dispongo a alejarme, su mano se aferra a mi muñeca.

—No te vayas… por favor —balbucea sin abrir los ojos.

—Créeme, Lola… no es muy buena idea que me quede contigo en una cama.

—Mario…

Intenta tirar de mí, sin fuerza. Apenas un gesto torpe, sin embargo, tan cargado de intención que me deja clavado en el sitio. Llámame gilipollas, pero cuando la miro siento su necesidad atravesándome el pecho. Y eso, joder, eso no sé de qué forma ignorarlo.

«Me cago en mi puta vida».

No dice nada más, pero su mano sigue ahí, aferrada a la mía con la poca fuerza que le queda. Como si ese gesto, tan simple, fuera la única forma que tiene de decirme que me necesita cerca. Me siento

despacio en la cama, con cuidado de no moverla. Su respiración sigue algo agitada, aunque ya no tan alarmante. Su ceño se ha relajado y su boca, entreabierta, parece murmurar cosas que no entiendo. Me quito el delantal, lo dejo a un lado. Luego los zapatos. Y cuando me acomodo cerca de ella, sin apenas tocarla, noto cómo su cuerpo se rinde al mío.

—Solo hasta que te duermas, ¿vale? —murmuro, como si eso fuera suficiente para engañarme a mí mismo.

Ella asiente muy levemente, y deja escapar un suspiro que me roza la piel, un secreto en forma de aliento. Cierro los ojos un momento, intentando ignorar todo lo que se mueve dentro de mí: el miedo, el deseo, la ternura y esta jodida sensación de haber cruzado una línea que ya no sé si quiero volver atrás.

La noto acomodarse, casi sin fuerzas. Su mano, esa pequeña que hace un rato me sujetaba como si yo fuera el ancla, ahora descansa sobre mi pecho. Como si confiara y supiera que no voy a irme. Y no, no pienso hacerlo. Porque no sé qué es esto, qué somos fuera de su obrador… Pero sí sé que ahora mismo no hay otro sitio en el que quiera estar más que aquí, con ella.



Despierto con el cuello hecho polvo y la sensación de que no he cambiado de postura en horas. La cabeza me late suave, pero lo primero que percibo es el calor. El de su cuerpo pegado al mío, su respiración tranquila en mi clavícula, y su pierna enredada con la mía, como si se hubiera aferrado a mí incluso dormida. No me quejo. Podría quedarme así horas.

Hasta que lo noto. Su maldita mano descansando sobre mi polla.

«Joder, Lola».

Y, por si eso no fuera suficiente, mi polla decide que es un gran momento para saludar. Una sacudida. Un aviso. Un «eh, estoy aquí»,

dejando constancia de su existencia. Me tenso al instante, tragando saliva, mientras el cerebro intenta buscar una explicación racional que no implique mis ganas de levantarme y empotrarme contra la pared para bajarle el fuego al cuerpo. Porque su mano no se mueve, pero el calor que irradia sobre mi piel es tan real que podría jurar que está ardiendo.

«Mario, no te muevas. No pienses. No respires fuerte. No seas gilipollas».

Intento convencerme de que esto no es nada, que solo es una casualidad... mientras mi cuerpo entero grita lo contrario. Y así estoy. Medio acurrucado, con el cuello torcido, la polla erguida y ella tan tranquila, tan suave, tan cerca, que lo único que puedo pensar es que no hay jodida forma de salir de esta sin pecar.

—Mmmm —emite Lola, un gemido aterciopelado que me recorre la columna y termina en un latigazo directo a la entrepierna.

Mi polla responde al instante, tensa, alerta, como si ese sonido fuera una orden.

«Uff».

Trago saliva con dificultad, intentando pensar en cualquier cosa que no implique cuerpos desnudos, sábanas en el suelo o su boca diciendo mi nombre en bucle. No ayuda. Nada ayuda. Ni la distancia que no existe entre su piel y la mía. Ni su mano, que sigue descansando donde no debería. Ni su respiración, que se ha vuelto un poco más profunda… un poco más consciente.

«Vamos, piensa en otra cosa. Cualquier cosa».

Piensa en el horno. En Encarni. En galletas frías. En lo que sea, joder, menos en el cuerpo de Lola rozando el mío y el calor que me está subiendo por la nuca como si me fueran a fundir los plomos. Pero no me muevo. No aún. Porque no sé si ella está despierta de verdad… o si simplemente ha soñado algo que me gustaría que soñara conmigo.

«Respira. Lo haremos despacio».

Intento apartarme con cuidado, sujetándole la mano que todavía descansa sobre mi polla, como si de verdad pudiera salir ileso de esto. Y cuando empiezo a moverla, entrelaza los dedos con los míos. Fuerte. Instintivo. Un gesto que no esperaba y, sin embargo, me desarma por completo.

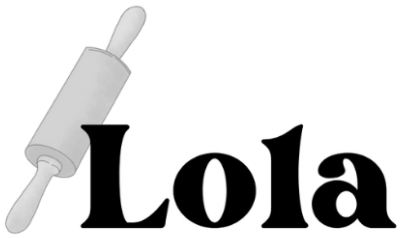
—Lola… —susurro, como si su nombre pudiera servirme de ancla o de excusa. Y con solo nombrarla pudiera evitar lo que sé que no debería pasar.

No sé si me escucha. O si está del todo presente. Me acerco un poco más, buscando alguna señal… y entonces ocurre. No lo veo venir. Lola se gira y estampa sus labios contra los míos, sin aviso, sin permiso, sin nada más que el impulso. Sus labios, esos jodidos labios rojos que me llevan al límite, me saborean como si ya supieran el camino. Su lengua entra suave, tanteando, y luego presiona con más fuerza, con la urgencia de quien se aferra a lo único que aún le queda.

Debería parar, pienso, cerrando los ojos. Pero no lo hago. Porque en ese instante todo desaparece. Solo existen ella y su boca, y lo que me despierta. Y justo cuando mi cuerpo empieza a rendirse, cuando mi voluntad se diluye bajo su lengua y su respiración entrecortada, ella se desploma sobre mí. Así. Sin más.

—Lola… joder.

CAPÍTULO 34



Hay una canción que no recuerdo del todo, pero suena de fondo Su voz aterciopelada. Su risa contenida.

«Enzo».

Me habla al oído con ese acento suave que me hacía reír sin querer. Me roza la mejilla. Me promete algo, creo. No lo entiendo bien, pero suena a siempre. A algo que se dijo y no se cumplió. Y quiero aferrarme. A su calor. A esa ilusión que tuve de que el amor no se evaporaba. Que no desaparecía con un solo clic y una foto de perfil que dejaba de existir.

Su boca se acerca. La mía responde. Lo beso, despacio, con los labios cargados de reproche y añoranza. Intentando rescatar algo que ya no existe. Me aferro a su nuca, buscando el calor que un día fue hogar. El sabor me resulta familiar, pero extraño. Como si la memoria estuviera jugando conmigo. Y entonces ocurre. Algo se quiebra. La imagen se emborrona y su rostro, el de Enzo, se diluye delante de mí, igual que una acuarela bajo la lluvia. Y aparece otro.

«Mario».

Y es un puñetazo a los sentidos. No sé cómo ha llegado hasta aquí, ni por qué está mirándome así, con ese gesto contenido que me hace arder la piel. Su cercanía me sacude. El aire cambia, mi pulso se acelera y mi cuerpo, maldito traidor, lo reconoce antes que

mi mente. Su olor. Su calor. Su presencia. Me tiembla la boca, sin embargo, no me detengo. Lo beso de nuevo, ahora con una urgencia distinta, más física y más viva. No hay pasado en este beso. No hay rencor. Solo hambre.

«Hambre de él».

Su lengua me recibe. Y me pierdo en el roce, en su pecho firme bajo mis dedos, en la forma en que encajo en él como si llevara toda la vida esperándolo. Quiero quedarme ahí, en ese limbo donde no importa nada más, donde, por fin, todo deja de doler. Pero entonces, mi cuerpo empieza a ceder. Todo me pesa, las piernas, los párpados, incluso el deseo. Y me derrumbo. Caigo. La oscuridad me envuelve. Su nombre se me disuelve en la garganta. Y el mundo se apaga.

CAPÍTULO 35



—Lola —susurro, sin aire—. Eh, no, no, no…

Me incorporo con ella a cuestas, la acomodo con cuidado sobre la cama. Su piel arde, sus labios siguen húmedos y entreabiertos, y lo único que me atraviesa es el miedo. Miedo de haber cruzado una línea, de no haber sabido leer las señales. Miedo de que no haya sido ella la que me besaba… sino su fiebre.

Respiro hondo. Mi polla sigue tan tensa que me dan ganas de gritarle que se calme, que no es el momento. Ni mi cuerpo entiende razones ahora mismo. Y, sin embargo, mientras la observo, pálida, con el ceño fruncido, incluso inconsciente, todo el deseo se mezcla con otra cosa más honda. Ganas de cuidarla.

Apoyo una mano en su frente. Quema. Y yo, que hace un segundo solo pensaba en besarla hasta dejarla sin aliento, ahora solo quiero que vuelva en sí. Que abra los ojos y me insulte, si hace falta. Que esté bien.

—Venga, preciosa… vuelve. Mándame a la mierda si quieres, pero abre los ojos.

Y me quedo ahí. Con el alma en vilo. Porque esto… ya no es solo deseo. No sé en qué momento dejó de ser un juego. O una provocación o una guerra abierta. Y pasó a convertirse en esto: una necesidad más silenciosa, más jodida. Como si debajo de todas las

pullas y de las miradas cruzadas hubiera estado gestándose algo que ahora, con solo un beso, se me ha desbordado. Y si lo que ha pasado ha sido real, si no era solo la fiebre, si ella de verdad quería besarme... entonces esto cambia las reglas. Lo cambia todo. Y si no... si solo ha sido un delirio, una confusión, una respuesta automática de un cuerpo agotado… entonces soy yo el que se está cayendo de lleno en algo que no debería sentir.

«Mierda».

Le acaricio el cabello, lento, intentando que eso la calme y a mí también. Me inclino un poco, la observo de cerca. Sigue preciosa, incluso así, hecha un ovillo, como si se hubiera vaciado entera. Sé que este momento no lo voy a olvidar. No por el beso. Por el temblor. Por el nudo en el pecho. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no me pesa el silencio.

«Dan tenía razón».

Me separo como puedo de la cama, con una sensación extraña que me golpea entre el estómago y el pecho. Decido en cuestión de segundos que no es buena idea quedarme a solas con ella: si despierta y no recuerda nada, o interpreta lo que pasó de la peor manera, lo estropearé aún más. Cojo el teléfono y llamo a la única persona que sé que no me fallará. Dejo que suene, contengo el aire, pero no cuelgo. Necesito un plan, y lo necesito ya.

«Joder, cógelo».

Mientras espero, camino sin hacer ruido. El piso es pequeño, luminoso a pesar de las persianas medio bajadas. Al pasar frente el aparador del pasillo, algo me detiene: sobre la pared hay varias fotografías enmarcadas. En la primera, Lola sonríe con una mujer que, por el parecido, solo puede ser su madre. Comparten la misma curva descarada en los labios, como si la risa les brotara fácil. Nada que ver con las muecas que me lanza a mí cuando le llevo la contraria. Me acerco un poco, como si eso pudiera revelarme algo más, y entonces lo veo: la mujer lleva anudado un pañuelo rojo en la cabeza. No uno parecido. El mismo. Me tenso sin saber por qué,

como si de pronto ese trozo de tela hablara de algo que todavía no comprendo.

Avanzo un paso y otra imagen me atrapa. El obrador recién abierto, la persiana recién pintada, Marisa sujetando una bandeja humeante, su madre y Lola abrazadas, exultantes, con harina aún en la mejilla. Respiro hondo; me araña la culpa. Yo, listo, jugué a Casanova con sus galletas para despedir a mis ligues «gran idea, Mario» y no vi la carga emocional que había detrás de cada bocado. Ahora encajo las piezas: el brillo atenazado en sus ojos, la rigidez con la que me recibía, la rabia que se le escapaba cada vez que nombraba mis «hazañas». La mirada feroz de aquel día en que nos conocimos… Ya lo sentí entonces, pero no imaginaba hasta dónde llegaba todo aquello.

El teléfono sigue sonando, así que recorro el salón. Sobre la mesita baja, un montón de facturas desordenadas: luz, agua, alquiler. Junto a ellas, una libreta llena de planes garabateados para aumentar ventas, descuentos, degustaciones, colaboraciones en redes. Me quema la garganta con la certeza de que no tengo derecho a reclamarle nada; esa mujer a la que dejé boquiabierta con mis bromas fáciles carga con más peso del que enseña.

—¿Sí? ¿Necesitas que vaya a probar otra de tus recetas? —responde al fin la voz al otro lado con ese tono entre irónico y dulce que conozco tan bien.

—Necesito ayuda —susurro.

—¿Ha pasado algo? —pregunta enseguida, con la sorpresa latiéndole en la voz.

—Sí… —murmuro, tragándome las palabras—. Quiero hacerlo bien.

Silencio. De los que lo dicen todo.

—Mario, voy para allá. ¿Qué necesitas?

Mientras le explico la situación, omitiendo ciertos detalles, mis ojos siguen vagando por el salón y tropiezan con otra foto: un calendario tachado a mano, fechas rodeadas en rojo, objetivos

escritos con bolígrafo azul. «Ampliar horario», «Cursos para niños», «Que Mario deje de usar *cookies* para ligar» remarcado en negrita. Me muerdo el labio. Si necesitaba un recordatorio de lo imbécil que he sido, ahí lo tengo, perfectamente enmarcado en su día a día.

—Prepara paños fríos y mantén la casa fresca —dice Maite, con ese tono suyo que no deja margen a réplica.

—Gracias —murmuro, dejando caer la cabeza contra la pared—. De verdad.

Cuelgo. Mi erección ha bajado por fin, sustituida por una tensión más jodida y profunda: la certeza de que, si no arreglo esto, lo voy a lamentar toda la puta vida.

Regreso al dormitorio con un cuenco de agua fría y un puñado de toallas limpias. Le aparto con cuidado un mechón sudado de la frente y apoyo el paño sobre su piel ardiente. Me quedo un momento en silencio, observándola respirar, tan vulnerable como nunca la había visto. Me sacude un pensamiento tan claro que me deja sin aliento: quiero estar cuando vuelva a abrir los ojos. Y quiero que me vea, no como el idiota que fui, sino como el hombre que va a quedarse a su lado, pase lo que pase.

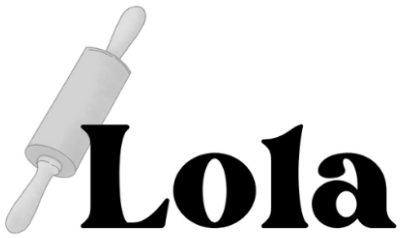
Me doy cuenta de que Lola aún lleva el pañuelo atado al cuello. Está empapado, y el calor no afloja. Me inclino despacio, deslizando los dedos por la tela. Ella se mueve, apenas un gesto inconsciente: un amago de frenar mi mano. No aprieta ni se despierta. Solo lo roza como si, incluso dormida, supiera que no quiere soltarlo.

—Tranquila, preciosa. Solo quiero ayudarte —le susurro, más para que lo escuche su cuerpo que sus oídos.

Lo desato con cuidado, y lo encierro en mi puño. No necesito entenderlo del todo para respetarlo. Ese pañuelo no es solo un accesorio. Es parte de ella. Igual que una promesa muda, o una forma de seguir sosteniendo lo que ya no está. Lo dejo doblado con cuidado sobre la mesilla, como si fuera algo sagrado, y vuelvo a su lado con otro paño limpio. Apoyo la mano en su frente. Arde, pero ya no estoy tan asustado.

Ahora solo tengo clara una cosa: me voy a quedar. Hasta que baje la fiebre. Hasta que despierte. Y después… también.

CAPÍTULO 36



A lo lejos escucho murmullos. Los párpados me pesan como si llevara días dormida, y el cuerpo me flota, flojo, parece que me han exprimido el alma y dejado solo la carcasa. Me siento seca, deshidratada. ¿Dónde estoy? La pregunta zumba en mi cabeza, aunque en el fondo ya lo sé. Reconozco el colchón que protesta bajo mi peso, el aroma a vainilla que impregna las sábanas, la cortina que se mueve con la brisa que entra por la ventana entreabierta. Estoy en casa. Aunque todo me resulta levemente extraño, como si el escenario fuera el mismo, pero algo hubiera cambiado de lugar.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?».

Me palpo el pecho y descubro que llevo puesta una camiseta de algodón, una de esas anchas que suelo usar para dormir. La noto húmeda en la nuca, pegajosa en la espalda. ¿Cuándo me he cambiado? ¿Lo he hecho yo? La duda me sacude sin llegar a instalarse del todo. Llevo la mano al cuello, en busca del pañuelo. No está. El vacío me punza justo donde más escuece. Giro la cabeza con torpeza, y ahí lo veo: perfectamente doblado sobre la mesilla, como si alguien supiera lo que significa y hubiera tenido el detalle de no dejarlo hecho un ovillo… pero ¿quién?

Unos pasos se acercan. Me tenso al instante, el corazón tamborilea con fuerza, aunque mi cuerpo no le siga el ritmo. Vivo sola. Sola, repito en mi cabeza con la alarma encendida. ¿Quién

coño camina por mi casa? Y entonces la escucho. Su voz. Esa que tantas veces me llama profe con sorna, con ese tonito que me saca de quicio y me hace sonreír cuando no debería. Mario. Y otra voz, femenina. Suave. Cálida. Desconocida.

—¿Estás seguro de que no deberías llevarla al hospital?

Siento un chasquido en el pecho. Como si algo se doblara hacia dentro. ¿Mario está con un ligue? ¿De verdad ha sido capaz?

—No, está mejor… Ha bajado la fiebre. Solo necesito que me digas qué más puedo hacer —responde él, su voz grave y rota en la orilla de algo que no sé nombrar.

Una pausa. Un suspiro.

—Has hecho todo lo que has podido. Ahora solo le queda descansar y que su cuerpo haga el resto… —susurra ella, con un tono que, en otro momento, me habría puesto a la defensiva—. Llevas muchas horas aquí. Si quieres, puedo quedarme un rato. Tú podrías ir a casa, darte una ducha, desconectar un poco.

Y ahí está, el clic.

«Muchas horas aquí. En *mi* casa».

—No, estoy bien —le contesta él. Oigo el roce de ropa, el crujido del suelo bajo sus pasos—. Sabía que podía contar contigo, te quiero.

Una punzada absurda. Lo dice con cariño, de ese que no duele… pero pica.

—Siempre —responde ella—. Pues entonces, me marcho. Si me necesitas, solo tienes que llamarme.

—Lo sé, gracias.

Los pasos se alejan. La puerta se cierra con ese sonido que no rompe el silencio, sino que lo deja entrar. Y la quietud que queda no incomoda, ni tensa… es de esos que no pesan, sino que abrigan. Como una manta vieja en invierno.

«¿Estoy sola? ¿Se han ido?».

Intento erguirme sin resultado. Entonces lo veo. Él. Asomado al umbral de la puerta, con la camisa arrugada, las mangas subidas y el pelo despeinado, como si el tiempo se le hubiera echado encima de golpe. Tiene ese gesto entre la preocupación y la culpa que no le había visto nunca. Se apresura hacia mí, con esa certeza de quien ya sabe que intento incorporarme y no puedo. Como si me llevara años leyendo.

—Eh… tranquila. Soy yo. Estás en casa.

El aire se me escapa, retenido en los pulmones hasta ahora, liberándose de golpe, en un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Trato de moverme, pero no me responde ni el cuerpo ni el orgullo. Tengo calor, aunque su voz me enfría por dentro. Porque la reconozco y me alivia, y eso no debería pasar. Porque no entiendo qué hace aquí. Porque si me ha visto en este estado, medio inconsciente y con pinta de habérmela pegado, no quiero ni imaginar la escena. Y sobre todo… porque jamás lo imaginé *a él* aquí. En mi casa. En *mi cama.*

Se sienta al borde, con esa chulería innata que destila incluso cuando está quieto. El leve hundimiento del colchón me inclina hacia él, sin pedir permiso. Como si mi cuerpo supiera lo que yo aún no me atrevo a pensar. Su peso me rodea, me ancla. Me expone. Me calma. Me desconcierta. Y entonces, sin aviso, siento el paño frío en la frente. Sus dedos rozan mi sien con cuidado, como si pudiera romperme con solo respirar demasiado cerca. Una caricia inesperada. Intolerablemente dulce.

—¿Qué…? —balbuceo, con la lengua seca como papel de lija abandonado al sol.

—Te desmayaste por la fiebre —responde con voz grave, de esa que se cuela por todas las rendijas de mi defensa sin pedir permiso —. Te has pasado la noche delirando.

Frunzo el ceño. O lo intento. Porque mi cara no está para muchos aspavientos y yo no estoy para sustos.

—¿Delirando?

—Hablabas en sueños —aclara, y no aparta los ojos de los míos, como si buscara confirmar que sigo entera—. Decías mi nombre y lo mucho que te gusto… que no puedes resistirte a esta maravilla.

—Mentira —farfullo, medio ronca. Alzo una mano con intención de golpearle el hombro, sin embargo, el cuerpo no me sigue la corriente. Ni eso me respeta hoy.

Él se ríe, encantado de conocerse.

—¿Ves? Ni tus reflejos me creen.

Trago saliva, aunque no queda. Solo aire caliente y orgullo chamuscado. Entonces él se incorpora un poco, se gira hacia la mesilla y me acerca un vaso de agua.

—Bebe —me ordena, como si no acabara de rozarme con los dedos hace un segundo—. Necesitas hidratarte…

«Y no sé por qué mis hormonas lo escuchan con connotación sexual. ¡De cara a la pared!»

Lo observo por encima del borde del vaso, con esa curiosidad nueva que me tiene la cabeza del revés, porque el Mario que tengo delante no encaja con el chulo que se pasea por clase ni con el canalla que me mira como si supiera cosas que ni yo sé. Algo dentro de mí se expande. No sé si es por su forma de mirarme o por cómo me cuida sin darse importancia.

—¿Qué he dicho de verdad? —me atrevo a preguntar al fin, fingiendo que la voz no me tiembla, desviando la mente antes de que se me derritan las hormonas.

—Nada preocupante —responde, bajando la mirada con una sonrisa apenas disimulada—. Tonterías sin sentido. Bueno, y un par de frases en arameo o algún idioma inventado. Bastante sexy, por cierto.

Me muerdo el labio, no sé si por vergüenza o por puro agotamiento.

—Joder… qué vergüenza.

—No tienes nada de lo que avergonzarte, Lola.

Y lo dice en serio, tan en serio que me obliga a mirarlo. De verdad. No hay burla. No hay paternalismo. Solo ese algo extraño en sus ojos. Como si por fin estuviera dejando de hacerse el imbécil y yo también pudiera bajar un poquito los puños.

—¿Quién era ella? —pregunto entonces, sin pensarlo, porque la voz femenina aún me ronda en la cabeza como un mosquito al que no logro espantar.

Mario parpadea, desconcertado.

—¿Maite? —Y entonces me lanza esa media sonrisa que usa cuando quiere desarmarme—. ¿Estás celosa?

—No… eres idiota —replico, con más fuerza de la que esperaba encontrar.

Él sube las cejas, divertido.

—Es mi hermana, Lola. Mi hermana pequeña. Tranquila, que no te estás perdiendo ningún capítulo turbio.

Y algo en mí se suelta. No mucho, pero lo justo para que pueda respirar con algo más que cautela.

—Ah… —resoplo.

—Puedes estar tranquila —repite, en tono más suave.

—¿Y tú? —le espeto, sin saber muy bien qué hago—. ¿Tú estás tranquilo?

—Con esta camiseta tuya y el sudor que llevas encima… no. Nada tranquilo —murmura mientras sus ojos se deslizan por mi cuerpo, de arriba abajo, como si me estuviera leyendo la etiqueta. Lo fulmino con la mirada. O eso intento. Pero seguro que me sale más bien un pestañeo lento y confuso.

—¿Fuiste tú quien me la puso? —pregunto, porque, aunque la fiebre me tenga medio ida, tengo prioridades claras. Y saber si este hombre me ha desnudado dormida, está en el top tres.

Mario se encoge de hombros, con esa sonrisita suya marca de la casa.

—¿Qué crees? —Su voz se arrastra con picardía—. ¿Te gustaría?

Abro la boca para contestar y solo sale aire. No por la fiebre, sino por lo bien que juega el cabrón. Sin embargo, no me da tiempo a tirarle una de las almohadas.

—Fue mi hermana —aclara entonces, con una carcajada bajita que me hace querer abofetearlo con una manopla del horno—. Ya puedes respirar.

—Idiota —susurro, aunque la voz me sale más tierna que furiosa.

Quiero reírme. Y un poco lo hago. O más bien dejo escapar ese sonido que parece risa mezclada con fiebre, con susto o con otra cosa que no quiero nombrar.

—Pero un idiota que se ha quedado. Por si acaso.

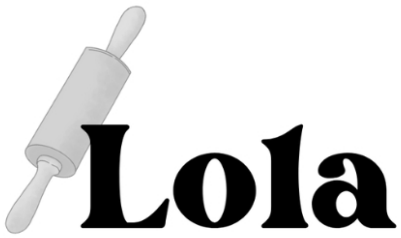
Y esa frase, tan simple y tan cargada, me revienta por dentro. No sé si es la fiebre, el calor o la ternura disfrazada de pulla, pero me dejo caer más hondo en el colchón. Me rindo. Solo un poco, lo suficiente.

—Gracias —susurro, porque es lo único que se me ocurre.

—No me las des. No todavía —responde él, bajito, con una voz que me roza la piel igual que el paño frío que sigue cambiando sobre mi frente.

Y, contra todo pronóstico, me siento un poco menos sola. Y, peligrosamente, un poco más suya.

CAPÍTULO 37



—Ahora tienes que descansar —me dice con una ternura que me eriza la piel. Una ternura que, en teoría, no le pertenece, pero que en su boca suena condenadamente bien.

—¿Qué hora es? —pregunto, mientras mis ojos buscan el teléfono.

Mario sigue mi mirada y me responde antes de que lo diga en voz alta.

—Está cargando. No lo he cotilleado, por si estás malpensando —dice con esa sonrisa suya, la de chico malo con alma blanda—. Son las doce.

—¿De la noche? ¿Tanto he dormido?

—No, de la mañana.

—¿¡De la mañana!? ¿Ha pasado un día entero?

Mi cuerpo se tensa como si me hubieran conectado a la corriente. El pánico me sube por la garganta, y el aire, de repente, se convierte en un lujo que no sé respirar. Entonces sus brazos me rodean. No como una cárcel, sino como un salvavidas. Me anclan al colchón y me obligan a frenar. A mirarlo.

—Tranquila —me dice, con la voz tan cerca que se me cuela dentro—. Todo está bien.

Y no sé si lo estoy, pero en ese instante y con ese gesto que no me esperaba de él, juro que empiezo a creerlo. Un poquito. Lo justo para respirar sin que me tiemble el pecho. Sin embargo, mis alarmas se disparan de nuevo, como si mi cabeza tuviera un sistema de incendios integrado.

«Los encargos, las galletas, el obrador cerrado... Nadie ha abierto. Nadie ha amasado. Nadie ha puesto la cafetera».

Él parece darse cuenta del caos que se me desborda por dentro solo con mirarme. Tiene esa forma suya de clavarme los ojos como si pudiera deshacerme los nudos sin tocarme. Presiona con suavidad mis hombros, y aunque esa confianza no se la he dado oficialmente, no me molesta en absoluto. Más bien todo lo contrario.

—Lola —su tono es tan firme como dulce—, no te preocupes. Ahora tienes que descansar. Todo lo demás puede esperar.

—Pero… —intento protestar.

—Shhh —me corta, y su comisura derecha se curva con ese gesto entre ternura y picardía—. Ayer limpiaron todo. Y yo me he encargado de colocar un cartel en la puerta.

Me quedo mirándolo, pasmada, por la versión de Mario que tengo delante. No sé si es la fiebre residual, pero siento cómo algo dentro de mí se afloja y mi cuerpo supiera que, por una vez, puede soltar la coraza y dejar de luchar.

—Ahora, respira conmigo…

Arrugo el entrecejo, más por costumbre que por decisión. ¿Respirar? ¿En serio? Si lo difícil no es inhalar. Lo jodido es dejar de pensar. Abro la boca, intento encontrar las palabras justas, las que saquen fuera las inquietudes que me bailan bajo la piel. ¿Cómo decirle que no es tan fácil? Que no puedo quedarme aquí, con la frente húmeda y el alma expuesta, descansando mientras el mundo sigue girando. Mientras los encargos se acumulan y el obrador me espera vacío, como si fuera a aparecer alguien de la nada para hornear en mi lugar.

—Tengo que… —empiezo, pero él niega antes de que termine.

—Lola —su voz suena como una caricia—, el mundo puede esperar. Nadie se va a morir por no tener galletas hoy. Y si alguien lo hace, que lo ponga en la hoja de sugerencias.

Me arranca una risa bajita. Cansada. No tiene ni idea de lo que es llevar un obrador como el mío, del peso que cargo cada día sobre los hombros, las facturas y todo lo que depende de mí. Niego con la cabeza, sin ganas de entrar en detalles.

—No sabes lo que dices…

—Puede que no lo sepa, o puede que lo comprenda si me quieres explicar… Pero, Lola, hoy te toca cuidarte a ti. Sea lo que sea, puede esperar hasta mañana —responde él, con una media sonrisa y los ojos llenos de algo que no alcanzo a descifrar. Una ternura insólita. Peligrosa.

No sé qué responder. Así que no digo nada. Solo respiro. Necesito que Mario salga de aquí. Necesito que deje de mirarme como si le importara, porque algo me dice que, si sigue viendo esta versión frágil de mí, no se moverá de este cuarto. Y aunque me esté gustando más de lo que quiero admitir, no pienso dejar que eso germine. No.

—Venga, ahora a descansar —me ordena con un gesto de mentón, mientras sus manos abandonan mis hombros. De repente, siento frío.

Pestañeo con fuerza.

—¿Y cómo pretendes que consiga relajarme o dormir siquiera con todo lo que tengo en la cabeza?

—Pues… —Mira a su alrededor, con expresión práctica—. ¿Qué sueles hacer para desconectar? ¿Ver series? ¿Música?...

«¡Ay, Dios! Pues mira, Mario, me masturbo con *Mr. Rabbit* hasta que me olvido del mundo. ¿Cómo lo hacemos? ¿Te apartas o me aplaudes?». Definitivamente no puedo decirle eso, piensa, Lola.

—¿Leer? —aventura.

Y me aferro a la palabra como si me lanzaran un salvavidas.

—¡Sí! —exclamo con un entusiasmo tan exagerado que hasta yo me doy cuenta. Lanzo una palmada floja al aire, que casi me descoyunta el hombro.

Mario se ríe por lo bajo.

—Vale, veo que te entusiasma la idea —dice, esbozando una sonrisa ladeada—, así que te leeré algo que tengas por aquí… aunque con mi voz y tumbada así, no prometo que no acabes más relajada de la cuenta.

Se levanta y se dirige hacia la librería y no puedo evitar fijarme en su bonito trasero. Sus ojos recorren los lomos con la concentración de quien busca una respuesta entre los títulos. Y entonces lo hace. Saca uno. Sin embargo, cuando lo veo, se me forma un nudo en el estómago.

«No. No, no, no… ese no».

Ha elegido *Ese placer entre las páginas*, edición especial ilustrada. La de las escenas de sexo tan gráficas que el separador tiene forma de látigo.

Trago saliva.

—¿Este? —pregunta con una inocencia tan sospechosa que solo le falta silbar mirando al techo.

—Eh… —intento improvisar una excusa o una fuga.

No sé si me relajará o me va a poner cardiaca perdida, pero de lo que estoy segura es de que como empiece a leerlo en voz alta, la fiebre me va a parecer una excursión al campo. Me incorporo de golpe. O lo intento. Porque en mi estado lo único que consigo es un impulso torpe que ni llega a amenaza. Aun así, estiro la mano hacia el libro.

—Dame, yo lo leeré —farfullo.

—Quieta. He dicho que lo leo yo —sentencia, tan campante.

—Ni se te ocurra.

Sin embargo, él, con esos reflejos de chulazo que se lo toma todo a guasa, levanta el libro justo fuera de mi alcance.

—¿Qué sucede, profe? Este libro no será para tanto, ¿no? El título promete mucho, pero seguro que es inofensivo…

—Mario… —gruño, entre amenaza y súplica. Si tuviera energía, le tiraba una almohada. O la mesita de noche entera con lámpara incluida.

Él sonríe con ganas, de esas sonrisas que duelen de lo mucho que gustan. Mete los dedos en el bolsillo de la camisa y, para mi sorpresa, saca unas gafas de lectura. Son pequeñas. De esas que llevan los abuelos en las películas de sobremesa. Por un segundo pienso que le van a quitar todo el erotismo del momento. Ilusa. Se las pone con total naturalidad, como si no acabara de dejarme sin oxígeno. Y si ya estaba guapo antes, con las gafas está para comérselo. A bocados. Sin tregua y sin modales.

«Estoy desatada. Todo por culpa de la fiebre».

—Vamos a ver qué tiene de especial —declara con teatralidad, y sin esperar respuesta, abre por una página al azar y empieza a leer —: *«Sus dedos bajaron despacio, explorando con maestría, como si conociera cada pliegue de su cuerpo desde antes de tocarlo…»*

Lo dice con una entonación que me tensa hasta las pestañas. O tal vez solo lo escucho así. Su voz se cuela entre las sábanas, una corriente subterránea que me eriza la piel, como si tuviera un interruptor oculto en alguna parte del cuerpo.

—¡Mario! —protesto, deseando desaparecer bajo la colcha, o que un rayo me caiga encima. Lo que llegue primero.

Carraspea, intentando ponerse serio, pero la media sonrisa que le trepa por la boca lo delata. Esa que empieza a gustarme más de lo que debería. Pasa de página buscando con los ojos la parte más incendiaria del libro, y se relame, literal, como si fuera a morder el capítulo.

—*«…Ella arqueó la espalda, pidiendo más, y él obedeció, recorriéndola con la lengua como quien recita un poema sobre la piel…»*

—¡Para ya! —le dedico una mirada asesina. Mi cara arde, y no solo por la fiebre residual.

Mario levanta la vista del libro, me observa a través de las gafas como si acabara de descubrirme en una versión que no se esperaba, y deja que el silencio se acomode entre nosotros. Uno espeso, cargado, a punto de romperse si alguien respira demasiado fuerte.

—Joder… no sabía que eras tan de *poesía* —musita con un brillo canalla en los ojos.

—Y yo no sabía que eras tan imbécil —respondo, sin mucha convicción, porque mi voz suena a risa ahogada y a algo que no quiero nombrar.

Me mira. Y lo hace de verdad. Con esos ojos que escarban y se quedan. Por un segundo, juro que se lo está pensando. Que va a decir, o hacer, algo que cambiará el aire que nos rodea. Pero no. Cierra el libro con un chasquido seco, como si necesitara romper el hechizo antes de que nos consuma. Luego se estira despacio, con la parsimonia de quien sabe perfectamente lo que está haciendo. Los brazos por encima de la cabeza, la camisa que se alza apenas, revelando una franja de piel que no debería estar permitida a estas horas. Mis ojos tropiezan con la línea definida de sus oblicuos, el borde de la ropa interior asomando con descaro y ese pantalón que ha cedido justo lo suficiente para rozar el límite de lo políticamente correcto.

Se gira para dejar el libro en la cómoda, se quita las gafas con calma, las guarda y se pinza el puente de la nariz, como si aquello que acaba de leer también le hubiera subido la temperatura. Y entonces lo veo. El bulto. EL PUTO BULTO. Una evidencia obscena, enorme, descarada, que su cuerpo no puede disimular. Trago saliva y casi me ahogo.

«Lola, intenta pensar en multiplicaciones, en impuestos o en cualquier cosa que no sea eso».

—Creo que necesito una ducha —dice, fingiendo una naturalidad que no se cree ni él.

Está empalmadísimo. Intenta ocultarlo, pero eso no hay camisa que lo tape. Madre mía. ¿Y si tenso un poco más la cuerda? ¿Y si esto termina con él huyendo a su casa, directo a esa ducha? No pierdo nada por intentarlo. O puede que termine en el infierno.

—Buena idea —respondo con una sonrisa ladina que él no ve, pero que se le cuela entre las costillas—. Creo que yo también me daré una. Me vendrá bien para… relajarme. Frotarme con las manos por todo el cuerpo, dejar que el jabón resbale por cada rincón…

Se tensa. Ahí está.

—Ya sabes… quitarme todo este sudor con agua muy caliente —ronroneo.

Silencio.

El mismo tipo que hace unos segundos leía escenas de sexo sin despeinarse, ahora está mudo. Como si se le hubieran atascado las palabras en la garganta.

—¿Mario? ¿Estás bien?

—¿Eh? —Se gira a medias, con una expresión de alarma mal disimulada—. Ah, sí, sí… claro. Digo… sí, es buena idea.

Lo observo con descaro, disfrutando más de lo que debería.

—¿Seguro que no prefieres darte esa ducha aquí?

Mario traga saliva. Literalmente. Sus pupilas se dilatan, sus orejas se tiñen de rojo, y sé que, si no se va ahora mismo, lo siguiente que se le va a escapar no será una excusa. Me río por dentro. Qué maravilla verlo así, incómodo por primera vez, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que el fuego que avivaba no era solo mío.

—Mira —dice, aclarándose la voz y pasándose la mano por la nuca con gesto nervioso—, vamos a hacer una cosa. Me voy a mi casa a ducharme, así te dejo un rato de privacidad para que tú también lo hagas. Luego vuelvo con algunas cosas.

—¿Algunas cosas?

—Ropa limpia. Y comida decente. Y… ya sabes, por si necesitas algo.

—Ajá —asiento, sin poder evitar la sonrisa traviesa—. ¿Y tengo que prometerte algo a cambio?

Se resguarda tras el canto de la puerta, ocultando *esa* parte de su cuerpo, pero no la mirada. Me clava los ojos. Y aunque intenta recuperar el control, sé que sigue tocado. Nervioso. Lo noto en sus gestos, en la rigidez de los hombros, en cómo me mira y aún no supiera si quedarse o salir corriendo.

—Prométeme que vas a descansar. De verdad.

—Lo intentaré —susurro.

Él asiente. Me dedica una última mirada antes de girarse, esta vez sin estirarse. Y se va.

—Volveré —dice, justo antes de cerrar la puerta.

—¡Tómate tu tiempo! —bramo desde la cama.

Y cuando lo hace, cuando por fin me deja sola, me permito sonreír. Muy poquito. Apenas nada, porque la tensión no se ha ido, solo se ha quedado flotando entre las paredes, esperando a que uno de los dos vuelva a invocarla.

Saco las piernas de la cama, me recojo el pelo en un moño deshecho y, todavía algo mareada, me levanto con cuidado. Me cambio de ropa y camino de puntillas hasta el obrador. Necesito mover las manos, ensuciarme de harina y ocupar la cabeza con cualquier cosa que no me haga pensar demasiado. Si no, acabaré teniendo una cita con *Mr Rabbit* de esas que se calificarían como triple X.

CAPÍTULO 38



«Me cago en mis santísimos cojones».

No puede ser que Lola, estando así de débil, me la esté jugando de esa manera. El libro lo he elegido yo, vale. Pero la jodida imagen que se me ha instalado en la cabeza mientras leía en voz alta… eso ya es otra historia. Eso ha sido culpa mía. Toda. Mía. Imaginármela tumbada en su cama, leyendo esas escenas tórridas, sola, desnuda, con las piernas entreabiertas y ese puto suspiro que se le escapa cuando se pasa la lengua por los labios… Joder.

No podía mirarla a la cara porque me dolía la polla con tan solo pensarla. Así, tal cual. Y sí, me he girado y me he estirado como un gilipollas, intentando aliviar la tensión. Pero al girarme y notar la tela rozándome, he estado a punto de gemir. Como si me hubieran puesto una imagen suya en HD en la retina. Para colmo, la he escuchado hablar de duchas como quien recita poesía erótica. Agua caliente, jabón deslizándose, frotándose con las manos por todo el cuerpo…

«¿Es que quiere matarme? ¿De verdad?».

He tenido que largarme. Salir de ahí como alma que lleva el diablo, antes de hacer una locura. Antes de meterme en la ducha con ella o, peor aún, meterme directamente en su cama. Y no, no es por falta de ganas. Si no porque si lo hacía, si cruzaba esa línea,

sabía que no habría vuelta atrás. Le pedí que me dejara mostrarle otra cara. Que no soy solo el tipo de la sonrisa bonita. No puedo tirarlo todo por la borda ahora por follármela como si el mundo se acabara mañana. Aunque si fuera así, al menos me iría con la mejor despedida posible.

«Céntrate, joder, Mario».

Hace unas horas estaba cuidándola, intentando hacer las cosas bien, pero la muy puñetera… con esos comentarios, con ese tonito que sabe exactamente por dónde entrar… ha jugado sucio. Me está poniendo a prueba. No le veo otra explicación. Y no voy a caer. Aunque me duela. Aunque me palpite cada músculo y me estén matando las ganas.

Entro en casa y cierro la puerta con el pie. No por comodidad, sino porque necesito ambas manos para desabrocharme los pantalones sin tocarme. Porque con lo que llevo ahí abajo, el roce es una puta tortura.

—Joder… —murmuro, quitándome la camisa a tirones y tirándola al suelo como si fuera culpable de todo esto.

Me meto directo al baño. Agua. Necesito agua. Fría, caliente, hirviendo, me da igual. Lo que necesito es que se me pase esta calentura antes de hacer una estupidez. Dejo correr el agua mientras me apoyo en el lavabo, respirando hondo. En el espejo, veo el reflejo de alguien que no se reconoce del todo. Despeinado, con las mejillas encendidas y esa expresión en los ojos... Esa que grita que está al borde.

«No soy ese tío. No debería serlo».

Porque si cruzo esa línea, sé que no va a ser solo sexo. No con ella. No con Lola. Y eso es justo lo que me da más miedo. Que no haya marcha atrás. Que una vez dentro, ya no pueda salir. Ni quiera. Joder, *dentro*. ¿De verdad no había otra puta analogía más perfecta?

«Cálmate, Mario».

Cierro los ojos. La veo. Tumbada, con esa sonrisa ladina que me atraviesa el pecho, con la piel húmeda de fiebre y deseo, con esa

forma de provocarme sin apenas moverse. Me está ganando en su propio terreno. Y ni siquiera sabe cuánto.

Me meto en la ducha sin pensarlo más. El agua me golpea con fuerza, pero no es suficiente. Nada lo es. Porque lo único que realmente me haría bajar la temperatura está en aquella habitación, con la piel brillando y la lengua afilada. Y lo peor es que sé que voy a volver. Porque se lo he prometido. Porque quiero. Y porque, joder, con ella... ya estoy metido hasta el cuello. Aunque me niegue a reconocerlo.



Vuelvo al piso con energías renovadas. Ducha, ropa limpia, algo de comida decente y la firme intención de no comportarme como un capullo. Me he repetido durante todo el trayecto que esta vez voy a hacerlo bien. Que voy a estar a la altura y que voy a cuidarla sin cagarla. Sin embargo, en cuanto abro la puerta, el silencio me recibe como una bofetada.

—¿Lola?

Nada. Asomo la cabeza por el pasillo y voy hasta su dormitorio, tiene la puerta abierta. El edredón está descolocado, las sábanas arrugadas, pero la cama está vacía.

—¿Lola? —repito, esta vez más alto, con una pizca de preocupación que me atraviesa como una corriente.

Reviso el baño. Vacío. Me acerco a la cocina. Vacía. Me quedo en medio del salón, con la bolsa colgando de una mano y el ceño fruncido. No está. La muy jodida se ha ido.

—Joder.

Dejo la bolsa en la encimera, paso una mano por la nuca y me obligo a no montar una película. Está enferma, sí, aunque también

es terca como ella sola.

«¿Dónde cojones se habrá metido?».

Y entonces, el olor. Un aroma tenue, dulce, como a manzana y canela flotando desde el otro lado del pasillo. Bajo la vista a la escalera que lleva a la pastelería, y la puerta del obrador está entreabierta. Una luz cálida se escapa por la rendija.

—No me lo puedo creer —mascullo.

Bajo con paso firme, sintiendo cómo me hierve la sangre. Entre el deseo reprimido, las ganas de protegerla y lo testaruda que es… esta mujer va a acabar conmigo. Literalmente. Apoyo la mano en el marco de la puerta y asomo la cabeza.

Y ahí está.

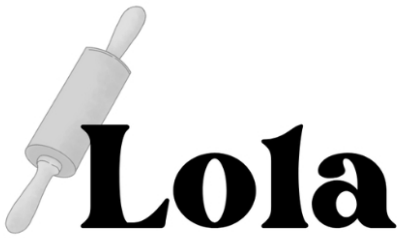
Lola. Con el pelo recogido a lo loco, la cara todavía un poco sonrosada, y una camiseta de tirantes negra con un escote que no deja demasiado a la imaginación, todo ello salpicado de harina como si fuera lo más normal del mundo. Está concentrada, con la espátula en una mano y las mejillas manchadas, actuando con la tranquilidad de quien no ha tenido fiebre, ni debería estar en cama. Como si no me hubiera dejado con la cabeza hecha un puto caos hace apenas una hora.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? —pregunto desde la puerta, sin entrar del todo. Mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

Ella levanta la vista de un sobresalto, suelta la bandeja con un golpetazo sobre la mesa y me lanza una sonrisa. Una de esas enormes, descaradas, con esos jodidos labios rojos que me tienen a la deriva. Y en ese instante lo sé.

«Estoy jodido. Muy jodido».

CAPÍTULO 39



—Has llegado pronto… —comento sin mirarlo, mientras deslizo con todo el disimulo que puedo una bandeja más al horno—. Te dije que te tomaras tu tiempo…

—Lola… —me llama con ese tono rasposo que me acaricia los sentidos.

—Solo llevo aquí un ratito de nada. —Hago un gesto con la mano, como quien espanta una mosca, y no importara.

Mentira. Llevo una hora entera horneando como si me fuera la vida en ello. Y no me hubiera pasado media mañana con fiebre y la otra media fantaseando con su maldita sonrisa, sus grandes manos y esa ducha que *no* se dio aquí.

«Piensa en otra cosa, canta: *lalala*».

Siento su mirada clavada en mi nuca, esa que atraviesa sin pedir permiso. Intentando descifrar qué demonios estoy haciendo plantada frente al horno, con la espátula en mano y el alma a medio cocer, en lugar de estar en la cama, siendo una adulta decente y responsable. Ya sabes, como le prometí. Ups.

—¿Qué haces levantada, Lola? —pregunta finalmente. Su tono es bajo, contenido. Demasiado.

Me encojo de hombros, sin girarme.

—Tenía encargos pendientes —respondo casi por inercia—. No te preocupes, estoy bien.

«Mentira número dos. Y sumando».

No sé si me ha creído, pero tampoco me importa mucho. Estoy tan roja por dentro como las frambuesas del relleno que acabo de meter al horno, y fingir normalidad es lo único que me impide lanzarme contra él… o esconderme bajo la mesa con la dignidad en la mano.

—No hace falta que me cuides, sé hacerlo sola… —farfullo, mientras busco el colorante con dedos torpes—. Puedo con esto.

«Mentira número tres. Premio para mí».

—Ya…

Escucho un paso. Luego otro. Y me giro justo cuando ya está demasiado cerca. Su presencia lo ocupa todo, incluso el espacio entre mis pensamientos. Me sostiene la mirada con esa intensidad suya que no deja escapatoria. Esa que me desnuda sin necesidad de tocarme. Yo intento no bajarla. Juro que lo intento, pero ahí está. El recuerdo. La tensión. Todo lo que ninguno de los dos ha dicho en voz alta. Y si no cambia de tema *ya*, voy a terminar soltando alguna estupidez sobre el calor del horno… o sobre lo caliente que sigue todo lo demás. Que no es el horno, precisamente.

—Joder… —murmura, tan cerca que casi puedo contarle los latidos. Le tiembla la mandíbula. Las pupilas se le dilatan como si me estuviera mirando con hambre. De esa que no se sacia con bizcochos.

Nos quedamos así, con las miradas enganchadas y el aire en pausa. Unos segundos que se sienten como si el universo estuviera aguantando la respiración, a ver qué pasa. A ver si alguien se atreve.

—Dime qué tengo que hacer —dice al fin, con un brillo en la mirada que me deja clavada en el suelo.

—¿Qué? —pregunto, y me sale con gallo. Estupendo. Sexy y elegante, nivel cero.

—Ya que no vas a hacerme caso, te voy a ayudar en todo lo que pueda —responde, y su tono baja aún más, como si cada palabra fuera una caricia que se cuela por debajo de la piel—. Así luego puedo llevarte a rastras a la cama sin remordimientos —remata, con esa voz que le sale grave, rota, y cargada de intenciones que todavía no se atreve a ejecutar.

Aprieto los muslos. Porque esa frase. Porque *él* me altera con todas las letras, en mayúsculas y con luces de neón. Le señalo con la espátula una bandeja vacía, intentando parecer muy profesional mientras disimulo que mis neuronas se han ido de vacaciones a *Freír Churros*, capital del *Deseo Irracional*.

—Puedes ir preparando la masa para los mini hojaldres. Están en la lista de los encargos y no me va a dar tiempo si no…

—Marchando —responde, desabrochándose un par de botones y arremangándose la camisa con tranquilidad.

«Como si no le pesara, y de verdad quisiera estar aquí».

Empieza a amasar sobre la mesa y no puedo evitar acercarme. No porque quiera, aunque sí, un poco sí, sino porque no pienso dejar que todo el trabajo se vaya al traste ahora que la temperatura ha subido de forma alarmante.

—Espera, hazlo así… —murmuro, colocándome detrás de él.

Alargo los brazos por ambos lados y lo rodeo, mis pechos rozan su espalda y mis manos se posan sobre las suyas, guiándolo con un control que se tambalea. Sus dedos se hunden en la masa con una paciencia que no debería ser tan obscena. Me muerdo la lengua para no decirle que yo también necesito que me amase. Aunque no harina, precisamente. Noto cómo se tensa al sentirme y suelta un bufido que le nace del centro. Ese tipo de sonido que lo dice todo sin pronunciar una sola palabra.

—¿Ves? Hay que hacerlo con suavidad —susurro cerca de su oído, notando cómo el calor entre nosotros se espesa.

Y es que no sé si estoy enseñándole a amasar... o firmando mi sentencia.

—Vale… —responde, pasándose la lengua por los labios—. Lo tengo —carraspea.

—Muy bien —murmuro, demasiado cerca de su nuca—. Se te da bien amasar…

—¿Y ahora? —pregunta, sin apartarse un milímetro, mientras su perfume, ese maldito aroma que ya reconozco con los ojos cerrados, se cuela por mis fosas nasales y me deja tonta.

«Aléjate ya, Lola. O acabarás pidiéndole que amase otra cosa».

—Necesitas un paño… —digo, soltando sus manos con un autocontrol que debería tener su propia estatua en la plaza del pueblo—. Un bol, un paño para que repose… y un buen rodillo.

«Madre mía. Todo suena a un guion porno con harina».

Se mueve por el obrador con una seguridad que no ayuda a que mi ritmo cardíaco recupere la compostura. Se planta a mi lado como si llevara años entrando y saliendo de esta cocina, y el espacio también fuera suyo. Empieza a buscar en los armarios sin preguntar, sin molestar, sin romper nada… salvo mi concentración. Coge uno de los rodillos y lo deja a mi lado. Su brazo roza el mío, y me estremezco. Su cadera choca con la mía al agacharse para alcanzar uno de los sacos de harina y tengo que morderme el labio para no soltar el suspiro que ya me araña por dentro. Cada mínimo contacto con él es una descarga eléctrica directa al sistema nervioso. Una chispa más y explotamos.

«Estoy sensible por culpa de la fiebre, es eso, es solo eso».

Hay algo más. Algo que se cuela bajito, sin hacer ruido, y me desarma sin avisar. Verlo ahí, implicado sin que se lo pida, ayudando de verdad, sin discursos ni promesas vacías… me desconcierta. Me baja las defensas. Porque no estoy acostumbrada a que alguien se arremangue la camisa y se meta en mi caos solo para hacerme la vida más fácil. Y eso, joder, es aún más peligroso que su maldita sonrisa. Más que hacerme la loca cuando me roza con esas manos grandes, o fingir que no se me dispara el pulso cuando habla con esa voz que se mete bajo la piel.

Trago saliva. Esto va a ser complicado.

—¿Dónde guardas los delantales? —pregunta, ladeando la cabeza hacia mí. Tiene la voz ronca, como si el aire entre nosotros también le pesara.

—En el gancho, junto a la puerta del almacén.

Él se gira, da dos pasos y estira el brazo.

—¿Estos? —pregunta, justo antes de engancharse con todos a la vez.

Los delantales se le vienen encima como si quisieran abrazarlo.

—No, esos son de Marisa… —respondo, conteniendo una sonrisa mientras me acerco para apartarle uno del hombro—. Aunque este desastre también te queda bien.

Nos agachamos a la vez, porque claro, uno ha decidido caerse. Y ahí estamos: hombro con hombro, medio encajados, tan cerca que puedo oler su piel, notar cómo el calor se le escapa por los poros y atraviesa la maldita camisa, esa que le queda *indecentemente bien*. Cuando se incorpora, arrastra mi equilibrio con él. Su mano acaba en mi cintura, firme, posesiva, como si fuera lo más normal del mundo. Aunque no lo es. Porque cada centímetro de su palma sobre mí se siente como una promesa. Y yo estoy al borde de rogarle que la cumpla.

—¿Estás bien? —pregunta, mirándome desde tan cerca que podría contarle las pestañas.

Debería decirle que sí, que estoy perfectamente. Sin embargo, no lo estoy. Porque lo tengo delante, respirando como si le costara. Porque su mano sigue ahí, anclada en mi cuerpo, y mi voluntad baila sobre un alambre.

—Estoy bien —susurro, aunque hasta el horno sabría que miento.

No se aparta y yo no lo hago tampoco. Lo tengo justo delante. Su mirada clavada en la mía, atravesándome. Sus dedos quemándome la cintura y dejando una marca invisible. Me siento temblorosa, vulnerable y, sobre todo, viva.

—Esto no ayuda a que descanses —dice, y su sonrisa ladeada podría desatar incendios forestales.

—Tú tampoco ayudas —respondo, bajando la vista a su boca. Error. Craso error.

«Mira a otro lado, Lola», pero no puedo.

—Al menos… lo intento —murmura, ronco.

Nos quedamos así. Suspendidos en un casi, en un *dame un segundo más y te estampo contra la encimera*. Todo lo que no decimos se convierte en electricidad, y la tensión nos lame la piel con descaro. Entonces suelta el aire, como si estuviera conteniendo una bomba. Se aparta un poco, solo lo justo para que el roce se convierta en ausencia.

—Vamos a hornear —gruñe, con una voz que no engaña a nadie —, antes de que esto acabe con alguien encima de la mesa.

Mis hormonas ya han montado una escena porno con las piernas enredadas en su cintura, la harina en el aire como si estuviéramos en una puñetera película indie y yo gimiendo su nombre como si me fuera la vida. Pero por fuera, solo atino a asentir. Muy digna. Muy yo

—Sí. Hornear. Buen plan.



Llevamos casi todo el día encerrados en el obrador, tachando encargos de la lista como si nos fuera la vida en ello. Solo hicimos una parada rápida, por turnos, porque alguien tenía que vigilar el horno, para almorzar las ensaladas que Mario trajo esta mañana, y que estaban sorprendentemente buenas. Las coronamos con unas galletas de postre, como quien se da un premio por sobrevivir a una jornada intensa. Y entre encargo y encargo, mientras removía, pesaba y horneaba, yo intentaba esquivar su cercanía cada vez más estrecha y esa tensión que no para de subir grados, como si el calor del horno se nos hubiera metido bajo la piel.

Ahora preparo la masa para las magdalenas mientras finjo, con más voluntad que éxito, que tengo la cabeza en su sitio. Que no estoy pensando en su mano en mi cintura. En su sonrisa que incita al pecado y en su maldita boca. Remuevo con más fuerza de la necesaria.

«Piensa en la receta, Lola. Harina, huevos, azúcar… no en el sonido que hace cuando se pasa la lengua por los labios».

—¿Y eso qué es? —Acercándose por mi lado con toda la tranquilidad del mundo, ajeno al hecho de que acaba de echarse atrás justo a tiempo para no liarla parda.

—Masa para las magdalenas de frambuesa —respondo, sin mirarlo. No necesito hacerlo. Siento que se inclina un poco, cómo me espía por encima del hombro y me respira.

—¿Y qué le pasa? ¿Por qué tienes esa cara? —pregunta con un tono que no sé si es curiosidad real o una nueva estrategia para colarse por mis grietas.

—No sé… es como si le faltara algo —murmuro, mientras mojo el dedo en la mezcla y me lo llevo a los labios. Solo un poco. Solo para probar.

Pero entonces, Mario atrapa mi mano y se la lleva a la boca. Saca la lengua y la desliza por mi dedo con una lentitud indecente, como si el tiempo se hubiera puesto en pausa solo para joderme. No solo prueba la masa. Me prueba a mí, me cuesta respirar. Lo siento en cada parte de mi cuerpo, como si su lengua estuviera conectada a mi columna vertebral. Me recorre un escalofrío tan descarado que hasta la masa tiembla en el bol. La temperatura sube de golpe o tal vez es otra clase de calor. Uno que se cuece entre nosotros desde hace rato. Lo observo sin pestañear, congelada, con el corazón golpeándome el pecho, a punto de salir corriendo… o lanzarse directo a su boca. Me quedo quieta, inmóvil, sintiendo el deseo atravesándome el cuerpo sin pedir permiso.

No sé si se da cuenta del suspiro que se me escapa. O si lo escucha. Porque, sinceramente, a estas alturas ya no sé si lo estoy

imaginando por la fiebre residual. Cuando por fin se aparta, lo hace sin soltarme del todo. Me mira fijamente con esos ojos que parecen saber demasiado.

—Le falta azúcar —dice al fin, con voz rasposa y una sonrisa ladeada que no ayuda.

Me cuesta tragar. Mi dedo todavía arde, como si su lengua me hubiera tatuado algo invisible.

—Pues… hazlo tú —susurro. No sé de dónde saco la voz.

—¿Quieres que lo haga yo? —inquiere ronco, con la mirada fija en mis labios.

—Sí, hazlo.

Mario alza una ceja. Se relame, como si acabara de ganar una partida que ni yo sabía que estábamos jugando. Y, sin soltarme, se acerca más.

«Demasiado».

—¿Seguro que hablamos de la masa, Lola? —pregunta, con la boca peligrosamente cerca de la mía. Su aliento me roza los labios, y el mundo se reduce a ese casi. A ese centímetro que ya no parece suficiente.

Y ahí está, ese punto sin retorno. El momento exacto en el que mi cuerpo dice *hazlo*, mi cerebro grita *ni se te ocurra* y mi orgullo, ese que siempre tiene algo que decir, se queda en un rincón cruzado de brazos, murmurando con sarcasmo *hazlo y luego atente a las consecuencias*. Mientras tanto, mis hormonas se agarran de la mano y saltan como *groupies* en primera fila, chillando cada vez que su aliento me acaricia. Puedo con esto.

«Mentira número cuatro. No puedo. Ya no».

No pienso. No me detengo. Me dejo arrastrar por el torrente de lava que me corre por las venas desde que lo he visto esta mañana. Extiendo la mano, le agarro la camisa y lo atraigo hacia mí con la urgencia de quien se lanza al vacío sin red.

«A la mierda todo».

Cierro los ojos, antes siquiera de rozar su boca. Respiro su perfume masculino, ese que me ha torturado en silencio durante días. Un escalofrío me recorre de arriba abajo justo en el instante en que nuestros labios se encuentran. Lo beso con toda la necesidad contenida, con la ansiedad del deseo acumulado. Su boca, blanda y ardiente, me recibe como si también lo hubiera estado esperando. Y cuando su lengua roza la mía, lenta, segura, con una dulzura casi cruel, se me escapa un gemido que él atrapa entre los labios y hace suyo.

Siento que me enciendo por dentro, que se me eriza la piel y que, por primera vez en mucho tiempo, estoy exactamente donde quiero estar. En sus jodidos brazos, devorando su boca como si fuera oxígeno y yo llevara meses sin respirar. Todo mi cuerpo grita que sí, que más, que por fin. Que esto que llevamos evitando desde el minuto uno acaba de estallar. Ya no hay marcha atrás.

CAPÍTULO 40



No me creo lo que está pasando, pero no seré yo quien lo frene. Joder. Mi fuerza de voluntad a la mierda en cuestión de segundos. Lola me besa como si se le fuera la vida en ello, con la urgencia de quien me ha estado esperando y necesita que este fuego por fin encuentre su salida.

Y justo cuando empiezo a pensar que tal vez, solo tal vez, me he ganado una rendija en su maldito muro…

¡PAM!

Una hostia que me suena más que cualquier alarma en el obrador.

—¿Y esta galleta? —pregunto, tocándome la mejilla con una ceja en órbita. No sé si estoy cabreado o prendido como un adolescente.

—Porque sí, porque te la mereces…

—¡Pero si me has besado tú! Es la segunda vez que lo haces…

—¿Segunda vez? Creo que el horno te ha derretido las neuronas. Ya quisieras —espeta, con las mejillas encendidas.

—Siento decirte que es cierto. Cuando estabas delirando con la fiebre, te lanzaste. Con lengua incluida.

Y ahí está. Se pone más roja todavía. Si explota ahora, me salpica.

—Pues entonces por eso —dice, cruzándose de brazos, desafiante—. Por ser tú.

«Está jodidamente preciosa».

—Lola… ¿y por eso me pegas?

—Tú me has provocado…

Y ahí nos quedamos. Frente a frente. La distancia justa para saltar… o huir. Su mirada es un disparo silencioso. Me atraviesa, me desnuda, me jode. Y yo no me muevo, porque no puedo. Porque la tengo ahí, con el pecho subiendo y bajando, los labios aún hinchados del beso, y la mano caliente de la bofetada.

Me está matando. Y ni siquiera lo sabe.

—Lola… —murmuro, con la voz rota y algo más. Algo que ni yo quiero nombrar—. No sé si quieres besarme o matarme, pero no me hagas esto si luego vas a arrepentirte.

—No me arrepiento.

—¿Entonces?

Se muerde el labio y mira al suelo. Vuelve a levantar la vista y ahí está otra vez: ese brillo jodido que me arrasa.

Y, por una vez, no me aguanto.

—¿Sabes qué? No me voy a disculpar por quererte cerca —confieso, dando un paso hacia ella—. No pienso hacerlo. Llevo demasiado tiempo deseando esto. A ti. Así.

—No me digas eso —susurra.

—¿Por qué no? ¿Porque si empiezo ya no paro?

Se muerde el interior de la mejilla. Lo hace cuando duda y se está conteniendo.

—Dímelo, Lola. Si no quieres esto, me voy ahora mismo. Pero no me mires así… no con esa cara de «hazlo otra vez» —le digo con la voz en un hilo—. Porque no soy de piedra. No cuando se trata de ti.

Y se queda callada. Tragando saliva. El silencio entre nosotros es más ruidoso que cualquier grito. Podría dar un paso más, podría

tocarla y perderme para siempre. Sin embargo, no lo haré. Esta vez no. Porque, aunque no lo diga, no sé si está lista. Y si lo voy a tener todo con ella, lo quiero de verdad. Sin guantazos entre medias.

Doy un paso atrás. Me paso la mano por la mandíbula. Me arde.

—Voy a ponerme con la masa —murmuro, sin dejar de mirarla.

—¿Eso es todo? —pregunta sin moverse.

La encaro. No digo nada. Aunque mi cuerpo actúa antes que yo. Me acerco, acuno su rostro entre mis manos y paso el pulgar por su mejilla, limpiando una mancha de harina. Cierra los ojos dejando escapar un suspiro que me tensa todo el cuerpo. Joder.

—Eso… —susurro, bajando apenas la voz—. Eso es que no quiero joderlo más. Estoy a nada de perder el control y empotrarte contra la pared. Y no me voy a conformar con un beso. Lo sabes.

No dice nada. Solo abre los ojos y me mira con ese deseo crudo, visceral, que me deja sin aire. Me agarra por la camisa otra vez, pero esta vez no hay titubeo. No hay duda. Me atrae con la fuerza de quien ya se ha rendido a lo inevitable y yo me rindo con ella.

—Pues no te conformes —dice, antes de tirar de nuevo de la tela.

Ya no hay marcha atrás. Su boca choca contra la mía con una intensidad que me deja clavado en el sitio. Me devora con la urgencia de quien busca oxígeno y con la desesperación de alguien que por fin se ha sometido. No hay filtros. Solo deseo. Fuego. Hambre. Me besa sin tregua, como si quisiera borrar el tiempo y tatuarme con su sabor, hacerme suyo. Y yo me dejo. Porque no distingo su deseo del mío. Porque llevo demasiado tiempo soñando con esto. Porque tenerla así, aferrada a mi cuello, pegada a mi pecho y con esa entrega absoluta, lo cambia todo.

La sostengo de la cintura y la aprieto contra mí, con el cuerpo al límite. Mi polla late dentro del pantalón al sentir su piel ardiendo. Gime y ese maldito sonido me parte en dos. Me prende. Me enloquece. Su lengua encuentra la mía, exigente, marca el ritmo, se enreda y me arrastra consigo. Y yo voy detrás. Hasta el infierno si hace falta.

—No te atrevas a parar ahora —me suelta, entre jadeos, con una exigencia que me atraviesa como un puñal directo a la entrepierna.

Antes de que mi cerebro procese lo que está pasando, se sube de un salto a la mesa del obrador, me rodea la cintura con las piernas y me atrapa sin escapatoria. Su boca sigue pegada a la mía, como si el tiempo se hubiera detenido ahí, entre sus labios y los míos. Y por un segundo, tengo la certeza de que besarme es lo único que la mantiene en pie.

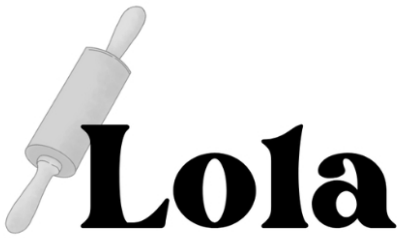
«Estoy jodido».

Porque esto no es solo deseo. No es solo un capricho o un calentón de cocina. Es Lola empujándome al abismo, y yo saltando con los ojos cerrados, encantado de dejarme caer si es con ella. Me aprieta con las piernas y mi polla se encaja entre sus muslos. Apoyo las manos en la mesa para no perder el equilibrio, aunque lo perdí en el momento exacto en que soltó ese gemido.

—Hazlo. Ahora. Fóllame —gruñe, contra mis labios—. No me mires así si no vas a cumplir lo que prometes con esa maldita boca.

Y entonces, ya no pienso. Le agarro la nuca con una posesividad que roza lo salvaje y la beso como si el mundo se estuviera desmoronando bajo nuestros pies. Porque, si de verdad todo se va a la mierda, que me pille así: con su aliento fundido con el mío y el corazón en carne viva, entregado sin red ni condiciones.

CAPÍTULO 41



Sus manos grandes siguen el contorno de mi cintura y ascienden, decididas, hasta atraparme los pechos. Se separa de mis labios, me observa con esa mirada que lo oscurece todo y, con un tirón salvaje, necesitado, aparta la tela, dejando al descubierto el sujetador negro de encaje. Gruñe, como si le doliera no tenerme ya desnuda. Me masajea con fuerza, con ansias, y buscara memorizarme a base de caricias intensas. Arqueo la espalda y un gemido se me escapa, encajándose desde el pecho hasta mi sexo, una maldita descarga eléctrica.

—Pienso devorarte —murmura contra mi piel, y justo después aparta la lencería y atrapa uno de mis pezones entre los labios. Lo muerde. Y lo que siento no es solo placer… es hambre, es rabia contenida y es el deseo acumulado explotando en mi centro.

Su boca atrapa mi pezón, lo succiona con una avidez que me arranca un gemido ronco, sin filtro, como si me lo arrancara del alma. Lo lame, lo muerde y lo saborea. Me devora. Y mientras su lengua me enloquece, su otra mano se desliza con precisión hasta el botón de mi pantalón. Lo desabrocha sin dejar de mirarme, sin dejar de castigarme con esa boca que me incendia el pecho.

—Joder… —susurro, perdida, aferrándome a sus hombros como si pudiera frenarlo… o quizá solo para no caer.

La cremallera baja con un sonido que parece un gemido contenido. Me clava la mirada y sonríe de lado, como si supiera exactamente lo que está haciendo conmigo. Porque lo sabe y lo disfruta. Porque me tiene ahí, temblando, entregada, sin un solo escudo. Dejo caer los tacones, y Mario desliza la tela lentamente, bajando mi pantalón con una calma que me desespera, besándome el vientre, lamiendo cada palmo de piel que va quedando al descubierto. Contengo la respiración mientras él sigue descendiendo y marcando el ritmo. Y cuando sus labios llegan al borde de mi ropa interior, me tiemblan hasta los pensamientos.

—Estás temblando… —murmura contra mi piel, y su aliento me acaricia justo donde más lo necesito—. Me encanta.

Y entonces me muero un poco, pero de puro placer.

Sus dedos se enredan en la tela de mi ropa interior, juguetean con el encaje como si estuviera decidiendo si arrancarla o bajarla con esa chulería innata. Y mientras lo decide, su lengua sigue su propio camino, creando un sendero de fuego que me derrite las neuronas.

—Mario… —susurro, sin poder evitarlo, porque necesito algo, cualquier cosa. Que me toque, que me posea, pero que lo haga de una vez.

—Shhh… —me dice, y su voz es una caricia. Una promesa. Un pecado.

Y entonces tira de la braguita hacia un lado, solo lo justo, y me lame. Despacio. Con intención. Con esa presión que me rompe en susurros. Ahí, justo donde lo estaba esperando. Me lame como si me adorara y cada parte de mí mereciera ser admirada con veneración. Una devoción lenta, caliente, peligrosa. Mis piernas se tensan, mis uñas se clavan en sus hombros y mi cabeza cae hacia atrás, dejando escapar los pensamientos. Porque no hay nada más. Solo está él. Su lengua, su boca, su maldita forma de hacerme perder el control como si mi cuerpo le perteneciera.

—Dios… —gimo, porque me desborda y me atraviesa.

Me lame con hambre, con ritmo y con esa seguridad arrogante que derrocha por cada poro. Cada vez más profundo, más lento y más intenso. Su lengua se desliza por mi clítoris con una presión exacta, maldita sea, como si conociera todos mis secretos. Y ya hubiera estado aquí antes, justo en este lugar, entre mis piernas. Primero mete un dedo, tanteándome, provocándome. Entra y sale en un ritmo candente. Luego le siguen dos más, me penetra suave, seguro, justo al compás, me arqueo contra él y grito. No me importa si nos oyen. No me importa nada más que su lengua, sus dedos y su nombre.

—Así… —jadeo, moviendo mis caderas contra su boca—. No pares. No te atrevas.

Y no para. Me lleva al límite. Al borde del precipicio. Y justo cuando voy a caer, lo siento. La explosión. El orgasmo me arrasa, me deshace y me deja en carne viva, tiritando de placer. Me convulsiono contra su boca mientras él no me suelta, bebiéndome. Mientras me sostiene.

Cuando por fin puedo respirar, me mira desde ahí abajo, con los labios húmedos y esa sonrisa de canalla satisfecha.

—Te dije que me encanta —murmura, y yo ya no sé si reír, llorar… o volver a pedirle más.

Se yergue sin soltar mi mirada, y le rodeo la cintura con las piernas, aún temblorosas por el orgasmo. Antes de que intente tomar el control otra vez, lo devuelvo al sitio que ahora me pertenece. Lo beso con hambre, con rabia, saboreándome en su lengua, mordiendo sus labios hasta que gime. Lo libero de mi agarre, me bajo de la mesa y lo empujo con decisión, hasta que cae sentado en una de las sillas del obrador. Sin darle respiro, me planto frente a él y, con un tirón seco, le arranco la camisa. Los botones saltan por el aire como proyectiles, golpeando el suelo con pequeños chasquidos que acompañan el ritmo frenético de nuestros latidos. Su pecho duro queda al descubierto, tenso, caliente, y su mirada arde cuando me inclino hacia él.

Me observa sin aliento, con los ojos muy abiertos y el pecho subiendo y bajando como si no entendiera lo que acaba de pasar. Me arrodillo frente a él y, con manos decididas, desabrocho su pantalón liberando su enorme erección.

«Imaginaba que la tenía grande, pero esto es… demasiado».

—Ahora me toca a mí —le susurro, rozando su punta con los labios antes de lamer lentamente toda su envergadura.

Su cuerpo se tensa y sus manos intentan aferrarse a mi cabeza, pero las aparto sin dejar de mirarlo.

—Quieto —le ordeno, y esa sola palabra lo hace jadear.

Suspira. Cierra los ojos un instante y cuando los abre de nuevo, están totalmente dilatados, rendidos. Empiezo despacio, jugando con mi lengua, acariciándolo con la boca como si cada centímetro fuera un reto delicioso. Siento cómo tiembla bajo mi tacto. Gime mi nombre entre dientes y pierde el control.

Y esta vez, soy yo quien lo lleva al límite.

—Así me gusta.

Lo mantengo firme entre mis manos, sintiendo cómo palpita contra mi lengua. Él contiene la respiración. Lo noto, porque cada músculo de su abdomen está en tensión mientras me observa, a punto de explotar con el mínimo movimiento en falso. Abro la boca y deslizo la punta por mis labios, rozándolo apenas con la humedad de mi aliento. Luego, sin avisar, lo introduzco con lentitud, envolviéndolo con la boca caliente, cerrando los labios alrededor de su grosor mientras mi lengua acaricia el surco de su glande.

—Joder… —gruñe, echando la cabeza hacia atrás.

Me muevo despacio, saboreando cada rincón. Dejo que entre más, lo justo para que me llene la boca. Aspiro por la nariz mientras bajo la barbilla, dejándolo enterrado hasta donde puedo. Tiembla. Siento su maldita lucha por no correrse al fondo de mi garganta. Empiezo a jugar con el ritmo, con la presión y con los giros de mi lengua. Lo torturo. Lo beso como si fuera un manjar que no quiero acabar. Y cuando noto que su cadera se mueve sola, buscando más,

y sus manos se aferran a los bordes de la silla, al borde mismo del colapso…

Me detengo.

—¿Qué…? —alcanza a decir, con la voz rota, jadeante.

Le doy un último lametazo lento, desde la base hasta la punta, manteniendo la mirada fija en la suya.

—Aún no —le susurro, con una sonrisa ladina—. No quiero que te corras… todavía.

Mario lanza un gruñido gutural. Una especie de rugido que nace del pecho y acaba en mis entrañas. Sus ojos arden, negros de deseo, y ya no hay control. No hay contención. Se incorpora con una rapidez que me hace jadear, como si algo en él hubiera roto las cadenas de la paciencia, mientras su polla me apunta, dura, firme y sin rastro de duda. Me agarra por los brazos y me levanta del suelo sin esfuerzo, con una urgencia feroz que me arranca el aliento. Hay hambre en su tacto. Deseo acumulado en cada gesto. Me sostiene con esa fuerza que no solo nace del cuerpo, sino de las ganas salvajes de tenerme por fin.

—Ahora te vas a enterar —masculla con la mandíbula tensa, mientras me gira y me apoya de cara sobre la mesa, clavando su cuerpo contra el mío.

CAPÍTULO 42



No sé cómo lo ha hecho, pero me ha llevado al borde del abismo. Y justo cuando iba a caer, se ha apartado, dejándome con la polla empapada, el pulso desbocado y una necesidad tan salvaje que me late bajo la piel.

«Aún no». Como si fuera tan fácil.

Pero ya está hecho. Me ha desatado. Me ha jodido el último hilo de autocontrol que me quedaba. La levanto del suelo sin esfuerzo y la giro. La mesa del obrador vuelve a recibir su cuerpo, esta vez acariciando su mejilla. Me pego a ella, la obligo a inclinarse y apoyo mi cuerpo contra el suyo. Mis manos bajan el pantalón de un tirón, sin delicadezas.

—¿Crees que puedes jugar conmigo así? —le gruño al oído, y mi voz suena rasposa, rota, más grave que nunca—. ¿Provocarme hasta dejarme sin aire y luego apartarte?

—Yo tengo el control —ronronea, y mi polla se sacude entre sus nalgas, latiendo como si también respondiera.

—Ah, ¿sí?

Coloco mi mano sobre sus bragas empapadas y se las arranco, sin pedir permiso. Está tan mojada que resbalan entre mis dedos. Me separo lo justo para protegernos y, cuando vuelvo a acercarme,

mi polla se alinea con su entrada, rozando sus labios hinchados, calientes y temblorosos.

—Mario… —jadea—. Hazlo ya.

No hace falta más. Me hundo en ella de una sola embestida, hasta el fondo, sin pausa. Aprieto los dientes. Me quedo ahí un segundo, con los ojos cerrados, sintiendo cómo me aprieta y me recibe. Un gemido ronco se le escapa de la garganta y yo pierdo lo que quedaba de mí. La agarro fuerte de la cintura, la empujo con fuerza, una y otra vez, como si me fuera la vida en ello. Porque, joder, *me va la vida en ello*.

Ella gime, grita, tiembla. La mesa cruje bajo nosotros, se sacude al compás de cada embestida, pero no paro. No puedo. La penetro con rabia, con hambre, con esa mezcla de deseo y desesperación que llevo semanas acumulando. Cada vez más profundo, más rápido y más salvaje.

—Esto… es… lo que… querías —le susurro entre dientes, clavando los dedos en su piel mientras sigo embistiéndola.

Y ella, temblando, solo alcanza a asentir, con la mejilla pegada al acero frío, con la voz rota.

—Más —suplica—. No pares.

Y no pienso hacerlo. Porque ahora que la tengo así, rendida y temblando, ya no hay marcha atrás. No me basta. Necesito más. Necesito verla. Besarla. Tenerla toda. Le acaricio la espalda mientras mis empellones la mantienen temblando. La retiro de un tirón, y ella suelta un gemido de protesta, alzando el trasero, ofreciéndose, buscándome otra vez.

—Joder, Lola… eres insaciable.

La sujeto por la cintura, firme, y la giro con decisión. Jadea, y se deja hacer, completamente entregada. Apenas su cadera roza la mesa cuando la alzo de nuevo y la siento en el borde, sus muslos se enroscan a mi cintura con fuerza, como si quisiera fundirnos en un solo cuerpo, encerrándome. Estoy atrapado, felizmente atrapado.

—Dámelo todo, Mario —me ordena con la voz ronca, quebrada por el anhelo.

Seguimos unidos, húmedos, calientes y empapados del otro. Me inclino sobre ella, le acaricio el rostro con los dedos manchados de deseo y la beso. Lento. Hondo. Como si mi alma se deslizara entre sus labios. Y no hubiera otra forma de sobrevivir a esto más que perderme en su boca. Ella gime, suave, desesperada, y sus uñas se clavan en mis hombros mientras vuelve a moverse, buscándome, guiando mi polla hacia su entrada con esa impaciencia deliciosa que me vuelve loco.

Lola no solo me toma, me reclama. Y yo estoy dispuesto a dárselo todo.

—Mírame —susurro contra sus labios, rozando su clítoris con el glande, torturándola con la lentitud y con esa presión húmeda que la hace temblar—. Quiero que sepas quién te está haciendo esto. Quién te conoce tan bien que no necesita palabras para leerte el cuerpo.

Ella abre los ojos y me mira. Me mira de verdad. Y entonces lo entiendo: estamos en mitad del incendio, y ninguno de los dos quiere salir ardiendo solo.

Me aferro a sus caderas con los dedos hundidos en su piel, necesitado de esa ancla para no perder el control. Coloco la punta justo sobre sus pliegues, húmedos, palpitantes y tan hinchados de deseo que siento cómo me reciben incluso antes de entrar. Su calor me envuelve, me llama y me exige. La noto latir contra mí y succionarme con una urgencia que me hace perder la razón. Empiezo a empujar, lento, saboreando cada centímetro, sintiendo su cuerpo engullirme poco a poco, apretándome con la fuerza de un puño caliente. No me da tregua. De pronto, adelanta las caderas y se la mete entera de un golpe, haciéndome gruñir desde lo más hondo, como un animal herido de placer. No hay aviso, no hay compasión. Solo necesidad. La suya. La mía. Y mientras la tengo así, completamente empalada, sin apartar los ojos de los suyos, sé que

no hay vuelta atrás. Que ahora es ella quien manda. Y que yo estoy a su merced… encantado.

Empiezo a moverme, marcando el ritmo con precisión, lento y profundo, como si cada embestida fuese una confesión que nunca he sabido decir en voz alta. Mis caderas chocan contra ella con un sonido húmedo y exigente, mientras su cuerpo me recibe con una entrega que me rompe por dentro. Gime, se aferra a mi cuello y me muerde el labio con la desesperación de quien se está deshaciendo en pedazos. Me susurra contra la boca que no me detenga. Que siga y la lleve hasta el final.

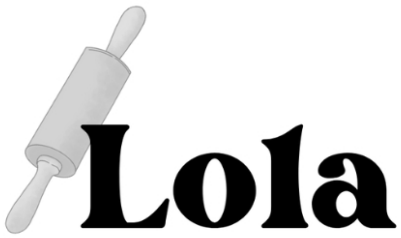
Y no pienso detenerme. No mientras me aprieta así. No mientras sus ojos me buscan con el alma desnuda. No hasta que tiemble entre mis brazos y diga mi nombre como si fuera su único refugio en el mundo.

Acelero, sin perder la profundidad. La beso entre jadeos, con la lengua torpe y temblorosa, mientras mi cuerpo se tensa al borde del precipicio. Ella se arquea, los muslos me rodean con fuerza, sus uñas se clavan en mi espalda y entonces lo siento: el temblor en su vientre, el gemido ahogado que estalla entre mis labios, su sexo apretándome con una fuerza animal mientras su orgasmo la sacude en una ola salvaje.

—Mario… —susurra, rota, vencida. Mía.

Y yo caigo con ella. Dentro de ella. A su lado. En su puto infierno. Y, por primera vez, no quiero huir.

CAPÍTULO 43



Un tintineo me despierta. Abro los ojos de golpe y, a mi lado, Mario sigue dormido. Desnudo, y jodidamente sexy. Aunque una parte de su cuerpo está muy, muy despierta.

«¿Sigue teniendo energía después de lo de anoche?».

Nos quedamos dormidos en el pequeño sofá que tengo en mi despacho, enredados el uno en el otro, agotados, pero en paz, como si el mundo entero se hubiera quedado fuera de estas paredes. Una sonrisa se me cuela en los labios sin permiso, de esas que te nacen en el pecho y acaban brillando en los ojos. Me incorporo un poco, barriendo el obrador con la mirada; los encargos están listos, colocados con precisión, como si todo siguiera funcionando, aunque yo me sienta un poco desordenada por dentro. Me permito relajarme, pero solo me dura un segundo, porque entonces lo oigo: unos pasos. Y el corazón me da un respingo, intuyendo que el hechizo está a punto de deshacerse.

«¿Pasos?».

Me incorporo de golpe y, sin calcular bien la fuerza, le meto un codazo en las costillas a Mario. Nada suave. Casi lo dejo sin aliento.

—Auch... Lola, sabía que eras salvaje —protesta entre dientes, llevándose la mano al costado—. Si querías más, solo tenías que pedírmelo. El rollo sadomaso no es lo mío...

«¿Sadomaso?»

—Mario —susurro bajito, intentando sonar seria, pero sin demasiado éxito.

Él, lejos de captar la urgencia, extiende los brazos y me busca a tientas, como si estuviéramos en mitad de una siesta, no en pleno delito contra la decencia del obrador.

—Me encanta cuando te pones exigente…

«Ay, Dios… Claro que quiero más. Pero no ahora. No con esos pasos sonando ahí fuera como si fueran la banda sonora del fin del mundo».

—Shhhh, levántate —le corto antes de que empiece a convencerme—. He escuchado algo.

Me acerco a la ventana que da al mostrador, a la entrada, con el corazón acelerado sin saber muy bien por qué. Y entonces la veo. Marisa. Está abrazada a su amiga Laura, con la que a veces toma café, aunque el abrazo no parece uno de cortesía. Doy gracias al cielo porque ellas no pueden vernos desde ahí, pero yo sí puedo verlas a ellas.

«Ahí parece que hay algo más…».

Y justo en ese momento, las manos de Mario, enormes y cálidas, me rodean la cintura por detrás. Sus labios empiezan a dibujar un sendero de besos en mi cuello, suaves, lentos, hasta que el mundo se reduce a mi piel y no existe nada más. Y, joder, lo consigue. Porque mi cuerpo reacciona como si no le importara lo que sucede allá afuera, y mi entrepierna se humedece al instante, traicionándome con la facilidad de quien ya se ha rendido.

—Mario… —Cierro los ojos un segundo, pero me obligo a abrirlos, porque hay algo que se me ha escapado—. Marisa está aquí.

Vuelvo a mirar por la ventana y esta vez me detengo. Ese abrazo no es un abrazo cualquiera. Hay algo en la forma en que se miran, en cómo se tocan. Y es cuando me doy cuenta.

«Se están besando».

No me lo esperaba. O quizá sí. Tal vez había señales, de esas que una prefiere pasar por alto porque confirmar lo que ya intuye da un poco de vértigo. Las sonrisas cuando ella entraba. Los roces casi coreografiados al servirle el café. Ese brillo en la mirada que no aparece por casualidad. Y, sin embargo, ahí está. Más claro que el agua. Con la cara hundida en el hueco del cuello de su *amiga*, besándola con esa entrega que no deja espacio para las dudas.

«Y yo pensando que solo venía por el café».

Trago saliva, no sé si por la sorpresa o por esa sensación incómoda de estar mirando algo que no me pertenece. Algo íntimo. Algo que, pese a todo, me atrapa. Y aunque debería apartar la vista, no lo hago. Me cuesta. Porque hay algo hermoso en ese gesto. Algo que, sin querer, me deja sin palabras.

«Esto es mucho más profundo, más intenso…».

Las manos de Mario siguen en mi cintura, y sus labios se detienen justo en el hueco tras mi oreja, como si notara que algo ha cambiado en mi cuerpo y que la tensión ahora es otra.

—¿Todo bien? —pregunta, todavía pegado a mí, con la voz algo más despierta.

—Se están besando —susurro, sin poder evitarlo.

—¿Quiénes?

—Marisa… y su amiga.

Él se separa lo justo para asomarse por encima de mi hombro, pegando su pecho caliente contra mi espalda. Hay un silencio que se alarga, uno de esos llenos de sorpresa contenida.

Y entonces, suelta:

—Vaya, lo que me faltaba por ver en este obrador. Sexo salvaje por la noche y telenovela al alba. ¿Repones tú el azúcar o lo hago yo mientras procesamos esto con un buen café?

No puedo evitar soltar una carcajada entre dientes, una de esas que salen solas, reflejo de la tensión que empieza a disiparse.

—Eres idiota —le digo, sin mucho convencimiento, porque en el fondo agradezco su forma de bajarle el volumen al dramatismo.

—Y eso te encanta —responde con una sonrisa ladeada, raspándome con su mejilla—. ¿Ves? No puedes negarlo…

Sus manos ascienden sin rodeos hasta un punto exacto y, en cuanto me toca, mi cuerpo reacciona sin que pueda evitarlo. Me estremezco bajo su tacto, como si lo hubiera estado esperando. Él encaja su cuerpo contra el mío, su miembro duro presionando entre mis nalgas, y yo dejo caer la cabeza hacia atrás, atrapada entre las ganas y el momento. Pero entonces la realidad se me impone igual que una ducha fría. Detengo su mano en seco.

—Mario, estamos desnudos.

—Ya, lo normal cuando la gente se ha tirado toda la noche… —responde, tan tranquilo, porque el pudor fuera cosa de otros.

—Ay, Dios…

Me doy la vuelta y sus labios quedan peligrosamente cerca de los míos, clavándome su miembro justo en el ombligo.

«Esto no ayuda a recuperar el control».

—¿Me llamabas? —susurra, con esa voz grave que vibra demasiado cerca.

Mis ojos descienden un segundo, deteniéndose justo donde no deberían, y me muerdo el labio. Cuando vuelvo a mirarlo, ahí está: esa sonrisa suya, canalla, descarada, que me hace olvidar las palabras. Coloco un dedo sobre sus labios antes de que abra la boca y la vuelva a liar.

—Shhh… —Sus ojos se abren de par en par, divertidos—. Tenemos que vestirnos. Tienes que salir de aquí… ¡Vamos! —murmuro, bajando la voz sin perder el tono urgente.

Me visto a toda prisa, aunque no encuentro mis braguitas por ninguna parte. Maldigo en silencio mientras me subo el pantalón sin más dignidad que la de una ladrona huyendo de la escena del

crimen. Le voy lanzando su ropa pieza a pieza, sin mirarle demasiado, por si me tienta. O por si me delato.

Él, por su parte, no se inmuta. Se queda ahí, de pie, en mitad del obrador, solo con el bóxer puesto, observándome con esa mezcla suya de diversión y… algo más. Algo que no alcanzo a nombrar, pero que me retuerce por dentro como si me hubieran cambiado las vísceras por mariposas.

—¿Te ayudo o vas a seguir lanzándome la ropa como si fueran bombas de humo? —pregunta en voz baja, mientras se pone los pantalones con desgana.

—Mario, en serio, céntrate —le espeto, lanzándole su camisa como si fuera un *frisbee*—. Si Marisa te ve aquí medio en pelotas, me da un infarto. Y no quiero dar explicaciones a nadie.

Él resopla, se pasa la mano por el pelo alborotado, ese que mis dedos peinaron a placer anoche, y se acerca con esa calma suya, como si no tuviéramos el tiempo contado y su desnudez fuera lo más normal del mundo.

—Podrías decir que vine con hambre… a por un buen par de galletas —murmura, encogiéndose de hombros—. Muy temprano. Y muy desnudo, vale, pero técnicamente encaja.

—¡Mario! —le corto, desesperada, aunque se me escapa una risa que intento disimular a toda costa. No puedo evitarlo. Él tiene esa maldita capacidad de desmontarme con una frase.

Ya vestido, se acerca a la puerta trasera y la abre con cuidado, asomándose como si esperara un comité de vecinas sentadas en sillas de playa esperando el chisme. El aire fresco de la mañana se cuela por el hueco y me eriza la piel, aunque sospecho que es más por él que por la brisa. Antes de cruzar el umbral, se gira. Me mira con esa expresión que aún no sé si me enfada, me desconcierta o me derrite. Y sin decir nada, sin darme tiempo a respirar, me agarra por la cintura y me besa. De esos besos que no se piensan, que prenden, que empujan contra la puerta sin que importe nada más.

Un beso que lo dice todo sin necesidad de palabras. Que se clava y que deja marca.

Y justo cuando me falta el aire, se separa apenas unos centímetros, con los labios rozando los míos.

—¿Y si quiero volver esta noche? —pregunta en un susurro, sin una sola pizca de broma.

Trago saliva. No tengo respuesta para eso. O sí, la tengo, pero no es el momento. No con el pulso en la garganta y la voz atrapada entre los labios.

—Vete —susurro, y me odio un poco por decirlo así, tan bajito, tan poco convincente—. Ya hablaremos…

Mario sonríe de medio lado, esa maldita sonrisa que me conoce mejor de lo que debería. Como si mi debilidad le supiera a triunfo.

—Vale. Pero lo de irme desnudo por la parte de atrás… lo mismo se convierte en costumbre.

Y con esa frase, desaparece, dejándome con el corazón a mil y una duda que no sé ni por dónde empezar a nombrar. Cierro la puerta trasera y me apoyo un segundo contra ella, intentando que las pulsaciones bajen del *sprint* emocional. Respiro hondo. Me acomodo el moño, que está más suelto que recogido, y me recoloco la camiseta. Huele a Mario. Y eso, ahora mismo, no ayuda.

«Maldito Mario».

Escucho pasos acercándose desde el otro lado. Me pongo recta en cuanto Marisa entra al obrador con su sonrisilla de siempre… aunque, esta vez, hay algo distinto en su cara. Como si flotara.

—Buenos días —dice, con esa voz cantarina que me confirma que alguien también ha tenido una noche interesante.

—Buenos días… —respondo, intentando parecer natural mientras paso disimuladamente la mano por mi cuello, por si llevo alguna marca reveladora que me haya olvidado de tapar.

—¿Llevas la camiseta del revés? —pregunta, arqueando una ceja.

—¿Sí? Bah… cosas del sueño. He bajado corriendo a revisar los encargos —improviso, tratando de parecer muy ocupada mientras me inclino para fingir que recoloco una bandeja.

Y es entonces cuando la veo. Ahí, en el suelo, como una evidencia criminal: mis bragas. Bueno, lo que queda de ellas. Un triste jirón de encaje. Deshechas, rotas y, por si fuera poco, con una evidente marca de la humedad que anoche derrochaba.

«Joder».

Contengo el grito interno, respiro por la nariz y, sin levantarme del todo, le doy una patada discreta, técnica depurada y disimulo nivel experto, hasta empujarlas debajo de la mesa de trabajo.

—¿Estás bien? —pregunta Marisa, ladeando la cabeza mientras me observa, y sé que algo se huele.

—Sí, claro. Solo… no dormí muy bien —respondo, forzando una sonrisa mientras finjo estirarme—. Me estaba desperezando.

Ella sonríe, demasiado.

—¿Y eso?

—Mucho calor. Pesadillas. Ya sabes —miento con la mejor cara de póker que tengo, que no es buena, pero al menos disimula.

Marisa apoya los codos en la encimera y me lanza una mirada que me deja claro que no cuela ni media.

—Te noto… distinta.

—¿Distinta cómo? —pregunto sin girarme, intentando sonar natural.

—No sé. Como… satisfecha. Brillante. ¿Has probado algún glaseado nuevo?

«Ay, sí un glaseado…».

Me atraganto un poco con el aire y me doy la vuelta fingiendo que necesito revisar algo en el horno. Abro la puerta como si de verdad supiera lo que estoy buscando, mientras por dentro me repito en bucle:

«No sonrías, Lola. No lo hagas. Porque en cuanto sonrías, se te va a notar todo. Absolutamente todo».

CAPÍTULO 44



Salgo por la puerta trasera del obrador con una sonrisa que no hay Dios que me borre de la cara. Ni el frío de la mañana, ni la ropa mal puesta, ni el hecho de que casi me pilla Marisa en bolas. Nada me quita esta sensación.

«Y es que, joder… qué noche».

No sé muy bien qué ha pasado ahí dentro, pero sí sé que me ha dejado con las piernas temblando y la cabeza más revuelta de lo habitual. Y no solo por lo físico, que también, vaya si también, sino por lo otro. Por cómo me ha mirado y se ha quedado dormida un segundo con la mejilla en mi pecho. Y por esa forma de echarme sin querer hacerlo.

Sabía que Lola era una jodida explosión. Lo que no imaginé era todo lo que iba a arrasar cuando se dejara caer entre mis brazos. Me ha dejado en carne viva.

Me subo al coche y acelero despacio, echando un último vistazo al obrador. Al mover el cuello, algo en el retrovisor me llama la atención. Me inclino apenas y ahí está: la marca de carmín en el cuello de la camisa. Un beso que se ha quedado conmigo. Callejeo sin prisa, con esa calma que llega cuando todo parece encajar un poco mejor de lo normal. El cuerpo me lo pide. Volver a sus labios, a su piel, a la mesa donde empezó todo, al suelo donde seguimos

perdiendo la ropa, y a ese sofá demasiado pequeño donde terminamos abrazados, después de que me cabalgara como si llevara toda la vida entrenando para eso. Pero la cabeza… me pide cuidado. Porque esto con Lola se me está yendo de las manos. Y lo jodido es que no tengo la menor intención de ponerle freno.

Justo cuando estoy a punto de meterme en un cruce, el móvil vibra en el soporte. Miro la pantalla de reojo y frunzo el ceño al instante:

Carlos, el coordinador de vuelos.

Mierda. A estas horas, solo puede ser una cosa: marrón.

—Dime —respondo sin ganas.

—Mario, perdona la hora. ¿Puedes cubrir a Víctor en su vuelo? Está fatal, lleva desde anoche vomitando y no hay manera de que suba al avión. Sale a las 12:40.

Cierro los ojos un segundo, resoplo. Miro al cielo como si allí fuera a aparecer una excusa válida para decir que no.

—¿No hay nadie más?

—Todos fuera o en rotación. Solo quedas tú.

—Vale… —Me rasco la mandíbula. No me apetece una mierda, pero es Víctor. Y él siempre ha estado ahí. Cuando me reventaron el coche, me prestó el suyo. Cuando la cagué con lo de aquel aterrizaje forzoso en prácticas, me cubrió antes de que el jefe supiera los detalles. Joder. No puedo decirle que no.

—Lo cubro yo. Dile que descanse —respondo, ya pisando el acelerador y el piloto automático activado.

—Sabía que podía contar contigo. Te mando los detalles por correo.

—Perfecto —cuelgo, guardo el móvil y dejo escapar un suspiro largo.

La sonrisa se me borra solo un poco. Miro por el retrovisor, aunque no tiene sentido. No hay forma de ver el obrador desde aquí. Pero no puedo evitar imaginarla allí, asomada a la puerta,

despeinada, con restos de harina en la piel y esa forma de mirarme que me vuelve completamente loco.

«Lola».

Aprieto el volante con fuerza. Estoy sonriendo como un idiota. Y eso ya debería preocuparme un poco más de lo que ya lo hace.

Conecto la música del coche para distraerme, y justo en ese momento suena *Oh, Pretty Woman* por los altavoces. Subo el volumen, porque inevitablemente esa canción me recuerda a ella. A su forma de caminar por el obrador como si todo le perteneciera. A su boca con sabor a manzana y descaro. A sus ojos cuando baja la guardia. Acelero en cuanto el semáforo se pone en verde, dejando atrás una sensación que se me pega al pecho y no se va. Espero que sea uno de esos vuelos cortos. París y poco más. Un par de días, máximo. Nada que no pueda retomar a la vuelta y que me impida volver a besarla pronto.

Estaciono en mi plaza y recojo la mochila del maletero. Cierro el coche y me detengo un segundo, con la llave todavía en la mano, como si alargar ese instante pudiera cambiar algo. El aire huele a rutina, a obligación, a ese tipo de normalidad que siempre me ha sabido a poco.

Subo al piso, me doy una ducha rápida, me pongo el uniforme y meto un par de cosas más en la maleta sin pensar demasiado, lo básico, lo de siempre, y vuelvo a bajar. Dejo la chaqueta en el asiento del copiloto y me acomodo al volante con una sensación clavada en el pecho, esa que aparece cuando te vas y sabes que deberías haberte quedado un poco más.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, hay alguien a quien me habría gustado decirle que me voy. Que volveré.

«Joder».

No tengo su número, pero no importa. No me hace falta. Esto no es un adiós, es un paréntesis. Una pausa breve antes de volver a lo que realmente importa. Lola está ahí. Y yo también. Esto no ha terminado ni de lejos.

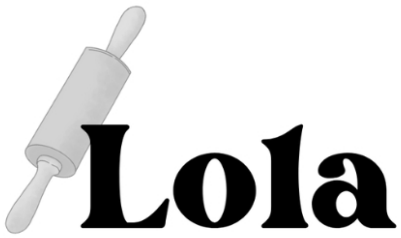
«Volveré».

Y cuando lo haga, vamos a tener esa charla que no tuvimos entre gemidos y caricias. Quiero conocerla de verdad. No solo la mujer de labios rojos y lengua afilada, sino a la que se esconde detrás del delantal, la que frunce el ceño cuando algo no le sale y sonríe como si el mundo se iluminara con eso. Quiero saber qué le apaga la risa, qué le enciende la piel, qué le duele, qué desea. Y, sobre todo, quiero que me mire sin defensas. Que me escuche. Que me conozca.

Entonces todo va a cambiar. Y no es que lo crea… es que lo sé.

Así que acelero el coche, con esa seguridad tranquila que da saber que algo bueno te espera al otro lado. Porque, aunque ella no lo sepa aún, ya estoy de camino a volver a su vida.

CAPÍTULO 45



Marisa se ha puesto en modo sargento organizador y no hay quien la pare. Va tachando nombres de la lista con una eficiencia que me da un poco de miedo y, al mismo tiempo, me salva la vida. Ha llamado a los clientes, ha preparado los paquetes, ha etiquetado todo, y ahora mismo está anotando con rotulador rojo las previsiones de los próximos días como si estuviéramos al borde del apocalipsis pastelero.

—¿Quieres respirar un poco o te hago un café intravenoso? —le pregunto, apoyándome en la encimera.

—Café luego. Ahora no hay tiempo —responde sin mirarme, con ese tono suyo de «no me interrumpas, estoy salvando el mundo».

La observo de reojo mientras recojo un par de bandejas. Se mueve con soltura, como si todo estuviera bajo control, aunque hay algo en su forma de evitarme la mirada que me hace sospechar. Está rara. O estoy rara yo. O lo estamos las dos, y eso ya es un cóctel molotov de silencios incómodos. Siempre nos lo hemos contado todo. Bueno, casi todo. Pero hoy hay algo distinto. Las dos llevamos un secreto colgando de los labios, una bomba con la mecha encendida, y ninguna quiere ser la primera en dejarla caer. Ella me lanza una mirada fugaz desde el otro lado de la mesa, una de esas que dicen sé que sabes que sé. Yo finjo que estoy muy ocupada revisando las galletas de Nutella.

—¿Tú crees que puedo fiarme de tus previsiones de masa madre para el viernes o vas a tener la cabeza en otra parte? —me suelta de pronto, con la voz cargada de doble sentido.

Alzo una ceja.

—¿A qué te refieres?

Marisa se encoge de hombros, muy casual.

—Nada. Solo que... no sé si me lo estoy imaginando, pero... —se acerca, olisquea el aire— me huele al perfume de Mario por aquí. Mira que es fuerte, ¿eh?

Casi me atraganto. Me incorporo tan rápido que tiro una espátula al suelo.

—¿Yo? Yo no huelo a nada —digo, fingiendo indiferencia mientras me pongo roja. Literal. Roja cereza.

Me clava la mirada. No dice nada. Solo sonríe, una sonrisa lenta, peligrosa, de esas que te derriban sin necesidad de palabras.

—Ya, bueno… —murmura mientras aparta la vista, como quien suelta la bomba y se va antes de ver la explosión.

«Si me tira de la lengua, yo también sé jugar a ese juego».

Me encojo de hombros con fingida naturalidad y suelto, muy casual:

—Oye… ¿Qué tal el spa? ¿Cómo fueron *esos masajes*?

La tensión se cuela en el aire como una corriente eléctrica. Marisa se detiene, levanta la vista despacio y arquea una ceja con elegancia calculada.

«Ahí está».

—Relajantes —responde, cortante.

Pero yo ya la he visto. El leve cambio en la expresión, esa chispa en los ojos que aparece justo antes de que se le forme la sonrisa. Esa que intenta reprimir y que le traiciona.

—¿Sí? Esas manos te dejaron nueva, porque juraría que llegaste flotando —comento, bajando la voz mientras acomodo unas cajas en

la mesa—. Como si el masaje hubiera sido… personalizado.

—Qué observadora estás hoy, ¿no? —replica, dándome la espalda mientras recoge unos albaranes.

—Será que ese fuerte olor me ha despertado los sentidos —digo, sonriendo por dentro, porque su espalda se tensa apenas medio segundo.

Se gira de nuevo, me mira con los ojos entrecerrados, y sé que estamos oficialmente en guerra fría. Una guerra en la que ninguna quiere disparar la primera bala, pero las dos ya hemos cargado el arma.

«Desenfunda, vaquera…».

Marisa se queda mirándome un segundo más, como si midiera hasta dónde estoy dispuesta a llegar. Yo sostengo su mirada. No pienso parpadear. No después de lo de esta mañana.

—Venga, si quieres jugar… —dice al fin, soltando el bolígrafo sobre la encimera con ese gesto dramático tan suyo—. Digámoslo a la vez.

—¿El qué?

—Lo que sea que estamos escondiéndonos todo el rato. Porque sé que algo sabes, Lola. Y tú sabes que yo también sé —añade con media sonrisa—. Así que una, dos…

—¿En serio?

—Sí.

—¿Segura?

—A la de tres —responde.

Nos miramos. Y en ese segundo de silencio, las dos sabemos que ya no hay vuelta atrás.

—Una… —dice ella.

—Dos… —sigo.

—¡Tres! —gritamos a la vez.

—¡Estoy saliendo con Laura desde hace años! —dice Marisa, al mismo tiempo que yo suelto:

—¡Me acosté con Mario anoche en el obrador!

Silencio.

Nos quedamos las dos quietas. Congeladas. Como si el tiempo hubiera decidido tomarse un respiro para procesar la bomba doble que acabamos de soltar.

—¿Desde hace años? —pregunto yo, con los ojos como platos.

—¿En el obrador? —responde ella, igual de anonadada.

Y entonces, como si la sorpresa inicial no pudiera sostenerse más, estallamos en carcajadas. De esas que te hacen doblarte y apoyar las manos en las rodillas para no caerte al suelo.

—¿Aquí? ¿En esta mesa? —resopla Marisa entre risas—. ¿Cómo no me di cuenta? Claro que olías a Mario, olías a… ¡sexo!

Me señala con el dedo acusador, pero divertida.

—Dime que habéis limpiado todo, por favor. Porque habéis limpiado… ¿no?

Mira a su alrededor como si esperara encontrar pruebas del crimen entre las bandejas y los botes de harina. Hasta se asoma debajo de la mesa, como si una braguita perdida pudiera confirmar sus sospechas.

«Menos mal que ahí no está, disimula, Lola».

—¡Claro que hemos limpiado! —respondo con las mejillas al rojo vivo, deseando que la tierra me trague o, en su defecto, que se me quemen las magdalenas y tenga una excusa para huir.

«No diré que hemos limpiado con nuestros cuerpos desnudos. Me van a cerrar el local por incumplimiento sanitario».

—¡Menos mal, porque si no saco la lejía ahora mismo y os exorcizo! —suelta, haciendo el gesto de cruz con los brazos.

«Cambia de tema, Lola».

—Y tú, ¡con Laura! ¿Pero qué me estás contando? Pensé que te la habías ligado ayer, no que llevabais años.

—Es que… no sabía cómo decírtelo —murmura, encogiéndose de hombros, aún con media sonrisa—. Es algo muy mío. Muy nuestro.

—Lo respeto —digo, sincera, tocándole la mano brevemente—. Pero que sepas que ahora necesito todos los detalles. Absolutamente todos.

—Solo si tú me cuentas por qué el rodillo estaba fuera de sitio esta mañana… —dice Marisa, entrecerrando los ojos con malicia—. ¡No me digas que lo habéis usado!

Me tapo la cara con las manos.

—Ay, madre. Dame café. Y paciencia, porque esta conversación va para largo.

Marisa me ha escuchado con atención mientras le contaba que Mario me había ayudado con los pedidos en el obrador. No ha dicho ni una palabra fuera de lugar, aunque sé que por dentro se estaba mordiendo las ganas de regañarme. Lo supe por su sonrisa, esa que le curvaba los labios sin querer. No sé exactamente qué ha visto en mí mientras hablaba, pero lo suficiente como para no matarme por no haberla llamado con todo el trabajo que tenía encima.

Y entonces llega su momento. Me habla de Laura. Con el corazón en la mano, como quien se quita una espina que lleva años clavada.

—Todo pasó muy rápido. Ella siempre estuvo ahí, a mi lado. Durante años fue esa persona con la que siempre contaba, la que me sacaba una sonrisa sin esfuerzo, la que convertía un abrazo en refugio. No sé en qué momento nos enamoramos. Fue de puntillas, sin avisar. Cuando quisimos darnos cuenta, yo ya no sabía vivir sin ella. Y ella… tampoco sin mí —dice, buscando mis manos entre las suyas—. Quería contárselo a tu madre. Pensé en una cena, algo bonito. Presentarla como lo que es: mi pareja. Fue entonces cuando... enfermó. Y todo cambió.

Se muerde las palabras, como si dolieran al salir.

—Laura me esperó. Cuando tuve que ausentarme para estar con Lourdes, cuando tú no podías… ella me apoyó desde la distancia. Sin reclamar nada. Sabía que era nuestro momento, pero también entendía que ese no era el tiempo de contarlo. Tu madre se apagaba, tú te perdías entre lágrimas a escondidas, y yo… pospuse una noticia que, aunque importante, no era urgente.

—Marisa… —Aprieto sus manos, notando la culpa subirme por la garganta—. No me di cuenta. Lo siento tanto…

—No, no —me corta, negando con la cabeza—. Fue decisión de las dos. Dijimos que esperaríamos. Que lo haríamos bien. Con calma.

Hace una pausa, de esas que no necesitan más explicación, porque ya lo dice todo: que la vida se les coló con las manos llenas, que el momento perfecto nunca llegó, y que al final aprendieron a quererse en voz baja.

—Y entonces pasó lo de tu madre… —añade, bajando la mirada mientras se le escapa una lágrima—. Y tú… tú te estabas recomponiendo como podías. Yo no quería llegar con mi alegría de la mano cuando tú estabas recogiendo los pedazos.

Las palabras se me clavan como alfileres en la piel. No por dolorosas, sino por todo lo que encierran. Por todo lo que ella también se calló por cuidar. Por priorizarme. Por sostenerme cuando ni siquiera pedí que lo hiciera.

—Y así nos fuimos acostumbrando —continúa, con una media sonrisa que le tiembla—. A no contarlo. A vivirlo en rincones. A mirarnos con cuidado. A callarnos incluso cuando más ganas teníamos de gritarlo.

Me muerdo el labio, sintiendo la garganta hecha un nudo. Porque no tengo nada que reprocharle. Solo abrazarla, darle las gracias y susurrarle que ya no hace falta esconderse más.

—Pues ya está bien —susurro—. Ya es momento.

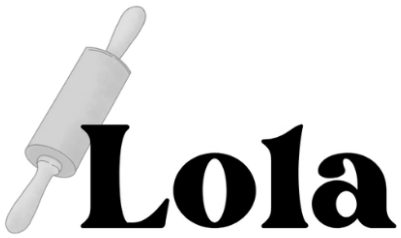
Ella alza los ojos y me encuentra ahí, en esa frase que no lleva reproche, solo abrazo. Y entonces lo entiendo todo. Lo que es querer

en pausa. Amar sin molestar. Vivir por los márgenes hasta que se tiene hueco para ocupar el centro.

Y sé que, aunque no lo hayamos dicho en voz alta hasta ahora, esto también es amor.

Del bueno. Del que no grita, pero se queda.

CAPÍTULO 46



Mi tía abre las puertas como si fueran suyas, regalando sonrisas, saludos y abrazos con la misma generosidad con la que otros reparten caramelos en un desfile. Ana y Encarni no tardan ni medio segundo en lanzarse a por ella con uno de esos abrazos de oso que dejan sin respiración, pero con el corazón lleno. Comparten risas, anécdotas de viaje, y yo me quedo un paso atrás, dejando que el pecho se me llene solo de verla brillar. Mi tía es así: llega, arrasa y deja huella.

—¿Estás mejor? —me pregunta Julia, casi en un susurro, como si le costara aún creer que sí.

—Lola, nos diste un buen susto, casi se me caen las extensiones —suelta Lydia, apareciendo por su flanco con el móvil aún caliente de grabar algo, seguramente para sus redes.

Las miro a las dos, intentando no parecer demasiado culpable.

—Sí, estoy mejor —respondo, justo cuando veo que Javi se acerca, pero sin invadir. Está preocupado, aunque lo disimule con las manos en los bolsillos y esa expresión que mezcla alivio con reproche.

—¿De qué estás mejor? —pregunta Marisa, con esa voz suya que parece suave, pero lleva filo.

«Mierda».

Hemos hablado largo y tendido desde que volvió, de encargos, de recetas, de cómo sobreviví sin ella… pero se me pasó mencionar ese pequeño detalle. Ese en el que me desmayé en mitad de la calle como si fuera una protagonista de culebrón barato. Y claro, ahora lo tengo que soltar, delante de todo el mundo.

—Se desmayó el otro día, en plena calle —interviene Ana, sumándose al corro con naturalidad—. Así *plof.* —Y hace un gesto con las manos que parece que exploté.

Marisa me lanza una mirada que podría fundir chocolate, y yo hago un gesto con la mano como si no fuera para tanto.

—Un susto tremendo, casi me da un infarto. Una ya tiene el corazón sensible —añade Encarni, llevándose la mano al pecho con dramatismo.

—Lola… —advierte Marisa, y yo finjo que tengo algo muy *interesante* bajo las uñas.

—Menos mal que estaba Mario, que se encargó de todo. Esos brazos poderosos que te recogieron como si fueras una princesa desmayada —recita Lydia, con esa voz suya entre épica y telenovela. Hasta pone ojitos.

Marisa y yo intercambiamos una mirada de alto voltaje. Ella asiente con una caída de mentón en plan «ahora entiendo muchas cosas», y yo ladeo la cabeza como diciendo «sabía que llegarías a esta conclusión». Y justo cuando el silencio se espesa entre nosotras, igual que una cucharada de caramelo caliente, alguien suelta lo que todas están pensando:

—Y hablando de príncipes… —interviene Encarni, ladeando la cabeza con falsa inocencia—. ¿Dónde está tu caballero de brillante armadura, Lola? Siempre es puntual.

La pregunta me pilla por sorpresa. Miro hacia la puerta, esperando que aparezca de repente, como por arte de magia. Pero no. No está. Y su ausencia me recorre la espalda como un ejército de hormigas organizadas, disciplinadas… e incómodas. No duele,

pero se nota. Es esa incomodidad sorda de cuando algo falta y no sabes muy bien por qué te molesta tanto.

—Se le habrá hecho tarde —respondo, intentando que no se me note la punzada de decepción—. Tendrá lío.

—O estará exhausto… —suelta Encarni, con voz de cotorra sabia.

—Claro, claro —añade Ana, mordiéndose el labio para no soltar la carcajada—. Cuidarte debió de ser agotador. Todo ese esfuerzo físico…

—Y emocional… —remata Julia, lanzándole una mirada de teatrillo a Javi—. Se asustó mucho el pobre.

—Estará descansando. Cuidar a una persona desgasta. Sobre todo, si la persona eres tú —apunta Marisa con media sonrisa, de esas que te tocan más de lo que aparentan.

—¡Madre mía! —exclama Lydia, palmoteando—. Este obrador es mejor que Netflix, seguro que surgieron chispas entre fiebres y paños húmedos. —La fulmino con la mirada, y ella me responde con una sonrisa tan inocente como maliciosa.

Y entonces sí que no puedo evitarlo. Suelto una carcajada, aunque por dentro aún me quede ese eco raro, esa pregunta no formulada: «¿por qué no ha venido?». Sin embargo, no lo dejo asomar. No aquí, no delante de todas. Me refugio en la complicidad del grupo, en la calidez del momento, mientras intento recordarme que no pasa nada. Que todo está bien. Que fue solo una noche. ¿No?



Me paseo entre las mesas, fingiendo que no miro hacia la entrada más de la cuenta. No quiero hacerlo. No debo hacerlo, aunque el runrún se me cuela por el oído como un abejorro cabezón que no sabe cuándo parar. Y cuanto más intento ignorarlo, más zumba.

Casi no lo conozco. No de verdad. Más allá de las paredes del obrador, Mario es un misterio con sonrisa torcida. No sé qué hace cuando no está aquí, ni qué le duele, ni si duerme del lado izquierdo de la cama o si es más de café solo o con leche. Marisa y yo solíamos fantasear con su vida secreta, pero ahora me doy cuenta de que solo conozco lo que él ha querido mostrarme. Y, por alguna razón, eso ya no me basta.

—No me ha gustado enterarme por terceros de lo que te sucedió —me regaña Marisa con ternura, aunque con ese tono firme que no deja lugar a réplicas.

Pongo los ojos en blanco. Sabía que no me dejaría marchar sin tocar el tema.

—No quería… —empiezo, aunque las palabras se me quedan atravesadas en la garganta.

—Ya, preocuparme —remata ella, leyéndome por dentro—. Pero, Lola, somos familia. Eres como mi hija. —Se muerde la mejilla y me lanza esa mirada que no admite excusas—. No más secretos entre nosotras.

—Vale —cedo, bajito, porque me puede. Porque me tiene.

—Y deja de darle vueltas a eso que tienes en la cabeza.

«¿Cómo lo ha notado?».

—No le estoy dando vueltas a nada…

—Ya, claro. —Me fulmina con la mirada—. Igual que no te desmayaste. Igual que no estás esperando que entre por esa puerta.

Me quedo quieta. Muy quieta. Tanto que hasta la respiración me suena fuerte. Marisa no me da tregua, pero no lo hace con dureza, sino con esa mezcla suya de cariño y claridad que siempre me desarma.

—No me molesta que te guste, para nada… —dice al fin, encogiéndose de hombros—. Me molesta que no me lo cuentes. Que te encierres como si yo no pudiera entenderte. Y fueras esa Lola de

antes, la que siempre se tragaba todo para que no se le saliera nada.

Bajo la mirada. Trago saliva.

—No sabía cómo decirlo —susurro.

—A veces no hace falta decir nada —me responde, con una sonrisa triste—. Solo estar. Y para eso tienes que dejar que estemos.

Me muerdo el interior de la mejilla, como si eso pudiera contener lo que me baila por dentro. Pero ya no sirve. Porque duele. Porque me pesa.

—No sé cómo hacer eso… —admito, con voz bajita, rasgada—. Estoy tan acostumbrada a arreglármelas sola que a veces no me doy cuenta de que no hace falta. Que hay gente que se quedaría. Que tú te quedarías.

Marisa me mira con ese amor suyo que no pide explicaciones, solo te envuelve. Y en ese silencio cargado de todo, siento que algo dentro de mí se afloja. Solo un poco. Lo justo para respirar. Sus dedos se entrelazan con los míos, presionando en el punto justo, y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa. Pequeña, frágil, pero sincera. Como una tregua. Nos quedamos así unos segundos más, respirando en ese espacio seguro que solo ella sabe construir. Hasta que el alboroto al fondo y una risa escandalosa nos recuerdan que el mundo sigue girando. Que el obrador late, desordenado y vivo, esperando que me sume al ritmo.

Se levanta con ese aplomo suyo que siempre envidié y, antes de alejarse, me lanza una mirada cómplice. Yo asiento, como diciendo «ya voy», y me obligo a caminar, a fingir que todo está bien. Aunque al pasar por la silla donde Mario suele dejar su chaqueta, mis dedos la rozan. Solo un segundo, una tontería. Y, aun así, lo siento. Como si estuviera vacía y yo también lo estuviera.

—Qué ordinaria eres, Encarni —suelta Ana, con voz ofendida y la mirada perdida en el techo, como implorando ayuda divina.

La carcajada escandalosa de su hermana choca contra las paredes y me arrastra con ella, sacándome del remolino de mis

pensamientos. Giro la cabeza buscando qué ha pasado ahora y me acerco a su mesa, agradeciendo el ruido, el alboroto, el desorden de todas ellas. Es más fácil perderme en el caos que escuchar lo que me grita el pecho en silencio.

—¿Se puede saber qué ha hecho ahora? —pregunto, cruzándome de brazos con una ceja levantada.

Ana niega con la cabeza, derrotada. Lydia tiene el móvil en alto, grabando con esa sonrisa suya de «esto va a ser viral». Y Encarni… bueno, tiene las manos cubiertas de masa hasta los codos y una expresión de satisfacción que me da más miedo que ternura.

—He innovado —anuncia, como si acabara de descubrir la vacuna del siglo—. Mario me apoyaría.

«Aunque no esté presente, está», pienso, y trago saliva.

—¿Innovado en qué, exactamente? —me aventuro, ya temiéndome lo peor.

—Un nuevo estilo de galletas. Una que romperá las ventas —dice, inflando el pecho—. Es lo que le falta a este obrador… un toque picante.

—¡Atención, atención! Noticia de última hora —salta Lydia, enfocando su móvil hacia Encarni como si presentara una exclusiva mundial—. Se viene top ventas en *Cookie Love*.

—Lydia, baja eso, que me da vergüenza —protesta Julia, desde el fondo, pero ni caso.

—Shhh —ordena Lydia, con tono dramático y dedo en alto—. Esto es historia repostera.

Encarni se aparta con teatralidad, como una azafata de los ochenta presentando el premio de la tómbola, y me muestra su obra de arte:

—La Teticookie. Galletas esponjosas coronadas con un pezón de chocolate que explota en la boca.

Silencio.

Yo parpadeo. Ana se santigua. Lydia graba. Julia llora de risa. Y Javi, desde el otro lado, se gira y se vuelve a girar, como si necesitara confirmar que, efectivamente, ha oído lo que ha oído.

—¿Explota? —pregunto, más por inercia que por deseo de saber.

—¡Claro! Tiene una onza líquida dentro. Mordisco y ¡pum! Fiesta en la lengua y en la imaginación.

Y en mi cabeza solo resuena una palabra: socorro.

Porque sí, sé que dije que me encantaba que tuvieran iniciativa. Que debían experimentar, crear, dejarse llevar. Incluso solté, muy digna, que si la receta salía buena la pondríamos como especial del día en la vitrina.

«¿Por qué hablo? ¿Por qué doy ideas? ¿Por qué no aprendo?».

Y ahora tengo una Teticookie mirándome con sus pezones de chocolate, desafiando todo lo que creía saber sobre la repostería fina.

—Los *viewers* están como locos —comenta Lydia, con tono de narradora de documental de fauna salvaje—. Uno ha puesto que quiere una docena ya mismo, otro que es *la galleta que no sabíamos que necesitábamos*… y hay más fuegos que en San Juan. Mira —me acerca la pantalla—, emojis de risa, de fuego… ¡arde!

—Lo que arde es mi paciencia —murmura Ana, mientras se abanica con una espátula.

—¡Lo petamos! —aplaude Encarni, con las manos aún llenas de masa.

Yo ruedo los ojos, porque, sinceramente, lo último que esperaba de hoy era tener que ponerme a hornear Teticookies… porque se acaban de hacer virales.

CAPÍTULO 47



Se suponía que sería un vuelo corto. Sevilla–Madrid y vuelta. Cosa de un par de horas, estirar las piernas, tomar un café de máquina y volver a casa.

«Pero no».

Cuando puse un pie en la sala de operaciones, me endosaron la carpeta completa del vuelo de Víctor. Enterita. Y mira, acepté porque era él, porque se lo debía y porque, sinceramente, pensé que no tardaría mucho. Una ida y vuelta rápida, como quien va al súper a por pan. ¿Pero sabes qué es lo mejor? Que el universo tiene sentido del humor. De ese chungo. ¿Destino? Punta Cana. Doce horas de vuelo, cambio de equipo y un A330 esperándome en Barajas como si fuera Navidad y me estuvieran regalando carbón.

Me tragué el cabreo como pude y me fui al *finger* silbando por no cagarme en todo. El uniforme impecable, sonrisa ensayada, la de piloto simpático, aunque misterioso, y la cabeza… en otro lugar. En realidad, en otra persona.

«Lola».

Intenté no pensar en ella. En su ceño fruncido cuando se mosquea, y en esa forma suya de mirarme que me desmonta sin tocarme. Pero ya sabemos cómo va eso: cuanto más lo intentas, más se cuela. Y después de lo de anoche… imposible.

Así que ahí estaba yo, a punto de cruzar el Atlántico, con su nombre tatuado bajo la piel como si lo llevara grabado desde siempre. Y encima, me toca sentarme con uno de esos copilotos que no callan ni dormidos. Uno nuevo, con ganas de charla, de impresionar, de saberlo todo. Qué mal día para hacer de mentor.

—¿Tienes pareja? —me suelta, mientras revisamos los instrumentos.

Le sostengo la mirada, de esas que no hace falta ni abrir la boca.

—¿De verdad es el momento para hablar de eso?

Se ríe, incómodo.

—Captado.

¿Pareja? Técnicamente, no. Emocionalmente... una mujer me tiene el alma patas arriba. ¿Eso cuenta? No. No cuenta. Porque no sé qué somos, pero sí sé lo que ya no quiero ser.

Y cuando creo que el día no puede dar más por saco, se abre la puerta de la cabina. Ese sonido que te dice que alguien va a entrar donde no debería. Lo primero que me llega: su perfume. Cierro los ojos. Me pinzo el puente de la nariz. No puede ser.

«Elisa».

—Mira tú por dónde —dice, con ese tonito suyo—. Pensaba que no nos volveríamos a ver, *capitán.*

Mi compañero se gira, nos mira a los dos, y suelta la pregunta del millón:

—¿Os conocéis?

—No —respondo.

—Sí —contesta ella.

Me doy la vuelta. Lento. Como quien sabe que le viene encima un tren sin frenos. Y ahí está. Elisa. Mismo moño inquebrantable, mismo brillo en los labios, misma mirada de «sé lo que hago y tú también».

—Vaya, qué bonita forma de empezar un reencuentro —suelta, apoyándose en el marco de la puerta—. Tú antes no mentías tanto.

—Tú antes no interrumpías procedimientos de cabina —respondo, frío como el aire acondicionado de un avión al máximo.

Se encoge de hombros y me lanza una sonrisa de las que, en otro tiempo, me habrían hecho reír. O pecar. O las dos.

—Relájate, Mario. Solo venía a saludar. Aunque si quieres que recordemos viejos tiempos...

—No.

La corto. A tiempo. Porque me conozco y no estoy para fuegos artificiales de un minuto. Porque, aunque ella no lo sepa, ya tengo la cabeza, y otra cosa, ocupadas.

Chasquea la lengua.

—Qué soso estás. ¿Te pasa algo o es que hay alguien nuevo en tu vida?

Mi copiloto traga saliva. Pobre. No sabe si quedarse a ver el drama o lanzarse con paracaídas.

—Solo estoy cansado —respondo más seco de lo que pretendía —. Y preferiría que te limitaras a hacer tu trabajo. Como haré yo.

Me levanto de mi asiento, y durante un segundo, me clava la mirada. De esas que amenazan con dinamitarlo todo. Sin embargo, se contiene. Se da la vuelta, con la cabeza alta y el orgullo arrastrando los pies.

—Como quieras, capitán.

Cierro la puerta. Apoyo la espalda en ella. Respiro hondo. Y me juro, por lo que más quiera, que esta vez no voy a cagarla.



Juego con el contenido de la copa, como si así pudiera ordenar mis pensamientos. Tengo tres días de descanso, aquí, en Punta Cana. Tres días atrapado a miles de kilómetros, con el Caribe de fondo y un mundo esperándome al otro lado. En otro momento, hubiera aprovechado cada segundo y me hubiera relajado disfrutando de las vistas o con alguna que otra compañía. Ahora solo tengo una cosa en mi cabeza. Ella.

Desbloqueo el teléfono, miro la pantalla. El problema de no tener su número es este: no puedo escribirle. No puedo decirle que me surgió algo, que no desaparecí a propósito. Que me jode estar aquí sin haberle avisado.

Miro la hora. La diferencia horaria me machaca el cuerpo y las neuronas. Allí ya habrá anochecido. Tal vez esté recogiendo el obrador. O tal vez esté con Ana, Lydia, Encarni y Marisa, tomando algo. Me la imagino hablando rápido, con el pelo suelto, su inseparable pañuelo, esos labios cereza y ese brillo en los ojos que se le pone cuando algo le sale bien.

—¿Sabes que bebes más lento cuando estás nervioso? —dice una voz a mi derecha.

Me giro con resignación.

—Elisa.

Se sienta sin pedir permiso, como si el asiento fuera suyo. Lleva un vestido corto, escotado, con más brillo del necesario y esa sonrisa que nunca anuncia nada bueno.

—Tranquilo, vengo en son de paz —dice, quitándose las gafas de sol con un gesto de diva cansada—. Nada de reproches, lo prometo.

Hace una señal al camarero con la elegancia milimétrica de quien sabe que todos la están mirando.

—Ponle otra. Esta vez invito yo. Qué menos que compensar tantos malentendidos.

—No necesito otra copa —sentencio, mirando el móvil.

—No, claro —responde con voz empapada en sarcasmo—. Lo que necesitas es seguir rumiando lo que sea que te ronda por dentro. Pero eh, si prefieres hacerlo solo, me voy.

No se mueve. Porque nunca lo hace. Elisa nunca pregunta, solo aparece y ocupa espacio. Y ahora mismo, yo no tengo energías para empezar una batalla de egos. El camarero deja dos copas sobre la barra. Elisa alza la suya, con gesto teatral, como si brindara por la tragedia griega que nunca protagonizó, pero siempre quiso.

—Por los nuevos comienzos —dice, con la voz arrastrada—. Aunque a veces empiecen donde no deberían.

No contesto. La conozco. Esa frase es su forma de pinchar sin que lo parezca.

—¿Qué quieres? Estoy ocupado —inquiero toqueteando la pantalla.

—¿Yo? Nada —responde, con los ojos entornados—. Solo soy una amiga con la que compartes una copa.

Se inclina hacia mí y, de paso, deja que el escote de su vestido haga el trabajo sucio. Me lanza una mirada ladeada, consciente de cada milímetro de piel que muestra. Como si su cuerpo fuera una herramienta más de negociación y creyera que aún tuviera poder sobre mí.

—Elisa.

—Sigues igual —dice, mientras pega su rodilla a la mía—. Crees que con esa pose de tipo inalcanzable puedes esconder lo que sientes. Pero se te nota, estás ausente. No es que no quieras estar aquí, es que querrías estar… con otra.

—Déjalo.

—Solo digo que… si ella te tuviera en la cabeza como tú la tienes a ella, sabría dónde estás. Se habría molestado en preguntarlo. En buscarte. Aunque está claro que no lo ha hecho, ¿no?

—No tienes ni idea.

Ella se encoge de hombros y recorre el filo de la copa con el dedo, igual que me está recorriendo a mí con la mirada. La otra mano se posa en mi pierna.

—Puede que no tenga ni idea, pero si quieres, puedes contarme —se inclina aún más, bajando la voz, mientras sus dedos empiezan a ascender con descaro por la tela de mi pantalón—. Se me da muy bien escuchar.

Nos sostenemos la mirada. Atrapo su mano antes de que suba más allá de mi rodilla y la aparto.

—Mario, relájate, no vengo con ganas de pelea. —Sonríe, levantando su copa—. Por los viejos tiempos.

Alargo la mano hacia el vaso, resignado. Pero Elisa, en su teatralidad, da un manotazo torpe. No a la copa. Al móvil.

—¡Ops!

El teléfono sale volando, choca contra la esquina de la barra y cae al suelo con un golpe sordo.

—¡Joder, Elisa!

Me agacho, lo recojo. La pantalla negra y hecha trizas. Muerto por dentro.

—Ha sido sin querer… —dice, con una calma que no le pega.

«Demasiado ensayado».

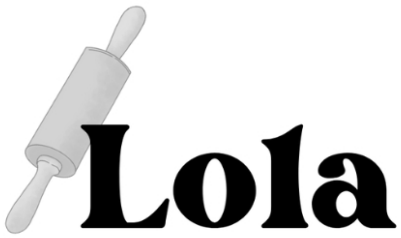
—Claro —murmuro, intentando encender el móvil. Nada. Ni una vibración.

Lo dejo sobre la barra, resoplo, me paso una mano por la cara.

—Igual necesitabas desconectar de verdad —añade, con una sonrisa que no llega a los ojos.

Y por primera vez, veo con total claridad que no ha venido a brindar en son de paz. Ha venido a ganarse la última palabra. A desquitarse.

CAPÍTULO 48



Me planto frente al espejo, decidida. Labios pintados de rojo, mi pañuelo perfectamente colocado, ojos bien delineados y cara de «esta noche nada me para»… aunque por dentro me sienta un poco acelga. Hoy sí iré a bailar. Y no solo porque lo haya prometido, sino porque necesito recordarme que sigo aquí, que sigo siendo yo. Que no pienso volver a ser esa Lola que se queda esperando. En pausa. Vacía. La que fue dejada en visto justo cuando más ganas tenía de ser leída.

—Estás muy guapa —dice Marisa a mi espalda. La miro por el espejo y le lanzo un guiño.

—Hago caso a tus consejos —respondo, sacándole la lengua.

—Me gusta ver que vuelves a vivir —añade, y ahí me aprieta un poquito el pecho. Porque sí, lo estoy intentando.

La miro con ternura y le sonrío.

—Sí… aunque algo me dice que estás inquieta. ¿Es por él? —indaga.

Le hago un gesto con la mano, como quien espanta una idea molesta.

—Puede que las cosas se le complicaran —aventura, en su versión más compasiva.

Me giro y me apoyo en el lavabo, con el trasero bien plantado, como quien no está dispuesta a retroceder ni medio paso.

—Pueden ser mil cosas, pero no pienso quedarme sentada esperándolas. Y tampoco me debe explicaciones.

Ella asiente, aunque la duda le queda colgando en los labios.

—Estoy bien. Somos adultos —añado.

—Vaaale, pues entonces, diviértete —dice antes de darse la vuelta y marcharse.

Espero a escuchar la puerta cerrarse y, entonces, vuelvo a respirar. Aunque todas mis alarmas chillaban como manifestantes con megáfono, yo hice oídos sordos. Porque mis hormonas, que no destacan por su sentido común, se cogieron de la mano como niñas en excursión y decidieron creer. Y, seamos sinceras, fui yo quien se lanzó, quien se ofreció sin blindaje, creyendo que tal vez él también estaba cayendo un poco. Me equivoqué. Y ahora, su ausencia escuece. Mucho más de lo que debería.

Pero no voy a quedarme rezagada. No voy a revolver la herida ni a buscar excusas que lo salven de desaparecer sin avisar. Si así lo ha decidido, que le vaya bonito. Yo tengo cosas más importantes que hacer. Como… respirar, por ejemplo. Y bailar, aunque me duelan las cervicales.

«Puede que le haya pasado algo», susurra esa vocecita inoportuna. La misma que aún cree en finales felices donde solo hay créditos en blanco y negro.

—No, ya nos conocemos ese cuento —le respondo, en voz bajita, para que no se venga arriba.

«Y si esta vez te estás equivocando, o si esta vez… no es lo que crees».

—Es mejor así —sentencio con la firmeza de quien ya ha leído este guion y sabe cómo termina.

«¿Estás segura?», insiste, como el maldito clip de Windows que aparecía, aunque no lo invitaras, y nadie sabía cómo desactivar.

—No pienso dudar —me digo en voz alta, mirándome a los ojos y firmando un contrato conmigo misma, con cláusula de penalización si vuelvo a caer.

Y esta vez, no pienso romperlo. Ni doblarlo. Ni leer la letra pequeña. Esta vez, la historia la escribo yo.



El local no ha cambiado. Las luces de neón siguen parpadeando con esa mezcla entre «bienvenidos» y «podríamos estar cerrados, pero si traes pintalabios rojo, pasa». Al fondo suena *Hey! Baby* de Bruce Channel, con su armónica juguetona y su ritmo canalla, de esos que te invitan a mover las caderas antes de pensar. Me dan ganas de subirme el moño dos pisos más y ajustarme mejor la autoestima bajo el sujetador con aros.

Entro, y me envuelve ese aire cálido y vibrante que solo se respira donde la música no solo se escucha: se siente. Aquí el cuerpo se menea con descaro, las caderas se entienden sin hablar, y el ritmo late más fuerte que cualquier decepción amorosa. La base se cuela por mis talones y sube con un cosquilleo descarado hasta la cintura, que se balancea como si tuvieran algo que decir.

«Cómo lo echaba de menos…».

El suelo de madera retumba con cada pisada, los tacones marcan el ritmo y las luces tenues tintinean sobre una pista en la que los cuerpos se agitan, giran, se lanzan al aire o se contonean con gracia despreocupada, como si estuvieran en un anuncio de Coca-Cola en los sesenta. Huele a sudor con brillantina, a laca, a rímel a prueba de dramas, y a viernes con sabor a *rock'n roll*. Me acomodo la falda de vuelo, roja, por supuesto, porque si hay que resucitar de entre los fantasmas del corazón, que sea con un *look* de infarto, y camino entre los grupitos que se arremolinan en los márgenes de la pista. Voy buscando una cara en concreto. *La cara.* El de siempre.

«Roberto».

Y ahí está. Con su camisa hawaiana bien planchada, sus tirantes de caballero con swing y su tupé más alto que su ego, que ya es decir. En cuanto me ve, se le suben las cejas como si acabara de ver a Elvis reencarnado en mí. Se le estira la sonrisa y viene directo, con ese andar suyo de tipo que ha aprendido a bailar para no tener que explicar sus sentimientos.

—Señorita —me saluda con una reverencia de esas que deberían ir acompañadas de una flor robada de la barra— Dolores… ¿Me concede este temazo?

—Solo si juras no lanzarme por los aires —le digo, dándole la mano—. Esta falda está para lucirla, no para que acabe colgada del ventilador.

Y entonces empieza. Los primeros acordes de *Do You Love Me?* sacuden los altavoces con una clara declaración de intenciones. La batería irrumpe con un latido salvaje y la voz rasgada de The Contours lo suelta sin anestesia: *You broke my heart ´cause I couldn't dance.* Y yo solo puedo responder con las caderas. El ritmo no da tregua: rápido, juguetón, descarado, como si cada nota me retara a volver a ser yo. Roberto y yo nos lanzamos al centro, y ya no somos personas: somos *groove*, actitud, juego.

No hay piruetas. No hacen falta. Mis caderas lideran, mis pies siguen sin esfuerzo, y mis hombros entran en la conversación como si se supieran el guion de memoria. Él me sigue, o yo a él, da igual, porque esto no es un número: es un coqueteo bailado, un «aquí estoy» con sonrisas y ritmo.

Damos un par de vueltas suaves, me recoge de la cintura, y en lugar de lanzarme al aire, me deja brillar con cada giro que yo misma decido, sabiendo que no hay nada más sexy que una mujer bailando para sí misma. Me río como hacía tiempo que no lo hacía, sin freno. Me olvido de todo. Del silencio de Mario. Del móvil que no suena ni aunque le haga promesas obscenas. Solo estoy yo, y este momento en el que vuelvo a sentirme una jodida reina del ritmo, más diva que drama.

A nuestro alrededor, el espectáculo es un festival: una mujer con moño y labios naranja que baila con la determinación de quien está a punto de ganar el oro olímpico. Un chico con pantalones pitillo que se desliza de espaldas sin derramar su cerveza, y una pareja mayor que marca el ritmo como quien lo ha inventado, y cuando los miro no puedo evitar sonreír, porque yo quería algo así. Algo sencillo, pero con esa magia que solo se consigue con la persona adecuada.

La canción termina y Roberto me suelta con una floritura exagerada.

—Eres dinamita, Lola. Si no me dejas respirar cinco minutos, me vas a provocar una arritmia.

—No es arritmia, es susto escénico. Normal, no todo el mundo está preparado para bailar conmigo —le respondo, riendo mientras me abanico con una servilleta doblada.

Nos reímos, sudamos, compartimos un agua con limón que sabe a colonia vintage, y volvemos a la pista. Porque esta noche, por fin, no estoy esperando a nadie. Estoy bailando. Y me sabe a gloria bendita.

—¡Lola! —grita Rosa por encima de la música, con ese tono de quien avisa que ha llegado la estrella del *show*—. ¡Se nota que has aterrizado, reina!

—No será por el perfume, ¿no? —bromeo, mientras me recoloco el moño como si llevara una corona.

—Es el ambiente, cariño. Lo trastocas todo cuando mueves esas caderas. Me acaban de decir que has provocado un tifón en el otro lado del mundo. —Me guiña un ojo con esa sonrisa suya que debería venir con advertencia: puede causar adicción.

Me regala un abrazo de esos que no piden permiso, que no preguntan qué tal estás porque ya lo saben. Apoyo la barbilla en su hombro, y por un segundo el mundo se queda quieto. Ya no hay ruido, ni música, ni vueltas. Solo eso: la calma después del huracán.

CAPÍTULO 49



Me levanto del taburete con la copa intacta y un cabreo que no entra en el vaso. Ella ya se aleja con ese contoneo suyo que grita «he ganado», como si esto fuera un puto tablero y no mi vida. La sigo. Porque no pienso dejarlo así.

Elisa se mete en el ascensor, y justo cuando las puertas van a cerrarse, me cuelo dentro. Ni me mira. Está demasiado ocupada sacando el móvil del bolso, lista para hacerse un *selfie* con esa sonrisa suya de anuncio.

Hasta que me ve en la pantalla.

—¿Mario? Vaya… —ronronea—. Parece que sí que quieres desconectar. Olvidar a esa que te trae de cabeza…

Se da la vuelta con teatralidad y se inclina hacia mí, dejándome ver mucho más que su escote. Es de las que no deja nada al azar.

«Pero yo sí. Yo tengo otro plan».

Le agarro la muñeca con firmeza y se la coloco a la espalda, con suavidad, pero sin pedir permiso. Me acerco tanto que puedo oler su perfume caro, ese que antes me gustaba y ahora me da náuseas.

—Ahora te vas a portar bien… —susurro, cerca de su boca.

Elisa me mira los labios, encantada de la vida, creyendo que ha ganado otra partida.

—Ajá —responde, satisfecha de prestarse al juego.

La guio con el cuerpo, la apoyo suavemente contra la pared del ascensor, y clavo la rodilla entre sus piernas. Ella suspira, creyendo que ha obtenido lo que quería.

—Vas a estar calladita, ¿a que sí?

Asiente, fascinada. Casi emocionada.

—Así me gusta, buena chica.

Y entonces le cojo el móvil. Desbloqueado. Listo.

—¿Qué haces? —pregunta, con la voz afilada por la sorpresa.

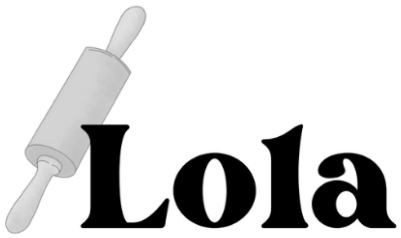
—Lo que tendría que haber hecho desde que te cargaste el mío —respondo sin mirarla, navegando entre sus contactos como quien busca un bote salvavidas en medio del naufragio.

Ninguno de los nombres me suena. Todos extraños. Solo hay una persona en este momento que puede ayudarme. Y no está en este ascensor. Marco el número de memoria, activo el manos libres y espero, paciente, mientras los tonos suenan.

—¿Sí? —responde con la voz adormilada.

—Necesito tu ayuda.

CAPÍTULO 50



—¡Que alguien saque a la Teticookie del horno antes de que se le caigan los pezones! —grita Encarni desde el fondo.

—¡Ya voy! —responde Julia, alzando apenas la voz, con las mejillas del color de la mermelada de fresa.

—¡Javi! —brama Ana como un trueno con delantal—. ¡Deja de comértelas!

—Lo *fienfo*… —farfulla él, con una media galleta encajada en la boca.

—Solo se ha comido dos —lo defiende Julia, en un susurro.

Aquí ya huele a romance y del bueno.

—Dos que tú hayas visto —suelta Encarni, entre risas, con ese tonito de «sé más de lo que digo».

—Aquí estáis presenciando el corazón del obrador, su magia, su… —empieza Lydia, con voz de *influencer* a punto de subir una historia.

—Lydia —la corto, arqueando una ceja antes de que me grabe—. Guarda el móvil y saca la espátula… que si se nos queman, no hay filtro que lo salve.

Y así comienza mi mañana: entre galletas subidas de tono, café tibio y esa punzadita tonta en el pecho que me recuerda lo gilipollas que fui por ilusionarme. Han pasado tres días sin saber nada de él.

No es que lo esté contando, aunque con la tontería de las galletas virales, tengo a todos los alumnos en el obrador desde primera hora, como si estuviéramos en Gran Hermano versión repostera. Y sí, ya sé que esa posibilidad existía. Que no somos nada. Que no habíamos prometido ni media intención. Pero cuando sucede… jode. Y jode mucho más de lo que debería.

Camino hasta la entrada, donde me espera el repartidor, y a través del cristal contemplo la cola inesperada de gente. Al parecer, las Teticookies han causado furor y ahora somos el parque temático favorito de quienes buscan azúcar con doble intención.

—Profe, necesitamos más chocolate para que mis tetas exploten bien en la boca —vocifera Encarni como quien pide perejil en la frutería.

—Madre mía —murmuro.

Me pinzo el puente de la nariz. Necesito un ibuprofeno, y una sesión de exorcismo para los glúteos. Porque sí, anoche no bebí tanto, pero hacía siglos que no movía el esqueleto con tanto entusiasmo. Una cosa es hornear sin descanso, y otra muy distinta es dejar que los brazos de Roberto, fuertes, firmes y con *swing*, me lancen al aire como si fuera una *rockstar* con falda de vuelo.

—Queridos *viewers* míos, los que estáis deseando tener noticias del local del momento, *Cookie Love*, aquí podéis ver la enorme cola de clientes entusiasmados con el nuevo top ventas, ni más ni menos que las Teticookies —narra Lydia con énfasis en la palabrita.

La veo venir hacia mí y me entran los mil males. Me recoloco el pañuelo e intento retroceder con la sutileza de Homer Simpson escondiéndose en los arbustos, pero Marisa, muy traicionera ella, me empuja hacia delante con una sonrisa de «disfrútalo, reina».

—Aquí tenemos a nuestra jefa de obrador, la única, la inigualable… ¡Lola! —anuncia Lydia como si me presentara en Eurovisión.

Sonrío con ese gesto plástico y exagerado que solo se ve en la teletienda a las tres de la mañana. Total, ya qué más da. Que me

graben, que me etiqueten, que me conviertan en meme. Pero que al menos me pillen con dignidad.

—¿Algunas palabras para tus admiradores, oh reina de la repostería subidita de tono? —pregunta, enfocándome de cerca con el móvil.

Miro a Lydia con cara de esta me la pagas. Ella me sonríe con todos los dientes, como si acabara de regalarme un viaje a las Bahamas con alojamiento incluido.

—Sé que me quieres —canturrea, sin dejar de grabar.

—Eso no te va a salvar de que te toque recoger las bandejas con las tetas derretidas —respondo, muy digna, como si no tuviera las mejillas a punto de fundirse con el rímel.

—Merece la pena por el contenido, reina —dice, enfocándome en primer plano mientras yo intento que no se me note que tengo una miguita en la ceja y un mechón de pelo queriendo independizarse.

—Para que luego digan que la repostería no es arte —añado, alzando una ceja y señalando la cola de gente que sigue creciendo. Parece que estemos regalando orgasmos en bandeja.

Julia aplaude desde el fondo, Encarni levanta una Teticookie como si fuera el santo grial, y la muestra con solemnidad a sus nuevos admiradores, que la reciben entre vítores y aplausos, convencidos de que acaban de descubrir la cura para los lunes.

—¡Esta es la auténtica, la original, la única galleta con *pechonalidad*! —grita, y yo creo que una señora de la cola se ha santiguado.

—A este paso le va a salir club de fans —murmura Marisa, que está flipando tanto como yo.

—Eh, profe, ahora Mario no podrá decir que es tu mejor alumno, que el otro día se lo tenía muy creído con su supergalleta de manzana.

Zas. Directo al esternón. Esa punzadita que ya creía tener domesticada, pero que aparece como si llevara GPS programado

para las frases que no quiero oír. La apuesta. Esa frase suya tan segura de que ganaría. Que sería mi mejor alumno. Y si lo conseguía… cena.

«Mierda».

—Es raro que no esté por aquí… no se había saltado ninguna clase hasta ahora —susurra Julia, bajando la mirada al bol que sostiene, como si buscara allí una explicación que no llega.

Pam. Esa me ha dado justo en el hígado.

—Eso, por cierto… ¿Sabes cuándo volverá? —pregunta Ana.

Auch. Flecha al corazón.

—No lo sé… —respondo, con una mueca ligera, fingiendo que me resbala.

—Como teníais tanta química… entre pullas y verdades escondidas —canturrea Lydia, que está pendiente de todo a través de la pantalla.

«Me están dejando como un colador».

—Qué observadora… —Entorno los ojos, disparándole una mirada que dice «ni una palabra más».

Ella se ríe y hace lo que mejor sabe: escabullirse con gracia antes de que le devuelva la pulla.

—Lola —me llama Marisa, acercándose a mi oído con esa voz que solo usa cuando algo se sale del guion—, hay alguien preguntando por ti en el mostrador.

—¿Alguien? —repito, frunciendo el ceño.

—Una mujer. No sé… lleva un pañuelo en la cabeza y gafas de sol. Muy *señora en modo incógnito*.

Levanto la vista y, entre el gentío, distingo a la figura que se ha plantado con decisión al otro lado del cristal, como si esperara que todo el mundo se apartara solo con verla. Me recoloco el pañuelo, respiro hondo y camino hacia allí. Porque si algo he aprendido

últimamente es que las visitas inesperadas nunca llegan por casualidad.

CAPÍTULO 51



Hay algo cruel en despertarse en el paraíso con la sensación de que te falta el aire.

Las palmeras se balancean como si no hubiera pasado nada, ajenas al avispero que tengo en la cabeza. La brisa es cálida, el sol lo cubre todo con una pereza deliciosa y yo estoy aquí, encerrado en una habitación de hotel cinco estrellas con minibar lleno, vistas al mar y el alma hecha un nudo.

Ventajas de ser piloto: cuando te toca pernoctar en el Caribe, te tratan como si fueras alguien importante. Desayuno buffet, cama *king size* que en otras ocasiones le hubiera dado otro tipo de utilidad, y una pulsera azul que te permite pedir mojitos desde las diez de la mañana sin que nadie te mire raro. Pero ni todo el ron del mundo consigue anestesiar lo que me arde dentro.

Elisa ha desaparecido, por fin. Después de su numerito en la barra, de su «fue sin querer» con mi móvil, que sigue muerto, por cierto, y de ese intento patético de volver a engancharme con su cuerpo y los recuerdos. Sin embargo, esta vez no coló. No con todo lo que tengo en la cabeza.

Mi jugada para poder hacer esa llamada me ha salido cara, porque ahora solo me queda esperar. La diferencia horaria no ayuda, pero hice lo único que podía: pedí ayuda a la única persona en la

que confío cuando todo se tambalea. Le rogué que me llamara en cuanto pudiera. Que me daba igual la hora, el lugar o si estaba durmiendo. Le di el teléfono de recepción y número de la habitación como si fueran las coordenadas para rescatarme. Y por eso no me he movido de aquí.

«Parezco un puto gilipollas».

Puede que Lola no me esté esperando... joder, ya empiezo a dudar de todo. Esto de haber tenido que largarme justo en ese momento me corroe por dentro. Había algo en su sonrisa, en esa forma suya de mirarme, que me daba esperanzas. Como si, aunque no lo dijera, ella también sintiera algo más. O puede que me lo haya inventado todo y esté sobredimensionando la historia igual que un crío con su primer *te gusto pero como amigo.*

«Quién cojones me ha visto y quién me ve».

Yo, el que se largaba cuando las cosas se ponían serias, ahora estoy aquí, tumbado en la cama, mirando el techo y esperando esa puta llamada como si me fuera la vida en ello. Resoplo. Ya está bien. Me levanto de un salto, me deshago de la camiseta, dejo caer los pantalones con la ropa interior y me encierro en el baño.

—A la mierda —murmuro, mientras abro el grifo de la ducha—. Si no ha llamado todavía, puede que me dé tiempo a una ducha rápida.

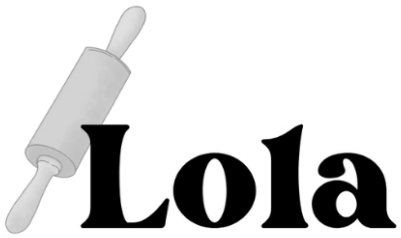
El vapor empieza a empañar el espejo, queriendo ocultarme del ridículo que estoy haciendo, esperando junto al teléfono de un hotel carísimo a que suene. Me meto bajo el chorro y el agua caliente me golpea la espalda con fuerza, empeñada en sacarme el nudo del pecho a presión. Me inclino un poco, dejo que me empape entero, y me paso las manos por el pelo, tratando, sin éxito, de aclararme las ideas.

«Tienes el paraíso al otro lado de la ventana y estás aquí, atrapado entre azulejos y expectativas que no sabes si son tuyas o prestadas».

Cierro los ojos. Respiro hondo. Y entonces, como si el universo tuviera sentido del humor y un máster en *timing* dramático, suena el teléfono de la habitación. Un *ring* cortante, directo. Uno solo, y ya tengo el pulso en los oídos. Me quedo congelado. Literal. Como si el agua se hubiera transformado en hielo.

—No me jodas…

CAPÍTULO 52



El pañuelo le cubre casi toda la frente. Las gafas son tan grandes que podrían tener vida propia. No habla. No sonríe. No se mueve. Solo espera.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto, intentando sonar más jefa de obrador que protagonista de thriller.

—Sí —responde mientras lanza una mirada rápida a ambos lados, como si estuviera esperando una redada o un flashazo de paparazzi.

—Pues tú dirás.

—Tengo un mensaje para ti —susurra.

Se quita las gafas con lentitud, parece que está a punto de revelarme que soy la heredera de una fortuna millonaria o que mi repostería tiene poderes curativos. Pero no. Solo su cara. Y ni rastro del redoble de tambor. No sé quién es para tanto secretismo. Aunque… hay algo en su voz que me resulta familiar. Como un eco o una canción que no sabes de qué *playlist* ha salido, pero que reconoces.

—¿De quién? —inquiero, algo desconfiada.

«Soy así por naturaleza».

—Mario.

Levanto una ceja tan alto que podría usarla para cortar hojaldre. Ya estamos. Ruedo los ojos y respondo mordaz.

—Mira, si vienes de su parte para darme explicaciones, pídele que se las ahorre y que venga él. Que ya es mayorcito, ¿no?

Ella parpadea, no se inmuta.

«Lo que me faltaba, que venga un ligue suyo a contarme historias».

—No quiero causar problemas. Solo vengo a decirte que…

—Y yo no quiero escuchar mensajes de sus ligues, ni de sus arrepentimientos, ni de sus «es que se me complicó la vida» —la interrumpo con una sonrisa tensa—. Si tiene algo que decir, que venga. Yo no soy su buzón de voz.

—No soy un ligue.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué te presentas aquí con gafas de sol, pañuelo y un aire de «he tenido acceso íntimo a la parte de arriba de Mario» que huele a telenovela de sobremesa? Solo te falta el ventilador que te ondee el pelo y un monólogo mirando al horizonte.

Ella se tensa, mira hacia atrás al gentío en el obrador, nerviosa.

—No quiero que me reconozcan.

—Vaya, ¿eres famosa o solo te da vergüenza el recado?

Entonces me mira con esos ojos que ahora sí me resultan peligrosamente familiares. La curva de la boca, la forma de arrugar el entrecejo…

—Soy Maite. La hermana de Mario.

Silencio.

Más silencio.

Un microsegundo de nada que me deja en blanco, como si me hubieran apagado la luz.

—Sí, claro.

—La hermana —repite—. La misma que estuvo aquí hace unos días cuando estuviste enferma. La que Mario llamó porque no sabía a quién recurrir.

Y entonces, ¡zas!, la reconozco. Claro que lo hago. No por la cara. Por la voz. La misma que me decía que me tomara el paracetamol, que no me levantara a amasar, que el mundo no se iba a desmoronar si no horneaba durante dos días.

—Hostia… —susurro, tan bajito que casi no me oigo.

Ella asiente, con una mezcla entre resignación y ternura.

—Sí, es un auténtico gilipollas. Te lo digo con la propiedad de hermana menor. Pero esta vez… es diferente. Y te juro que no pensaba decir eso nunca. No hasta que vi cómo te mira. Hasta que entendí por qué se quedó pillado contigo.

—Creo que te equivocas. Él no está… —digo, cruzándome de brazos, como quien intenta cubrirse de un terremoto emocional con una servilleta.

—Sí, créeme, lo está —afirma soltando una risa que le nace de la garganta. Sabiendo que yo iba a negarlo todo

—Pues mira, si siente tanto, que venga —sentencio, con ese tono que uso cuando ya estoy harta de hacerme la fuerte—. Si de verdad tiene algo que decir, que me lo diga a la cara. No con mensajeras disfrazadas de espías. Así que, si me disculpas, tengo mucho lío, como puedes ver.

Me giro, decidida a volver con los míos, con mis galletas sexuales y mi caos.

—En eso estamos de acuerdo, pero le ha sido imposible —añade ella, justo antes de que cruce la puerta.

—Pues cuando le resulte posible, hablaremos. Mientras tanto, la vida sigue y mis galletas me necesitan.

No pienso ceder ni un paso. Si es cierto lo que dice su hermana, que venga y me lo diga. Que me lo diga *él*. Como se dicen las cosas que importan.

—Lola, por eso me ha enviado. Le ha sido imposible venir y me pidió que te dijera que volverá…

Me detengo en seco. Aprieto los puños. Casi me clavo las uñas en las palmas. Ladeo la cabeza, sin girarme.

—¿Volverá? ¿Qué tiene que hacer tan importante como para desaparecer así? Sin una llamada. Sin un mísero mensaje. *Nada*…

—Es largo de contar, pero… su móvil se ha estropeado.

Suelto una carcajada seca, hueca.

—Ya. Claro. *No tenía batería, se me rompió la pantalla, me surgió un viaje de última hora*… —canturreo, forzando la voz grave—. Ya me las conozco todas. Vienen en el manual del capullo emocional.

—Pues esta vez todo es cierto.

—Ahora me dirás que está incomunicado o algo así.

—Pues sí. No sé qué te ha contado Mario de su vida, pero ha tenido que salir en un vuelo a Punta Cana. Está allí. Sin teléfono.

«Punta Cana».

Palmeras, cócteles con sombrilla, mujeres en bikini, camas balinesas y atardeceres que parecen filtros de Instagram. Y él allí, en ese puto paraíso tropical, mientras yo lidio con galletas con pezones y una dignidad que se me resbala como el glaseado caliente.

—Vaya, en Punta Cana. Pobrecito… lo debe de estar pasando fatal —musito con una sonrisa ácida.

Maite se pasa una mano por la cara, intentando borrar el cansancio, la frustración… o las ganas de decir algo que aún no sabe cómo soltar. La entiendo. Yo también me he quedado sin filtro y sin paciencia hace rato. Así que ya somos dos.

—Ahora entiendo mucho mejor el impacto que le has causado —añade, y no sé si sonríe por nervios, por torpeza o porque ya no sabe cómo manejar este fregado—. Hay muchas cosas que no sabes de él…

Y justo entonces, como si el universo tuviera sentido del humor y muy mala leche, se abren las puertas del obrador y aparecen Encarni y Ana.

—¡Profe! —grita Encarni—. Que te están buscando para firmar una Teticookie. ¡Vas a tener que sacar rotuladores comestibles!

Ana se detiene un segundo. Clava los ojos en Maite y frunce el ceño.

—Anda… ¿Maite?

—¿La conoces? —pregunto, alternando la mirada entre las tres como quien se entera de que su tarta de cumpleaños lleva velas de funeral.

—Pues claro… ¡No me digas que tú también vienes por una Teticookie! —remata Encarni, a grito pelado, con esa alegría de quien no sabe que está metiendo el dedo hasta el fondo.

Maite traga saliva. Y lo que le veo en la cara no es solo incomodidad: son todas las fases del pánico mezcladas con arrepentimiento, culpa y unas ganas evidentes de que la tierra se la trague... pero con cucharita, y en cámara lenta.

—Es nuestra maquilladora de confianza —añade Ana, que sonríe como si no acabara de soltar una bomba—. Y la *culpable* de que estemos en el curso —añade con ternura.

—¿Culpable? —repito, sin entender nada, pero temiéndolo todo.

—Sí, Maite nos regaló la inscripción —dice como quien cuenta que le invitaron a un café.

—¿Cómo que os regaló? ¿A las dos? ¿Qué pasa, que mi vida es un *crowdfunding* y se les olvidó avisarme? —pregunto, irónica.

—Pues nos soltó un «tengo un regalito para mis clientas favoritas, y no se admite un no» —canturrea Ana, feliz como unas castañuelas.

Maite se gira hacia mí. Está pálida. Se quita el pañuelo con un gesto lento, dejando al descubierto su pelo corto y rebelde. Luego

baja los hombros, rendida, como si ya no le quedaran más disfraces que quitarse.

—No tenías que enterarte… no así —responde con la voz tomada, y las palabras raspándole la garganta.

—Un momento —susurro, y siento cómo se me encoge el pecho —. ¿Qué me estás intentando decir?

«Siento como si el suelo fuera fondant y se me hundieran los pies».

—Fue cosa de Mario. Él me pidió que llenara el curso. Para ti. Para que siguieras adelante.

Silencio. Del denso. De ese que no se puede cortar ni con el cuchillo del pan del día anterior. Ruido blanco. Y muy al fondo, el pitido del horno, como si la vida, en su infinita ironía, me recordara que, aunque mi mundo se esté desmoronando igual que un soufflé mal horneado, los minutos siguen pasando y las galletas se siguen dorando.

—¿Llenó el curso…? —murmuro, dando un paso atrás, necesitando espacio para ordenar el caos que se me acaba de meter en la cabeza. Busco a Marisa entre la gente, y en cuanto me ve, sabe que algo no va bien.

—¿Qué te sucede? —pregunta, extendiendo las manos hacia mí.

—Encarni, Ana… —Miro a mi alrededor como quien despierta de un sueño raro, con la sensación de que nada de lo que me rodea es lo que parece—. ¿Quién más?

Maite se gira y señala con la barbilla.

—Julia. Javi.

—¿Cómo? —pregunto, con el ceño fruncido, porque mi cabeza ya va por detrás de los acontecimientos.

—Julia es la sobrina de una vecina que me tiene en nómina para todos los bautizos, y a Javi… bueno, fue improvisado. Mientras maquillaba a su madre, me dijo que su hijo estaba en casa sin hacer

nada, que solo salía para ir al gimnasio, y me lo «ofreció» como quien regala un jamón en una rifa.

Me cuesta tragar saliva, su confesión se me ha quedado atravesada en la garganta. Desvío la vista y busco los ojos de mi tía, la única que puede salvarme de esta locura.

—Marisa… ¿A Lydia la llamé yo? —pregunto, con un hilo de voz, repasando mentalmente la lista de invitadas a mi propia fiesta sorpresa.

—Claro que sí, Lola —responde Marisa, mirándome con preocupación—. ¿Qué está pasando?

Trato de responder, pero lo único que consigo es parpadear muy rápido, como si con eso pudiera espantar la verdad que acaba de colarse por la rendija.

—Todo esto… —Miro a Ana, a Encarni, al gentío que de repente ya no reconozco, al nudo que se me ha formado en la garganta—. ¿Fue idea suya?

Maite asiente. Y sus ojos, esos ojos que ya no están ocultos por gafas ni por pañuelos, brillan con una tristeza serena.

—Solo quería ayudarte —murmura—. Sin que tú lo supieras. Sin colgarse la medalla. Solo… por ti. Por lo que hizo. Era su manera de pedir perdón sin usar palabras.

Todo lo que quería creer se tambalea. Lo que hasta ahora me parecía cierto, se me cae encima con forma de verdad incómoda. Cada gesto, cada palabra de Mario, ahora resuena distinto. Y lo peor de todo… es que empiezo a entenderlo. Y no sé si estoy lista para hacerlo.

CAPÍTULO 53



Salgo a trompicones de la ducha, resbalando con medio cuerpo empapado, y el otro ya seco por el aire acondicionado. Me lanzo sobre el auricular como si estuviera rescatando a alguien del borde del abismo.

—¿Mario Cervantes? —pregunta una voz demasiado neutra para ser la de ella.

—Sí, soy yo —respondo, arrastrando una gota por la sien.

—Le llamamos desde coordinación de vuelo. Lamentamos avisarle con tan poca antelación, pero la salida del jueves queda reprogramada. Un tifón se ha desviado de su trayectoria inicial y el frente tropical ha complicado toda la operativa. No podremos garantizar salidas seguras en las próximas setenta y dos horas.

Ahí está. La frase que lo cambia todo. Porque, hasta ese momento, me agarraba a la idea de que tenía solo tres días que matar. Tres días de espera, de nervios, de *ojalás*. Tres días que podía ocupar en darle vueltas a todo lo que no supe decirle a Lola, todo lo que me habría gustado hacer de otra forma. Pero ahora ya ni eso. Porque ahora ni siquiera tengo una salida asignada. Mientras la voz sigue enumerando procedimientos y disculpas institucionales, yo ya no escucho. Agradezco con un «recibido, gracias» que me sabe a

ceniza, cuelgo y me quedo mirando el teléfono como si fuera a sonar de nuevo y darme una segunda oportunidad. Pero no lo hace.

«Me estoy volviendo loco».

Me apoyo en el borde del escritorio, resoplo y me paso una mano por la nuca. El aire acondicionado me eriza la piel mojada, pero no es eso lo que me hiela. Más tiempo para estar atrapado en este paraíso con alma de pecera. Más tiempo para pensar. Como si necesitara más.

«Necesito salir de aquí, aunque sea quince minutos».

Me visto sin pensarlo demasiado. Un polo ajustado, pantalón de lino y mis zapatos. No he traído mucho más, porque mi idea no era pasar varios días en la jodida Punta Cana. Paso los dedos por el pelo, me echo colonia en el cuello, como si ese gesto tuviera algún sentido más allá de intentar tapar el agujero que llevo en el pecho. Agarro la cartera y salgo de la habitación con la determinación torpe de quien no sabe adónde va, pero no quiere seguir donde está.

Camino por el pasillo como si mis piernas intentaran adelantarse al ruido de mi cabeza. Y entonces lo oigo. Un timbre agudo, lejano, pero lo bastante claro para frenarme en seco. Me giro, el corazón encabritado y la esperanza en el umbral. Vuelvo sobre mis pasos, un poco más rápido de lo que querría admitir… hasta que la puerta contigua se abre y una mujer sale con el móvil en la mano, hablando en francés entre risas mientras se recoloca el pareo y me lanza una sonrisa distraída.

«No era para mí. Otra vez no».

—Venga, ya basta —murmuro, y esta vez no me detengo hasta llegar al ascensor.

Me froto la cara con ambas manos y dejo escapar una carcajada que no llega a ser risa.



Hace rato que estoy aquí sentado. En el mismo taburete alto, con las piernas medio dormidas y la vista perdida en las palmeras que se mecen en calma, ajenas al puto huracán que tengo montado en la cabeza. El chiringuito, a escasos metros de la playa, huele a ron, a coco y a ganas de olvidar. Los farolillos de colores bailan con la brisa, y yo bebo lento, como si el vaso pudiera llenarse solo de respuestas.

—¿Lo mismo? —pregunta el camarero, ese tipo con rastas, sonrisa zen y pinta de haber escuchado ya todas las penas del mundo dos veces.

—Sorpréndeme —le digo, por segunda vez en menos de una hora.

Y ahí estoy, en el paraíso. Con un vaso en la mano y un nudo en el pecho que ni el Caribe entero podría desatar.

—Mira que tener esa cara y venir solo… —dice una voz aguda a mi derecha. Joven, risueña y con más confianza que ropa encima.

Levanto la vista. Un grupo de chicas con coronas de flores y camisetas a juego ríen con esa despreocupación de quien cree que el mundo le pertenece. Una de ellas me lanza una mirada descarada, como si estuviera eligiendo postre y yo fuera la opción más pecaminosa del menú.

—¿Eres actor? —pregunta otra, inclinándose sobre la barra con una sonrisa ensayada y un escote que grita por atención más que su voz.

—Piloto —respondo sin pensar.

«Mal movimiento. Eso les da alas, literal».

—¡Sabía que eras algo peligroso! —chilla una. Las demás se ríen como si acabara de soltar el chiste del año.

El camarero me lanza una mirada cómplice desde el otro lado de la barra. Se encoge los hombros y desliza otro vaso hacia mí, convencido de que lo voy a necesitar.

—¿Y tú cómo te llamas, capitán? —insiste la del escote, apoyando el codo junto al mío—. Bebe con nosotras… —añade, relamiéndose.

—Estoy de servicio, señorita —miento con una sonrisa torcida—. El avión sale en breve y hay que estar sobrio para volar.

—¿Y el copiloto no puede encargarse un rato? —coquetea ella, ladeando la cabeza.

«Joder, Lola… ¿ves lo que me haces? Ni siquiera puedo flirtear decentemente sin pensar en ti».

—Al menos dinos cómo te llamas… o prefieres que te llamemos capitán —ronronea otra, arrastrando las palabras como si fueran caricias.

Bebo. Trago. Cierro los ojos un segundo. Y ahí está. Su risa. Su puta risa, cruzándome la memoria sin permiso, una maldita turbulencia en pleno cielo despejado.

—Me llamo Mario —respondo al fin, porque no sé hacerme el borde tanto rato seguido—. Y estoy esperando una llamada. De esas que no se pueden ignorar.

La chica me mira con esa expresión de «no lo pillo, pero qué mono es». Se encoge de hombros, gira la cabeza hacia sus amigas y cuchichean entre risas, antes de volver a enfocarme como si aún tuvieran algo más que ofrecer.

—Pues si esa llamada no llega… estamos en la habitación 2015. Algunas tenemos ganas de fiesta —dice con una sonrisa que lleva más promesas que ropa interior.

«Una vez que intento portarme bien y me convierto en el jodido *Candy Crush* de las despedidas de soltera. Tiene huevos la cosa».

—Lo que pasa en Punta Cana, se queda en Punta Cana —corean todas, antes de girarse en sincronía y lanzarme un par de besos al aire como si fueran confeti.

El camarero me sirve otro trago. Esta vez, ni se molesta en preguntar. Sabe que lo necesito más que oxígeno.

—Este es más fuerte que el anterior —dice, mientras lo deja frente a mí con la delicadeza de quien coloca una bomba—. Creo que te hace falta.

Lo agarro y, sin preámbulos, le doy un trago largo. Quema. Perfecto. A ver si así se me duermen las neuronas y dejan de repetir su nombre como un puto mantra.

—Gracias —murmuro, con la voz un poco más áspera de lo que pretendía.

—Yo quiero lo mismo —dice una voz que reconozco antes de girarme. Mi nuevo copiloto de penas.

Sonríe como quien ha visto de todo, y aun así no se aburre.

—Vaya, vaya… mírate. Yo que pensaba que estabas comprometido, con lo que te marcaste el otro día rechazando a Elisa… y resulta que te llueven las ofertas.

—Las ofertas llueven, sí. Aunque todas caducadas —respondo, alzando el vaso en un brindis fúnebre—. Y algunas vienen con cláusulas tóxicas, efectos secundarios o remordimientos en formato familiar.

Mi colega suelta una carcajada.

—¿Y eso? ¿Te dio fuerte o qué?

—Tú no sabes lo que es fuerte. —Me apoyo en la barra, y noto que ya hablo más con el corazón que con la cabeza, lo cual nunca es buena señal—. Fuerte es besar a alguien y notar cómo se te descuelga el alma. Fuerte es decir «esto no es nada» y, cuando me quise dar cuenta, ya estaba calado hasta los huesos. Fuerte es largarte porque tenías un puto vuelo programado y darte cuenta, cuando ya estás a mil kilómetros, de que acabas de perder lo único que no querías soltar.

«Vale, esto se me está yendo de las manos».

Él me mira, ahora sí, sin rastro de burla. Solo me da un par de golpecitos en el hombro, como diciendo «te acompaño en el sentimiento, *bro*».

—¿Y quién es la afortunada?

—Una mujer. Pero no cualquiera. Una mujer con todas las letras y en mayúscula. Porque cuando ella entra en una habitación, todo lo demás se detiene. Y cuando te mira… sabes que estás jodidamente atrapado.

—Hostia.

—Sí. Hostia fue lo que me llevé cuando salí de aquel puto obrador sin decirle lo que de verdad siento. Porque es la jodida primera vez que este de aquí —me señalo el pecho, y aunque una parte racional quiere frenarme, la otra, esa borracha de emociones, decide que ya es hora de soltarlo todo—, nunca ha estado más vivo.

«Contrólate, joder. No sueles ir por ahí soltando monólogos románticos con fondo de reguetón y cocos».

—Vaya…

Bebo otro trago. No sé si es el ron o la culpa lo que me arde más por dentro.

—Y ahora aquí estoy, rodeado de cocos, palmeras, despedidas de soltera y mujeres con más brillo en los párpados que sentido del ridículo, esperando una llamada que no sé si va a llegar. Porque igual ya no hay nadie al otro lado. Igual ya colgó. O me bloqueó. O vete tú a saber…

—¿Bloqueó? —pregunta él, arqueando una ceja.

—Sí. Muy yo, la verdad. Dejar en visto, desaparecer, fingir que no siento… Lo he hecho mil veces. Y hasta hace nada, ni me importaba. Pero ahora... joder, ahora lo es todo.

Nos quedamos en silencio un momento. Solo se escucha el murmullo del mar, el tintinear de los vasos y las carcajadas lejanas de las chicas de la 2015.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta al final.

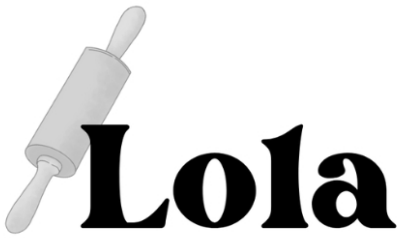
Y ahí, con el eco de su pregunta flotando entre la música caribeña, el susurro de las olas y el runrún de mi cabeza, agito el vaso medio vacío… y por primera vez en mucho tiempo, lo contemplo medio lleno. Quizá porque por fin he dicho la verdad. La jodida verdad. Una que ni siquiera me había confesado del todo, que el ron ha empujado a la superficie sin pedir permiso. Una que ya no pienso volver a tragarme.

Le palmeo el hombro. Respiro hondo.

—Haré lo que haga falta.

Y lo digo sabiendo, con cada fibra de mi cuerpo, que esta vez no pienso largarme.

CAPÍTULO 54



—¿Estás segura de que quieres hacerlo así? —pregunta Julia, en un hilo de voz que apenas se atreve a romper el silencio.

Asiento. No con entusiasmo, sino con determinación. Porque hay cosas que no se pueden decir por teléfono. Porque hay verdades que no caben en un mensaje de WhatsApp. Y porque estoy harta. Harta de esperar respuestas que no llegan, de releer lo que nadie escribe, de dejar mi vida en visto.

—Profe, estamos contigo *pa´* lo que haga falta —brama Encarni, que no sé de dónde ha sacado una botella de Baileys, pero no para de rellenarse la copa como si fuera Aquarius.

No digo nada. Solo los observo a todos alrededor de la mesa. Mis chicas… y Javi. Mis valientes. Mi pequeño ejército repostero. Que han estado ahí para las duras, para las más duras todavía y para las que no tienen nombre ni receta. Que, aunque aterrizaron en este curso por obra del destino, *llamémosle Mario, ejem, ejem*, se han convertido en hogar. Porque algo ha cambiado. Porque después de lo que Maite me ha contado, ya no puedo seguir fingiendo que no pasa nada. No es que me haya soltado una revelación de película con banda sonora y final apoteósico, pero sí ha derrumbado el castillo de prejuicios que me había construido a base de orgullo y malentendidos. Y duele. Porque era más fácil pensar que Mario solo quería pavonearse y deslumbrar con su sonrisa perfecta. No todo

esto, llenar el curso y conseguir que cada uno sume en esta locura. Era su forma de arreglar las cosas sin tocarme la puerta con flores y un cartelón tipo *Love Actually*.

Así que sí, ya no soy la misma. No porque haya cambiado el mundo, sino porque se ha movido algo dentro de mí. Y cuando la venda cae, no hay vuelta atrás. Ahora solo queda seguir. Con los ojos abiertos, el corazón en vilo y la esperanza… bien escondida, por si acaso.

—¿Cuándo vuelve? —pregunta Ana, atusándose el pelo como si habláramos de un *crush* de verano y no de mi jodido punto débil.

—Debería volver mañana —responde Maite. Y ahora que la miro bien, tiene la misma mirada que su hermano… aunque la de ella tiene calidez, y la de Mario, filo disfrazado de caricia.

—¡Anda! Puede que le dé tiempo a venir a la fiesta de fin de curso —salta Encarni, como quien lanza una piedra al agua solo para ver cuántas ondas provoca.

«Esto me pasa por marcarlo en el calendario con rotulador rojo. Y subrayarlo».

—¿Fiesta? —pregunta Maite, arqueando una ceja.

—Maite, tienes que maquillarme. Quiero deslumbrar —salta Ana, ya en modo pasarela de alfombra roja.

—No es una fiesta —me apresuro a aclarar, antes de que empiecen a montar películas en sus cabezas—. Es solo que vamos a ir a bailar. A un local al que suelo ir… Nada del otro mundo.

—Ya, claro. Y yo solo bebo Baileys por el calcio —dice Encarni, brindando consigo misma.

—Yo no sé bailar —murmura Julia muy bajito, mirando su taza como si buscara dentro el manual de pasos básicos.

—Yo tampoco, pero no creo que sea difícil —añade Javi, con una sonrisa ladeada que claramente ha copiado de quien yo me sé. Esa que empieza en la comisura y termina desarmando al personal.

«Mira el niño qué rápido aprende».

—¿Mario también está invitado? —pregunta Ana, y si pudiera, le pondría un filtro de corazoncitos animados sobre la cabeza—. Ya tengo ganas de verlo mover las caderas.

Suspiro. No por la pregunta, sino porque, aunque no quiera, todo me lleva de nuevo a él. A ese momento pendiente. A esa conversación con nombre propio que ya no pienso aplazar más.

—Pues claro, ha participado en el curso —responde Lydia antes que yo, mientras se arranca una de las pestañas postizas como quien descorcha una botella. La fulmino con la mirada, no por la respuesta, sino porque esas mariposas sintéticas sobrevuelan peligrosamente las galletas. Ella, con toda la pachorra del mundo, las aleja de un soplido.

Marisa aparece por la puerta con una bandeja nueva de galletas, la planta en la mesa y nos mira como si fuésemos un grupo de sospechosas de habernos comido al lobo.

—A reponer fuerzas —anuncia. Da dos pasos hacia mí y me tiende la mano.

—¿Qué quieres? —pregunto, alzando una ceja.

—Apoquina —dice, señalándome con el mentón, y entonces me acuerdo. Nuestras apuestas. Cuando Mario era «el misterioso», y fantaseábamos con su trabajo como si fuera el *casting* de un anuncio de colonia—. Piloto. Tercera opción que propuse. Quiero mi premio.

Me cruzo de brazos, fingiendo que pienso.

—¿No habíamos quedado en que solo contaba si se demostraba con pruebas?

—¿Y qué más prueba quieres? El tío ha cruzado más veces el cielo que tú el obrador para buscar una espátula.

Las risas se mezclan con el aroma a galleta caliente. Incluso yo suelto una medio sonrisa, de esas que aparecen solas, aunque la cabeza aún ande lejos. Porque mientras ellas bromean, yo pienso. En él. En lo que sé y en lo que todavía no quiero compartir. En todo lo que ha pasado y en lo que está por venir.

No hace falta que lo diga en voz alta, ellas lo intuyen y Maite lo sabe. Por eso me alegra que no insista. Porque ya se lo he dicho, a mi manera. Nada de llamadas, nada de avisos. Si Mario quiere saber lo que tengo que decirle, tendrá que venir en persona. Sin pantallas de por medio. Sin filtros ni excusas.

Cara a cara. Mirándonos a los ojos. Como se hacen las cosas importantes. Como se cierra un capítulo... o se empieza uno nuevo.



Me quedo un rato más en el obrador, cuando todos se van. Apago luces, recojo migas, ordeno moldes. Me entretengo con la rutina porque todavía me queda algo pendiente.

Camino hasta la *jukebox* y selecciono *You Don't Own Me,* de Lesley Gore. Su voz empieza a sonar y reverbera contra las paredes verdes del local. La música me envuelve. Me abraza suave, como si supiera lo que voy a hacer. Saco el teléfono del bolsillo del delantal con una idea clara. Una que lleva días pidiéndome paso, gritando por dentro.

Antes de escuchar a Mario, de dar cualquier paso en cualquier dirección, necesito arrancar las malas hierbas. Las que llevan meses creciendo en silencio. Las que no se ven, pero me enredan el pecho cada vez que respiro su nombre sin querer.

Me toco el borde del pañuelo sin pensar. Un gesto automático. Un ancla. Como si necesitara su fuerza para dar este paso. Deslizo el dedo por la pantalla y abro WhatsApp. Contemplo su foto de perfil un segundo. Solo uno. El suficiente para recordarme lo ruin que fue.

Abro su chat. Ese donde solo hablaba yo. Donde mis palabras se quedaban solas, esperando respuestas que nunca llegaron. Ahora solo queda polvo, silencio… y esa sensación incómoda de haber insistido demasiado. Pulso sobre su nombre, desplegando el menú. Dudo. No por él, sino por todo lo que vino después y lo que arrastro

desde que se fue: las preguntas sin respuesta, las noches que se hicieron más largas y los «y si» que siguen apareciendo cuando menos los necesito.

«Esta vez no voy a temblar».

Selecciono «Eliminar contacto» y lo hago, sin necesidad de decir nada en voz alta, sin rabia, sin pena. Solo con la calma de quien, al fin, se permite soltar lo que ya no tiene sentido seguir sosteniendo.

Cuando su nombre desaparece de mi lista, respiro hondo, como si, por fin, me quitara un peso que no dolía, pero que tampoco me dejaba avanzar. Relajo los hombros. Y entonces lo sé.

«Ya estoy lista para volver a bailar».

CAPÍTULO 55



Lo tengo claro. Por una vez en mi vida, lo tengo jodidamente claro. Nada más aterrice este avión, no pienso arrastrar más dudas en la maleta. Ni silencios, ni suposiciones, ni recuerdos a medio cerrar. Esta vez voy a decirlo todo. Con palabras. Con lo que siento. Con lo que no he dejado de sentir desde que me fui. Y si me estrello, al menos será con estilo.

«Para todo hay una primera vez».

Pero antes de despegar, necesito saber qué coño está pasando. Si Maite ha ido a *Cookie Love*, si ha hablado con Lola, si… joder, si todo sigue igual o ya se ha ido todo al garete. No tengo noticias suyas, y eso no es buena señal. Porque cuando mi hermana calla, o está tramando algo o está evitando decirme algo.

—Alberto, ¿puedo usar tu móvil un segundo? —le pido, justo antes de que abra TikTok y se pierda en el *scroll* infinito.

—¿Y el tuyo? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Digamos que ha sufrido un pequeño accidente —respondo, echando un vistazo de reojo a Elisa, que se perfila los labios como si el avión fuera directo a una alfombra roja.

—Vale —responde, y sigue mi mirada con curiosidad mientras me pasa el teléfono.

—Gracias —murmuro, deslizando el dedo por la pantalla.

Alberto. El compañero que no quería y que, por segunda vez, me salva la vida. Hablar con él en el bar me ayudó a soltar este puto caos que tengo en la cabeza. Luego compartimos alguna que otra copa y descubrí que, además de hablar como si le pagaran por palabra, sabe escuchar. Y eso, créeme, no lo hace cualquiera.

Me alejo un par de pasos, abro *FaceTime* y marco el número de Maite. Pulso videollamada. No quiero un mensaje. No quiero una nota de voz. Quiero ver sus ojos. Porque si ha pasado algo… si Lola ya ha tomado una decisión, su mirada lo dirá antes que su boca. Mi hermana no sabe mentir cuando la miras de frente. Es como mamá en eso. El tono suena dos veces y, de pronto, aparece en pantalla, pero no es Maite.

«Es *He-Man*. El maldito chihuahua».

La cámara apunta directamente a su hocico. Está tan cerca que veo la humedad de la nariz y un poco de babilla en la comisura. Maravilloso. Lo que siempre soñé antes de un vuelo transoceánico.

—¿Maite? —pregunto, mientras el perro empieza a lamer la pantalla como si estuviera bañada en paté.

—¡*He-Man*, deja eso! —Se oye su voz al fondo, y veo cómo se agacha, desaparece un segundo y luego vuelve con un moño deshecho y restos de una mascarilla verde en la cara—. Estoy un poco liada, ¿qué pasa ahora?

—¿Que qué pasa? Dijiste que me llamarías —espeto, conteniéndome por respeto, que al fin y al cabo no es mi teléfono.

—Ya, bueno… ¿lo dije? —pregunta al aire, mientras se pasa una toalla húmeda.

«¿Se está quedando conmigo?».

Aspiro todo el aire disponible en el avión como si pudiera oxigenar mi paciencia. Y con un tono neutral, ese que uso justo antes de mandar a alguien a la mierda con una sonrisa, suelto:

—¿Fuiste al obrador? ¿Hablaste con Lola? ¿Le dijiste que volvería?

«Ahí lo llevas, versión interrogatorio exprés. Que no se note la desesperación, campeón».

Maite frunce los labios y se encoge de hombros. Su perro vuelve a meter el hocico en primer plano y gruñe, como si me reconociera y le cayera mal. Lo cual, honestamente, no me sorprendería. Juraría que la última vez que estuvo en mi casa se meó en todas las esquinas. Quiere marcar un territorio que no le pertenece.

—Quita, rata —le espeto a la pantalla.

—No lo llames así… si es superadorable, ¿a que sí? ¿Quién es mi macho alfa? —pregunta con voz de dibujos animados a esa bola de pelo que gruñe y lame al mismo tiempo. Ni él lo tiene claro.

—Maite, joder, respóndeme. ¿Has podido ir?

—¿Ya vuelves? —pregunta entonces, medio distraída, intentando apartar al chihuahua de sus brochas.

—Sí. Salgo en nada de Punta Cana, unas ocho horas y pico hasta Madrid, luego conexión a Sevilla. Si no hay retrasos, esta noche estaré allí.

—Bueno… fui, sí —dice, eludiendo mi mirada mientras forcejea con la lengua de *He-Man*, que intenta lamerle la boca—. Pero no es tan sencillo.

—¿Cómo que no es tan sencillo? ¿Hablaste con ella o no?

—Sí, pero… —responde, haciendo caso omiso a mis preguntas mientras el perro da vueltas sobre la mesa y olisquea sus brochas— es mejor que cuando estés aquí, vayas tú mismo a hablar con ella.

—¿Maite…?

—Cara a cara, hermanito. Nada de pantallas. —Me lanza una mirada cargada de significado, y entonces lo entiendo todo—. Así se hacen las cosas importantes, ¿no?

Y antes de que pueda soltar ni una sola palabra más, la pantalla se oscurece.

«Llamada finalizada».

—Me cago en mis santos cojones —exclamo demasiado alto, lo suficiente para que un par de señoras mayores giren la cabeza, escandalizadas.

Les sonrío con todos los dientes, activando el modo «piloto encantador» en décimas de segundo.

—Perdón, he perdido una oferta de crucero para mi adorable madre. Todo por no confirmar a tiempo —añado con cara de tragedia griega.

Las señoras asienten, comprensivas, y una incluso murmura algo sobre lo difícil que es ahora reservar nada con internet.



Aterrizo el avión con la concentración justa y el piloto automático emocional activado. Sigo el protocolo, firmo lo que tengo que firmar, hago los *checks* de rigor… pero la cabeza, esa no ha aterrizado ni de coña. Mis pies van solos hasta la puerta de embarque del siguiente vuelo. El que me llevará a Sevilla. El que, si todo sale bien, me dejará a menos de una hora de mirarla a los ojos.

He pasado el trayecto dándole vueltas a todo en los huecos en los que me lo he permitido. Entre *checklist* y *checklist*, entre cafés recalentados y anécdotas de Alberto. El tipo se ha marcado una charla de las suyas, y yo, por una vez, no he puesto el modo borde. Me he dejado llevar. Tanto, que sin saber muy bien cómo, he acabado aceptando una invitación a cenar con sus padres cuando volvamos a coincidir en Madrid.

«Tengo la cabeza en las nubes».

Y no por estar a doce mil metros de altura. Porque no dejo de pensar en ella. En sus ojos fieros, verdes como esmeraldas en guardia. En cómo se coloca el pañuelo cuando necesita sentirse en tierra, segura. En su lunar bajo su ojo que tanto me llama la atención. En ese gesto pequeño, casi automático, que hace cuando

se acaricia el tatuaje escondido bajo la manga. Ese que no alcancé a explorar cuando la tenía desnuda entre mis brazos. Quiero conocer su historia. La que cuenta y la que se calla. Saber qué hay más allá de esa sonrisa congelada en las fotos de su casa. Verla en directo. Más veces. Más rato. Más cerca.

Y, por primera vez en demasiado tiempo, no me asusta querer todo eso. Me asusta no tener la oportunidad de pedírselo.

CAPÍTULO 56



El aire huele distinto en Sevilla. Como a tierra firme y a promesas que no me atrevo a decir en voz alta. Camino hacia el aparcamiento arrastrando la maleta y con el uniforme todavía puesto. Ni me he molestado en cambiarme. Las cosas importantes no se dejan para luego. Y esta… muchísimo menos.

«Joder, el cabrón de Dan tenía razón. Todo cambia cuando encuentras a esa persona».

Subo al coche. El motor arranca con un quejido viejo y la radio se enciende sola, como si también tuviera prisa. Y ahí está. Esa canción *Got My Mind Set on You*. La que sonaba el día que la vi reír por primera vez con la cara llena de harina y los ojos achinados por la risa.

Miro el reloj. Las 20:38.

—Vamos allá —murmuro mientras escribo la dirección de *Cookie Love* en el GPS, como si necesitara ayuda para llegar a donde siempre quiero volver.

Las calles del centro están imposibles. Aparco como buenamente puedo, medio en batería, medio en plegaria a los agentes de policía para que no se lleven mi coche. Y, por supuesto, uno aparece. Alto, cuadrado, con pinta de haberse escapado del rodaje de *Vikings*.

—Solo será un minuto —miento sin vergüenza, mientras salgo casi a la carrera.

El agente me lanza una mirada ceñuda, de esas que podrían detenerte sin necesidad de esposas. Cruza los brazos y espera.

—Es por amor, por favor… deme una tregua.

Él suspira, como quien ya lo ha escuchado todo, pero se le escapa una media sonrisa. De esas que se le cuelan a los que dicen que no creen en el amor justo después de enamorarse.

—Si es por amor… tienes diez minutos. Espero que merezca la pena.

—Haré que merezca la pena —susurro para mí, antes de echar a correr con el corazón golpeándome el pecho como si llevara días entrenando para esta carrera.

Sin embargo, cuando llego, el alma se me cae a los pies.

«Todo está apagado».

Ni una luz encendida. Ni rastro del bullicio de las clases, de las risas, del horno tosiendo calor. Solo la ausencia. Tan densa que se me clava más que la ilusión con la que venía.

«¿Qué cojones esperabas? ¿Una fiesta de bienvenida?», me paso la mano por el rostro hasta peinar los cabellos sueltos que ya no quieren hacer caso a la gomina.

—Mierda —susurro mientras corro hacia las escaleras del lateral, esas que llevan a su piso.

Subo de tres en tres, con el alma en vilo. Toco a la puerta una vez. Dos. Tres. Nada. Silencio. Ese silencio que no me da respuestas. Y cuando estoy a punto de rendirme, bajando los escalones con la decepción colgando de los hombros, la veo.

Una nota. Pegada con cinta en el otro lado del cristal. Me acerco. Las letras garabateadas a mano.

Cerrado por celebración de «Fin de Curso».

Nos vemos en The Sugar Swing Club, calle Betis.

Y debajo, un pequeño dibujito de un gorro de chef y una copa de champán brindando. A su lado, un beso de carmín rojo cereza estampado en la esquina inferior, tan reconocible que podría identificarlo entre mil. El mismo que vi en su taza aquella primera mañana o el que dejó en mi cuello sin querer… o queriendo. No está firmada, pero no hace falta. Lola me está diciendo que vaya. Sin decirlo. Como solo ella sabe hacerlo. Me froto la nuca, incapaz de contener la sonrisa.

—Vale, Lola —murmuro, sintiendo que el corazón se me acelera con cada paso que doy hacia el coche—. Allá voy.

Busco el local en el Google Maps, y descubro que no está lejos. Estaciono *como Dios manda*, esta vez bajo la atenta mirada del policía del amor, que parece seguir evaluando si merezco esos diez minutos de tregua. Abro la maleta y saco lo imprescindible: peine, gomina y perfume. El kit de emergencia. Me miro en el retrovisor, me aliso el pelo con precisión de cirujano y me echo un par de pulverizaciones que huelen a «piloto en misión importante».

Cruzo la calle con paso decidido. Desde fuera ya se escucha la música, ese ritmo enérgico y algo vintage que hace vibrar los cristales del local. Abro la puerta, y el sonido me envuelve como una ola: *rockabilly, woogie boogie, swing*... un batiburrillo de saltos, giros y caderas que no conocen la vergüenza. Escaneo el lugar con los ojos, buscando solo una cosa. A ella.

«A Lola».

Y entonces, como salida de un plano inesperado, mi hermana aparece danzando justo delante de mí. Lleva una falda morada con vuelo, labios lilas y un clavel estriado en el pelo. Me freno en seco, sorprendido.

—¿Qué coño haces tú aquí? —pregunto con media sonrisa, sin poder ocultar la sorpresa.

—Yo también me alegro de verte —responde, dándome dos besos —. Me invitaron —añade, encogiéndose de hombros como si fuera lo más normal del mundo—. ¿De verdad pensabas que me iba a perder

esto? Te lo dije, hermanito… estabas pillado hasta las trancas. Solo faltaba que tú te dieras cuenta.

Me acaricia la mejilla con dulzura, igual que cuando éramos críos y me curaba los raspones con agua oxigenada y dramatismo creyéndose mi enfermera. Luego señala con la barbilla hacia la derecha, donde Encarni brinda con Ana, Lydia graba todo con la determinación de una profesional, y Javi baila de manera contenida con Julia, roja hasta las orejas.

—Están allí. Pero tranquilo, que te cubro. Ve a buscarla.

—¿Dónde está? —pregunto, escaneando el local sin disimulo.

—Creo que estás a punto de verla bailar —responde con una sonrisa cómplice, de esas que me sacan de quicio y me desmontan a la vez.

Y justo entonces, las luces cambian.

La pista se vacía como si alguien hubiera dado una orden silenciosa. Y ahí está ella. Los focos la siguen, convirtiéndola en la maldita estrella de una película que no sabía que llevaba años esperando ver. Con ese vestido de aire retro que le dibuja el cuerpo y parece conocer todos sus secretos: cuerpo ceñido en rojo, escote que corta la respiración, y una falda negra que se abre con elegancia hasta justo por debajo de las rodillas. En los labios, el mismo carmín que aún está estampado en mi camisa. En la cabeza, su inseparable pañuelo, esta vez anudado como una promesa en lo alto, entre rizos perfectamente esculpidos. Salvaje y clásica. Fuerte y preciosa. Alguien, un gilipollas con pinta de encantado de conocerse, al que pienso alejar educadamente con una patada en el culo cuando terminen, la presenta al centro con una vuelta, y una sonrisa orgullosa.

La música arranca y no es el tipo de baile que me esperaba. Nada de agarrarse como si no hubiera un mañana, lo que me había hecho apretar los puños al prepararme para verlo. No. Esto es otra cosa. Es un ritmo salvaje. Son caderas que se mueven con una

seguridad que me deja sin aliento, sonrisas que no son para cualquiera, una complicidad que se te mete debajo de la piel.

—Voy a tener que traer servilletas para limpiarte las babas —murmura Maite a mi lado.

No respondo. No puedo.

—¿Por eso estoy aquí…? ¿Quería que viera que está con otra persona? —pregunto, sin apartar los ojos de Lola. Estoy hipnotizado. Pero hay una punzada ahí, justo en el estómago, que no esperaba. ¿Celos? Quizá. ¿Miedo? También.

«Mierda».

—No seas cavernícola, hermanito —responde, divertida. Me agarra de la barbilla y me obliga a mirarla—. ¿Tú sintiendo celos? Eso sí que es nuevo.

Me guiña un ojo antes de girar mi rostro hacia el centro de la pista.

—Te toca.

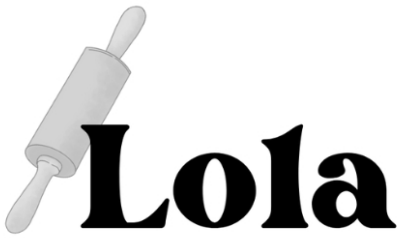
«¿Me toca?».

Y entonces, nuestros ojos se encuentran. Lola me mira con esa sonrisa pícara que lleva mi nombre escrito. Extiende una mano hacia mí. Mueve el dedo índice, clara invitación a cruzar el puto umbral de los valientes. Me quedo clavado en el sitio. A lo lejos escucho a mis compañeros coreando, animándome como si esto fuera una escena de película. A mi espalda, siento el leve, pero firme empujón de Maite. Hace unos años fui yo quien la empujó a ir a por el amor de su vida. El karma tiene un gran sentido del humor.

«Joder».

—Dije que haría lo que hiciera falta… —Me río, porque el destino es un cabrón con un plan que ni yo vi venir—. Allá vamos.

CAPÍTULO 57



Sabía que no iba a decir que no. Por mucho que se hiciera el duro, por mucho que intentara resistirse detrás de esa expresión de tipo tranquilo, con la mandíbula tensa y los puños cerrados… sabía que iba a cruzar la pista. Porque Mario no es de los que se quedan al margen. Porque su ego no se lo permitiría. Y porque esa conexión entre nosotros, la jodida química que nos persigue desde el primer encontronazo, no entiende de testigos ni de excusas.

Lo observo con determinación. Primero se ríe. Esa risa suya que empieza en los labios, pero se le escapa por los ojos. Después se sacude los hombros como quien se prepara para una pelea que, en el fondo, ya sabe que tiene perdida.

Y entonces se acerca. El uniforme de piloto le queda como un maldito guante. Marca cada músculo de sus brazos, esos que ya sé lo que es sentir rodeándome. El blanco del tejido contrasta con el moreno de su piel, y un rizo se le ha escapado justo por delante de la frente, dándole ese aire indomable que me desmonta pieza a pieza, para luego volver a encajarlas todas con su chulería. Con ese estilo tan suyo, como si no caminara, sino flotara. En vez de cruzar la pista, parece que descendiera desde algún lugar al que solo él tiene acceso.

Muevo las caderas al compás de sus pasos. No necesita coros, ni focos, ni banda sonora. Tiene presencia. Y maldita sea, cómo la

tiene. Yo sigo en el centro, con la sonrisa ladeada y el corazón desbocado. Y aunque mantengo el gesto sereno, por dentro soy un terremoto. Porque verle acercarse así, como si viniera a devorarme y a rendirse al mismo tiempo, me descoloca.

—Sabía que aceptarías —murmuro cuando llega hasta mí, sin apartar los ojos de los suyos.

—Ah, ¿sí? —responde, bajando la mirada justo al punto exacto donde empieza mi escote. No puede resistirse.

—Eres predecible —digo, levantando una ceja.

—Y tú eres un imán con piernas. Mala combinación.

Nos rodea el ritmo, las palmas, alguna que otra risa nerviosa. Pero lo único que escucho es el silencio eléctrico que crece entre nosotros. Ese que precede a lo inevitable. Entonces extiendo la mano. Y él, claro, la toma. Porque Mario no sabe dar un paso atrás cuando lo reto con la mirada.

—No sabía que te movías así… como una diosa. Ahora me encajan muchas cosas —dice, elevando las cejas con descaro.

—Pues prepárate para entender unas cuantas más —respondo, ladeando una sonrisa mientras le lanzo una mirada que vale por un par de giros.

—Que sepas que no sé bailar esto… —murmura, con ese tono que mezcla chulería y miedo escénico—. Ya sabes que lo mío va más por otro tipo de bailes —añade con esa socarronería que ya conozco demasiado bien.

—Vaya, ¿ni un tutorial de YouTube a escondidas? —pregunto, ladeando la cabeza con un mohín divertido.

—Eres mala —gruñe, muy cerca de mi mejilla—. Pero me encantas.

El escalofrío que me recorre no es discreto. Es de esos que van de arriba abajo y se instalan justo donde más me remueve. Tomo su mano y la coloco en mi cintura, con esa seguridad prestada que me

ha dado el baile desde siempre. Y justo entonces, la música cambia: *My Girl*.

—Sígueme… solo tienes que dejarte llevar por mis movimientos —ronroneo, pegándome un poco más.

—Te sigo al fin del mundo, profe —responde, con esa media sonrisa y las cejas alzadas como si el flirteo fuera su idioma natal.

Una tregua, un respiro. Algo que nos permita acercarnos sin parecer que nos vamos a devorar. Siento cómo se relaja entre mis manos, y su cuerpo se rinde al mío. Lo guío con suavidad, con esa calma dulce de quien sabe que tiene tiempo. Una promesa que empieza a deshacerse a base de pasos lentos. A nuestro alrededor, algunas parejas se animan a salir a la pista, pero yo solo tengo ojos para él.

—Lola… —dice con la voz más baja, casi un ruego—. No quería irme así…

Lo miro. Y antes de que pueda seguir, le coloco un dedo sobre los labios.

—Lo sé.

—Hay cosas que me gustaría decirte… —insiste, como si las palabras le quemaran la lengua.

—Mario, lo sé todo.

—¿Todo? —Me mira, descolocado, y su mirada vuela hasta donde imagina que está Maite.

Llevo mi mano a su mejilla y lo obligo a volver a mí. A mirarme. A quedarse.

—Lo que quiero saber es… ¿por qué?

Nos quedamos ahí, quietos, atrapados en una canción que se ha vuelto muda. Porque la mirada de Mario lo llena todo. Sus ojos, esos que siempre han sido claros pero misteriosos, ahora brillan con una intensidad que me deja sin palabras. Se humedece los labios, y yo trago saliva, porque no hay nada más sexy que un hombre a punto de desnudarse de verdad.

—Al principio… —empieza, y noto cómo le tiembla un poco la voz —. Pensé que era mi manera de disculparme. Por haber sido un puto imbécil. Por haber jodido algo que ni siquiera sabía que era tan valioso. Quise arreglarlo, aunque para eso tuviera que disfrazar la culpa de buenas intenciones.

Acaricio su mejilla con la yema de los dedos. Él cierra los ojos solo un instante, como si necesitara agarrarse a ese gesto antes de seguir.

—Y también… —continúa, con la voz algo más rasposa— te reconozco que ese cuerpo de pecado no me dejaba vivir. Me convencí de que podía traspasar tus barreras solo por eso. Pero…

Hace una pausa. La justa para matarme y luego resucitarme con una mirada.

—Aquel día, cuando nos conocimos… me miraste como si te estuviera rompiendo por dentro. Yo no lo entendí entonces, no supe nombrarlo, solo… lo sentí. —Coge mi mano con ternura y la lleva hasta su pecho, justo donde late con fuerza su corazón—. En tus ojos vi algo que me removió. Algo que me gritó que lo había jodido, aunque no supiera del todo el porqué.

Me cuesta respirar. Él tampoco lo hace. Está tan presente, tan entregado, que parece estar hablándole también a esa versión suya que aún no sabía lo que sentía.

—Y fue en tu piso, cuando lo confirmé. Vi esas fotos tuyas, esa sonrisa que te nacía desde dentro… y lo entendí. El obrador, tus galletas, tu forma de cuidar cada detalle… eran más que trabajo. Eran memoria. Era vida. Era refugio. Y yo no supe verlo. No supe entender que formaba parte de algo más grande. Que cada cosa que hacías ahí dentro guardaba un pedazo de ti… y de ella. Y, aun así, te lo arruiné.

—Ahora comprendo tantas cosas… —murmuro sin apartar mis ojos de los suyos.

Siento cómo se me encoge el corazón. Él lo vio todo. Y yo estaba ciega. Se le tensa la mandíbula y baja la mirada, como si ponerlo en

palabras doliera más que recordarlo.

—Y sin darme cuenta —murmura—, con cada jodido día, con cada capa que te quitaba… yo me quedaba más enganchado. Más prendado de ti. Más jodido por dentro. Porque tú no eras solo deseo. Ni solo culpa. Eras tú. Eras casa. Eras todo eso que no supe cuidar.

Hace una pausa, breve, cargada de verdad.

—Y créeme… quería demostrártelo. Que era mucho más que una sonrisa. Que podía quedarme.

Trago saliva mientras nos miramos y, por un instante, el mundo se desvanece. El barullo, la música, las luces, todo se apaga. Solo quedamos él y yo. Y sus palabras, que me envuelven despacio. Como si fueran una manta caliente en pleno enero, y abrazaran partes de mí que pensé que ya no volverían a despertar.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunto, bajando la mirada un instante, solo para tomar aire y no desmoronarme delante de él—. Que yo también me fui desarmando, poco a poco. Sin darme cuenta. Mientras tú te acercabas con esa boca llena de respuestas chulescas, yo ya me había quitado la armadura.

Levanto la vista. Lo miro. Y no tiemblo. Porque ahora ya no me escondo.

—Y duele. Porque por un momento creí que solo era un juego. Que no te quedarías. Que no conseguirías llenar ese vacío que llevo años acunando como quien cuida una herida abierta. Y lo hiciste. No con promesas. Ni con fuegos artificiales. Lo llenaste poco a poco… con gestos sencillos, con palabras que acariciaban por dentro, con sonrisas que calentaban más que todo lo que estoy dispuesta a reconocer en voz alta

Él sonríe, y me dan ganas de llorar, porque ahora lo entiendo todo.

—Y después descubro que hiciste todo esto… —susurro, apenas un hilo de voz—. ¿Cómo fuiste capaz de colarte en el lugar más sombrío de mi corazón sin que me diera cuenta?

—Lola… —susurra, y su pulgar se arrastra por mi mejilla con una delicadeza que me parte en dos, llevándose una lágrima que no le pedí permiso para caer. Llega hasta ese lunar que siempre pensé que estaba destinado a llorar, como decía mi madre… también se llora de felicidad.

—Soy una mujer difícil. Tengo sombras, rincones donde no entra cualquiera… y estoy a punto de dar un salto de fe.

—Me gustan los retos, ya te lo he demostrado. Soy el mejor —dice con esa sonrisa suya que me descose sin esfuerzo—. Y no te preocupes por esas sombras… me encargaré de llevarte al cielo para que encuentren la luz. Y en eso, da la casualidad de que soy un experto.

Entonces me besa. Suave. Como si mis labios fueran la respuesta y en lugar de cerrarse la herida, estuviéramos aprendiendo a habitarla juntos. Aunque ese beso me sacude por dentro y siento cómo una parte de mí se entrega sin resistencia, sé que no es suficiente. No para mí. No esta vez.

—Demos ese salto —susurra contra mi boca, como si leyera mis inquietudes—. Para todo hay una primera vez.

Le rodeo el cuello con una mano, y con la otra tiro de su corbata con una decisión que no me reconozco, pero que me pertenece. Lo arrastro hacia mí sin titubeos, reclamando lo que ya siento mío. Su perfume me envuelve al instante, mezcla de jabón caro, deseo latente y algo que solo huele a él. Lo respiro como si me faltara el aire y solo pudiera encontrarlo en su cuello, en su piel, en su aliento. Ya no hay dudas. Ni miedo. Ni pausas que valgan. Solo piel que se roza, respiraciones que tropiezan entre sí, bocas encontrándose con una necesidad que viene de muy atrás. Nos buscamos a mitad de camino, justo ahí donde el pasado dejó cicatrices y el futuro aún es una pregunta sin respuesta.

Lo beso con hambre, con rabia, con la urgencia de quien ha esperado demasiado para hacerlo. Como si en ese beso pudiera sellarse todo: las promesas, los silencios, las heridas abiertas, lo que nunca dijimos. Y él responde. Dios, cómo responde. Su lengua

encuentra la mía y todo estalla. Ya no estamos bailando. Nos estamos consumiendo.

Su cuerpo me atrapa, sus manos se clavan en mi espalda como si tuviera miedo de que me deshiciera entre sus dedos. Y yo me rindo. Me fundo en él, en su calor, en su olor, en todo lo que es, porque en este momento no hay otro refugio posible. Su cuerpo ha sido siempre mi casa, aunque solo ahora me atreva a entrar sin llamar. Y porque, después de tanto tiempo sobreviviendo a base de contención, de parches, de silencios, por fin dejo de pensar en lo que viene después.

Porque solo importa esto. Lo que late sin miedo.

CAPÍTULO 58



La música se apaga y, con ella, la burbuja en la que estábamos metidos. Abrimos los ojos casi al mismo tiempo, como si alguien hubiera encendido la luz en mitad de una escena que no queríamos que terminara. Lola todavía está tan cerca que siento su aliento en mis labios. Me cuesta un segundo recordar cómo se respira cuando ella no está besándome.

Y entonces… la realidad. Aplausos. Voces. Pasos acercándose. Gente.

Los compañeros del curso empiezan a rodearnos, todos vestidos para la ocasión. Marisa me sonríe con esa ternura suya, con la misma que antes solo le dedicaba a Lola… y ahora reparte con esa amiga de ojos tranquilos que no se despega de su lado. No sé su nombre, pero sí sé reconocer cuando alguien encuentra paz en otra persona.

Encarni me guiña un ojo con la complicidad de quien ya lo sabía todo. Javi levanta la mano, orgulloso, señalando a quien tiene agarrada: una Julia tan roja que parece a punto de estallar. Me dedica una reverencia, atribuyéndome el mérito. Lydia lo graba todo, porque claro, no puede desaprovechar el momento, y narra la escena a sus fans en modo reportera del amor. Ana luce un moño tan alto que juraría que tiene andamios, y mi hermana me mira con ese brillo húmedo que no necesita traducción. Que me dice más que

cualquier frase. Y yo intento mantener el tipo mientras aún noto el pulso desbocado y el sabor de Lola en la boca.

—Vais a tener que repetirlo, que no me ha dado tiempo a grabar —bromea Encarni, y todos se ríen como si lo nuestro fuera una escena de peli romántica barata. Y puede que lo sea, pero joder, qué escena.

Lola se despega un poco de mí, pero sin soltarme del todo. Su mano sigue anclada en mi pecho. No está lista para separarse de mí… y yo tampoco quiero que lo haga.

—Mario, quiero presentarte a alguien muy especial —dice, girándose hacia el tipo creído que antes bailó con ella—. Este es Roberto, mi pareja de baile desde hace muchos años.

Asiento con un gesto breve, aunque la mandíbula se me tensa sin pedir permiso. ¿Este es su pareja de baile? El del numerito. Muy bien. Encantado.

—Roberto —repito, ofreciéndole la mano con algo más de firmeza de la necesaria—. Un gusto.

—Igualmente, piloto —responde con media sonrisa.

Pero justo cuando me preparo para desplegar mi manual de celos pasivo-agresivos, aparece ella. Una mujer de sonrisa cálida, labios rojos y un vestido tan brillante como su mirada.

—Y yo soy Rosa, su mujer —dice, extendiendo la mano—. Espero que sepas manejar bien las turbulencias, porque ella es un tifón.

—Encantado, de verdad —respondo, ahora sí, soltando el aire que no sabía que estaba conteniendo—. Tengo experiencia… podré con ella. —Le guiño un ojo.

Lola me lanza una mirada divertida, como si lo hubiera sabido desde el minuto uno, y me leyera con subtítulos. Y quizá lo hace. Quizá siempre lo ha hecho.

Quién me iba a decir a mí que, después de tantos años huyendo de esto, de las presentaciones incómodas, de las amistades que te escanean, de los familiares que preguntan más de la cuenta,

acabaría aterrizando justo aquí. En medio de esta gente. De este lugar. De ella.

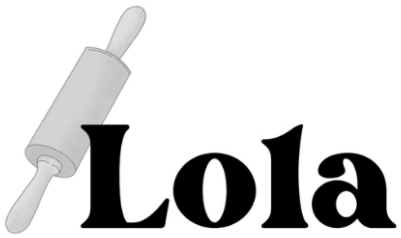
«Un lugar al que quiero volver».

Una pista donde voy a aterrizar todas las veces que haga falta, hasta que la huella sea tan profunda que nadie pueda borrarla. Porque he encontrado algo más que un destino. He encontrado un hogar.

La he encontrado a ella.

Mi razón para volver.

CAPÍTULO 59



No le doy tiempo a reaccionar.

Le agarro de la corbata con decisión, el mundo deja de existir más allá del nudo que llevo entre los dedos. Ya no importa quién nos mire, ni las luces, ni los aplausos, ni las sonrisas que nos siguen como si esto fuera el final de una película. No lo es. Esto es el comienzo de otra cosa. De lo nuestro.

Y por un segundo, me siento como Sandy y Danny Zuko subidos en aquel coche volador, dejando todo atrás, cruzando el cielo con una sonrisa en los labios y el corazón a punto de estallar.

—¡Iros a un hotel! —grita Encarni por encima de la música, sin filtros ni disimulo.

—¡Se acabó el espectáculo, a bailar! —brama Marisa, salvándome de seguir siendo el centro de atención y regalándome una sonrisa que lo dice todo.

Tiro de él sin decir palabra, y Mario me sigue. Porque lo sabe. Porque me lee igual que yo lo leo a él. Porque hay una urgencia en mi pecho que solo él puede calmar, una necesidad que me abrasa por dentro desde el momento en que nos cruzamos en esta maldita historia. Y esta vez no pienso negármelo.

Salimos del local y el frío exterior nos golpea con el contraste de lo que acabamos de vivir. Pero ni eso nos detiene. Somos dos

amantes incapaces de mantener las manos quietas. Cada vez que el camino nos lo permite, nos detenemos para besarnos, para que las manos se escapen por nuestros cuerpos sin pensar, sin freno, como si cada caricia fuera también una declaración.

Llegamos al obrador con dificultad, casi a trompicones, porque ninguno de los dos puede, ni quiere, despegarse de los labios del otro. Cierro la puerta con el pie, sin dejar de besarlo. Su espalda tropieza con una de las mesas y aprovecho para acorralarlo ahí, pero es él quien cambia las tornas y me alza con firmeza, como si llevarme encima fuera la única manera de respirar. Me aferro a su cuello, enredo los dedos en su pelo, ese rizo maldito que siempre se escapa por la frente y que ahora quiero atrapar mientras le muerdo el labio. Él gruñe, y ese sonido gutural me enciende de una forma que no puedo, ni quiero, controlar.

—Me vuelves loco —murmura contra mi boca antes de volver a enterrar su lengua dentro.

Me sienta sobre la encimera como si fuera suya y no hubiera lugar más sagrado que este. Y quizá no lo hay. Aquí empezó todo. Aquí me rompí y me reconstruí. Y ahora, por fin, aquí vuelvo a ser suya. Porque quiero. Porque lo elijo.

Sus manos recorren mi espalda, mi cintura, se pierden bajo la ropa mientras mis piernas lo atrapan por la cadera, negándose a soltarlo. Su boca se desliza por mi cuello, dejando un rastro de fuego húmedo que me hace arquear el cuerpo sin pensar, sin filtros. Buscándolo. Llamándolo.

Cada beso suyo es un «te extrañé» que no se atreve a decir y cada caricia, una disculpa sin palabras que mi piel acepta antes que mi cabeza.

Deja mis pechos expuestos, y al hacerlo parece arrancarme también las dudas que aún me sobrevuelan. Los saborea sin prisa, los aprieta con devoción, los recorre con los dedos como quien memoriza un lugar al que ha soñado volver. Hay hambre en su gesto, sí, pero también algo más profundo, algo que pesa y se

arrastra, con la urgencia de quien ha tenido que reprimirse demasiado tiempo y por fin puede liberarse.

—Me encanta lo dulce que eres… —susurra contra mi piel.

Su boca se cierra sobre uno de mis pezones, lo muerde con una mezcla precisa de deseo y cuidado, lo succiona sin pudor. Y mientras lo hace, su mirada se clava en la mía, intensa, feroz, casi reverente, como si ver cómo me deshago le devolviera el aire que ha estado conteniéndose desde que nos separamos.

—No sabes las veces que he soñado con esto… contigo así —añade, con voz ronca, entre un jadeo y un gemido contenido.

—Entonces no te despiertes —respondo sin pensar, con la respiración entrecortada, con las ganas latiéndome bajo la piel.

Y entonces lo siento. Ese temblor profundo, caliente, eléctrico, que me nace justo en el centro del cuerpo y me arrastra sin resistencia hacia él. Porque solo él sabe encenderme así. Solo él conoce el mapa de mi piel como si fuera suyo. Nos desnudamos a medias, con la prisa de quien sabe que el tiempo se escapa, con la urgencia de dos cuerpos a los que la ropa ya no les sirve de barrera. Le desabrocho la camisa con prisa, y bajo mis manos por su torso con adoración. Él levanta mi falda con esa seguridad que derrocha y tira de mi braguita con una destreza impaciente que me arranca un jadeo. Sus dedos se deslizan entre mis piernas sin titubeos, acariciando mis labios hinchados de deseo, reconociendo mi humedad lista, dispuesta, ardiente.

Juega con mis pliegues con un hambre contenida que me hace temblar. Es suave y, al mismo tiempo, decidido. Me explora con la certeza de quien ya me conoce, con el recorrido exacto grabado en la memoria, tocando justo donde empiezo a rendirme. Introduce un dedo, luego dos, y comienza un baile lento, experto, que me vuelve loca. Me arqueo hacia él, buscándolo, perdiéndome. Sus movimientos son una mezcla perfecta de ternura y deseo salvaje, una danza íntima entre lo que fuimos y lo que somos ahora. Cada caricia, cada roce, es una promesa muda de lo que vendrá. De lo que estamos a punto de volver a ser: piel, fuego, necesidad.

—Lola… —susurra contra mi clavícula, justo antes de mirarme—. Juro que esta vez no pienso irme.

Y no hace falta que lo jure. Porque esta vez, ninguno quiere huir. Lo guío con la cadera, él me sigue. Y nos encontramos. Sin reservas. Sin frenos. Sin miedo. Nos devoramos como si no hubiera después. Arremete contra mi sexo con los dedos, embistiendo una y otra vez, con una urgencia que me incendia por dentro, decidido a quedarse a vivir en ese vaivén desbocado. Lo único que existe es este presente que arde, que nos consume, que borra todo lo demás. Me lleva al límite sin tregua. Hasta que las contracciones del orgasmo lo aprietan con fuerza, robándome el aire, dejándome sin pensamientos, rota de placer, gimiendo contra su piel y mi cuerpo solo supiera hablar en su idioma.

—¡Mario! —jadeo su nombre en una súplica.

Y en el fondo, sabemos que lo es. Nuestro presente. Nuestra jodida redención.

Mis manos se deslizan por su pecho, bajan sin tregua por su abdomen tenso, hasta alcanzar el cinturón que desabrocho con manos expertas, urgentes. Bajo la cremallera y lo libero, con una reverencia muda al deseo que me provoca. Su erección salta contra mi palma, dura y caliente, latiendo con vida propia. Le rodeo con los dedos, disfrutando de su tamaño, de su peso, de cómo su respiración se agita solo con mi contacto.

—Joder —ruge.

Él gime en mi oído, ronco, entregado, mientras sus manos se aferran a mis caderas, como si necesitara sujetarse a algo para no venirse abajo. Lo acaricio despacio, con intención, marcando el ritmo que más tarde nos va a consumir. La humedad entre mis piernas ya no sabe esperar. Me froto contra él sin pudor, con esa urgencia salvaje de quien ha contenido el deseo durante demasiado tiempo.

—Dios, Lola… —gruñe entre dientes—. Vas a hacer que pierda el control.

—Esa es la idea —respondo, con la voz hecha caricia, justo antes de morderle el lóbulo con la lentitud de quien sabe lo que provoca.

Entonces él me alza, sujetándome por los muslos, y yo rodeo su cintura con las piernas. Nos miramos un segundo, el justo para reconocernos, para prometer sin palabras que esta vez no vamos a soltarnos. Que ya no hay marcha atrás. Y entonces se hunde en mí. Entero. Hondo. Real.

Como si necesitara romperme por dentro solo para reconstruirme desde cero y no pudiera esperar ni un segundo más para reclamar lo que, en el fondo, siempre fue suyo. Gimo contra su boca, con los labios temblorosos y el alma en carne viva. Me aferro a sus hombros, a su espalda, a todo lo que me da ancla mientras embiste sin tregua, con una rabia contenida que ahora se desata. Dentro y fuera, una y otra vez. Cada embestida es una sentencia. Cada golpe de cadera, una súplica ahogada. Cada centímetro suyo dentro de mí, una verdad que ya no podemos callar.

—Joder, Lola… —escupe entre dientes, con la frente apoyada en la mía, con los ojos tan abiertos que parecen suplicar redención—. No sé cómo coño he vivido sin esto.

—Pues ahora ni se te ocurra parar —respondo, jadeando—. Dame más. Todo.

Lo beso. Con hambre, con furia. Porque lo he odiado por hacerme sentir tanto. Y ahora lo amo por la misma razón. Me mueve con un ritmo feroz, y yo le acompaso, con las uñas clavadas en su espalda, con los jadeos rotos entre nuestros labios, con el cuerpo abierto y rendido, sin pudor, sin defensas. Lo quiero todo de él. Rabia. Deseo. Amor. Lo que arde. Lo que hiere. Lo que cura. Y cuando su cadera se encaja una vez más, más fuerte, más hondo, me desgarro con un gemido ahogado que nace desde lo más bajo de mi vientre y se eleva hasta mi garganta.

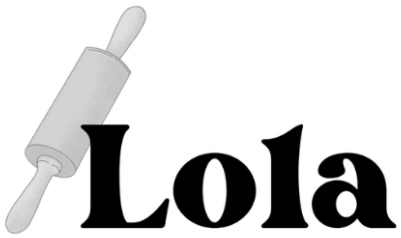
Nos rompemos a la vez, con la certeza de que esta vez sabremos recogernos entre los pedazos. Con el temblor de quien se entrega sin red y el corazón desbordado de todo lo que callamos durante tanto tiempo. Nos quedamos así, entre susurros rotos y caricias que

aún queman. Salvajes. Desbocados. Con el sudor mezclado, gemidos que se muerden y esa furia dulce que solo nace cuando dos cuerpos se reconocen de verdad. Sin máscaras. Sin reservas.

De quienes, esta vez, no van a soltarse.

De quienes, por fin, han encontrado su hogar.

CAPÍTULO 60



Tiempo después…

Una de las ventajas de que Mario sea piloto, aparte de cómo le queda el uniforme, que eso es otra conversación, es que tenemos vuelos «gratis» a cualquier parte del mundo. Y hoy, después de mucho posponerlo, por fin nos vamos de viaje. No tengo ni idea de a dónde vamos, lo juro. Solo sé que es clima tropical y que he hecho la maleta pensando en eso: muchos bikinis, poca ropa y todo mi maquillaje. Espero que, sea donde sea, sudemos. Mucho. Y sí, podéis malpensar con total libertad, que yo pienso aprovechar cada segundo para saborear esos labios.

—Dame un pequeño respiro, necesito hidratarme —digo mientras me recoloco el pañuelo.

—Si querías hidratación, solo tenías que pedírmelo —responde, cogiéndome de la cintura y acercando peligrosamente esos labios que me hacen perder el norte.

Y entonces me besa con unas ganas que me dejan sin aliento. Es un beso lascivo, con lengua, de esos que no se deberían compartir con público. Un beso que enciende, que susurra intenciones entre dientes. Como si no estuviéramos en mitad de un aeropuerto, rodeados de familias, ejecutivos con prisa y algún que otro niño

traumatizado que probablemente no quería presenciar esto antes de subirse a un vuelo.

—Mario… si me besas así no llegamos al avión —susurro contra su boca, con la respiración descolocada.

—Llegaremos, aunque tenga que cargarte al hombro como un saco de harina sexy. —Me guiña un ojo, tan pancho.

—Pues entonces bésame otra vez —le digo, con la sonrisa torcida y la lengua afilada.

—Vamos, que como me sigas provocando, no llegamos ni a la puerta de embarque —responde tirando de mi brazo, pero con esa mirada que promete que el viaje empieza mucho antes de despegar.

Llevamos casi un año conociéndonos de verdad. Así, capa a capa, sin disfraces ni juegos. Yo le he mostrado todas mis cicatrices: las que aún no habían sanado y esas otras que siguen ahí cuando la memoria se empeña en traerlo todo de vuelta. Solo que ahora… duelen menos. Le he hablado largo y tendido de mi madre, de cuánto me dolió su pérdida y de cómo, durante un tiempo, me olvidé de vivir. Y él me ha enseñado quién es Mario más allá del obrador y de ese uniforme que, insisto, le queda de escándalo. Más de una vez le he pedido que se lo ponga por casa. Porque sí, porque me encanta vérselo puesto… y más aún cuando empieza a quitárselo.

Mario no es solo ese piloto que llegó para desordenarlo todo. Es también ese hombre que no creía en el amor, que llevaba años sobreviviendo a base de huidas y sarcasmo, y que sin querer acabó encontrando un hogar entre mis manos llenas de harina.

En todo este tiempo hemos hecho vida entre su casa y la mía, aunque confieso que él pasa más tiempo en la mía. Sobre todo porque, sin que se lo pida, se queda conmigo en el obrador cuando hay encargos pendientes y Marisa y Laura están de escapada. Y tengo que decir que, curiosamente, los días que él está, las ventas suben. No solo porque lo publica en su canal de TikTok, que también, sino porque ya tiene su clientela fija. Un grupo de señoras mayores que van a clases de *swing* y que lo visitan con más

fidelidad que muchos novios. Yo le digo que tiene su propio club de fans. Él siempre se ríe, restándole importancia, pero yo sé que le encanta. Que le gusta tener ese pedacito del obrador para él, su rincón secreto dentro de mi mundo. Como si entre bollos, harina y olor a vainilla también pudiera sentirse en casa.

La vida sigue en *Cookie Love*, Ana y Encarni ya prácticamente tienen taza con su nombre. Pasan más tiempo aquí que en su propia casa, y no me extrañaría que un día aparecieran en pijama y pantuflas diciendo que se han mudado. Julia y Javi vienen a ratos. A veces juntos, de la mano y con risas cómplices; otras por separado, cada uno a su ritmo, con ese vaivén natural de quienes aún se están buscando… y se están encontrando.

Y Lydia se ha convertido en ese tipo de amiga que te graba cuando tienes la cara manchada de cacao o llevas el delantal torcido, y lo sube sin filtros, sin avisar, con un texto que siempre te saca una carcajada o una lágrima, o ambas. Desde que se encarga de las redes de *Cookie Love*, esto se ha vuelto una locura bonita. Los seguidores se han disparado, las visualizaciones se cuentan por miles, y de vez en cuando tenemos cola en la puerta solo porque alguien ha dicho en TikTok que nuestras *cookies* les hacen viajar a su infancia.

—Hola, Mario —lo saluda una azafata arrancándome de mis pensamientos.

Ya he perdido la cuenta, ¿es la cuarta o la quinta que lo dice con esa confianza que me dan ganas de arrancársela de un guantazo?

«Lola, contrólate. Nada de sacar las garras, que luego te arrepientes».

Mario no se inmuta. Muchas veces ni contesta, solo asiente con la barbilla y lanza una sonrisa fugaz, de esas que duran lo justo para no comprometer. Y me encanta que lo haga así, tan suyo, tan de no regalar más de lo necesario… Pero también me despierta una punzada de curiosidad, y otra de celos, para qué mentir, por todas esas sonrisas que van brotando a su paso como si fueran migas de pan.

«No pienses en eso, Lola. No empieces».

Entonces suelta mi mano. Lo veo palparse los bolsillos hasta dar con el móvil, se lo lleva a la oreja y en cuanto escucha lo que le dicen, su cara cambia. Frunce el ceño, se aparta un poco y empieza a caminar de un lado a otro, concentrado en esa llamada. No quiero interrumpir, no aún. Pero el nudo que se me forma en el estómago empieza a apretar. Algo sucede, lo noto en la forma en que no me mira.

«Solo espero que no sea que no quedan plazas libres en el avión».

Cuando cuelga, baja la mirada, respira hondo… y entonces vuelve a mí. Me agarra las manos con fuerza, como si necesitara anclarse.

—Ha surgido algo —dice, sin rodeos—. Dame unos minutos… y luego soy todo tuyo.

—¿Es algo grave? —pregunto, aún preocupada por su reacción.

Niega con la cabeza con una enorme sonrisa.

—Espérame aquí, ¿vale? No tardo —me dice, con ese brillo de urgencia en los ojos que me deja claro que no es una excusa.

Asiento sin protestar, aunque me quedo con la espina de saber qué demonios pasa. Pero confío. Así, sin más.

Lo veo alejarse con paso rápido, mientras yo arrastro nuestras maletas hasta una de las barras de los bares del aeropuerto. Me apoyo, intento no bufar, y cuando el camarero se acerca, pido algo fresquito para calmarme, la sed y las ganas de saber. Mientras me sirve, dejo que mis ojos curioseen un poco por el aeropuerto. Me entretengo observando a una pareja de ancianos que se abrazan como si no hubiera un mañana. Ella lleva un vestido de vuelo con lunares, parece recién salida de *Grease*, y él un *look* que grita *swing* moderno y «aquí hay *flow*». No puedo evitar sonreír.

Me acerco el vaso a los labios, dispuesta a dar el primer sorbo, cuando algo, o más bien alguien, me golpea el hombro. El líquido tiembla, mi mano también.

—¡Eh! —grito, pero ya es tarde.

El chaval, porque tiene pinta de no haber cumplido ni los veinte, agarra la maleta de Mario y echa a correr con el demonio pisándole los talones. Y yo, sin pensarlo dos veces, salgo detrás. No sé de dónde saco fuerzas, pero corro. Corro con tacones como si dentro de esa maleta llevara mi pasaporte a la felicidad.

«Maldito niño de los cojones».

Y entonces, como si alguien hubiese gritado «¡acción!», todo se ralentiza.

Empiezo a notar movimiento a mi alrededor. La gente que hace un segundo estaba sentada, aburrida y somnolienta, empieza a levantarse. Primero uno. Luego otro. Los que estaban apoyados en las paredes. Los del café de la esquina. Los de la mesa de las tarjetas de embarque. Las azafatas se unen con pasos medidos pero ágiles. Incluso los guardias de seguridad parecen tenerlo ensayado. La canción de *Born to Hand Jive* irrumpe como una sacudida de energía, con ese ritmo frenético que parece sacado de otra época. Se mete bajo la piel, se adueña del ambiente, del suelo, de todos los cuerpos que hay alrededor. Pasos rápidos, palmas, giros alocados y un vaivén de caderas que lo llena todo de un caos perfectamente orquestado.

«Un maldito *flashmob.* En pleno aeropuerto».

Me rodean sin tocarme, dejándome en el centro, con los ojos desorbitados y el corazón galopando sin permiso en el pecho. El chico de la maleta se detiene justo frente a mí, me lanza una sonrisa cómplice, saca un peine del bolsillo trasero y se repeina con gesto chulesco, al más puro estilo *Kenickie*, como si acabara de escaparse de *Grease*. Luego le da un puntapié suave a la maleta de Mario y se une al baile.

«¿Esto es real?».

Las parejas giran a mi alrededor, los ancianos que hace un rato charlaban en un rincón ahora se mueven con unas caderas que harían palidecer a cualquier veinteañero. No me muevo, solo puedo

quedarme ahí, con la boca entreabierta y esa sensación de que, sea lo que sea esto, es para mí. Las parejas se abren como el mar Rojo y, entre ellas, aparece Mario. El causante de todo esto. Lleva esa sonrisa chulesca que tanto conozco y un *look* que parece sacado de una película de los ochenta: camiseta blanca de algodón, chaqueta de cuero negra, vaqueros desgastados y el pelo engominado hacia atrás, como un *James Dean* moderno que ha decidido venir a por mí.

Me mira, y yo lo miro. Y aunque intento mantener la compostura, no puedo evitar sonreír. Extiende la mano, con esa seguridad que siempre lo acompaña, y sin pensarlo, la tomo.

—Nena, vamos a bailar —dice con una sonrisa ladeada, de esas que podrían mover continentes si se lo propusieran.

Y entonces tira suavemente de mí y me guía hasta el centro del grupo, justo donde empezó todo este espectáculo. Lo sigo sin saber muy bien qué esperar, pero con el corazón dando saltos como si se hubiera tomado tres cafés.

La música sigue marcando el ritmo, y, para mi absoluta sorpresa, Mario empieza a moverse como si llevara toda la vida haciéndolo. Ni un paso torpe, ni una duda. Sus pies se deslizan, giran, y me hacen girar con él. Me lleva con firmeza, con esa mezcla de decisión y delicadeza que me deja sin aliento. Cada giro me golpea directo al corazón. Cada paso, una forma distinta de decirme que ha estado practicando, que se ha esforzado, que ha aprendido a leerme incluso con el cuerpo.

Y ahora lo entiendo. Su insistencia en que me pusiera este vestido. El vestido rojo de lunares blancos, con tul y vuelo. Perfecto para este momento y para volar entre sus brazos.

—¿Desde cuándo bailas así? —pregunto, entre risas, sin dejar de seguir sus movimientos.

—Desde que descubrí que, si iba a bailar contigo la vida, más me valía aprender a seguirte los pasos —responde, mirándome con esa intensidad que me corta la respiración.

Nos movemos entre las parejas como si fuéramos una coreografía que por fin encuentra su compás. Él me lanza, me recoge y me envuelve. El suelo desaparece. La música se convierte en un latido común. Me hace girar. Cierro los ojos por un instante, confiando ciegamente en sus manos, en su ritmo, en nosotros.

Y cuando los abro… todo se ha congelado.

La música se ha cortado de golpe. Y, con ella, todos. Como si alguien hubiera pulsado *pausa* en una escena perfectamente ensayada. Las parejas quedan congeladas, inmóviles, maniquíes atrapados en el tiempo. Miro a mi alrededor, todavía intentando asimilar todo lo que está pasando, y cuando vuelvo la vista hacia Mario, lo veo hincado de rodillas en el suelo. Me llevo las manos a los labios, incrédula. No puede ser real. No *puede*.

—Dolores de mis amores… ¿quieres casarte conmigo?

El corazón me estalla en el pecho. Me falta el aire. Me sobra todo lo demás.

—Sí. Sí, y mil veces sí —respondo sin pensarlo, con la voz temblorosa y la sonrisa a punto de salirse de mi cara—. Estás loco.

—Sí —dice, alzando una ceja con esa seguridad canalla—, pero por ti. Y no pensaba dejar escapar a la mujer de mi vida. Ni en esta vida, ni en la siguiente.

Abre una pequeña caja negra, de terciopelo. Dentro, descansa un anillo de oro blanco, elegante y discreto, con una piedra clara en el centro que brilla con un tono familiar, como si hubiera robado el color exacto de mis ojos. No es ostentoso. Es *perfecto*. Una promesa en forma de círculo. Un «te conozco» sin palabras, un «te elijo» sin dramatismos.

Extiendo la mano, todavía temblorosa, y él me lo coloca con la delicadeza de quien sabe que ese gesto lo cambia todo. Siento el roce de sus dedos al ajustar el anillo y un escalofrío me recorre entera. Elevo la mano frente a mi cara, lo observo como si fuera un secreto hecho joya, uno que nunca imaginé que sería para mí.

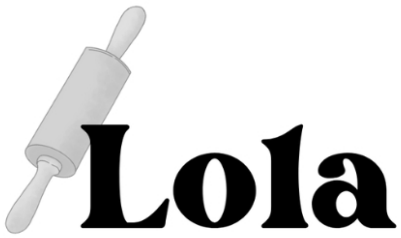
Doy un par de saltitos, incapaz de contener la emoción, y entonces sí: me lanzo a sus brazos, riéndome, llorando, sin saber si estoy soñando o viviendo la escena más loca y perfecta de mi vida. Caemos al suelo entre risas y torpeza, él todavía con una rodilla en tierra y yo aferrada a su cuello como si el mundo pudiera desaparecer en cualquier momento. Se incorpora con una agilidad que no esperaba, sin soltarme ni un segundo, sus manos se anclan en mi cintura, firmes, reales y cálidas. Me alza del suelo sin esfuerzo, me hace girar, y el vestido vuela, dibujando un remolino de tul, lunares y felicidad desbordada.

A nuestro alrededor estalla un aplauso. Gente que no conocemos aplaude, con esa intensidad de quien parece saberlo todo, como si también ellos hubieran estado esperando este momento. Y puede que sí. Porque de todas las formas en las que podía pedirme matrimonio… esta era, sin duda, la que menos me esperaba.

Y también, la más nuestra.

Fin

EPÍLOGO



Siete años después…

—¿Te encargas de la cafetería un momento? —le pregunto a Encarni antes de escabullirme hacia el obrador.

Echo un vistazo rápido a la sala, comprobando que todo esté en orden. Le hago un gesto a Marisa, que charla animadamente con Laura, porque, aunque Encarni lleva ya unos añitos aquí, todavía la pillo de vez en cuando con un cafecito que lleva más Bayleys que café. Y para colmo, hoy no está Ana para ponerle freno. Se ha ido de cita con el simpático señor que conoció en el programa de Juan y Medio. Te juro que aún me cuesta creer que se plantara en el plató convencida de que allí iba a encontrar a su media naranja. Aunque, si soy sincera, entre las dos hermanas, Ana siempre fue la que mantenía viva la esperanza en el amor.

Encarni, por su parte, va por libre. Desde que descubrió el mundo de los juguetes del *sex shop*, va por la vida proclamando que no necesita a ningún hombre «Estos me hacen mejor trabajo y no roncan». Todavía me acuerdo del día en que Julia le pidió un cacao de labios y, al buscar en el bolso, sacó *eso*. Me llevo una mano a la cara, entre la risa y el trauma, justo cuando un torbellino de pelo negro y largo pasa como un rayo a mi lado, casi tirándome.

—¡Vega! ¿Se puede saber dónde vas tan rápido? —le digo, con el tono de madre que ya me sale automático.

—Shhh —me chista, llevándose un dedo a la boca, como si lo que estuviera haciendo fuera *top secret*. La mella en la sonrisa la delata. Le faltan ya las dos paletas, pero está para comérsela—. Me estoy escondiendo de Dylan.

—¿Y qué os tengo dicho sobre jugar al escondite aquí dentro?

—Sí, lo sé, mamá —susurra, intentando hacerse invisible tras una de las mesas—. Solo será esta vez…

Y cuando la miro, se me aprieta el pecho. Porque tiene su misma mirada. La de mi madre. Y verla así, tan llena de vida, de risa y de ternura, me calienta el corazón como una taza de chocolate en diciembre.

La puerta se abre de golpe y, en el marco, aparece una silueta que reconozco al instante: Dylan. Pelo oscuro, chupa vaquera, unas gafas de sol que no sé ni de dónde ha sacado y ese aire de «aquí estoy yo» que, con solo seis años, ya lleva de serie. Cruza el umbral con las manos en los bolsillos, como si viniera a cerrar un trato importante y no a buscar a su hermana para seguir jugando al escondite. Cuando lo veo, no puedo evitar soltar una carcajada bajita. Porque es clavadito a su padre. No solo físicamente. También tiene ese porte, ese andar con seguridad de piloto estrella de aerolínea… pero en miniatura.

«Quién me iba a decir a mí que aquel día, cuando descubrí que estaba embarazada, lo que venía en camino no era uno, ¡sino dos!».

Una pequeña que me recuerda cada día más a mi madre, y un pequeño que parece una versión en miniatura del hombre que me robó la calma para darme, a cambio, una vida que ya no cambiaría por nada.

—¡Vega! —dice Dylan, quitándose las gafas con un gesto dramático que ya quisiera cualquier actor de musical—. Te he visto, tramposa.

«Si hasta en eso se le parece».

—¡No me has visto! —responde ella, saliendo de su escondite con una sonrisa pícara.

—Niños… —empiezo, pero ya van corriendo por el obrador como si no acabara de recordarles, hace exactamente un minuto, que aquí dentro no se juega.

—¡A que no me pillas! —grita Vega partiéndose de risa.

Dylan, en cambio, se toma su tiempo. No vaya a ser que se despeine.

—¡Cuidado con las galletas, aún están calientes! —grito mientras los persigo, aunque sé que es inútil.

Se me escapan de las manos, igual que los años. Igual que esta vida que me ha sorprendido cuando ya no esperaba milagros. Me adelanto por donde sé que va a tirar, extiendo los brazos, lista para atraparla al vuelo, y se me estampa en el pecho como un torbellino de tul, risa y calorcito del bueno.

—¡Pillada! —digo, riéndome mientras la envuelvo en un abrazo.

—¡No vale, mamá! Tú sabes todos mis trucos —resopla, aunque no deja de sonreír.

—Porque tú los heredaste de mí, señorita.

Vega me mira con esos ojazos verdes llenos de brillo y me suelta, tan pancha:

—Entonces yo soy como tú… pero en versión mejorada.

Me echo a reír. Cómo explicarle que no hay versión mejorada posible. Que ella y su hermano son lo mejor que he hecho nunca. Mi mejor receta.

—Si no la he pillado es porque no quiero —dice Dylan, encogiéndose de hombros con su aire de tipo duro.

—Sí, claro... Lo que pasa es que te pesa el culo —le reprocha su hermana, sacándole la lengua sin pudor.

—Nada de pullas entre hermanos —los regaño, aunque no puedo evitar sonreír mientras le hago cosquillas a Vega, que se retuerce

entre risas.

Dylan se apoya en la mesa como si tuviera una *Harley* esperándolo en la puerta. Esa forma de plantarse, de mirar por encima de las gafas de sol como si supiera más de la vida de lo que debería... Es puro Mario.

—¿Cuándo viene papá? —me pregunta con tono tranquilo, sin prisas, pero con esa mirada que lo dice todo.

—¡Eso! —Se une Vega, aún agitada por la risa.

—Pronto… —respondo, acariciando la cabeza de mi hija.

—¡Lola! —grita Marisa desde la cafetería—. Te buscan.

—¡Papá! —exclama Vega, escapándose de mis brazos como un torbellino, y sale disparada hacia la puerta.

«La niña de papá, nunca mejor dicho».

—Vamos, mamá —me dice Dylan, y aunque no lo diga en voz alta, sé que siempre está pendiente de mí. Tiene esa forma de cuidarme que no se enseña, se hereda.

Vega se detiene en seco y, de repente, empieza a dar saltitos, como si la emoción le saliera por los pies. La seguimos de cerca, sin prisa, con esa expectación que se nota más en el pecho que en los pasos. Dylan me aprieta la mano justo antes de soltarla. Siempre hace ese gesto, un mensaje silencioso que solo nosotros dos sabemos descifrar.

—¡Tita Lydia! —grita con una mezcla de emoción y sorpresa que me desarma.

La veo justo al otro lado de la cristalera. Apoyada contra una de las columnas de piedra, con el sol colándose entre las hojas del naranjo y haciéndole brillar el pelo. Está guapísima. Tiene la tez más morena, como si hubiese guardado en la piel todos los atardeceres del mundo. El pelo castaño le cae en ondas suaves, con reflejos dorados, y en la cara… esa sonrisa enorme que siempre te hace sentir que has vuelto a casa, aunque vengas de muy lejos.

—¡Mis niños bonitos! —exclama abriendo los brazos.

Vega se lanza hacia ella sin pensarlo, y Dylan, aunque con más calma, la sigue. Lydia se agacha, los abraza con fuerza y les da dos pequeños paquetitos envueltos en papel *kraft* y cuerda rústica.

—Os he traído algo —dice con complicidad—. De Bali, pero solo si prometéis compartirlo.

—¿Es comida? —pregunta Dylan, arqueando una ceja como si estuviera negociando algo muy serio.

—No, bribón, es algo para que recordéis que el mundo es enorme y precioso —responde ella, guiñándole un ojo.

Miro a Lydia, con esa luz en la mirada que solo tienen quienes se han encontrado a sí mismos. Ahora le pagan por recorrer lugares de ensueño, contar historias a través de una pantalla, grabar vídeos donde cada rincón parece una postal. Y, aun así, siempre vuelve. A nosotros. A su lugar.

—Estás espectacular —le digo, sonriendo.

—Y tú —me contesta, mirándome con ternura—. No sabes cuánto os he echado de menos.

Nos abrazamos fuerte, como se abrazan las amigas que no necesitan palabras para ponerse al día. Porque, aunque su mundo sea ahora el mapa entero, el nuestro sigue teniendo su sitio reservado para ella.

—Y yo, mi niña —le susurro al oído, y la aparto lo justo para mirarla a los ojos—. Tienes que contármelo todo.

Entonces el rugido de un coche vibra al otro lado del cristal. Un sonido que reconozco al instante. No pita. No hace falta. El brillo del sol en el parabrisas y la silueta que se dibuja al otro lado bastan para que mi corazón empiece a bailar algo que no es *swing*, aunque casi. La puerta se abre, y baja Mario. Uniforme de piloto impecable, gafas de sol de aviador que ocultan esos ojos que me lo dicen todo sin necesidad de hablar, y esa manera de caminar… Dios. Esa manera de caminar como si el mundo fuera suyo, pero él solo quisiera llegar hasta mí.

—¡Papá! —gritan los mellizos a la vez. Cualquiera diría que llevan una eternidad sin verlo, aunque no hayan pasado ni cuarenta y ocho horas desde que se fue.

Vega corre primero, desbocada, agitando los brazos como si fueran alas. Dylan tarda un par de segundos más, pero solo porque se recoloca la chaqueta y las gafas con un gesto tan serio que me dan ganas de achucharlo hasta que se le pase la pose.

Mario se agacha justo a tiempo para recibir el impacto doble. Uno en cada costado, como si no le importara el uniforme ni que seguramente huela a galleta y cacao el resto del día.

—¿Cómo está mi tripulación favorita? —pregunta, besando la cabeza de Vega y despeinando a Dylan, que se deja, pero solo un poco.

Yo no me muevo. Me quedo en la puerta, cruzada de brazos, con el delantal aún anudado a la cintura y esa sensación de que todo está en su sitio. Mario me ve. Se quita las gafas de sol con ese gesto que debería estar prohibido fuera del cine, y me lanza una sonrisa que podría haber firmado el mismísimo *James Dean*.

—¿Capitana? ¿Permiso para aterrizar?

—Solo si traes algo más que turbulencias —le respondo, mientras me sacudo la harina del mandil y doy un paso al frente.

—Siempre —dice, y se acerca. Me besa sin prisas, delante de todos. Como si no hubiera pasado el tiempo y los años no hubieran hecho más que afilar lo que somos.

—Ay, por favor, ¿pueden dejar algo para los solteros? —protesta Lydia, desde la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ni hablar —responde Mario sin mirarla, y me rodea la cintura con el brazo—. Ella es solo mía.

Y por un segundo, todo lo demás desaparece.

Entramos al interior, y en cuanto cruzamos la puerta, el olor a canela y chocolate nos envuelve con una caricia. Encarni alza la mano en señal de saludo, con una taza de café sospechosamente

aromática que se bebe demasiado rápido como para que sea solo café. La pillo con la mirada y ella me lanza otra diciendo «a estas alturas ya no te sorprende, ¿verdad?».

Marisa y Laura se acercan desde la barra, con sonrisas que ya forman parte del mobiliario del obrador. Mis niños no tienen una abuela, tienen dos; aquí todo es por duplicado, sobre todo el amor. Se saludan con Mario entre bromas y dos besos de esos que ya saben a casa. Todo se siente en su sitio. Todo huele a paz.

«Casi todo».

Me falta Julia por aquí. Se marchó a estudiar al extranjero y algo o alguien, tal vez la hizo quedarse por allí. A veces creo verla reflejada en el cristal o escuchar sus pasos cuando la puerta se abre, como si en cualquier momento fuese a aparecer con una carpeta bajo el brazo y mil ideas nuevas en la cabeza. Y también a Javi, se sigue paseando por delante del local con ganas de entrar, pero aún no se atreve. Mario lo ve más por el gimnasio, aunque yo creo que todavía no ha terminado su viaje de ida y vuelta. Y está bien, cada uno tiene su ritmo. Y aquí seguimos, dejando la puerta entreabierta por si algún día deciden volver.

Mi marido, qué bien suena, reparte saludos como quien reparte chocolate caliente: con calor, con risas, con una naturalidad que me hace quererle más si eso es posible. Y justo cuando se acerca a la bandeja de galletas recién sacadas, alarga la mano con ese gesto suyo de «aquí no ha pasado nada».

—¡Eh! —le suelto una pequeña torta en la muñeca, sin fuerza, pero con toda la intención del mundo.

Mario se vuelve hacia mí con la mano en el pecho, teatral.

—Solo quería una de tus fabulosas galletas —dice, como si acabara de declararme amor eterno.

—A ti… —sonrío con picardía, recordando aquel día— te voy a dar una galleta —añado, alzando una ceja, con una sonrisa tan grande que hasta me duelen las mejillas.

Y lo hago, elijo una. Él me la roba y también me roba un beso rápido justo después.

—¡Me encanta esta canción! —aplaude Lydia, moviendo las caderas.

Be My Baby suena en la *jukeBox* y, como por arte de magia, el ambiente se llena de chispa. Los niños saltan, giran, se ríen. Mario me toma por la cintura y me mece entre sus brazos al compás de la música, como si el mundo se redujera a este instante. A esta canción. A nosotros.

Cookie Love sigue repartiendo su amor. En forma de galletas recién horneadas que desaparecen antes de enfriarse. En cursos que ahora imparten Marisa y Laura, mi dúo dinámico en el obrador y en todo lo demás. Ellas han hecho suyo este rincón, permitiéndome disfrutar de la vida, de bailar, de mi familia. De eso que un día solo fue un sueño y que, sin darme cuenta, se ha convertido en hogar.

Lo que un día fundé para no olvidar, para sujetar el recuerdo de mi madre cuando más me dolía su ausencia y seguir hablándole, aunque ya no estuviera. Se ha convertido en algo más grande. En refugio. En familia. Sé que ella estaría orgullosa. De esto. De mí. De todo lo que hemos levantado con harina, ternura y, sobre todo, cabezonería.

Mario se aparta para atrapar a Vega y levantarla en volandas. Yo doy un par de pasos, respiro hondo, dejando que cada aroma me atraviese, y alzo la vista hacia la pared de los recuerdos. Hay recortes de prensa, fotos de clientas que se hicieron amigas, algún que otro famoso que pasó a probar la especialidad y dejó su firma. Y la dedicatoria de una *influencer* que vino a grabar un *reel* y acabó llorando con una galleta de limón en la mano. Y en el centro de todo, como un faro que nunca se apaga, está ella. Mi madre. Con su delantal puesto, su pañuelo anudado en la cabeza y los labios rojos, pura declaración de intenciones. Es la foto de aquel primer día, cuando todo era incierto, torpe y precioso. Aún puedo oír su voz, tan clara como entonces, diciéndome:

«Construiremos un lugar al que la gente le guste volver. Un lugar para quedarse».

Qué razón tenía. Acaricio el tatuaje que llevo en el brazo, como si al rozarlo pudiera abrazarla otra vez. Es mi forma de recordarle que seguimos aquí. Que no ha pasado un solo día sin que esté conmigo, aunque el mundo insista en seguir girando.

Puede que la vida no saliera como yo había planeado, pero salió tal y como tenía que ser. Con las manos llenas de masa y el corazón llenó de amor, gracias a todos ellos. Y con la certeza de que, aunque la vida dé mil vueltas, siempre habrá galletas esperándonos en casa.

AGRADECIMIENTOS

Y pensar que la Serie Amor en Sevilla me regalaría tantos momentos. Y estos secundarios que, poquito a poco, se han hecho con mi corazón y con el vuestro. Primero fue Viggo con ¡Arréstame, por favor!, ahora le ha tocado el turno a Mario… y pronto llegará Rubén.

Gracias por enamoraros de mis personajes: de los que se cuelan al fondo, de los que pisan fuerte en primera fila, de todos los que forman parte de estas historias que nacen de mí… pero cobran vida en vosotros.

Y no, no me olvido de esas secundarias que me pedís con insistencia (y mucho arte). Lo prometo: están anotadas en la libreta de las ideas, la que tiene manchas de café y sueños por cumplir. Sus historias ya se están gestando. No voy a decir nombres… que sabéis que tengo cola.

Gracias, de nuevo, por llegar hasta aquí. Por volver a sentir con Mario y Lola. Por hacerles un huequito en vuestras estanterías y dejar que ya formen parte de esta bonita familia que estamos construyendo juntos.

Quiero expresar mi agradecimiento una vez más por haber elegido este libro para tu lectura. Como sabes, me gusta explorar diversos géneros, y el simple hecho de que me apoyes en cualquier tema que decida escribir es algo que valoro enormemente en este momento.

En mis últimos trabajos he acumulado una lista interminable de personas a las que quiero agradecer de corazón. Muchas de vosotras ya sabéis lo mucho que valoro cada gesto, cada palabra de apoyo, porque sin vosotras, este libro no estaría hoy en tus manos. Sabéis bien lo que os quiero, y ese lazo tan bonito que hemos creado. Este sueño no sería posible sin teneros cerca.

Gracias, Sandra. Por estar junto a mí una vez más, por sacarme un huequito entre tantas correcciones y, sobre todo, por disfrutar

conmigo de cada historia. Sabes que sin ti nada de esto tendría vida, porque eres parte del motor que me empuja a seguir escribiendo.

Gracias a todos los que hacéis posible este sueño, por ayudarme a compartirlo con vosotros y por apoyarme en cada una de mis aventuras, ya sea con personajes oscuros, comedias románticas o thrillers.

A mis amigos escritores, a los lectores, *bookstagramers, blogeros, booktokers* que dan alas a nuestras palabras, permitiendo que vuelen más alto que nunca. Y a ti, que ahora estás leyendo los agradecimientos tras finalizar esta novela, la cual me ha regalado tantos momentos especiales.

Antes de que cierres el libro me gustaría pedirte un pequeño favor…

Si has disfrutado de esta historia, te invito a hacer una valoración en Amazon. Es la manera de dar a conocer mis novelas a otras personas, y a mí me ayuda mucho como escritora autopublicada. Sígueme en mis redes sociales, donde me podrás encontrar como SetzyNeko o si lo prefieres puedes enviarme un mensaje privado contándome tu opinión, estaré encantada de hablar contigo. ¡Gracias por tu apoyo! Significa mucho para mí.

Comparte mi sueño con los demás; así me será posible volver a soñar.

S.J. García

https://www.sjgarcia.com/

BIOGRAFÍA



Nací en 1983, en una época salvaje donde disfrutábamos de sencillas alegrías: jugábamos a las canicas, al elástico y corríamos por las calles para jugar a poli-ladrón al ritmo de las canciones de Madonna, Michael Jackson, Radio Futura y muchos más. Las tardes se deslizaban acompañadas de un bocadillo de chocolate mientras veíamos con fascinación Dragones & Mazmorras, Caballeros del Zodiaco, Candy&Candy y Campeones. En aquellos tiempos inocentes, creíamos que repetir «Verónica» tres veces frente a un espejo nos condenaría de por vida. Sí, es una época que jamás olvidaré, la época en que descubrimos internet y esperábamos ansiosos a que colgaran el teléfono para chatear por IRC, Messenger y mandar zumbidos sin parar.

Recuerdo los cumpleaños en familia, las rodillas raspadas y pedir cinco duros para comprar algún tesoro compartido con amigos. Esos años marcaron mi infancia y contribuyeron a forjar la mujer que soy ahora.

Crecí devorando todo lo que caía en mis manos, escribiendo pequeños relatos que quedaron ocultos en un cajón, pero que guardaban mis sueños más profundos. Con el tiempo, el amor tocó mi corazón y me convertí en mamá, transformando mi vida por completo. Fue entonces cuando las personas que me rodeaban empezaron a susurrarme que podía hacer mucho más con todas esas ideas guardadas en mi interior. Así, destapé una caja de Pandora que jamás podré cerrar, sumergiéndome en mil y una vidas, cada una más distinta, pero todas impregnadas de mi personalidad.

Porque mis historias están hechas para sentir, para experimentar la oscuridad, la luz, el amor y la amistad. Dejé fluir todas esas emociones para poder compartirlas con el mundo, y así encontré mi voz como escritora.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



S.J. GARCÍA

@setzyneko

- Butterfly
- Piel de Lobo
- Máscara de Cristal
- Ecos en Abril (Serie Amor en Sevilla 1)
- Susurros en Diciembre (Serie Amor en Sevilla 2)
- Rumores en Febrero (Serie Amor en Sevilla 3)
- Murmullos en Mayo (Serie Amor en Sevilla 4)
- Mentiras en Junio (Serie Amor en Sevilla 5)
- ¡Arréstame, por favor!

DESCÚBRELAS AQUÍ